



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio de Historia

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN:

cronista e historiador del México viejo.

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE

LICENCIADO EN HISTORIA

PRESENTA:

JUAN DIEGO MARTÍNEZ RANGEL

ASESOR:

DR. ÁLVARO MATUTE AGUIRRE

Ciudad de México, 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**LVIS GONZÁLEZ OBREGÓN: cronista e historiador
del México viejo**

ÍNDICE:

Agradecimientos.....I

Presentación.....III

Preámbulo.....1

1. Nacimientos.....3

2. Nueva era.....14

3. Transliteración.....23

4. Los Paladines de la Historia.....36

5. Un historiador con vocación literaria.....59

6. Un anticuario.....71

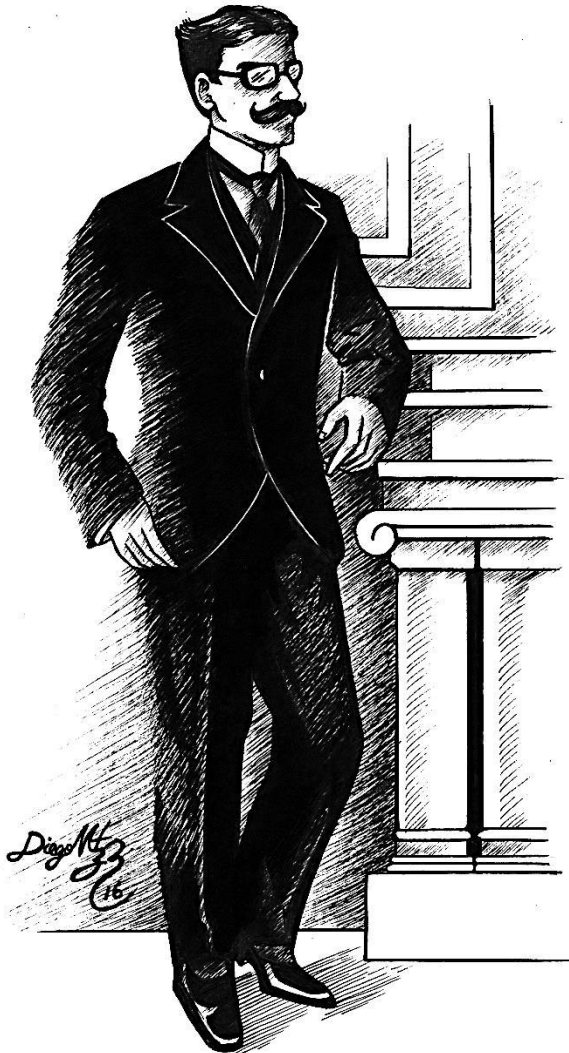
7. Un cronista e historiador.....154

8. Epílogo.....181

A modo de conclusión.....186

Apéndices.....188

Bibliografía.....200



Agradecimientos

Creí, en principio, que esta sección de la tesis no existiría; sin embargo, hubiera sido injusto, y bastante egoísta de mi parte, omitir los nombres o identidades de aquéllos que de una u otra forma coadyuvaron para que la misma llegara a término. Por lo tanto, y sin algún orden específico, deseo AGRADECER:

A mi familia (incluidas las mascotas), especialmente a mi madre, a mi tía y a mi hermano menor, por el apoyo brindado en los momentos que, agobiado por las tareas, y en ocasiones la enfermedad, no podía asistir al trabajo.

A los profesores del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, en cuyas clases, ya sea bien o mal —mi total responsabilidad—, me formé como historiador, y en especial al maestro Alfredo Ruíz Islas, quien ante la carencia de un seminario de investigación en el que pudiera colocar mi proyecto, me permitió desarrollarlo en el suyo.

A mis sinodales, la doctora Evelia Trejo y los maestros Miguel Ángel Castro y Ricardo Candia, porque su cuidadosa lectura, y los comentarios y correcciones emanadas de ella, coadyuvaron a hacer de este trabajo un producto más decente, y también a la doctora Lucrecia Infante, que fungiendo como coordinadora del Colegio de Historia confió en mí cuando se le sugirió mi integración como profesor adjunto en la planta docente del mismo, y ello sin mencionar la enorme importancia que tuvo su curso intitulado “Literatura histórica” en el desarrollo del presente trabajo.

Al Programa de Vinculación con los Exalumnos de la UNAM, por la “Beca para titulación Exalumnos de Alto Rendimiento” que me concedieron, y gracias a la cual pude adquirir el libro *Vetusteces*, utilizado en el presente trabajo.

Al doctor Marcelo Ramírez Ruíz, quien aparte de ser el primero que, a través de sus interesantes cursos, me sugirió escribir la Historia de una forma menos severa, también me permitió fungir como su ayudante durante dos años.

Al doctor Álvaro Matute Aguirre, que no sólo fue responsable —algunos años ha— de mi primer acercamiento a la obra de Luis González Obregón, sino también aceptó, pese a ser la figura que es, dirigir esta tesis, un hecho que no hizo sino acrecentar mi admiración por él.

Y finalmente a ti, que has invertido tu tiempo en leer estas líneas.

Para empezar, nadie precisa de construir de novo la historia narrativa del siglo diecinueve. Se trata de una época impregnada de auto conciencia histórica [...] Hemos heredado todo ello y nuestra tarea se ha constituido en ampliar y modificar, [y] corregir y extender esta relación heredada.

Arthur C. Danto

Construir la Patria es, también, ampliar el público lector [...] En su medio, la gente se aburre e ignora los poderes de la literatura [...] que la pedantería se elimine [...] que la amenidad para narrar los sucesos históricos los vuelva entrañables [...] para saber quiénes somos.

Carlos Monsiváis

A él se debe, en mucha parte, el conocimiento de incontables sucedidos, insólitos acontecimientos y antiquísimas leyendas...

Salvador Cordero

Presentación

Todo comenzó a finales del año 2010, cuando el sujeto que firma esta tesis, entonces alumno de primer semestre en la carrera de Historia, y cuyo interés se encontraba enfocado en “todas” las cuestiones relacionadas con la llamada “Historiografía novohispana de tradición indígena”, se encontró —mientras revisaba una bibliografía— con el nombre de Luis González Obregón, mismo que acompañaba a un interesante documento intitulado *Procesos de indios idólatras y hechiceros*, escrito al que, por cierto, nunca pudo consultar, ya que jamás pudo localizarlo en la Biblioteca Central (pese a estar registrado en su base de datos). Empero, su curiosidad había despertado ya, y la misma le llevó a indagar sobre el referido González Obregón, de quien supo —no con cierto desencanto— que era autor de un par de libros que no se consagraban al llamado México prehispánico (aunque tampoco lo ignoraban), pero sí al de la época colonial: *México viejo* y *Las calles de México*.

Un año después, y ya cursando el tercer semestre de la carrera, el redactor de estas líneas tuvo, gracias al doctor Álvaro Matute, la oportunidad de realizar un análisis historiográfico del primero de los dos textos referidos, mismo que no sólo le fascinó por su estilo y contenido, sino también le condujo a preguntarse por qué su autor, don Luis, y su amena obra —que a la vez es muy amplia— eran prácticamente desconocidos e/o ignorados por la mayor parte de los historiadores contemporáneos, inquietud que tras ser meditada algunos años, y aunada a la imperiosa necesidad de elaborar un proyecto de tesis, finalmente dio origen al presente trabajo, cuyo hilo conductor, o problema a resolver, es la elucidación de la idea de la Historia en Luis González Obregón (1865-1938), cronista e historiador mexicano. Sin embargo, para llegar a una resolución que satisficiera por completo nuestra curiosidad, nos vimos compelidos a resolver otras preguntas: ¿Quién fue González Obregón? ¿Cuáles fueron las aportaciones de su obra? ¿Es justo llamarle “cronista”, como generalmente se le conoce, o deberíamos “rebautizarle” como historiador? ¿Cuál ha sido, o podría ser, la trascendencia de su obra para los emisarios de Clío?

Las respuestas que pretendimos dar a susodichas cuestiones ocuparon —sin ser nuestra intención— casi 200 páginas, mismas que, al igual que en el *México viejo*, distribuimos en capítulos (episodios o apartados), cada uno de ellos dividido en varios actos, y destinado a

resolver un asunto que podríamos denominar “particular”, pero sin perder por ello su pertenencia al problema “general” que funge como directriz del presente trabajo.

Así, en el primero de ellos, y al cual intitulamos “Nacimientos”, nos propusimos exponer, de manera muy breve, cómo aparejado al surgimiento de un sentimiento nacional que a su vez fue avivado por el romanticismo, se dieron los primeros pasos para que en nuestro país se desarrollara una nueva forma de escribir y pensar la Historia, y cómo la misma, auxiliada por la Literatura, redundó en la cimentación de la “verdadera” nacionalidad mexicana, cuyo nacimiento, prácticamente, aconteció a la par que el de nuestro cronista e historiador.

El segundo episodio, cuyo título es “Nueva era”, sigue en la línea del anterior, pero en él ocupa ya un papel más notorio nuestro personaje, quien, consecuencia de la caída del Segundo Imperio y siendo apenas un niño, se vio precisado a trasladarse de su natal Guanajuato a la capital mexicana, entidad en la que poco tiempo después permearía el positivismo, corriente filosófica que no sólo dio un nuevo cariz a la concepción y a la elaboración de la Historia, sino también sería resistida por algunos prosélitos de la “vieja guardia”, es decir, por aquellos literatos e historiadores que aún reconocían cualidades en el romanticismo.

“Transliteración” es el título del tercer apartado de nuestra tesis. En él comenzamos a referir, de manera más puntual, los datos, pormenores y vivencias que, consideramos, condicionarían la idea de la Historia que fue forjándose en nuestro personaje: el contexto nacional y cultural en el que se desarrolló —notoriamente patriota y liberal—, su formación académica y la relación que llegó a tener con ciertos literatos que, no obstante, también cultivaron el arte de Clío y de cuyas obras se inspiró para, final y definitivamente, dar el salto de la Literatura —disciplina a la que quiso consagrarse en principio— a la Historia.

En el cuarto episodio, al cual hemos nombrado “Los Paladines de la Historia”, pretendimos hacer notar la decisiva influencia que cuatro personajes: Guillermo Prieto, Manuel Payno, Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano, tuvieron en Luis González Obregón, tanto en lo concerniente a su formación literaria —circunstancia que, por cierto, fue tildada

de “elemental” por un reconocidísimo erudito—,¹ como en los aspectos teórico e ideológico que caracterizaron a su historiografía.

En el capítulo quinto, mismo que responde al nombre de “Un historiador con vocación literaria”, nos propusimos dar a conocer los pininos de nuestro cronista en el universo de Clío, cosmos al que consagró, en principio, escritos dedicados a las Bellas Letras y sus artesanos, pero no sin ir perfilando su interés por las nimiedades y las tradiciones que en nuestra Historia, hasta ese momento y a diferencia de la Literatura, no tenían cabida.

“Un anticuario” es el título del sexto y más largo episodio del presente trabajo. En él decidimos realizar un extenso análisis historiográfico del *México viejo*, libro al que, por distintas razones, consideramos la obra más popular y representativa de nuestro personaje, y cuyas páginas no sólo fungieron como puntos de convergencia para sus intereses históricos, sino también sirvieron para dar continuidad a sus primeros trabajos y establecer puntos de partida para los que le siguieron, mismos que, sin ser individualmente analizados, utilizamos como apoyo para robustecer nuestra revisión de la obra en cuestión. Por otra parte, pero en el mismo canon, señalaremos que la importancia de analizar el *México viejo* reside en su idoneidad para elucidar la idea de la Historia en Luis González Obregón, objetivo principal de esta tesis, e igualmente aprovechamos la oportunidad para solicitar al atento lector, mucha de su paciencia para leer este muy amplio apartado.

Al número de la suerte corresponde el capítulo intitulado “Un cronista e historiador”, episodio que fue pensado para resolver un par de cuestiones, consistiendo la primera de ellas en explicar el porqué del mote con el que a lo largo de este trabajo —y también en su título— hemos nombrado una y otra vez a nuestro personaje, y la segunda para intentar mostrar la diferencia que, percibimos, existía para nuestro personaje con respecto al par de conceptos aludidos.

Y aparece, en última instancia, el “Epílogo”. Este apartado es breve, y no tiene otra intención que la de señalar ciertos puntos en la idea de la Historia de González Obregón

¹ Vid. Edmundo O’Gorman, “La obra de Luis González Obregón”, en *Letras de México: 1937-1947* (Vol. 1), Edición facsimilar, México, FCE, 1984, p. 308/2 (el número antes de la diagonal corresponde a la página de la edición facsimilar, y el segundo al número de página contenido en la gaceta original. En adelante se citarán entre comillas los títulos de los artículos constituyentes de esta obra, y se utilizará *Letras de México* para la totalidad de la misma).

que podrían ser analizados desde otras corrientes, entre las que hemos destacado al historicismo, filosofía que considera al pasado como algo inseparable del hombre y su presente, y que reconoce al saber histórico como un producto de las preferencias individuales y vivenciales del historiador.²

Descritos ya los capítulos constituyentes del presente trabajo, y antes de abordar el “estado de la cuestión” y demás tópicos engorrosos, consideramos insoslayable realizar algunas precisiones respecto al título del mismo: *Luis González Obregón: cronista e historiador del México viejo*, y su pertinencia. En primer lugar, esta tesis no podía llamarse *La idea de la historia en Luis González Obregón*, puesto que ya existe un muy buen escrito con ese nombre;³ en segunda instancia creímos más adecuado otorgar a este texto un título más sencillo y menos rimbombante, pues una de nuestras intenciones —dentro de lo posible— es la de “instruir y deleitar” a ese lector “común” que por alguna razón haya decidido brindar una oportunidad a la Historia e invertir su tiempo en leer esta obra; todo lo anterior en consonancia con una convicción personal que funge como eco del siguiente planteamiento: “El historiador no debe pensar que escribe para media docena de colegas, sino para un público más amplio...”.⁴ Por otra parte, pero en el mismo canon, a nosotros, profundos admiradores de don Luis, nos ocurre algo muy curioso e interesante, y ello consiste en que al escuchar la simple mención de su nombre, lo relacionamos inmediatamente con un tipo de historia que es distinta a la “normal”... con una historia que es amena pero erudita, que no desdeña “nimiedades”, aunque tampoco ignora los más famosos y/o notables sucesos históricos, y que instruye mientras divierte, pero sin dejar de lado el rigor inherente a la elaboración del arte de Clío, entre muchas otras bondades. Es como si al mencionar el nombre de nuestro autor, evocáramos también a su particular idea de la Historia, y en ello reside su inserción y su significado en el título del presente escrito... esperamos que el lector termine experimentando la misma sensación que nosotros; en cuanto a la segunda parte del título, incluimos la frase “México viejo” como un semi-juego de palabras que, por un lado, se refiere a la *época* del país más estudiada por

² Ramón Iglesia, “La historia y sus limitaciones”, en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1943-1973)*, México, SEP, 1974, pp. 94-120 (en adelante “La historia y sus limitaciones” para el texto de Iglesia, y *La teoría...* para el de Álvaro Matute).

³ Vid. Guadalupe Ojeda Valdés, *La idea de la historia en Luis González Obregón* (Tesis para optar al grado de maestra en Historia Universal), México, FFyL-UNAM, 1963.

⁴ Ramón Iglesia, “La historia y sus limitaciones”, p. 116.

González Obregón, y por el otro alude al título de la que nosotros consideramos fue su obra maestra.

Aclarado lo anterior, abordaremos el llamado “estado de la cuestión”: ¿Quién es el referente obligado para hablar sobre Luis González Obregón en la actualidad? Por desgracia no existe tal personaje. Como bien lo dice un autor contemporáneo (pero en el caso de Vicente Riva Palacio), nuestro cronista e historiador, “...pese a su popularidad y a las ‘mil y una’ ediciones de sus obras, permanece aún como tierra ignota”.⁵ El único historiador que le ha dedicado una biografía de altos vuelos —y eso fue en 1938— es Alberto María Carreño,⁶ y a partir de ella es que se han nutrido los pocos trabajos dedicados a nuestro personaje, destacando entre ellos los breves escritos realizados por figuras como Artemio de Valle-Arizpe, Carlos González Peña, Arturo Arnáiz y Freg, y José Luis Martínez, entre algunos otros. En el mismo canon, nosotros hemos pretendido enriquecer el legado de estos autores, y también al de las dos tesis que anteceden a ésta, mediante la aportación de algunos pormenores inéditos que sobre nuestro personaje y su obra, obtuvimos de algunos documentos pertenecientes al Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (AHUNAM) y la Hemeroteca Nacional, así como de algunas publicaciones que desconocíamos, tal es el caso de la revista *Letras de México*, cuyo número dedicado a González Obregón nos fue referido por el doctor Álvaro Matute, asesor del presente trabajo.

Y ya que de fuentes hablamos, las utilizadas para este escrito fueron seleccionadas conforme a su pertinencia: para elaborar el contexto histórico de nuestro país durante el siglo XIX, recurrimos a la siempre útil *Historia general de México*, lo mismo que a obras como *En busca de un discurso integrador de la nación*, y *Nacionalismo y Educación en México*, mismas que nos ayudaron a bosquejar el panorama ideológico y cultural prevalecientes en la República Mexicana decimonónica; en cuanto a los temas de índole teórica e historiográfica, nos servimos, entre algunos otros, de textos como *Historia de la historiografía* y *Letras mexicanas en el siglo XIX*, mismos que nos permitieron describir

⁵ José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Iberoamericana, 1993, p. 24 (en adelante *Historia y ficción...*).

⁶ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista Luis González Obregón. Viejos cuadros*, México, Botas, 1938, p. 9 (en adelante *El cronista...*).

brevemente las distintas corrientes de pensamiento que en aquel entonces fueron sucediéndose en el país, sobre todo en los casos del romanticismo y el modernismo. En cuanto al positivismo y al historicismo, los trabajos de nuestro ya referido asesor, entre los que sólo mencionaremos *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo*, y *El historicismo en México. Historia y antología*, fueron muy importantes para la realización de los últimos apartados de este escrito.

En consonancia con lo anterior, debemos aclarar que faltaríamos al espíritu de esta tesis, y sobre todo al de la idea de la Historia de nuestro personaje, si hubiéramos desdeñado fuentes de índole literaria para enriquecer nuestro discurso y fundamentar nuestros argumentos, sobre todo del capítulo cuarto en adelante, cuando intentamos demostrar la decisiva influencia de ciertos literatos en Luis González Obregón. Por lo tanto, leímos y utilizamos obras escritas por aquéllos a los que pretenciosamente hemos nombrado *Paladines de la Historia*, y también las de algunos de sus coetáneos, como Ignacio Ramírez y Juan de Dios Peza, lo mismo que los estudios que, sobre ellos y sus obras, fueron elaborados por distintos historiadores contemporáneos, tales son los casos de Clementina Díaz y de Ovando, Isabel Quiñónez y José Ortiz Monasterio, entre algunos otros.

En cuanto a la idea de la Historia en Luis González Obregón ¿qué mejor que la lectura de sus propios trabajos para rastrearla? Además del *México viejo* tuvimos a bien consultar otras obras de nuestro personaje, algunas de ellas, como *Vetusteces* y *Cronistas e historiadores*, muy poco conocidas y/o socorridas... lo anterior fue realizado con el fin de comparar los planteamientos expresados por nuestro autor en su texto cumbre con los que manifestó en escritos posteriores a él, todos ellos —claro está— en referencia a su concepción de la disciplina de Clío.

Finalmente, y para disertar sobre el asunto consistente en llamar, o no, “cronista e historiador” a nuestro personaje, recurrimos a obras como *Historia y Narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, de la autoría de Arthur C. Danto; al infaltable filósofo italiano, Benedetto Croce y su *Historia como hazaña de la libertad*; al mismo González Obregón, con su ya referido *Cronistas e historiadores* —libro en el que pensamos debía hallarse la idea que el propio don Luis tenía al respecto— y, una vez más, a un artículo

elaborado por el doctor Matute: “Crónica: historia o literatura”, el cual fue de mucha ayuda en la resolución que dimos al problema “ocasionado” por dichos binomios historiográficos.

Como dato extra deseamos aclarar que esta tesis está repleta de notas a pie de página —muchas de ellas *ibídem*, por cierto—, lo cual podría incomodar a más de un lector, pero ello fue realizado en pos de dos sencillas razones: evitar suspicacias en cuanto al plagio, e intentar conservar la belleza y espontaneidad con las que, en su momento, ciertas frases fueron proferidas, o como lo llegó a expresar el propio González Obregón: recuperarlas “...sin quitar ni añadir nada, porque así tienen más sabor de la época su estilo, sus descripciones [y] sus juicios...”,⁷ y otro tanto aplica para la profusa cantidad de ejemplos que, al hablar de tal o cual tema, transcribimos de la obra de don Luis, y cuya consignación fue realizada no sólo con el afán de reforzar ciertos argumentos, sino también con la intención de avivar la curiosidad del lector y de ese modo incitarlo a profundizar en el conocimiento de la muy amplia obra historiográfica de nuestro personaje. Igualmente aparecen, en las páginas de este trabajo, numerosas ilustraciones —cuyas referencias son independientes a las del aparato crítico de la tesis—, obedeciendo todas a nuestro afán de cautivar por todos los medios posibles al público receptor.

Y por fin hemos llegado al término de esta cansina introducción, en la que únicamente nos faltó hablar sobre la conclusión que insoslayablemente debe acompañar al presente trabajo. Particularmente hubiéramos deseado que la misma, al igual que en los relatos u obras “simplemente ‘narrativas’”, no existiera, pues consideramos que todo lo que teníamos que decir sobre la idea de la Historia en Luis González Obregón, el cronista e historiador del México viejo, está desglosado en los ocho capítulos que constituyen a esta investigación. Sin embargo, como las conclusiones invariablemente pertenecen y caracterizan a una tesis —idea o problema que se pone a prueba y se examina—,⁸ es que hemos incluido una de ellas a su término, pero sólo a modo de consideración final.

Explicado lo anterior, paciente lector, ha llegado el momento de comenzar.

⁷ Luis González Obregón, *D. Guillén de Lampart. La Inquisición y la Independencia en el siglo XVII*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1908, Libro Tercero, Cap. III (en adelante *D. Guillén de Lampart...*).

⁸ José Ortiz Monasterio, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, FCE-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004, p. 295 (en adelante *México eternamente...*).

Preámbulo

Y hay calles que no sólo interesan por sus nombres, sino por los sucesos que en ellas se verificaron, o por las personas notables que en ellas tuvieron sus moradas.

Luis González Obregón

El 17 de junio de 1923 debió ser un día como cualquier otro en la Ciudad de México, con excepción del hecho, tan particular como extraordinario, que se verificó en una de sus calles: la de Encarnación,⁹ para ser precisos. Incitado por Francisco Monterde, un grupo de escritores e intelectuales entre los que se encontraban Federico Gómez de Orozco, José Juan Tablada, Francisco Fernández del Castillo, Carlos González Peña y Artemio de Valle-Arizpe,¹⁰ logró que el Ayuntamiento de la capital de la República Mexicana —presidida entonces por el general Álvaro Obregón— accediera a renombrar la citada calle con el nombre de un popular cronista e historiador que tenía su domicilio en la misma.¹¹

Dicen que la ceremonia fue sencilla, pero emotiva. Asistieron a ella Julio Jiménez Rueda, entonces secretario del Ayuntamiento de la Ciudad de México,¹² y Federico Gamboa, presidente del Consejo Cultural y Artístico, quienes fueron los encargados de descubrir —en medio de múltiples aplausos por parte de la concurrencia asistente— la placa con que se hacía efectivo el cambio:¹³ la calle de Encarnación sería conocida en adelante, y hasta la fecha, con el nombre de “Luis González Obregón”.

⁹ Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, 2ª ed., México, Botas & Alonso Editores, 2007, “Apéndice II. Origen de algunos nombres antiguos de las calles”, (en adelante *Las calles de México*, Botas...). A lo largo de su historia, esta arteria ha ostentado diversos nombres, entre los cuales se encuentran los de “la de Picazo” (1632), el de “calle que baja de la plazuela de Santo Domingo al convento de monjas de Santa Catalina” (1637) y “del Águila” (1640). Sin embargo, hemos decidido consignar su nombre original, el de “Encarnación”, por ser el más trascendente.

¹⁰ Vid. Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 29.

¹¹ La noticia la consignan también: Carlos González Peña, “Prólogo”, y Artemio de Valle-Arizpe, “Elogio”, en Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., pp. 13-18. Igualmente aparece en Luis Rublío, *Cronistas de la ciudad de México*, México, DDF, 1975, p. 37 (en adelante “Prólogo” para el trabajo de González Peña, y “Elogio” para el de Valle-Arizpe).

¹² Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 28., *cf.* José Luis Martínez, “Vida y obra de Luis González Obregón”, en Luis González Obregón, *Las calles de México*, México, Patria, 1984, p. 13 (en adelante “Vida y obra...” para el texto de J. L. Martínez). Según este autor, Jorge Prieto Laurens era quien presidía al Ayuntamiento.

¹³ Vid. Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, pp. 28 y 29.

Fue la magnitud del acontecimiento narrado la que hizo surgir algunas de las preguntas que fungen como hilos conductores en esta tesis: ¿Quién fue el “cronista” Luis González Obregón? ¿Qué hizo —en el campo de la Historia— para ser “el único mexicano al que por sus altos méritos se le haya tributado tal homenaje en vida”?¹⁴ ¿Cuál ha sido, o podría ser, la trascendencia de su obra para los historiadores? En adelante trataremos de resolver estas cuestiones, pero por ahora es menester que nos dediquemos, estimado lector, sólo a la primera de ellas.



Fig. 1. Vista actual de la calle “Luis González Obregón”. Se localizan en ella, además de una gran cantidad de puestos y comercios, “El Colegio Nacional” y el antiguo templo de la Encarnación, al cual obedecía su antiguo nombre

¹⁴ Artemio de Valle-Arizpe, “Elogio”, p. 18.

1. Nacimientos

Grandes cambios se suscitaron durante las últimas décadas del siglo XVIII en las colonias españolas del anteriormente llamado Nuevo Mundo. Éstas, al lograr cierta estabilidad social, política y cultural, se fueron haciendo cada vez más conscientes de un sentimiento “nacional” que de antiguo era latente y que sería de vital importancia en la posterior realización de sus independencias; México, entonces Nueva España, no fue la excepción, pues ya existía en él ese deseo de diferenciarse de la “Madre Patria”, de emerger como una nación con personalidad propia, capaz de valerse por sí misma y de forjar su destino, anhelo que se reflejó, en principio, a través de la pluma de algunos de sus más distinguidos hombres, como Francisco Xavier Clavijero (1731-1783), padre jesuita cuya obra —en la que destaca la *Historia antigua de México*— no sólo refleja un temprano y profundo sentimiento “nacionalista”, sino también cierta hostilidad hacia España y “lo europeo”.¹⁵

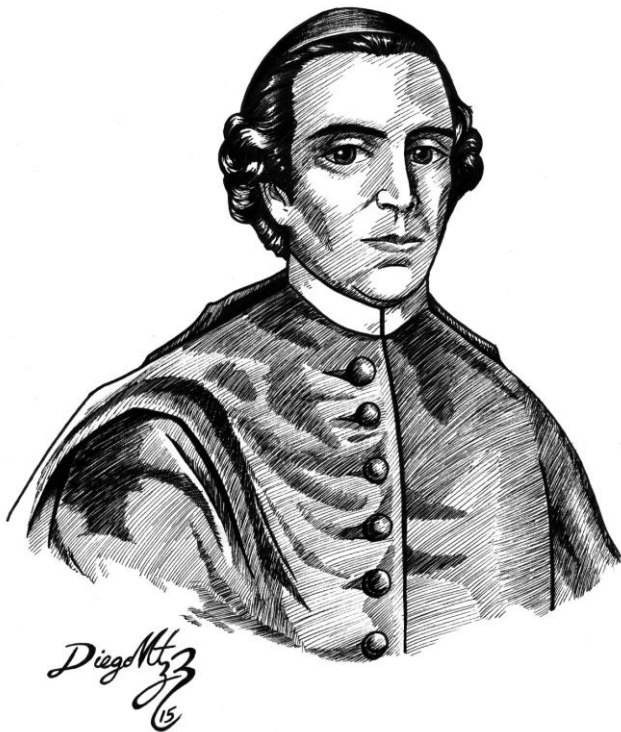


Fig. 2. “Antes de la publicación de la *Storia Antica del Messico* por Clavijero, nuestra literatura histórica no contaba sino [con] las crónicas más o menos extensas escritas por religiosos o seculares, pero que no presentaban el cuadro completo de la civilización mexicana...” (Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, México, Botas, 1936, “El abate Francisco Javier Clavijero”).

¹⁵ Vid. Josefina Zoraida Vázquez, *Historia de la historiografía*, 2ª ed., México, Ediciones Ateneo, 1980, pp. 146-148 (en adelante *Historia de la historiografía*).

No obstante, los hombres comunes, aquéllos frecuentemente denominados “sin historia”, fueron también partícipes en dicho proceso. Mientras algunos de ellos se dejaban influir por el folleto y los periódicos —mismos que eran utilizados en la implantación, tanto de ideas y doctrinas nuevas, como de lealtades en el pueblo—,¹⁶ otros lo hacían por la literatura, que aunque principalmente se enfocaba en un mundo de talante religioso y pastoril,¹⁷ ya evidenciaba el deseo de investir con cierto carácter local a sus contenidos, acción realizada a través de referencias y alusiones a costumbres y paisajes propios.¹⁸ Por lo tanto, no sólo el camino para una futura independencia política se encontraba en ciernes, pues nuevas influencias encontrarían, también, el sendero para hacerse notar en la incipiente cultura “mexicana”, especialmente en sus letras. Los poetas religiosos, figuras dominantes en la literatura colonial, tendrían que ceder su lugar a los escritores de nuevo cuño, a aquellos poetas y prosistas de entonación cívica que, arropados bajo la bandera del romanticismo, intentarían marcar los derroteros de *su* nación.¹⁹

I

El tiempo transcurrido entre 1810 y 1836 ha sido denominado como el primero de cuatro grandes periodos culturales que acaecieron en México,²⁰ y notable fue en él, sin embargo, el advenimiento del romanticismo, movimiento cultural y de talante nacionalista surgido a finales del siglo XVIII en Inglaterra y Alemania, países de los que se expandió a lugares como Francia, España y, relativamente tarde, a América.²¹ En contra de la creencia común, el romanticismo no es una corriente ceñida exclusivamente a la expresión literaria, sino que se expande a todas las actividades de la vida: “...es una forma de interpretación que el

¹⁶ Vid. Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, 2ª ed., México, COLMEX, 1975, p. 26 (en adelante *Nacionalismo y educación...*).

¹⁷ Vid. Luis González Obregón, *Croniquillas de la Nueva España*, México, Botas, 1937, “Las letras mexicanas en el siglo XVII” (en adelante *Croniquillas...*). Nuestro personaje consignó dos ejemplos de literatura pastoril: *Los Sirgueros de la Virgen*, escrita por Francisco Bramón —“el único novelista mexicano del siglo XVII”—, y *Sucesos de Fernando* (o *La caída de Fernando*), de la autoría del licenciado Antonio Ochoa. El argumento de ambas novelas se basó en asuntos religiosos, aunque siendo el de la primera “...más pastoril alabanza de la Virgen, que novela propiamente dicha”.

¹⁸ Vid. José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, en *Historia general de México. Versión 2000*, México, COLMEX, 2000, p. 716 (en adelante “México en busca de su expresión” para el trabajo de José Luis Martínez, e *Historia general de México...* para la obra en su totalidad).

¹⁹ Vid. Julio Jiménez Rueda, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, México, FCE, 1989, p. 70.

²⁰ Vid. José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 712.

²¹ Vid. Arturo Souto Alabarce, “Romanticismo”, en Cristina Barros y Arturo Souto Alabarce, *Siglo XIX: romanticismo, realismo y naturalismo*, 2ª ed., México, Trillas, 1983, p. 39 (en adelante “Romanticismo” para el trabajo de Souto Alabarce, y “Realismo y naturalismo” para el de Cristina Barros).

hombre otorga al fenómeno vital”.²² Bajo dicha premisa, el “mexicano” decimonónico comenzó a pensar, sentir y actuar “a lo romántico”, criticando con una libertad inusitada a la religión, al derecho y a todo aquello que hasta ese momento hubiera sido impensable.²³ Empero, el romanticismo no llegó sólo para atizar aquella fogata constituida por anhelos de libertad que hasta entonces no terminaba de encender, sino para ayudar a que la misma ardiera cada vez con mayor intensidad, tal como aconteció al finalizar la primera década del aún incipiente siglo XIX, cuando en un pueblecillo de Guanajuato se suscitó el conocido hecho que trastocaría, irremediablemente, la vida en México en 1810.

A raíz del histórico Grito de Dolores, muchos mexicanos sintieron, con más vigor que nunca, la necesidad de forjarse una verdadera identidad nacional. Profusas fantasías de “independencia y libertad”, deseos irrealizables hasta entonces, comenzaron a avivarse con ayuda del romanticismo, cuyos prosélitos acostumbraban volver los ojos al pasado para sustentar y legitimar con él la realización de sus anhelos.²⁴ Por otra parte, pero en el mismo tenor, el romanticismo contribuyó en el surgimiento de la llamada “literatura de combate”, cuyos conscriptos, los pocos escritores de aquel entonces, al encontrarse inmersos en “...un entorno que constituía su elemento vital...”,²⁵ difícilmente pudieron eludir la actuación política,²⁶ y fue por ello que la voz *mestiza* que por primera vez expresó al pueblo “mexicano” emergió de la pluma de uno de ellos,²⁷ de ése que a través de la publicación de abundantes folletos venía ya difundiendo sus ideas de libertad entre una multitud a la “...que procuró educar siempre”,²⁸ y a quien con justicia se ha reconocido como el primero de nuestros literatos.²⁹ José Joaquín Fernández de Lizardi (1771-1817), cuya abundante obra —encabezada por *El Periquillo Sarniento* (1816)— marcó “...el paso de una literatura amanerada e inocua a la manera de dar la voz al pueblo”.³⁰

²² Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 91.

²³ *Ibidem.*

²⁴ *Ibidem*, pp. 92-171.

²⁵ Emilio Carilla, *El romanticismo en la América hispánica*, Madrid, Gredos, 1958, p. 19.

²⁶ *Ibidem*, p. 17.

²⁷ *Vid.* José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 712.

²⁸ Francisco Monterde, *Aspectos literarios de la cultura mexicana. Poetas y prosistas del siglo XVI a nuestros días*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1975, p. 90 (en adelante *Aspectos literarios...*).

²⁹ *Vid.* Luis González Obregón, *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*, México, Tipografía de O. R. Spíndola, 1889, p. 13 (en adelante *Breve noticia...*).

³⁰ *Vid.* José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 717.



Fig. 3. “Apóstol de nuevas ideas en una sociedad en que predominaban el fanatismo y la ignorancia; censor constante de costumbres profundamente arraigadas durante una existencia secular; partidario acérrimo de la Independencia de su patria; propagador incansable de la instrucción popular por medio de escritos y proyectos; iniciador de la Reforma en una época en que el Clero gozaba de todas sus riquezas, de todos sus fueros y de todo su poder, y autor de libros que abrieron una nueva senda para formar una literatura nacional: éste fue D. José Joaquín Fernández de Lizardi, más popularmente conocido por el seudónimo de ‘El Pensador Mexicano” (Luis González Obregón, *Novelistas mexicanos. José Joaquín Fernández de Lizardi. El Pensador Mexicano*, México, Botas, 1938, p. 9).

El también llamado “Pensador Mexicano” fue un ferviente partidario de la autonomía proclamada en 1810 por el cura Hidalgo y los Insurgentes, y es necesario destacar que su obra, si bien ha sido principal y mayormente considerada como una crítica incómoda, incisiva y mordaz al “mal gobierno” de la época,³¹ está igualmente repleta de cuadros vivos de la sociedad mexicana, de sus costumbres —cuyo estudio sería tan importante para los románticos—, sus hombres y sus creencias.³² Por lo tanto, es pertinente considerar a Fernández de Lizardi, además de prócer de las letras nacionales, pionero en la muy importante incorporación de elementos de índole e interés históricos a nuestra Literatura, circunstancia que devendría, como intentaremos demostrar a lo largo del presente trabajo, en una trascendental revitalización y/o nueva forma de escribir y pensar la Historia.

II

Para poder denominarse *independiente*, el país “azteca” tenía que constituirse como tal, y el primer paso que para ello dieron los liberales, quienes fungieron como sus primeros encargados, fue el de fomentar su desarrollo cultural, mismo en el que tenía que reflejarse una idea de nacionalidad que no sólo debía emerger, sino ser extensiva.³³ En el mismo canon, y a su vez, la culminación de la Independencia retroalimentó la presencia del romanticismo, el cual se adaptó a la situación mexicana para ayudar a fraguar una sola identidad “...mediante una literatura igualmente localista...”³⁴ y al mismo tiempo sustentada en la “...investigación histórica del pasado para la conformación de una conciencia nacional”,³⁵ postulados cuya efectividad sería probada por el cubano José María Heredia (1803-1839), que después del Pensador Mexicano se encargó de impulsar “...a los escritores de la primera generación cabalmente mexicana a seguir aquella escuela que

³¹ Vid. Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 108.

³² Vid. Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 14.

³³ Vid. Miguel Ángel Castro, “El Liceo Mexicano”, en *Revista de la Universidad de México*, México, N° 500, UNAM, septiembre de 1992, p. 37 (consultado el 3 de septiembre de 2014 en p. http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/index.php/rum/article/view/13663/14901), *cfr.* José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 709.

³⁴ Ricardo Enrique Fajardo González *apud* Mariana Fe, *Ecós de un pasado colonial: Luis González Obregón y su México viejo. Un análisis historiográfico* (Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia), México, FES Acatlán-UNAM, 2001, p. 69.

³⁵ Flor de María Hurtado, “Prólogo”, en Luis González Obregón, *México viejo*, México, Promexa, 1979, p. IX (en adelante “Prólogo” para el texto de Hurtado).

convenía tan oportunamente a las circunstancias”.³⁶ Por lo tanto, a manera de resumen, y para lo que nos compete, podemos enunciar que en las dos primeras décadas del México Independiente surgió una nueva literatura, caracterizada “...por los temas patrióticos, los primeros rasgos de color local y los planteamientos doctrinarios”,³⁷ y que los ventrílocuos de la nación, por ende, encontraron en el romanticismo un aliado que aunque lento, era seguro y justo lo que necesitaban para la consecución de sus propósitos.

III

Resultado de las ya consabidas pugnas entre liberales y conservadores, apareció en México el nacionalismo, concepto que, al ser entendido como el sentimiento que atribuye la lealtad suprema del individuo a la Nación-Estado, y que une a grupos de hombres que *comparten un mismo pasado y aspiran a un futuro común*,³⁸ repercutió fuertemente en el ámbito de las letras y, de igual manera, marcó el rumbo que habría de seguirse también en la escritura de la Historia,³⁹ o para decirlo con mayor sobriedad, en la elaboración de la historiografía.

Al igual que los periódicos y la oratoria, la disciplina de Clío fungió como un vehículo de combate mediante el cual los partidos expresaban sus ideas y buscaban influir en la sociedad con ellas.⁴⁰ Una vez en el poder, los liberales intentaron controlarla y dieron pasos firmes para conseguirlo, siendo un buen ejemplo de ello, por no decir el mejor, el consistente en los respectivos encumbramientos de Hidalgo y sus aliados como el iniciador —o restaurador— y los precursores de la Independencia,⁴¹ una aseveración que, deseamos mencionar, “...no podían perdonar los conservadores, [pues] para ellos,

³⁶ Vid. Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, p. 109, *cfr.* Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días* (con un apéndice elaborado por el Centro de Estudios Literarios de la UNAM), 9ª ed., México, Porrúa, 1966, p. 141 (en adelante *Historia de la literatura mexicana...*). Generalmente se dice que fue 1830 el año en el que surgió el romanticismo mexicano, siendo francesas y posteriormente españolas sus primeras fuentes de inspiración. Durante su estancia en nuestro país, Heredia escribió *En el teocalli de Cholula*, obra en la que resaltó una característica particular del romanticismo americano: el pasado indígena exaltado; poeta y crítico, Heredia preparó también el camino para los futuros novelistas, sentando las bases para el cultivo de la leyenda, la tradición y el cuento literario.

³⁷ José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 712.

³⁸ Vid. Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación...*, pp. 7 y 8.

³⁹ Vid. Nicole Giron, “Ignacio Manuel Altamirano”, en: *En busca de un discurso integrador de la nación: 1848-1884* (coordinado por Antonia Pi-Suñer Llorens), México, IIH-UNAM, 1996, p. 265 (en adelante “Ignacio Manuel Altamirano” para el texto de Giron, y *En busca de un discurso integrador...* para la obra en su totalidad). En el siglo XIX, la Historia no se concebía como una disciplina separada de la Literatura, ya que ésta agrupaba en sí a la generalidad de las letras, es decir, “se enfocaba en la totalidad de la cultura escrita”.

⁴⁰ Vid. Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 136.

⁴¹ Vid. Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación...*, p. 38.

para sus más ilustres historiadores, Hidalgo [era] un criminal, un bandolero [y] un perjuro...”,⁴² sin contar que “...él y los insurgentes [eran] los más odiosos y execrables asesinos que [había] producido México...”.⁴³ Por lo tanto, y como puede colegirse, el problema referente a la Independencia como el origen, o no, de la nación mexicana, se convirtió en el punto más álgido y socorrido por los historiadores de las tendencias en pugna, cuyos textos, es preciso señalar, coincidían en otro aspecto focal: su relativa parquedad.⁴⁴ En contraste la novela, vehículo literario más digerible, lúdico, ágil y entretenido, se volcaba aún sobre los cada vez más desdeñados tiempos virreinales.⁴⁵ La Historia, que pronto necesitaría revitalizarse si es que deseaba trascender, se encontraba frente a una opción que, al igual que hoy, le ofrecía múltiples ayudas para conseguirlo.

IV

1836, además de ser el año en el que culminó el primero de los cuatro periodos culturales que hemos mencionado,⁴⁶ e inaugural del segundo, fue testigo del nacimiento de la Academia de Letrán, organización liderada por Guillermo Prieto (1818-1897).⁴⁷

Como el romanticismo había puesto de moda al costumbrismo, “...el cual pedía el “color local” como indispensable para toda buena narración romántica...”,⁴⁸ la naciente institución vislumbró en su utilización una oportunidad para intensificar la “mexicanización” de la literatura, misma que al ser emancipada de toda otra y revestida de un “...carácter peculiar, progresista y liberal...”,⁴⁹ podía convertirse en expresión de lo nacional.

⁴² Juan de Dios Peza, *Memorias. Epopeyas de mi patria: Benito Juárez* (prólogo de Agustín Trefogli), 3ª ed., México, Factoría Ediciones, 2010, Cap. XI (en adelante *Memorias. Epopeyas de mi patria...*).

⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴ Vid. Álvaro Matute, “Prólogo”, en Enrique de Olavarría y Ferrari, *Episodios históricos mexicanos. Novelas históricas nacionales* (Tomo I), México, FCE-ICH, 1987, p. III (en adelante “Prólogo”).

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ *Supra*, p. 4.

⁴⁷ Vid. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos* (prólogo de Horacio Labastida), 4ª ed., México, Porrúa, 2011, p. 99 (en adelante *Memorias de mis tiempos* para la obra de don Guillermo, y “Prólogo” para el texto de Labastida). Tres personas más fungieron como fundadores de la Academia de Letrán: Manuel Tonat Ferrer y los hermanos Juan Nepomuceno y José María Lacunza.

⁴⁸ Vid. Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 171.

⁴⁹ Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, en *Historia general de México...*, pp. 639 y 640 (en adelante “El liberalismo triunfante”).

Abundaba entonces la poesía y se iniciaba la novela sentimental y folletinesca,⁵⁰ pero fueron los “cuadros de costumbres” el “... último y más evolucionado fruto literario de las letras mexicanas”⁵¹ en aquella época. Después del Pensador Mexicano, correspondió el mérito de haber sido su más célebre cantor nacional a “Fidel (seudónimo utilizado por Prieto)”, quien a “...partir de 1840 y hasta finales del siglo XIX, estuvo presente en numerosas publicaciones con sus múltiples series costumbristas”.⁵²



Fig. 4. “...fui en busca de la calle y casa en que nació nuestro popular poeta D. Guillermo Prieto [...] [y] tuve la fortuna de fijar el sitio en que vino al mundo el festivo y pintoresco narrador de nuestras costumbres nacionales...” (Luis González Obregón, *Las calles de México*, 2ª ed., México, Botas & Alonso Editores, 2007, “La calle y casa en donde nació Fidel”).

⁵⁰ Vid. Cristina Barros, “Realismo y naturalismo”, p. 84. Surgido en Francia, el género “folletinesco” es una de las manifestaciones literarias típicas del siglo XIX. La idea principal de su uso consistía en incluir, entre las diferentes secciones del periódico, una obra novelesca destinada a aparecer sólo de manera parcial, y cuyo objetivo era mantener al público pendiente del siguiente número. Se ha aseverado que gracias a ello hubo una “democratización” sin par de la literatura, pues la misma estuvo al alcance de numerosos lectores.

⁵¹ Vid. José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 735.

⁵² *Ibidem*.

En consonancia con el párrafo anterior, y para concluir el presente acto, hemos de mencionar que después de las creadas por el Pensador Mexicano, y de las provenientes de la Academia de Letrán, aparecieron en México las primeras narraciones de tipo netamente romántico, siendo su iniciador Manuel Payno (1820-1894), personaje que en 1845 fundó, junto con Guillermo Prieto —su compañero en múltiples andanzas—, la *Revista Científica y Literaria de México*, en cuyas páginas dio a conocer *El pistol del diablo* (publicada como unidad hasta 1859),⁵³ “...novela fantástica y de costumbres...”⁵⁴ que, adaptada al contexto mexicano, obedeció a la popular fórmula francesa que se encontraba en boga: la novela por entregas o “de folletín”.⁵⁵

V

La segunda mitad del siglo XIX determinó el destino del país en todos sus aspectos: abatido el santannismo, la promulgación de una nueva Constitución se hizo imprescindible, y en lo concerniente al ámbito cultural, la victoria de los llamados liberales terminó de consagrar a los Insurgentes y logró consolidar, aunque nunca de manera generalizada, la glorificación del pasado indígena y la consecuente denigración de la conquista. Al respecto, Ignacio Ramírez (1818-1879), “El Nigromante”, afirmó que en el momento en el que el cura Hidalgo comenzó su hazaña, había nacido México,⁵⁶ y Manuel Payno, por su parte, planteó la necesidad de venerar a los adalides de la patria, idea que ratificaría años después con esta frase: “...más adelante calificará la historia a nuestros héroes con la justicia e imparcialidad necesarias. A nosotros nos toca, como mexicanos, admirar su valor, imitar su abnegación y honrar su memoria”.⁵⁷

Como podemos apreciarlo, continuaba apuntalándose una imagen de México que hasta ese momento, y pese a todo lo acontecido, no terminaba de consolidarse, aunque se encontraba mucho más cerca de conseguirlo.

⁵³ *Ibidem*, p. 726.

⁵⁴ Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 20.

⁵⁵ José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 726, *cfr.* Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 112.

⁵⁶ *Vid.* Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación...*, pp. 51-69.

⁵⁷ Manuel Payno, *Compendio de la historia de México para el uso de los establecimientos de instrucción pública de la República Mexicana*, 8ª ed., México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1886, p. 145 (en adelante *Compendio...*).



Fig. 5. “Nosotros venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo y nacimos luchando como nuestro Padre, por los símbolos de la emancipación, y como él, luchando por la santa causa desapareceremos sobre la tierra...” (Ignacio Ramírez en Alfonso Sierra Partida, *Ignacio Ramírez. Espada y pluma*, México, Ediciones del Gobierno del Estado de Guanajuato, 1978, pp. 54 y 55). La anterior sentencia pertenece al patriótico pregón que pronunció el Nigromante en 1861, cuando el mismo fungió como orador cívico en los festejos del 16 de septiembre, poco tiempo después de haber concluido la Guerra de Reforma. Luis González Obregón refirió, en su momento, que dicho discurso era “...el más brillante y elocuente de los que se [habían pronunciado] en nuestra tribuna cívica” (Luis González Obregón, *México viejo (Época colonial). Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*, 9ª ed., México, Patria, 1966, Apéndice No. 3: “Oradores cívicos”).

VII

Encontrándose la nación bajo el gobierno de Comonfort, fue aprobada la Constitución de 1857, misma que entraría en vigor el 5 de febrero del mismo año, y con la cual diversas leyes destinadas a “...regenerar al país [...] echando por tierra todo lo antiguo y perjudicial al progreso...”⁵⁸ se harían efectivas. No obstante, y debido al descontento generado por el contenido del documento en cuestión, se suscitó un nuevo enfrentamiento entre los bandos liberal y conservador, mismo que a la larga devino en aquella que hasta el día de hoy conocemos como “Guerra de Reforma”, conflicto cuyo resultado, se ha aseverado, fue el de haber logrado la escisión definitiva entre la Iglesia y el Estado. No obstante, su importancia en este texto se resume con las siguientes y muy apropiadas citas, ya que con ella —se dijo— quedó marcada “...una época de radical transición...”⁵⁹ en la que México “...rompió, definitivamente, con su pasado colonial”,⁶⁰ circunstancia que se acentuó en 1865, cuando Maximiliano de Habsburgo, cabeza del “Imperio” en el que se había intentado convertir al país, y la Iglesia Católica mexicana, molesta por no haber podido recuperar sus privilegios y prebendas, rompieron relaciones.⁶¹

Empero, mientras lo anterior acontecía, formaban su hogar en Guanajuato, en la célebre “Cuna de la Independencia”, el licenciado Pablo González Montes y la señora Jesús Obregón, quienes recibieron en su domicilio de Cruz Verde, el 25 de agosto de 1865, a su primer y único hijo, a quien pusieron por nombre: Luis.⁶²



⁵⁸ Juan de Dios Peza, *Memorias. Epopeyas de mi patria...*, Cap. I.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 133.

⁶¹ *Vid.* Lilia Díaz, “El liberalismo militante”, en *Historia general de México...*, pp. 619 y 620.

⁶² *Vid.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 10.

2. Nueva era

Oriundo de Celaya, el licenciado Pablo González Montes contrajo matrimonio con la señora Jesús Obregón, dama proveniente de la ciudad de León, y juntos constituyeron una familia criolla, cuyo hogar fue establecido en la ciudad de Guanajuato, específicamente en la calle de Cruz Verde, misma que corría entre la Plaza y el Jardín de la Unión.⁶³ Lo único que hacía falta para que la familia se consolidase —según los cánones de aquella época y numerosas mentes anacrónicas de hoy— era la llegada de un hijo, misma que aconteció, lo volvemos a mencionar, el día 25 de agosto de 1865.

Contrarios a la costumbre de la época, consistente en convertir a los “retoños” en tocayos inmediatos de sus padres, los señores González Obregón decidieron bautizar a su hijo con el nombre de Luis, primero en honor de su padrino y tío paterno, y segundo por haber nacido el infante en la fecha que la Iglesia Católica ha asignado para una singular advocación: San Luis, el rey de los franceses.⁶⁴

Al convertirse en padre, don Pablo González Montes, abogado de profesión que anteriormente había fungido como juez de letras y encargado de los ramos civil y criminal de Guanajuato, ocupaba el cargo de prefecto político de la misma población,⁶⁵ y se ha aseverado que fue un ferviente colaborador del Imperio de Maximiliano,⁶⁶ cuyo derrumbe, cabe mencionar, le obligó a trasladarse junto con su familia a la Ciudad de México, pues pronto se manifestaron en muchos lugares del país los ánimos exaltados en contra de los partidarios del llamado “régimen usurpador”.⁶⁷

El pequeño Luis contaba apenas con dos años, y a esa corta edad logró sortear un viaje que era tan largo como peligroso, pues “...cuando no eran los patriotas quienes ponían en peligro a los viajantes, eran los ladrones [...] quienes los despojaban de sus caudales, joyas y vestidos”,⁶⁸ tal como solía acontecer en los hoy inmortalizados sitios de Río Frío y Monte de las Cruces.

⁶³ *Ibidem*, p. 10.

⁶⁴ *Ibidem*., pp. 10 y 11.

⁶⁵ *Ibidem*.

⁶⁶ *Vid.* Flor de María Hurtado, “Prólogo”, p. XI.

⁶⁷ *Ibidem*, pp. XI y XII.

⁶⁸ Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 11.

Más de una semana tardaron los guanajuatenses en llegar a Toluca, y allí tuvieron que permanecer por algún tiempo, ya que era prácticamente imposible arribar a la Ciudad de México, en ese momento cercada por las tropas del general Porfirio Díaz. Empero, cuando comenzó a vislumbrarse que el sitio a la capital estaba por terminar, los viajeros se desplazaron a la entonces contigua población de San Ángel, lugar del que se trasladarían a la otrora *Tenochtitlan* una vez que “las aguas volvieran a su cauce”, lo cual aconteció el 21 de junio de 1867 —a tan sólo dos días de las muertes de Maximiliano, Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas—, cuando los badajos de la Catedral tañeron con estruendo, pero no para anunciar la habitual misa, sino el Triunfo de la República; así la familia González Obregón pudo finalmente arribar a la capital: de San Ángel viajaron a ella en el ferrocarril de vapor, cuya terminal se encontraba en la calle de Providencia, conocida hoy como Artículo 123. En ese paradero los esperaban los señores Luis González Montes, hermano de don Pablo, y Manuel Payno, el renombrado político, economista, novelista e historiador.⁶⁹



Fig. 6. El ya “famosillo” tropezón de doña Jesús que hizo caer a su hijo Luis en los brazos de Manuel Payno, justo en su llegada a la ciudad, parece —metafóricamente hablando— haberlo ligado para siempre a ella, a las letras y a la Historia (vid. Flor de María Hurtado, “Prólogo”, en Luis González Obregón, *México viejo*, México, Promexa, 1979, p. XII).

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 13-17

El pintoresco instante en el que nuestro cronista arribó a la Ciudad de México, por cierto, fue descrito con todos los matices de una conseja digna de transcribirse y perdurar:

En los momentos en que descendía del vagón la Sra. Obregón de González Montes, quien traía en los brazos al pequeño Luis, tropezó y estuvo a punto de caer. Payno, al tratar de salvar a la señora, recibió en los suyos al infante; y nadie ha podido precisar si el llanto que se escapó de los ojos de éste debióse a que lo asustaron las pobladas barbas del célebre Ministro de Hacienda, o a que un impulso del subconsciente, que diríase hoy, le arrancó las lágrimas al pensar que entraba en la ciudad que sería, al correr de los años, amor de sus amores como historiador, en brazos de aquel estimable político historiador, más lo primero que lo segundo.⁷⁰

II

El tercero de los ya mencionados periodos culturales⁷¹ comenzó en 1867, año sumamente importante en la vida de nuestra nación y caracterizado por los grandes cambios que en él se verificaron, los cuales incluyen, además del Triunfo de la República y el advenimiento —entonces involuntario— de Luis González Obregón a la Ciudad de México, la consolidación de la política liberal que en adelante y durante muchos años determinaría los derroteros de la nación, y que puede resumirse en sus tres palabras definitorias: “libertad, orden y progreso”.⁷²

El 15 de julio de dicho año, Benito Juárez realizó su segunda entrada triunfal en la capital mexicana, y tan sólo unos meses después ordenó la instauración de una comisión destinada a discutir las condiciones de una ley de instrucción⁷³ mediante la cual se terminara de liquidar la preponderancia del Clero en el único ámbito que, después de la Reforma, aún atesoraba: la educación.⁷⁴ La citada comisión estuvo conformada por los hermanos Francisco y José Díaz Covarrubias, por los señores Pedro Contreras Elizalde, Ignacio Alvarado y Eulalio María Ortega, y fue presidida por el doctor Gabino Barreda (1818-1881),⁷⁵ célebre introductor del positivismo, corriente filosófica que marcaría “un antes y un después” en el panorama intelectual mexicano.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 18.

⁷¹ *Supra*, p. 4.

⁷² *Vid.* Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, p. 637.

⁷³ *Vid.* Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación...*, p. 55.

⁷⁴ *Vid.* Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, pp. 162 y 163.

⁷⁵ *Vid.* Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación...*, p. 55.



Fig. 7. Habiendo cursado la carrera de medicina, Gabino Barreda viajó en 1848 a Francia para doctorarse en susodicha disciplina, pero no lo consiguió, pues antes fue “seducido” por el positivismo de Augusto Comte. Barreda regresó a México en 1851, concluyó su doctorado y alternó la práctica de la medicina con la impartición de algunas cátedras y la elaboración de diversos artículos escritos —tanto de índole médica como filosófica—, destacando entre ellos “La educación moral”, publicado el 3 de mayo de 1863 en el periódico *El Siglo Diez y Nueve*. Notable fue su labor como líder de la referida comisión que produjo la Ley de Instrucción Pública del 2 de diciembre 1867, estatuto con el que se decretó, entre otras cosas, la creación de la Escuela Nacional Preparatoria, institución en la que Barreda fungió como primer director desde el 17 de septiembre del mismo año, hasta el 28 de febrero de 1878 (*Vid.* Edmundo Escobar en Gabino Barreda, *La educación positivista en México* (selección, estudio introductorio y preámbulos por Edmundo Escobar), México, Porrúa, 1978, p. XI).

III

Formulado por Augusto Comte, el positivismo puede definirse como el “...resultado de la combinación de la teoría del progreso humano con los intereses prácticos, políticos y sociales...”,⁷⁶ cualidades que lo hacían concebirse como “capaz de reorganizar sociedades”,⁷⁷ y por ello es que fue traído al siempre desordenado México.

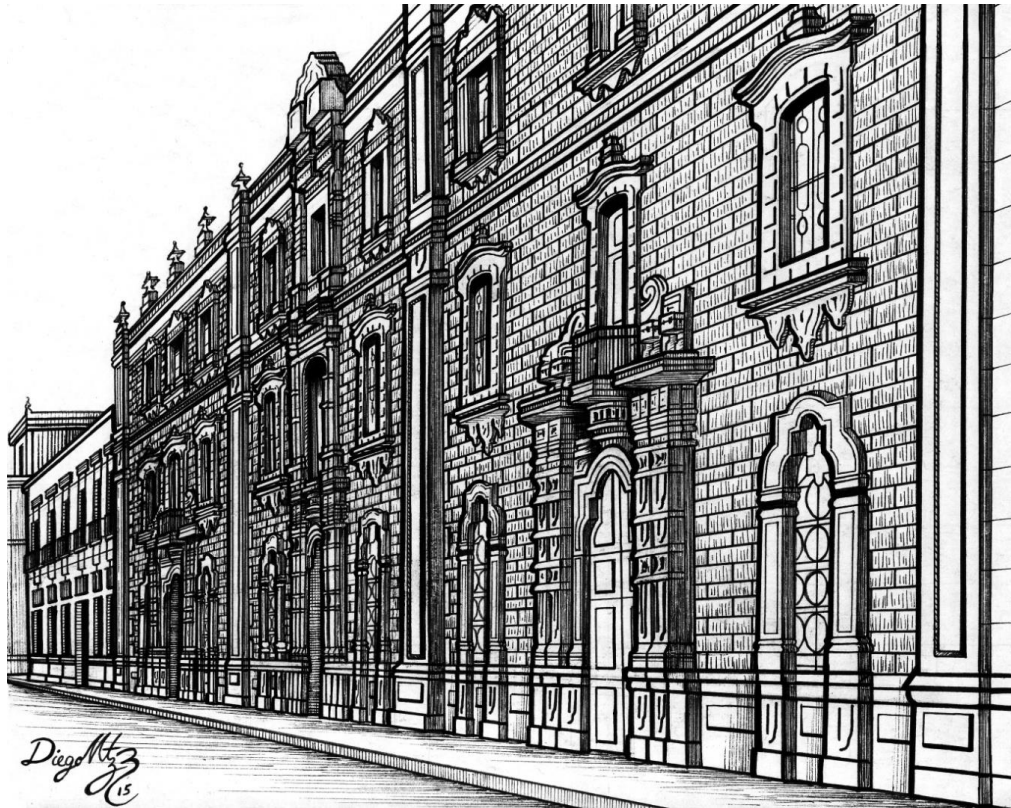


Fig. 8. “Perdido entre los anuncios de la tercera plana, sin ningún adorno, recuadro o viñeta que lo hiciera particularmente llamativo, apareció en el prestigiado diario liberal *El Siglo Diez y Nueve* del viernes 31 de enero de 1868, el siguiente aviso: ‘*Escuela Preparatoria*. Los cursos de la Escuela Preparatoria se abrirán el día 3 del próximo febrero en el antiguo colegio de San Ildefonso, fijándose en la puerta interior de él la lista de autores de asignatura para el presente año. México, enero 29 de 1868. I[sidoro] Chavero, Secretario’ (Vid. Ernesto Lemoine Villicaña, *La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda: 1867-1878*, México, UNAM, 1970, p. 75). Hacemos notar que en esta figura (para facilitar al lector la identificación del edificio en cuestión) aparece ilustrada la fachada actual del Colegio San Ildefonso, misma que fue inaugurada en 1910 y permanece como tal hasta nuestros días.

La Comisión encabezada por Barreda —quien cuatro años antes había propuesto, por medio de su famosa *Oración cívica*, que el arte de Clío fuera visto como una

⁷⁶ Josefina Zoraida Vázquez, *Historia de la historiografía*, p. 137.

⁷⁷ *Ibidem*.

ciencia—⁷⁸ realizó con suma eficacia la tarea encomendada por el presidente Juárez, y logró poner “...la educación a tono con los principios liberales del triunfante movimiento de Reforma y de acuerdo con las exigencias de la situación mexicana”.⁷⁹ Se creó entonces la Escuela Nacional Preparatoria y su plan de estudios fue estructurado de acuerdo a los principios del positivismo, corriente que además de sustituir al catolicismo como doctrina de enseñanza, intentó privar a la Historia de los beneficios que aún podía proporcionarle el romanticismo, ese *modus vivendi* que en su vertiente literaria consentía la elaboración de grandes recreaciones históricas⁸⁰ y que, pese a las circunstancias, continuaría latente a través de la pluma de hombres como Vicente Riva Palacio (1832-1896) y otros escritores.



Fig. 9. “...Riva Palacio escribió siete novelas históricas en cinco años [...] El gran personaje de [las mismas fue] la Inquisición. En lugar de publicar simplemente una colección de documentos que sería consultada sólo por algunos eruditos curiosos, [el General] eligió el género de la novela histórica para instruir deleitando...” (José Ortiz Monasterio en Vicente Riva Palacio, *Ensayos históricos* (estudio preliminar y coordinación de José Ortiz Monasterio), México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora-UNAM-CONACULTA, Instituto Mexiquense de Cultura, 1997, p. 12).

⁷⁸ Vid. Ernesto Lemoine Villicaña, *La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda: 1867-1878*, México, UNAM, 1970, p. 16, *cfr.* Edmundo Escobar en Gabino Barreda, *Le educación positivista en México* (selección, estudio introductorio y preámbulos por Edmundo Escobar), México, Porrúa, 1978, pp. XI, XII, 15 y 16. La *Oración cívica* es un análisis político, social y filosófico elaborado desde una perspectiva liberal y positivista que no tardó en trascender los límites de Guanajuato. Uno de sus puntos más notables es aquél en el que se proclama que, en adelante, la divisa de la nación mexicana debía consistir en las tres palabras que condicionarían su rumbo a seguir: “Libertad, orden y progreso”.

⁷⁹ Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación...*, p. 57.

⁸⁰ Vid. Álvaro Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, FCE, 1999, p. 20 (en adelante *Pensamiento historiográfico mexicano...*).

IV

A las ventajas y desventajas obtenidas por la susodicha libertad⁸¹ —“política, de trabajo, religiosa y de casi todo”—,⁸² al orden en que se intentó sustentar la ley y al progreso que se pretendía alcanzar, se sumó un notable impulso cultural conocido como “Concordia nacionalista”, cuyo artífice fue el insigne “Maestro” Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), mecenas de toda una generación de hombres de letras.



Fig. 10. En torno a Altamirano “congregábase una multitud de jóvenes escritores fraternalmente unidos, y los viejos campeones de antiguas lides literarias, poseedores ya de fama y nombradía” (José Luis Martínez *apud* Enrique de Olavarría y Ferrari, “El Maestro Altamirano”, en Ignacio Manuel Altamirano, *Crónicas de la semana. Del Renacimiento/1869* (introducción por José Luis Martínez, Francisco Monterde y Huberto Batis), México, INBA, 1969, p. 11).

⁸¹ *Supra*, p. 16.

⁸² *Vid.* Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, p. 637.

Apenas habían transcurrido unos meses del deceso de Maximiliano cuando el Maestro promovió, junto con otros escritores de la época, la celebración de unas veladas literarias, mismas que se efectuaron entre noviembre de 1867 y abril de 1868, y cuyo objetivo, lejos de limitarse a la simple lectura de poesía y a la emisión de juicios críticos sobre la misma, era el de fungir como germen de aquella unidad nacional que, debido a las amargas experiencias vividas por el país, ya se tenía como indispensable. Por lo tanto, a las antedichas tertulias se les ha definido como “...los primeros acordes de la lira mexicana, modulados bajo la oliva de la paz...”,⁸³ y como los cimientos en la instauración de una nueva página literaria en los anales de México, caracterizada por una integración cultural en la que disciplinas como el arte, la ciencia y, sobre todo, la Literatura y la Historia, fueron cultivadas con desmedido entusiasmo, tanto por liberales como por conservadores.⁸⁴

Al llegar 1869, cuando aquellas reuniones no se efectuaban más, el incansable Altamirano fundó *El Renacimiento*, revista cultural, “miscelánea y didáctica”⁸⁵ que fungió no sólo como núcleo de conciliación para las ideologías políticas, sino también para las diversas doctrinas literarias que estaban obligadas a convivir entre sí, aunque sin perder de vista la política “mexicanizadora” de las letras.⁸⁶ Aquel nacionalismo concebido tempranamente por hombres como Clavijero y Fernández de Lizardi, experimentó un proceso de maduración y fortalecimiento⁸⁷ que devino en la creación de una verdadera literatura nacional, sustentada “...mediante la práctica de temas autóctonos”,⁸⁸ hermanada en *El Renacimiento* y brillantemente encarnada en los poemas y romances históricos de Fidel, en las obras costumbristas de Payno, en las novelas históricas de Riva Palacio⁸⁹ y, por supuesto, en las crónicas y cuentos del propio Altamirano, para quien, cabe mencionar, la novela mexicana que se había realizado hasta 1869 se encontraba en la “infancia”,⁹⁰ imbuida con los beneficios que tal estatus conlleva: un futuro prometedor que

⁸³ Vid. José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 731.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 712.

⁸⁵ Huberto Batis, “La revista literaria *El Renacimiento*, 1869”, en Ignacio Manuel Altamirano, *Crónicas de la semana* (introducción por José Luis Martínez, Francisco Monterde y Huberto Batis), México, INBA, 1969, p. 14 (en adelante *Crónicas de la semana...* para el texto de Altamirano, “La revista literaria...” para el de Batis, “Crítica estimulante...” para el de Monterde, y “El maestro Altamirano”, para el de Martínez).

⁸⁶ Vid. Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, p. 651.

⁸⁷ Vid. José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 712.

⁸⁸ Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, p. 651.

⁸⁹ *Ibidem*.

⁹⁰ Vid. Huberto Batis, “La revista literaria...”, p. 16.

correctamente encauzado puede convertirse en una prolífica realidad. Por ello fue que incitó a los escritores para que utilizaran al género “...como un artificio para hacer descender a la masa doctrinas y opiniones, dejando los estúpidos cuentos ociosos, [pues] tras la fantasía debían estar la Historia [y] el análisis social”,⁹¹ circunstancia que nos permite apreciar que las preocupaciones y prioridades de Altamirano estuvieron, en no pocas ocasiones, enfocadas a la educación, convicción que encontraría una de sus mejores oportunidades de acción y trascendencia en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria, asunto que expondremos en breve.

Finalmente, y dentro del mismo canon, es imprescindible mencionar que el talento de los personajes citados confluyó igualmente en el Liceo Hidalgo, asociación cultural que —fundada por el Maestro en 1872— no se limitó a seguir los derroteros establecidos por la ya referida Academia de Letrán,⁹² sino se apegó también a los preceptos que encauzaron a *El Renacimiento*: el fortalecimiento del nacionalismo, pero de uno con talante “*altamironiano*”, entendido éste como aquél que catalizó y reformó las tendencias indigenistas, populares y “patrioterías” mediante una estética literaria que guiaría a varias generaciones de transición entre el romanticismo y el modernismo cosmopolita, y en el que se instó a los escritores a la cabal comprensión de su circunstancia, pero sin olvidarse del público, al cual se exhortó se fuera acostumbrando, poco a poco, al estudio de los nuevos conocimientos mediante “...pociones nacionales y [fácilmente] asimilables”.⁹³

“Altamirano, ampliando la lección de Fernández de Lizardi, supo descubrir la dignidad artística de lo mexicano, sin olvidar la necesidad de una circulación universal,”⁹⁴ lección que calaría muy hondo entre sus discípulos, los cuales no dudarían en tomarla como estandarte, pero no sin antes enriquecerla con sus propias aportaciones. Tal fue el caso de Luis González Obregón, quien aunque lo parezca, no ha quedado de lado en ésta obra.



⁹¹ Ignacio Manuel Altamirano en *Ibidem*.

⁹² *Vid.* Miguel Ángel Castro, *op. cit.*, pp. 37 y 38.

⁹³ *Vid.* Huberto Batis, “La revista literaria...”, p. 14.

⁹⁴ José Luis Martínez, “El maestro Altamirano”, p. 26.

3. Transliteración

Fue la de Santa Brígida,⁹⁵ entre las calles de México, la elegida por la familia González Obregón para afincarse, y allí transcurrieron los primeros años de la niñez enfermiza de nuestro cronista,⁹⁶ quien a pesar de ser pequeño, miope y en extremo consentido, debió ser iniciado en el mundo del aprendizaje, labor que en primera instancia correspondió a la hija de una señora de apellido Mitchel, después a un individuo suizo conocido como Breheme, y posteriormente a un par de hombres que fueron los encargados de complementarla: John Berry, su instructor de Inglés, y Thomas Murphy,⁹⁷ de quien el pequeño Luis adquirió sus primeras nociones de Aritmética, Geometría e Historia... pero de la historia escrita por los “liberales triunfadores”.⁹⁸

No sabemos la fecha exacta —y tal vez no sea tan relevante conocerla— pero al contar con 10 años de edad, o quizá 11, el infantil González Obregón se encontraba inscrito en el Seminario Conciliar de la Ciudad de México, establecimiento que tuvo que abandonar por haber contraído un fuerte paludismo que lo alejó de todo tipo de estudios durante un lapso de tres años, mismos que, sin embargo, no fueron estériles o infructuosos para nuestro joven amigo, ya que el mismo, teniendo 12 años de edad y en compañía de su prima Octavia Gagajá, y de Ángel de Campo (1868-1908) —amigo del que sólo la muerte le separaría—, se dedicó a escribir un “periodiquito” intitulado *La Lira*, en el cual redactó

⁹⁵ Vid. Justino Fernández, “Santa Brígida de México”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, Vol. IX, N° 35, México, IIE-UNAM, 1966, pp. 15-19 (consultado el 11 de abril de 2015 en p. http://www.analesiie.unam.mx/pdf/35_15-24.pdf). La iglesia de Santa Brígida ocupó el espacio comprendido entre las actuales avenidas Juárez e Independencia, la calle López y el Eje Central Lázaro Cárdenas, arterias viales que hoy pertenecen al ex-Distrito Federal. No conseguimos información precisa sobre cuál de éstas pudo ser la calle de Santa Brígida; sin embargo, nos inclinamos porque un fragmento de lo que hoy es el Eje Central haya sido el conocido con ese nombre, ya que según Fernández la citada iglesia se encontraba ubicada allí, cuando a dicha vía se le identificaba como 1ª calle de San Juan de Letrán. También debemos tener presente que de antiguo, los nombres populares —mas no oficiales— con que eran conocidas las calles aludían a sucesos históricos, fundaciones piadosas e, incluso, a los apellidos de los vecinos ilustres que residían en las mismas.

⁹⁶ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 37.

⁹⁷ Vid. Silvestre Villegas Revueltas, “La deuda inglesa de México en el siglo XIX”, en *Decires. Revista del centro de enseñanza para extranjeros*, CEPE-UNAM, Vol. 8, N° 8, México, primer semestre de 2006, p. 96 (consultado el 17 de mayo de 2015 en p. <http://132.248.130.20/revistadecires/articulos/art8-6.pdf>). Este hombre se encargó, durante la guerra con los Estados Unidos, de renegociar el monto de la llamada “Deuda Inglesa”, empréstito que México arrastraba desde el año de 1826 y que, por muchos años más, le ocasionaría no pocas tribulaciones.

⁹⁸ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 40 y 41.

un diálogo entre los historiadores que más le habían impresionado hasta entonces: Lucas Alamán y Lorenzo de Zavala.⁹⁹

Una vez recuperado de su enfermedad, el “futuro” historiador se reincorporó a la vida estudiantil, pero ya no en su papel de seminarista, sino como alumno de la Escuela Nacional Preparatoria, presidida entonces por el hoy poco estudiado naturalista don Alfonso Herrera... ello aconteció en 1879, como consta en el *Libro general de matrículas de los alumnos que han ingresado a esta escuela en los años de 1878-[18]84* (en adelante *Libro general de matrículas...*).¹⁰⁰ No obstante, y por alguna razón que está fuera de nuestro alcance, el joven Luis —que a la sazón contaba con 13 “primaveras”,¹⁰¹ o “abrilés”, como solía decirse— no culminó o no cursó ese ciclo escolar, y fue reinscrito al primer grado de estudios preparatorios para la carrera de abogado¹⁰² en 1880,¹⁰³ año que podemos considerar como el “oficial” para datar el inicio formal de su vida académica. Para entonces, el domicilio de la familia González Obregón había cambiado, pues el mismo se ubicaba ya en el número 7 de la calle de Cocheras,¹⁰⁴ hoy 1ª calle de República de Colombia.¹⁰⁵

⁹⁹ *Ibidem*, pp. 53 y 54, *cfr.* Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, pp. 125-131, y Josefina Zoraida Vázquez, “Don Manuel Payno y la enseñanza de la Historia”, en *Historia mexicana*, Vol. 44, N° 1, México, COLMEX, julio-septiembre de 1994, p. 173 (consultado el 13 de abril de 2015 en p. http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/NQM112IE1349SG4RREMUP82LKGNT_BI.pdf) (en adelante “Don Manuel Payno y la enseñanza...”). Siendo muy joven, el criollo Lucas Alamán fue testigo del “horror” que significó la entrada de los Insurgentes a Guanajuato, su entidad natal. Dicho suceso contribuyó a que su opinión respecto al movimiento de Independencia se tornara completamente negativa, lo cual es evidente en su obra historiográfica, conducto mediante el cual se proyectó como “el censor más violento” del movimiento insurgente de 1810, sin contar que para él fue la conquista española, y no el pasado indígena, el verdadero principio de la nación mexicana. Lorenzo de Zavala, por su parte, e ignorando igualmente a la época prehispánica, erigió al año de 1808 como aquél que marcó el inicio de la historia nacional, pues antes de ello, el país había atravesado por “un momento de silencio, de sueño y monotonía”. Asimismo, Zavala fue un entusiasta admirador y partidario de la organización política y social de los Estados Unidos de América, así como de la “grandeza” alcanzada por dicha nación tras su independencia.

¹⁰⁰ AHUNAM, *Escuela Nacional Preparatoria*, 2.1.5/251, folios 139, 140 y 142 (en adelante AHUNAM, *ENP...*).

¹⁰¹ *Ibidem*, fol. 139.

¹⁰² *Vid.* Ernesto Lemoine Villicaña, *op. cit.*, pp. 82-98. La enseñanza preparatoria estaba dividida en cuatro áreas: Abogacía; Medicina y Farmacia; Agricultura y Veterinaria, e Ingeniería, Arquitectura y Metalurgia. Las primeras se cursaban en cinco años y la última, de carácter más “científico”, en cuatro. Dos años más tarde, dichas especializaciones fueron reducidas a tres, unificándose la de Medicina y Farmacia con la de Agricultura y Veterinaria.

¹⁰³ AHUNAM, *ENP...*, fol. 139.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

¹⁰⁵ *Vid.* Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “Apéndice II. Origen de algunos nombres antiguos de las calles”. Se le llamaba así por haber sido albergue de los coches de los inquisidores.

I

Como es natural, al poco tiempo de su fundación comenzaron a egresar de la Escuela Preparatoria las primeras generaciones de alumnos, y con cada una de ellas se iba afianzando el positivismo como doctrina oficial y dominante.¹⁰⁶ Empero, sobrevivía el romanticismo, o por lo menos algunos de sus rescoldos ideológicos.¹⁰⁷

La institución creada por Barreda nunca llegó a ser cien por ciento positivista, pues la misma albergó, desde sus inicios, a algunos disidentes en su propia planta docente, siendo paradigmáticos los casos de Rafael Ángel de la Peña, “...el gramático pulcro, atildado, correctísimo, humanista y científico —aunque no positivista— que [no sólo] llegó a hacer público su disentimiento del comtismo...”,¹⁰⁸ sino también impartió lecciones de Castellano a nuestro cronista,¹⁰⁹ y José María Vigil (1829-1909), que fungiendo como profesor de Gramática española escribió, en el año de 1878, el excelente ensayo titulado *Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria*,¹¹⁰ mediante el cual apeló a la concepción de una Historia mestiza, “...sintetizadora de los dos polos histórico-políticos de nuestro ser nacional...”,¹¹¹ y canalizó, igualmente, sus críticas contra el sistema educativo preparatorio que prevalecía, al cual opuso aquella contextura humanista, mexicanista y romántica que se estaba diluyendo “...en medio de una generación entusiasmada con el positivismo”.¹¹² Asimismo, es importante mencionar que Vigil fue pionero en advertir sobre lo irracional y perjudicial que había en el odio hacia el pasado colonial mexicano, ya que consideraba al mismo como indispensable para comprender, a cabalidad, el presente nacional,¹¹³ una idea que, lo veremos más adelante, sería retomada y exaltada por nuestro personaje.

¹⁰⁶ Vid. Álvaro Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano...*, p. 20.

¹⁰⁷ *Supra*, p. 19.

¹⁰⁸ Ernesto Lemoine Villicaña, *op. cit.*, p. 62.

¹⁰⁹ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 46.

¹¹⁰ Vid. *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia* (selección, introducción, estudio y notas de Juan Antonio Ortega y Medina; prólogo a la tercera edición de Álvaro Matute; notas y apéndice bio-bibliográfico de Eugenia W. Meyer), 3ª ed., México, IIH-UNAM, 2001, p. 308 (en adelante *Polémicas y ensayos...*). El manifiesto de Vigil fue publicado en cinco partes, desde el 9 de junio de 1878 hasta el 6 de julio del mismo año, en un periódico llamado *El Sistema Postal*.

¹¹¹ Juan Antonio Ortega y Medina en *ibidem*, p. 16.

¹¹² *Ibidem*, p. 312.

¹¹³ *Ibidem*.



Fig. 11. José María Vigil se lamentó por el abandono en que se hallaban los estudios históricos dentro de la educación “científica y literaria”, y enfatizó la necesidad de dedicarse a ellos para profundizar, verdaderamente, en la realidad mexicana y fortalecer así al patriotismo mediante lo propio, lo entrañable y lo peculiar; igualmente propuso “...revisar la forma de escribir y transmitir la Historia, sometiendo a examen los compendios históricos existentes hasta entonces, a los que consideraba farragosos, narrativos, descarnados y carentes de ideas generales, [lo cual daba] por resultado el hastío y la repulsión de los educandos [hacia ellos]”. Los textos se encontraban, en su opinión, de espaldas a la tradición ilustrada y aun romántica (*Vid.* Juan Ortega y Medina en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia* (selección, introducción, estudio y notas de Juan Antonio Ortega y Medina; prólogo a la tercera edición de Álvaro Matute; notas y apéndice bio-bibliográfico de Eugenia W. Meyer), 3ª ed., México, IHH-UNAM, 2001, pp. 311-313).

Pero... ¿qué sucedía con la Historia y su enseñanza? Manuel Payno fue el primero en impartir la asignatura correspondiente, misma que se intitulaba “Cronología, Historia General y del País”,¹¹⁴ y desempeñó dicha labor durante nueve años, periodo en el que “...pulsando la necesidad imperiosa que tenían sus alumnos de libros de texto baratos y

¹¹⁴ *Vid.* Ernesto Lemoine Villicaña, *op. cit.*, p. 69.

prácticos...”,¹¹⁵ redactó también su *Compendio de la historia de México para el uso de los establecimientos de instrucción pública de la República Mexicana* (en adelante sólo *Compendio...*), un engorroso manual a base de preguntas y respuestas que, publicado por primera vez en 1870,¹¹⁶ fue aprobado de inmediato como libro de texto oficial en la mayoría de las escuelas del país, incluida —casi sobra decirlo— la Preparatoria.¹¹⁷ Complementaban al libro de Payno —mismo que llegó a contar hasta 13 ediciones—¹¹⁸ la *Historia de la conquista de México* de William Prescott, y diversas obras escritas por el abate Drioux, como su *Historia antigua*.¹¹⁹



Fig. 12. “Difícil es que el hombre imparcial, y mucho menos la juventud, comprenda quién tiene la razón [...] Por ahora nos hemos ceñido a consignar los hechos. Más tarde vendrá la crítica de los acontecimientos” (Manuel Payno, *Compendio de la historia de México para el uso de los establecimientos de instrucción pública de la República Mexicana*, 8ª ed., México, Imprenta de Francisco Díaz de León, p. 362).

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 70.

¹¹⁶ *Vid.* Josefina Zoraida Vázquez, “Don Manuel Payno y la enseñanza...”, p. 167.

¹¹⁷ *Vid.* Ernesto Lemoine Villicaña, *op. cit.*, p. 71.

¹¹⁸ *Vid.* Miguel Soto Estrada, “Manuel Payno”, en: *En busca de un discurso integrador...*, p. 66 (en adelante “Manuel Payno” para el texto de Miguel Soto).

¹¹⁹ *Vid.* Ernesto Lemoine Villicaña, *op. cit.*, p. 163.

El autor de *Los bandidos de Río Frío* no sólo fue un romántico, debido a su visión del presente como resultado del pasado,¹²⁰ sino también ha sido considerado como “positivista a medias”,¹²¹ y quizá no sea aventurado suponer que la impartición de su cátedra debió ajustarse a dichos cánones: la estricta consignación de los hechos que precede a las posteriores e ineludibles crítica e interpretación de los acontecimientos.¹²² Empero, Manuel Payno fue cesado de su cargo como profesor el día 28 de diciembre de 1876, cuando aquéllos que lograron derrocar a Sebastián Lerdo de Tejada —quien había sido reelecto presidente de la República para un periodo que finalizaría en 1880—¹²³ designaron a un erudito mucho más romántico para ocupar su lugar: Ignacio Manuel Altamirano.¹²⁴

II

Las clases del Maestro comenzaron entonces “...y ya es de suponer lo que sería la Historia contemporánea de México en sus lecciones”.¹²⁵ No obstante, el artífice de *El Zarco* sólo ocupó el cargo de profesor interino de Cronología e Historia durante un año, ya que el 18 de abril de 1877 obtuvo una licencia indefinida para separarse de su plaza, y cuando regresó para continuar ejerciendo su labor como docente —tan sólo “365 días” después— lo hizo encargado de otra cátedra: “Historia de la Filosofía”.¹²⁶ Su lugar como emisario de Clío fue ocupado por el otrora romántico Justo Sierra Méndez,¹²⁷ quien durante años embelesó con sus clases a numerosos estudiantes, entre los cuales debemos mencionar a Luis González Obregón.

Corría el año de 1884, y mientras nuestro joven cronista se adentraba todavía más en los derroteros de la Historia, en el país continuaban verificándose cambios y algunas desavenencias, siendo una de ellas la protagonizada por Manuel González (1833-1893), quien cuatro años antes había sucedido a su compadre Porfirio Díaz en la presidencia de la República y “ahora” se veía inmerso en un dilema que, aunado a la nada popular instauración de la moneda de níquel, acabó rápidamente con la buena reputación de su

¹²⁰ Vid. Josefina Zoraida Vázquez, “Don Manuel Payno y la enseñanza...”, p. 171.

¹²¹ Ernesto Lemoine Villicaña, *op. cit.*, p. 70.

¹²² Vid. Josefina Zoraida Vázquez, “Don Manuel Payno y la enseñanza...”, p. 178.

¹²³ Vid. Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, p. 652.

¹²⁴ Vid. Ernesto Lemoine Villicaña, *op. cit.*, p. 72.

¹²⁵ Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 49.

¹²⁶ Vid. Ernesto Lemoine Villicaña, *op. cit.*, p. 130.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 151.

gobierno: el arreglo de la “Deuda inglesa”,¹²⁸ convenio que en el instituto fundado por Barreda suscitó una agitación estudiantil que posteriormente devino en una inesperada consecuencia: Justo Sierra, que además de impartir lecciones de Historia fungía como diputado en el Congreso Federal, “...sostuvo la conveniencia de pagar aquella deuda, como la sostuvieron todos cuantos tuvieron la visión de lo que significaba la necesidad de mantener el crédito del país”,¹²⁹ y ante ello un indignado grupo de estudiantes, entre los que se encontraban Genaro García Valdez, Ezequiel Adeodato Chávez, Arturo de la Cueva, y nuestro joven cronista, decidió abandonar su clase para siempre.¹³⁰

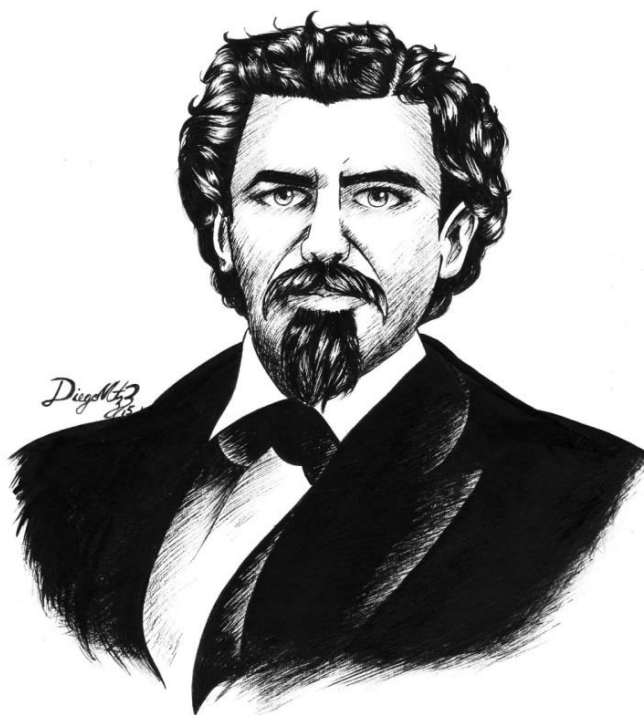


Fig. 13. “Es necesario pagar a todos por igual [...] he aquí por qué no se debe aplazar esta cuestión: si a medida que vaya avanzando este debate, se va viendo el sentimiento popular, guiado por lo que él cree su patriotismo, marchar a ciegas y enfurecido como el toro al que se presenta un guiñapo rojo, en contra del proyecto que se discute, la fortuna de este convenio habrá concluido para siempre y tendremos que prescindir del crédito; será inútil recurrir a los mercados europeos, porque ellos estarán para nosotros completamente cerrados [...] se trata de restablecer el crédito nacional [...] no se crea que este es un simple recurso oratorio [...] es una verdad, un hecho evidente, es un hecho *positivo* y demostrado por lo que pasa en nuestro país actualmente [...] Cuando aquí se pone en duda la legitimidad de la deuda inglesa; cuando algún diputado se atreve a decir que esta deuda no puede aspirar a ser legítima, ese diputado da un mentís a su patria...” (Justo Sierra Méndez. *Discursos* (edición preparada por Manuel Mestre Ghigliazza, y revisada y ordenada por Agustín Yáñez), México, UNAM, 1948, ‘La Deuda Inglesa’, pp. 101-115).

¹²⁸ Vid. Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, p. 659.

¹²⁹ Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 48.

¹³⁰ *Ibidem*.

III

Emancipados de la Clío “positivista”, los muchachos pusieron sus ojos en aquel literato y “...político que en sus días había excitado y conmovido a las multitudes, pidiendo desde la Tribuna del Congreso las cabezas de los ‘conservadores’: Ignacio Manuel Altamirano”,¹³¹ a quien propusieron les siguiera impartiendo la clase de Historia, “pues no querían contacto alguno con Sierra”.¹³²

Adolecía la Preparatoria, entonces, de una norma que hiciera obligatoria la asistencia de los alumnos a clases; los estudiantes podían abandonar sin ningún problema aquellas lecciones que les parecían aburridas para asistir a las de otros profesores y, simple y finalmente, presentar los exámenes correspondientes para aprobar sus asignaturas. Por otra parte, varios de los docentes consideraban que dicha situación “...se traducía en un desaprovechamiento lamentable de las lecciones...”¹³³ y por lo tanto algunos de ellos llegaron a impartir, ya fuera en la escuela, en sus domicilios particulares o cualquier otro sitio, clases extraordinarias a los jóvenes más rezagados.¹³⁴ Ello explica por qué Altamirano, sin ser el titular de la materia que ya entonces se denominaba “Historia General”, accedió y pudo, mediante una cátedra pública, aleccionar a aquel grupo de jóvenes inconformes.

Las clases del Maestro dieron comienzo y desde el principio se distinguieron por su prestancia; en ellas —haciendo gala y derroche de sus casi inigualables habilidades en el arte de la retórica— Ignacio Manuel Altamirano conseguía atraer, persuadir y anonadar a todo aquél que le escuchaba, mediante el uso de “...ese don admirable...” que poseía y que consistía en la “...elocuencia sorprendente que enseña, que deleita y que subyuga”.¹³⁵ Aunado a ello debemos recordar, atento lector, que antes que historiador, el autor de *Clemencia* y *La navidad en las montañas* era —y continúa siendo— mayormente reconocido por su importante labor en el mundo de las letras, y que gracias a su empeño, el

¹³¹ *Ibidem*.

¹³² *Ibidem*, p. 49.

¹³³ Vid. Ernesto Lemoine Villicaña, *op. cit.*, pp. 66-80.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 90.

¹³⁵ Luis González Obregón, “Biografía de Ignacio M. Altamirano. 1834-1893”, en *Homenaje a Ignacio M. Altamirano. Conferencias, estudios y bibliografía*, México, UNAM, 1935, p. 17 (en adelante “Biografía de Ignacio M. Altamirano” para el texto de Luis González Obregón, y *Homenaje a Ignacio M. Altamirano...* para la obra en su totalidad).

advenimiento de una literatura verdaderamente nacional, nacionalista y de talante educativo, accesible para las masas, pudo convertirse en una prolífica realidad.

Con tales antecedentes como respaldo, el Maestro Altamirano logró “...cultivar con éxito extraordinario a ese grupo de jóvenes intelectuales que comenzarían su brillante carrera *literaria* formando uno de los centros que más se han distinguido en México: ‘El Liceo Mexicano Científico y Literario’”.¹³⁶



Fig. 14. “...reunidos en la casa N° 21 de la calle de Ortega, hoy 1ª del Uruguay, habitación de Luis González Obregón, y en una pieza que su amorosa madre les destinó al efecto, Luis, su primo Toribio Esquivel Obregón, Alberto Michel, Ezequiel A. Chávez, Ángel de Campo (Micrós), Manuel Mangino y Adolfo Verduzco y Rocha, constituyeron el Liceo Mexicano [Científico y Literario] el día 5 de febrero de 1885” (Alberto María Carreño, *El cronista Luis González Obregón. Viejos cuadros*, México, Botas, 1938, p. 50). Ignacio Manuel Altamirano, por su parte, se impuso “...la voluntaria y noble tarea de ensanchar los conocimientos de aquellos jóvenes, de depurar su gusto en materia de letras y de formar el criterio á cuya luz deban modelar los escritos propios y juzgar los ajenos (*sic*)” (“Noticias diversas. Efectos de la emulación”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Tomo 95, Año 48, Núm. 15,372, México, 2 de mayo de 1889, p. 3).

¹³⁶ *Ibidem*.

IV

La idea de fundar una asociación intelectual surgió de aquel grupo de jóvenes aspirantes a escritores que aún no cumplían la mayoría de edad (aunque nuestro cronista, sin embargo, se encontraba a pocos meses de cumplir sus 20 “abrilés”) y que, sin contar con otro lugar para llevar a buen término su plan, se reunían en la habitación que hacía de biblioteca en la casa de “Gonzalitos”, apodo con el cual —imaginemos que con cariño— nombraban los entonces muchachos a nuestro cronista. Todos ellos sentían una gran afición por las letras y eran acérrimos lectores de novela y poesía: Benito Pérez Galdós, Salvador Díaz Mirón, Juan de Dios Peza... tampoco se perdían una sola sesión de aquellas que se verificaban los lunes en el Liceo Hidalgo, pues en las mismas se daban cita los más célebres escritores: el Maestro, Francisco Pimentel (1832-1893) y Riva Palacio, entre muchos otros, para discutir los problemas a los que se enfrentaba la incipiente literatura nacional.¹³⁷ Al respecto evocaría Luis González Obregón: “...leímos mucho [...] desde [Émile] Zola hasta [Lev] Tolstoy, desde Pérez Galdós hasta [Iván] Turguenef, sin olvidar a los nuestros: Fernández de Lizardi, Fernando Orozco [y Berra], Justo Sierra [O’Reilly], al trascendente “Facundo (José Tomás de Cuéllar)”, a Guillermo Prieto y a nuestro inolvidable Altamirano...”.¹³⁸ Todo ello marcó la tendencia que habría de seguirse una vez que el Liceo se hubiera constituido, lo cual aconteció el 5 de febrero de 1885.

La vida literaria de Gonzalitos y sus compañeros comenzó entonces y no pudo hacerlo de mejor forma: el modesto y recién constituido “Liceo Mexicano” no sólo experimentó el rápido incremento de sus componentes, sino en virtud del talento, empeño, dedicación y seriedad de los mismos, logró el apoyo incondicional de Altamirano, quien además de comenzar a presidir sus sesiones les ofreció, para llevar a cabo las mismas, el salón de actos que entonces pertenecía a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, institución de la cual había sido miembro refundador,¹³⁹ secretario y vicepresidente.¹⁴⁰

¹³⁷ Vid. Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, México, UNAM, 1957, pp. 159 y 160.

¹³⁸ Miguel Ángel Castro *apud* Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 39.

¹³⁹ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 51.

¹⁴⁰ Vid. Luis González Obregón, “Biografía de Ignacio M. Altamirano”, p. 12, *cf.* José Miguel Quintana, “González Obregón y el Liceo Mexicano”, en *Letras de México*, p. 318/12. El Coro de la Biblioteca Nacional y un restaurante llamado Sylvain fungieron, también, como sitios de reunión para el Liceo Mexicano.

Es importante señalar que el Liceo Mexicano Científico y Literario, entre las cada vez más escasas agrupaciones de su tipo, se distinguió como el heredero por excelencia de aquellos lineamientos consistentes en la creación y el fortalecimiento de una literatura caracterizada por su acentuado nacionalismo,¹⁴¹ y que debemos recordar fueron instaurados por la Academia de Letrán¹⁴² y sublimados por un agonizante Liceo Hidalgo,¹⁴³ e incluso se ha aseverado que fungió como el legítimo sucesor de este último, lo cual fue ratificado por el propio Luis González Obregón, quien peroró: “...por esta sociedad juvenil, que así como una planta humilde nace y crece bajo la protección de una robusta y vigorosa, así nuestro Liceo se acoge bajo la sombra benéfica de la primera corporación literaria de la República, del ‘Liceo Hidalgo’, a cuyas sesiones asiste para instruirse y tener un modelo que imitar”.¹⁴⁴

Casi al mismo tiempo que nuestro cronista comenzó a desarrollar su actividad literaria, dio por terminados sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria e ingresó a la de Jurisprudencia¹⁴⁵ con el objetivo de convertirse en abogado, como su padre. No obstante, fue incapaz de resistirse a los encantos de la Literatura y la Historia, disciplinas hermanas por las que siempre había sentido gran atracción y que lo llevaron, cual sirenas con su canto y “...sin celos entre ellas, [ni] violencia de pasión por una o por otra...”,¹⁴⁶ a abandonarlo todo por su causa.

V

El Liceo Mexicano permitió que el joven Luis y sus camaradas pudieran ejercitarse con libertad en todos los campos del espectro literario, y gracias a ello nuestro cronista tuvo la oportunidad de escribir biografías —tanto de héroes de la patria como de prosistas mexicanos—, breves estudios de literatura, notables artículos de historia y también novelas,¹⁴⁷ género al que quiso dedicarse en principio.

¹⁴¹ Vid. Alicia Perales Ojeda, *op. cit.*, p. 18.

¹⁴² *Supra*, p. 9.

¹⁴³ Vid. Alicia Perales Ojeda, *op. cit.*, p. 122. El Liceo Hidalgo dejó de existir en 1889.

¹⁴⁴ Miguel Ángel Castro *apud* Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 38.

¹⁴⁵ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 54. La Escuela de Jurisprudencia ocupaba, como sede, el antiguo convento de la Encarnación.

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 57.

¹⁴⁷ Vid. Miguel Ángel Castro, *op. cit.*, p. 40.

Después de *Juana. Memorias del tiempo del cólera*¹⁴⁸ y *Lucía*, sus primeros ensayos novelísticos anotados en cuadernos de contabilidad que quizá se han perdido para siempre, González Obregón dio origen a la que ha sido considerada su primera obra oficial: *Una Posada*, publicada en 1885 a instancia de su autor, quien pagó la entonces enorme cantidad de ocho pesos, por ejemplar, para tener la satisfacción de ver impreso su trabajo. Empero, se dice que pocos llegaron a conocer aquella novela debido a que en el momento en que Gonzalitos se dispuso a recogerla de la imprenta del señor Manuel G. Aragón, llovía estrepitosamente y “Micrós (Ángel de Campo)”, su sempiterno camarada, quien le acompañaba y también cargaba los paquetes, resbaló, y con ello la mayor parte de los libros contenidos en los mismos cayó al agua, estropeándose irremediablemente.¹⁴⁹

Quienes como el señor Antonio de la Peña y Reyes,¹⁵⁰ tuvieron oportunidad de leer la referida obra —tal vez inconseguible el día de hoy—, aseguran que la misma consistía, principalmente, en una detallada descripción de tan mexicana costumbre,¹⁵¹ lo cual denota el inmanente interés de nuestro cronista por “lo patrio”,¹⁵² criterio igualmente palpable en el Liceo Mexicano, creación suya en la que “...la historia [era] análisis de costumbres y reflexión sobre lo nacional, y la literatura [un] noble y eficaz medio de identificación de lo ‘mexicano’”,¹⁵³ precepto que, en sus propias palabras, fue sintetizado así: “...que todos nuestros esfuerzos tiendan a formar una literatura nacional”.¹⁵⁴

¹⁴⁸ Vid. Luis González Obregón, “Reminiscencias”, en Guillermo Prieto, *Prosas y versos* (selección y prólogo de Luis González Obregón), México, Libro-Mex, 1955, p. 14 (en adelante “Reminiscencias”). Lo más probable es que *Juana. Memorias del tiempo del cólera*, haya estado ambientada en 1833, pues en ese año dicha enfermedad azotó no sólo a la Ciudad de México, sino al país entero.

¹⁴⁹ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 61 y 62, *cf.* Flor de María Hurtado, “Prólogo”, p. XIV.

¹⁵⁰ Vid. Luis González Obregón. “Una Posada (bosquejo de costumbres)”, en *Letras de México*, p. 314/8. Como parte del homenaje que esta publicación rindió a González Obregón, se incluyó la reproducción de un fragmento de su novela intitulada *Una posada*, mismo que apareció acompañado de un “nota del editor” en la que se especificó que don Antonio de la Peña y Reyes, tras haber leído el escrito en cuestión, lo había calificado como “notable bajo todos los aspectos”, resultado ello de la “feliz descripción” que, a través de sus páginas, había de “nuestras costumbres y nuestras posadas”.

¹⁵¹ Vid. Luis González Obregón, *Vetusteces*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1917, “Las posadas” (en adelante *Vetusteces*). De acuerdo a nuestro cronista, las llamadas *posadas*, o *jornadas*, constituyen una costumbre esencialmente nacional, pues fue nuestro país el lugar en el que se realizaron por primera vez, durante los albores del siglo XVII (aunque en verdad, lo “nacional” es la forma en que se realizaban aquí, y no la festividad en sí). Irónicamente, la Iglesia Católica, hoy tan relacionada y beneficiada con las mismas, trató de erradicar su práctica por considerarlas pecaminosas y sumamente ofensivas para Dios.

¹⁵² Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 58 y 59.

¹⁵³ Miguel Ángel Castro, *op. cit.*, p. 40.

¹⁵⁴ Eduardo Enrique Ríos *apud* Luis González Obregón, “González Obregón y la Literatura Nacional”, en *Letras de México*, p. 312/6.

No podemos saber qué tanto, o si tendría algo que ver el desastre de su aventura novelística, pero poco a poco fue imponiéndose en González Obregón una mayor atracción hacia la Historia, circunstancia que ocasionó que dejara de lado —aunque nunca totalmente— su inclinación por las Bellas Letras y decidiera adentrarse cada vez más en la investigación y el conocimiento del pasado mexicano, pero en todas sus aristas: no sólo “...actos heroicos, caudillos, fechas, tratados y luchas...”,¹⁵⁵ sino también aquellos temas “obvios”, comunes y aparentemente más afines a la Literatura, pero que poseen, no obstante, gran importancia, tal es el caso de las leyendas, personas y casas notables y “misteriosas”, costumbres, nombres de calles¹⁵⁶ y demás aspectos que, incluso hoy, han sido erróneamente menospreciados por ser considerados como nimios, baladíes y carentes de historicidad.

Para finalizar, y apegándonos a lo mencionado en los párrafos anteriores, referiremos que nuestro cronista, poco tiempo después de fundado el Liceo Mexicano, leyó en él su primer trabajo histórico-literario, el cual ostentó el título de “La Literatura Nacional”,¹⁵⁷ e igualmente escribió *Citlalin*,¹⁵⁸ una leyenda mexicana que, sin embargo, no pudo ser impresa en *El Liceo Mexicano*, pues este periódico quincenal homónimo a su organización propaladora no comenzó a publicarse sino hasta octubre de 1885,¹⁵⁹ conteniendo en cambio, y en su primer ejemplar, la biografía del cura Hidalgo que Luis González Obregón escribió *ex profeso* para el mismo, y con la cual, se ha dicho, se formalizó su paso “...de la novela a la Historia.”¹⁶⁰



¹⁵⁵ Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 17.

¹⁵⁶ *Ibidem*.

¹⁵⁷ Vid. Eduardo Enrique Ríos, “González Obregón y la Literatura Nacional”, en *Letras de México*, p. 6/312.

¹⁵⁸ Vid. Alicia Perales Ojeda, *op. cit.*, p. 160.

¹⁵⁹ *Ibidem*, *cf.* José Miguel Quintana, “González Obregón y el Liceo Mexicano”, en *Letras de México*, p. 12/318. *El Liceo Mexicano* se publicó de 1885 a 1893, constando en total de seis volúmenes en cuarto mayor, además de seis números más, los cuales constituirían a un malogrado tomo séptimo.

¹⁶⁰ Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 73, *cf.* José Miguel Quintana, “González Obregón y el Liceo Mexicano”, en *Letras de México*, p. 12/318.

4. Los Paladines de la Historia

“Al día siguiente me llevó a una ‘velada literaria’ [...] ¿Qué hombres había allí? La nobleza, la alta nobleza de las letras patrias: Prieto me llamó su hijo con olímpica ternura [...]; Payno brindó conmigo; Riva Palacio me habló del porvenir [...] y Altamirano, que era allí el niño mimado, me tomaba con tanto ardor bajo sus auspicios...”

Justo Sierra Méndez

Afortunada, y más que privilegiada, fue la *vida* del cronista Luis González Obregón. Sin pretensión de menoscabar sus aspiraciones literarias, y mucho menos su talento, debemos puntualizar que fue el hecho de haber sido hijo de un abogado prominente el que facilitó a nuestro joven historiador establecer contacto con los escritores más sobresalientes de la época.¹⁶¹ Al respecto, vale la pena realizar lo que muchos podrían considerar una gran “digresión” para detenernos en el análisis de semejante circunstancia, pues pocos son los trabajos dedicados a nuestro personaje,¹⁶² y en ellos, aunque se ha hecho mención de la amistad que el mismo trabó con los literatos aludidos, no se ha profundizado lo suficiente en la influencia que la obra de los mismos pudo tener en la suya, y es por eso que el propósito de este capítulo es un intento de subsanar, aunque no sea con la amplitud que podríamos desear, dicha situación.

I

Como ya lo hemos referido, el romanticismo se afincó y prosperó en la “nación ‘azteca’” durante los albores de su autonomía, y terminó de robustecerse en el transcurso de su llamada “Segunda Independencia”. En su momento cumbre, dicha corriente vivió, palpité y se vigorizó a través de la pluma de Ignacio Manuel Altamirano,¹⁶³ en cuya obra, sin menosprecio por la de sus coetáneos, la Historia era inseparable de la

¹⁶¹ *Vid.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 63.

¹⁶² En lo que respecta a la UNAM, sólo hay dos tesis, sin contar la presente, dedicadas a nuestro historiador. La primera de ellas fue escrita por la maestra Guadalupe Ojeda Valdés, y la segunda por Ricardo Enrique Flores Fajardo, ambas citadas en esta obra y disponibles en p. <http://tesis.unam.mx/F>.

¹⁶³ *Vid.* Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 143.

Literatura.¹⁶⁴ En el mismo canon, el siglo XIX mexicano fue testigo del auge sin parangón del conocimiento histórico, esplendor que en gran parte fue mérito de los románticos, de aquellos literatos que dotaron a sus obras —consistentes en poemas, dramas, leyendas y, principalmente novelas— de una “...íntima fisonomía nacional...”¹⁶⁵ que, sin desdén por el pasado, constituyó el eficaz discurso integrador de la nación que matizó a buena parte de nuestra historiografía decimonónica, y de cuyas filas destacaremos a cuatro de los autodenominados “bohemos”,¹⁶⁶ a quienes bien podríamos denominar “literatos con vocación histórica” o, mejor aún: *Paladines de la Historia*.

Existen curiosos nexos entre los integrantes del susodicho cuarteto, los cuales van más allá del hecho de haber sido todos, en algún momento de sus vidas, residentes de la vetusta calzada de Tacuba.¹⁶⁷ El primero de ellos alude a su formación “profesional” en la otrora *Tenochtitlan* y la producción de la mayor parte de su obra en la misma;¹⁶⁸ el segundo en su concepción de México “...como un ente cuya esencia [a través de los siglos] era siempre idéntica”;¹⁶⁹ el tercero en su empeño por lograr el arraigue del nacionalismo en el pueblo mediante la exaltación de los héroes y comportamientos patrios, y el cuarto en su fecunda labor como difusores de la Historia, pues todos ellos consideraban que para ampliar y cultivar al público había que entretenerlo, trocando la solemnidad y la rimbombancia por amenidad y sencillez en la narración, lo cual era —y continúa siendo— una magnífica opción para convertir los procesos históricos en acontecimientos entrañables.¹⁷⁰ Empero, existe un vínculo más, el cual es de tanta o mayor importancia que los anteriores, y el cual consiste en que todos ellos fueron mentores y camaradas de nuestro personaje.

¹⁶⁴ Vid. Nicole Giron, “Ignacio Manuel Altamirano”, p. 265.

¹⁶⁵ Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, pp. 140-185.

¹⁶⁶ Vid. Ignacio Manuel Altamirano, *Crónicas de la semana...*, p. 266. De acuerdo al Maestro, los literatos en cuestión solían autodenominarse “bohemos”, vocablo al que relacionaban con la palabra “pobres”, y en la cual quedaban comprendidos —¡incluido Vicente Riva Palacio!— “...todos los que [habían] sufrido [y que] no [habían] encontrado en sus recuerdos juveniles motivo para ostentar el orgullo de los jóvenes millonarios...”, enorgulleciéndose, al contrario, de simpatizar con una “...vida de trabajos y de vicisitudes de la que no [salían] todavía”.

¹⁶⁷ Vid. Artemio de Valle-Arizpe, *Por la vieja calzada de Tlacopan*, 2ª ed., México, Diana, 1980, *passim* (en adelante *Por la vieja calzada...*).

¹⁶⁸ Vid. Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, p. 11.

¹⁶⁹ José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, p. 295.

¹⁷⁰ Vid. Carlos Monsiváis, “Guillermo Prieto: Cuadro de costumbres”, en Guillermo Prieto, *Cuadros de costumbres I* (compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer; prólogo de Carlos Monsiváis), México, CONACULTA, 1999, p. 28 (en adelante “Guillermo Prieto 2” para el texto de Monsiváis, *Cuadros de costumbres I* para el de Prieto, y “Presentación” para el de Jélomer).

II

A la Academia de Letrán “...se debe, sin duda, la regeneración literaria de México, o mejor dicho, los primeros vagidos de su emancipación”.¹⁷¹ Entre los *Paladines de la Historia* es inevitable mencionar, en primer lugar, a José Guillermo Ramón Antonio Agustín Prieto y Pradillo,¹⁷² quien durante los últimos años de su existencia se convirtió en gran amigo, mentor e inspiración para nuestro cronista, que ocasionalmente le servía como lazarillo¹⁷³ y a quien, con afecto, llamaba “Obregoncito”.¹⁷⁴



Fig. 15. “Conocí a don Guillermo Prieto en el ocaso de su vida y de su gloria. Parecía más anciano de lo que en realidad era [...] su paso vacilante, su voz bastante opaca, la vista miope incorregible y la barba y cabellos blancos, contrastando con el negro de la montera, que usaba siempre medio ladeada. Complemento de lo dicho, bastón y paliacate [...] me tomó algún tiempo de lazarillo, guía de su ceguera y de sus excursiones por calles y callejas, barrios y plazas, archivos y bibliotecas, porque gustaba de recorrer y visitar todo esto, antes de examinar mamotretos de papeles o de revolver libros vetustos para escribir sus *Memorias*...” (Luis González Obregón, “Reminiscencias”, en Guillermo Prieto, *Prosas y versos* [selección y prólogo de Luis González Obregón], México, Libro-Mex, 1955, pp. 9 y 10).

¹⁷¹ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 109.

¹⁷² Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La calle y casa en donde nació Fidel”.

¹⁷³ Vid. Luis González Obregón, “Reminiscencias”, p. 10.

¹⁷⁴ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 65.

Además de entrañables, aquellas andanzas matinales en las que el venerable anciano se hizo acompañar de nuestro personaje —y cuyo destino solía ser la Librería de Abadiano—¹⁷⁵ fueron de sumo provecho para éste, quien así lo refirió¹⁷⁶ al momento de recordarlas y llevar a cabo la revaloración de lo aprendido en ellas: las “...descripciones tan pintorescas, [los] retratos tan acabados, [las] narraciones tan animadas y [las] críticas tan regocijadas...”,¹⁷⁷ características todas de la obra de Fidel, a quien definió como “...rey de nuestra lírica...”,¹⁷⁸ historiógrafo poético de insuperable imaginación y “...prosista incorrecto y desaliñado, aunque de mano fácil para escribir relatos inimitables”.¹⁷⁹

Entusiasta en la integración del pasado precortesiano a los anales de la nación, don Guillermo fue igualmente responsable de obras imbuidas con un alto sentido histórico,¹⁸⁰ destacando entre ellas la *Musa Callejera* (1883) y su *Romancero Nacional* (1885), dos apoteosis de “...los hechos culminantes de nuestra lucha por la libertad”.¹⁸¹ Poeta, “...ministro, legislador, político [y] maestro...”,¹⁸² Prieto redactó sus *Lecciones de historia patria* (1886) con el objetivo de “...dar a conocer a la juventud mexicana los buenos principios liberales, fundados en la observación y en la ciencia, para hacerla, sobre todo, mexicana, patriota [y] liberal...”,¹⁸³ pero también con el fin de mostrar las bonanzas de una instrucción deleitosa en la que no estaba prohibido recurrir, de ser necesario, a la *belleza* de la novela, pues con semejante recurso la Historia desempeñaría con inusitadas eficacia y cabalidad una de sus principales misiones: avivar la curiosidad y el interés de los lectores en ella,¹⁸⁴ propósito con el que imbuyó, de igual forma, a sus *Memorias de mis tiempos* (1906), obra que ha sido definida como la más “...pintoresca crónica que conocemos de la vida social, política y literaria...”¹⁸⁵ del México neonato.

¹⁷⁵ Vid. Arturo Arnáiz y Freg, “El Maestro Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 315/9.

¹⁷⁶ Vid. Luis González Obregón, “Reminiscencias”, p. 10.

¹⁷⁷ *Ibidem*, p. 13.

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 15.

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 16.

¹⁸⁰ Ernesto de la Torre Villar, “Prólogo”, en Guillermo Prieto, *Lecciones de historia patria* (presentación de Boris Rosen Jélomer y prólogo de Ernesto de la Torre Villar), México, CONACULTA, 1999, p. 37 (en adelante “Prólogo” para el texto de don Ernesto, y *Lecciones de historia patria* para el de Fidel).

¹⁸¹ Horacio Labastida, “Prólogo”, p. XV.

¹⁸² Begoña Arteta, “Guillermo Prieto”, en: *En busca de un discurso integrador...*, p. 35 (en adelante “Guillermo Prieto” para el texto de Arteta).

¹⁸³ Ernesto de la Torre Villar *apud* Guillermo Prieto, “Prólogo”, p. 21.

¹⁸⁴ Vid. Guillermo Prieto, “La polémica Prieto-Rébsamen”, en *Polémicas y ensayos...*, *passim*.

¹⁸⁵ Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 155.



Fig. 16. “Vedlo... allí va. Anda con paso tardo [...]. Su bigote ya cano cae sobre los labios y las hebras canas también, de la extremidad de la barba, se estremecen y tiemblan a menudo como barriendo la corbata. Viste una holgada levita negra y por la inmensa boca del chaleco, la insurrecta pechera de la camisa sale queriendo abrirse contenida por un riquísimo botón de brillantes [...] Vedlo, allí va. Se llama Guillermo Prieto, peina más de 70 años, es poeta desde que vino al mundo; liberal desde que abrió los ojos; franco y bondadoso desde antes que lo bautizaran [...] ¡Paso al maestro!” (Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos. Para la “gaveta íntima”* (prólogo de Isabel Quiñónez), México, Porrúa, 2006, “Guillermo Prieto”).

En dichas reminiscencias, costumbres y personajes —muy conocidos unos y casi anónimos otros— se suceden y desfilan al unísono con distintos lugares, entre los que destaca la camaleónica Ciudad de México, con todo y las calles, casas, acequias y “vericuetos” que el ilustre poeta gustaba recorrer. Igualmente se perfilan en dicha obra, y ya con cierto interés, leyendas, tradiciones y consejas,¹⁸⁶ evocaciones inequívocas de aquel México viejo y anecdótico que se desdibujaba cada día más.

Hemos de sugerir, finalmente, que de la amplia obra de don Guillermo Prieto, Obregoncito pudo adoptar para sí algunos preceptos, como los consistentes en la conservación, “...hasta en [los] ápices...”¹⁸⁷ de la verdad histórica; la manifiesta admiración por el Pensador Mexicano, “...cuyos libros [fueron] lo más ‘benéfico [y] trascendental [...] para México...’”;¹⁸⁸ la veneración a los héroes de la patria,¹⁸⁹ la amenidad en la consignación de los acontecimientos y, sobre todo, la importancia que habría de concederse a aquellos múltiples “...aspectos de la historia de las civilizaciones que no habían sido tratados, [aún], por los historiógrafos mexicanos”.¹⁹⁰

III

Gran amigo de Fidel lo fue José Manuel Román Payno y Flores,¹⁹¹ a quien Gonzalitos “conoció” en 1867, bajo las circunstancias que ya hemos referido.¹⁹² Para entonces, el también político era poseedor de una larga trayectoria en el mundo de las letras, siendo su colaboración en la revista intitulada *El Museo Mexicano* un buen ejemplo de ello, pues en dicha publicación, cuyas páginas albergaban “...las verdades más importantes de las ciencias, los métodos más útiles de las artes, las consideraciones más interesantes de la historia [y] las producciones más hermosas de la literatura...”,¹⁹³ Payno redactó —bajo el

¹⁸⁶ Vid. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *passim*.

¹⁸⁷ Guillermo Prieto, *Romances históricos I. Romancero Nacional* (notas de Boris Rosen Jélomer y prólogo de Ignacio Manuel Altamirano), México, CONACULTA, 1999, p. 53 (en adelante *Romancero nacional* para la obra de Prieto, y “Prólogo” para el texto de Altamirano).

¹⁸⁸ *Ibidem*, p. 51.

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 47.

¹⁹⁰ Guillermo Prieto, *Lecciones de historia patria*, p. 43.

¹⁹¹ Vid. Miguel Soto, “Manuel Payno”, p. 55, *cfr.* Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 78. De acuerdo al texto de Soto, el segundo apellido de Payno era Flores, pues así aparece asentado en su acta de bautismo. No obstante, Guillermo Prieto menciona que la madre de Payno se apellidaba Cruzado.

¹⁹² *Supra*, pp. 15 y 16.

¹⁹³ Vid. Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, pp. 110-112.

seudónimo “Yo”—¹⁹⁴ estudios, biografías, tradiciones, cuadros de costumbres y numerosos relatos que 28 años más tarde compilaría en sus *Tardes nubladas* (1871).¹⁹⁵

Autor de las primeras narraciones románticas con “aire patriótico”, destacan en su haber *El fistol del diablo*, “...novela fantástica y de costumbres [...] escrita en forma poética, amena y divertida...”,¹⁹⁶ y *El hombre de la situación* (1861), una historia inmediata que por su increíble parecido a un cuento, no pudo escribir más que otorgándole “...el carácter frívolo de la novela...”,¹⁹⁷ tribulación constante para don Manuel, e igualmente causante de la “mala fama” que como historiador algunos le atribuían.¹⁹⁸

El joven González Obregón solía visitar a un Payno ya muy viejo y enfermo, en su casa de San Ángel, “...para recoger [...] los recuerdos que el pasado dejara en la memoria del célebre escritor y político...”,¹⁹⁹ y enterarse, de paso, de los proyectos literarios que el autor de *Los bandidos de Río Frío* aún elucubraba, entre ellos unas memorias y la nunca realizada secuela de *El hombre de la situación*,²⁰⁰ obra que en su segunda edición sería prologada por nuestro cronista e historiador, quien la definió como un “...cuadro admirable de las costumbres coloniales de fines del siglo XVIII y de los primeros años de nuestra vida independiente...”,²⁰¹ y cuya escritura, a pesar de ser descuidada, no demeritaba su valor como “...documento *histórico* y humano”,²⁰² aseveración que ahora nos permite relacionar las referidas obras de Payno, e incluso algunas elaboradas por los otros *Paladines*, con una categoría de acuñación relativamente reciente y que se ha denominado “parahistoriografía”, concepto con el que se hace alusión a aquellos textos que, en sentido estricto, no son historiografía —pues no responden completamente a los estándares con que la misma se rige y elabora—, pero por sus características formales y de contenido le son muy útiles y

¹⁹⁴ Vid. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 420.

¹⁹⁵ Vid. Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, pp. 112 y 113, *cfr.* Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 21.

¹⁹⁶ Luis González Obregón, *Breve noticia...*, pp. 20 y 21.

¹⁹⁷ Manuel Payno, *El hombre de la situación y Retratos históricos* (Prólogo de Luis González Obregón), 2ª ed., México, Porrúa, 2004, p. 2 (en adelante *El hombre de la situación* para la obra de Payno y “Prólogo” para el texto de González Obregón).

¹⁹⁸ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 17 y 18. Carreño dice, de Manuel Payno, que confundía la novela con la disciplina de Clío, que era imposible que escribiera a esta última de manera imparcial, y lo señaló, también, como culpable de inculcar en la juventud “las primeras mentiras de nuestra Historia”.

¹⁹⁹ *Ibidem*, p. 64.

²⁰⁰ Vid. Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, p. 125.

²⁰¹ Luis González Obregón, “Prólogo”, p. X.

²⁰² *Ibidem*.

hasta semejantes.²⁰³ No así su *Compendio...* y algunos de los artículos con los que participó en *El libro rojo* (1870), interesantísima obra que, oscilante entre la Historia y la Literatura, cumplió cabal con uno de los ideales del romanticismo: la integración de los “pasados” indígena y colonial —sin detrimento de uno u otro— a los anales de México.

¿Qué pudo tomar González Obregón de la obra de este escritor? Bastante, sin duda. En primera instancia, y al igual que en el caso de Prieto, el aprecio por la veracidad en la Historia, ya que la intención de Payno al escribir como lo hacía, “...era la de animar a los personajes y ponerlos por un instante de bulto ante el lector, pero conservando en todo la verdad histórica...”,²⁰⁴ precepto que le llevó, en más de una ocasión, a reforzar sus relatos con la transcripción íntegra de los documentos que le servían como fuente de información;²⁰⁵ en segundo lugar, la exaltación y búsqueda de los héroes de la Independencia —y sus precursores— a través de las páginas de nuestra historia, como en los casos de Cuauhtémoc, Martín Cortés,²⁰⁶ Miguel Hidalgo, Vicente Guerrero, etc. A la zaga, podemos señalar la importancia concedida por nuestro cronista a la narrativa de Payno, quien con “...la palabra cautivaba y con la pluma seducía...”,²⁰⁷ aunque sacrificando con ello al “...retrato verdadero...”²⁰⁸ que, no obstante, embellecía mediante la

²⁰³ Vid. Álvaro Matute y Evelia Trejo, “Manuel Payno: de la historia inmediata a la perspectiva histórica”, en *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte* (coordinado por Margo Glantz), México, UNAM, 1997, p. 115.

²⁰⁴ Manuel Payno en Vicente Riva Palacio, *et al.*, *El libro rojo* (prólogo de Carlos Montemayor), México, CONACULTA, 1989, “Alonso de Ávila” (en adelante “Prólogo” para el texto de Montemayor).

²⁰⁵ *Ibidem*, “La familia Dongo”.

²⁰⁶ Carlos Montemayor, “Prólogo”, p. 17, y “Cuauhtémoc” en *ibidem*, *cfr.* José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción...*, p. 308. A continuación esgrimiremos la razón por la que Cuauhtémoc y otros personajes solían ser considerados, más que precursores, héroes de la independencia nacional: muchos de los escritores decimonónicos concebían a México como una nación que, al haber existido siempre como tal, había perdido su independencia con la conquista española (esto lo mencionamos también en la página 37 del presente trabajo). Tales son los casos de Vicente Riva Palacio y, por supuesto, Manuel Payno, que con *El libro rojo*, y según el decir de algunos autores contemporáneos, pretendieron fijar en la mente del lector la idea de una México que siempre había tenido quien luchara por su independencia y su libertad, “desde Cuauhtémoc hasta Guillén de Lampart, o mejor aún, hasta Juárez”. Incluso el mismo Payno, y de una forma muy similar a la que lo haría González Obregón algunos años más tarde, manifestó que “...la sangrienta toma de Granaditas era como si el pueblo se *vengara*, hasta entonces y de manera inaudita, de las matanzas de los conquistadores”. Por otra parte, pero en el mismo canon y en el texto que dedicó a Cuauhtémoc, el autor de *Los bandidos de Río Frío* aludió claramente al “derecho bárbaro de conquista”, mismo que antepuso al “derecho eterno de la independencia”. En lo que a Martín Cortés respecta, su famosa conjura fue considerada, casi unánimemente, como “...el primer intento de soltar los lazos de la corona española para independizar a la Nueva España”.

²⁰⁷ Luis González Obregón, “Prólogo”, p. IX.

²⁰⁸ Luis González Obregón, “Estudio final”, en Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío* (edición de Manuel Sol y prólogo de Margo Glantz), México, CONACULTA, 2000, p. 723 (en adelante “Estudio final” para el escrito de González Obregón, y “Prólogo” para el de Glantz).

adición de diálogos y otros artificios, como el uso de un lenguaje popular y asequible para el público —lo que se ha dicho le convirtió en “heredero” de Fernández de Lizardi —;²⁰⁹ por último la atención que prestó a las cosas “nimias” de las que aún hoy “...no se ocupa el que aspira a grave historiador...”,²¹⁰ tales son los casos de las costumbres que inexorablemente se van disipando, de los edificios que ceden su paso a nuevas construcciones, y de las leyendas, entre las que son de notar las correspondientes a “Don Juan Manuel” y a la “Sevillana”, mujer protagonista de una conseja muy semejante a la de la Llorona.

IV

No conforme con presentar los aspectos de una época de la vida nacional a través de su óptica precisa y costumbrista, Payno pretendió establecer una regla que habrían de seguir aquéllos que emularan sus pasos en los senderos de Clío, al proclamar que “...en vano usará un orador de todas las galas de la retórica, si su discurso no tiene por bases la historia, la justicia y la verdad...”,²¹¹ circunstancia que nos conduce a su colega en la redacción de *El libro rojo*: Vicente Florencio Carlos Riva Palacio Guerrero, el connotado militar.

Acertadamente se ha aseverado que, ulterior a los trabajos de Guillermo Prieto y Manuel Payno, el costumbrismo se insertó y diluyó en la novela,²¹² y nos parece que no hay mejor ejemplo de ello que la obra del también llamado “General”, la cual —a veces más, a veces menos— cuenta con una innegable intención histórica que la sustenta.

Después de Altamirano, muchos literatos comenzaron a frecuentar las sesiones del Liceo Mexicano, y uno de ellos fue Riva Palacio, que al igual que los otros *Paladines* brindó su amistad a González Obregón, a quien afectuosamente llamaba “Muchachito”,²¹³ aunque sin sospechar que el mismo —pese a considerarle un apóstol del nacionalismo—²¹⁴ tendría algunas no mal intencionadas críticas que hacerle.

²⁰⁹ Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, p. 113, y Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 216.

²¹⁰ Manuel Payno en Álvaro Matute y Evelia Trejo, *op. cit.*, p. 117.

²¹¹ *Ibidem.*

²¹² *Vid.* José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 735.

²¹³ *Vid.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 52-65.

²¹⁴ *Vid.* Eduardo Enrique Ríos, “González Obregón y la Literatura Nacional”, en *Letras de México*, p. 6/312.



Fig. 17. La concepción de la nacionalidad mexicana para Manuel Payno, y de la que también participaría Luis González Obregón —con sus debidas reservas, en nuestra opinión— se resume con la siguiente frase: “[Los hijos] de las Américas españolas nunca deberán renegar de su origen, y antes bien [podrán] envanecerse de ser el producto de dos civilizaciones y de dos razas extrañas que brillaron por su valor y por su poder...” (Miguel Soto *apud* Manuel Payno, “Manuel Payno”, en: *En busca de un discurso integrador de la nación: 1848-1884* (coordinado por Antonia Pi-Suñer Llorens), México, IIH-UNAM, 1996, p. 65). En cuanto al fuego de la Independencia, refirió que a pesar de que en ocasiones “... parecía completamente apagado, [se encendería] de nuevo para no extinguirse nunca...” (Manuel Payno, en Vicente Riva Palacio y Manuel Payno, *El libro rojo* (prólogo de Carlos Montemayor), México, CONACULTA, 1989, “Mina”, p. 352).

Considerado como el creador de la novela histórica en México,²¹⁵ don Vicente renunció a los cargos bélico y gubernamental que tras el triunfo de la República ostentaba, para poder dedicar la mayor parte de su tiempo a la creación literaria, y lo hizo con tal ahínco que para 1872 ya era autor de un buen número de obras, entre las que destacan, sólo por mencionar las que nos competen: *Calvario y Tabor, Monja casada, virgen y mártir* (1868), *Las dos emparedadas* (1869), *La vuelta de los muertos* (1870) y *Memorias de un impostor: don Guillen de Lampart, rey de México* (1872).²¹⁶ Mientras la primera de ellas fue contextualizada en la época del Imperio, conteniendo a la vez hermosas descripciones del país, las demás fueron situadas en la época virreinal y aluden, principalmente, a los abusos cometidos por la Inquisición en la Nueva España,²¹⁷ incluidos todos los “ignorados pormenores”,²¹⁸ o lo que es igual: la tan gustada, útil y necesaria “comidilla histórica” que en otras historiografías, sobre todo la de corte positivista, simplemente no importa.²¹⁹

Riva Palacio fue poseedor de numerosos legajos pertenecientes al archivo del Santo Oficio y en ellos se basó para fundamentar sus novelas, verdaderos “compendios” de costumbres, tipos, lugares y demás caracteres de la época colonial,²²⁰ periodo al que, por cierto, no sólo denominó como “crisol de la nación”, sino logró incorporar a nuestra Historia Patria como una de sus genuinas e insoslayables partes constitutivas.²²¹ Don Vicente elegía un proceso y para darlo a conocer lo revestía con los ornamentos de la fantasía, sublimando “...con su imaginación, la natural truculencia de las fuentes [y adornando] sin motivo sus historias, como el romance entre Cuauhtémoc y una dama española...”²²² que incluyó en *Martín Garatuza* (1868). No obstante, se dice que el General llegó a excederse en el uso de la referida libertad de invención, tal como puede apreciarse en el siguiente relato:

²¹⁵ Vid. Artemio de Valle-Arizpe, *Por la vieja calzada...*, p. 319, cfr. Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 217.

²¹⁶ Vid. Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 4.

²¹⁷ *Ibidem*, p. 5.

²¹⁸ Vid. Isabel Quiñónez, “Prólogo”, en Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos. Para la gaveta íntima*, México, Porrúa, 1990, p. 70 (en adelante *Memorias, reliquias y retratos...* para la obra de Peza y “Prólogo 1”, para el escrito de Quiñónez).

²¹⁹ Álvaro Matute, “Prólogo”, p. III.

²²⁰ Vid. Clementina Díaz y de Ovando, “Introducción”, en Vicente Riva Palacio, *Antología*, 2ª ed., México, UNAM, 1993, p. XLIX (en adelante “Introducción” para el texto de Díaz y de Ovando).

²²¹ Vid. José Ortiz Monasterio, “Estudio preliminar”, en Vicente Riva Palacio, *Ensayos históricos* (coordinado por José Ortiz Monasterio), México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-UNAM-CONACULTA-Instituto Mexiquense de Cultura, 1997, p. 12 (en adelante “Estudio preliminar” para el texto de Ortiz Monasterio y *Ensayos históricos* para el de Riva Palacio).

²²² José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 734.

...Riva Palacio [...] dictaba a un amanuense [...] no recuerdo de qué novela se trataba, pero en ella se describía por inventiva, pues no existían constancias ciertas, el auto de fe de una de las Carbajales, que según es sabido por todos, fueron quemadas por herejes [...] —Quiero un nombre para este personaje —dijo Riva Palacio —pues hoy es día de los Reyes —le respondió alguno —y se le puede poner Melchor, Gaspar o Baltasar, los tres son armoniosos; —Baltasar le pondremos, pero hay que darle apellido; —póngale usted, general, el de aquel gigante cuyo retrato se conserva en el museo [...] —¡Salmerón! [...] ponga usted dijo el general a su amanuense —que al llegar la hereje al quemadero, se presentó un hombre llamado Baltasar Rodríguez de Salmerón, tan fanático y tan malo [...] que notando que se había consumido gran parte de la leña de la hoguera y que la que aún quedaba no alcanzaría para el castigo, ofreció llevar la leña que guardaba en su casa, oferta que fue aceptada con placer por los verdugos [...] —Se acabó el capítulo, lo llevaron a la imprenta y corrieron los años [...] Un día, el director de la Biblioteca Nacional envió al general Riva Palacio, dos cajones cerrados y sellados por el Santo Oficio, conteniendo ignorados documentos para que los revisase; [Riva Palacio] registró uno por uno los documentos y se encontró [...] con algo que le sorprendió gratamente: la causa de una de las Carbajales; la misma de que se había ocupado en la novela [...] —Vamos a comparar lo real con lo imaginario y a reír de buena gana [dijo don Vicente]. Leyó algunas páginas, y al llegar al acta de la ejecución se encontró con esto que nos hizo leer sorprendidos: “...e aconteció que llegando al Quemadero é habiéndose consumido la leña, acercóse un home llamado Baltasar Rodríguez de Salmerón, ofreciendo traer más leña de la que guardaba en su aposento...” y no puedo describir la sorpresa de todos, que no pudimos [...] explicar el caso y le llamamos una coincidencia...²²³

Testimonios como el anterior —de ser infaliblemente ciertos— bien podrían explicar por qué don Luis llegó a considerar al General como un historiador falaz, expresando que al estar “...la verdad histórica antes que todo, no [había] que darle alas a la imaginación, para no caer en el resabio de Riva Palacio, uno de los más fantásticos mentirosos del mundo”.²²⁴ Empero, la *vida* es aprendizaje, y de otros elegimos lo que hemos de imitar para nuestro beneficio, e igualmente sabemos que de aquello que en primera instancia nos parece “mal’ ejemplo”, es de donde solemos aprender las lecciones que nos son más provechosas, tal como creemos, e intentaremos demostrar, aconteció en el caso de nuestro cronista e historiador.

²²³ Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos...*, “Coincidencias”. La novela referida en la anécdota es *Martín Garatuza*, secuela de *Monja casada, virgen y mártir*. Un par de años después, en 1870, se publicó *El libro rojo*, conteniendo un capítulo dedicado a la familia Carbajal, y sustentado con la transcripción íntegra de numerosos párrafos extraídos de los documentos correspondientes a dicho proceso inquisitorial. ¿Pudo ser lo anterior, acaso, un intento de Riva Palacio por “redimirse” en cuanto al asunto de la verdad histórica, o quizá sólo un ejemplo más de su forma de “instruir y deleitar”?

²²⁴ Guadalupe Ojeda Valdés *apud* Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 59.



Fig. 18. Vicente Riva Palacio enunció que “...el día que los literatos sólo se [ocuparan] de la ciencia o la política [...] la sociedad se [convertiría] en una cátedra [...]; pero los destinos de la humanidad [se tornarían] entonces más tristes que una tarde nublada” (Vicente Riva Palacio, “Prólogo a *Carmen de Pedro Castera*”, en *Literatura mexicana*, Vol. 7, N° 2, México, IIF-UNAM, 1996, p. 549 (consultado el 3 de septiembre de 2015 en p. <http://www.iifilologicas.unam.mx/litermex/uploads/volumenes/volumen-7-2/13.%20Vicente%20Riva%20P..pdf>). El General prefirió, las más de las veces, recurrir a las bonanzas de la novela para transmitir la Historia; para él, las tradiciones y fantasías de antaño “...nos [daban] las medidas de las costumbres, de la fe, de la superstición y en muchos casos de la moral de las pasadas generaciones...”. Asimismo sugirió que gracias al estudio de dichas prácticas, y al igual que con los documentos, podía explicarse el desarrollo de la humanidad (Jorge Ruedas de la Serna *apud* Vicente Riva Palacio, “Una literatura para la vida”, en Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio, *Tradiciones y leyendas mexicanas* (coordinado por José Ortiz Monasterio), 3ª ed., México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora-UNAM-CONACULTA-Instituto Mexiquense de Cultura, 1997, p. 19).

Ilógico es pensar, siquiera, que el General se hubiera mantenido ajeno a la cuestión de la verdad en el discurso histórico, sobre todo en una época en la que se concedía la mayor importancia a la misma; el problema radica, pensamos, en el uso que se hacía de dicho recurso para alcanzar al público. La Historia para Riva Palacio debía ser estrictamente imparcial, y “...el historiador no [podía] ni [debía] sino decir la verdad...”,²²⁵ pero en el transcurso de ello, cada emisario de Clío dependía de sus propias aptitudes y destrezas para llevar a buen término su misión. Dicho lo anterior, se justifica perfectamente el pronunciamiento de don Vicente, consistente en que cada historiador tenía la facultad de “...alumbrar cada uno de los cuadros con la luz que le [era] propia”:²²⁶ la verdad estaba allí, pero correspondía al lector la nada fácil tarea de elucidar lo que era “...fruto de la imaginación...”²²⁷ y distinguir lo verídico en el relato.

Continuando con esta disertación, y para no ser más prolijos, nos resta proferir que nuestro personaje se benefició mucho más de lo que creía, o admitía, de la obra del General, y atendiendo a ello mencionaremos, en primer lugar, la importancia de la narrativa, pues es bien sabido que Riva Palacio se especializó en la escritura de una historia “ficcionalada” que, gracias a su estilo fluido y ameno, se popularizó entre un público muy amplio, cuyo conocimiento histórico se enriqueció.²²⁸ Incluso podremos ver, en breve, que la obra de González Obregón es cercana a dicho canon, y que en ella se cumple una sentencia en la que se afirmó que “...el pasado [podía] ser evocado más claramente por los relatores, pero también por los mismos historiadores...”,²²⁹ lo cual no implica que el Muchachito haya caído en el “error de hacer de la Historia una novela”.²³⁰

En segundo plano se encuentra el rescate de aquella época colonial que tras la Independencia se intentó sepultar, pero que en definitiva es parte fundamental e insoslayable de nuestros anales, con todo y sus instituciones,²³¹ entre las cuales es notabilísima la Inquisición, y no sólo por su “crueldad”, sino por su gran influencia “...en

²²⁵ Vicente Riva Palacio, “Introducción de *México a través de los siglos*”, en *Ensayos históricos*, p. 135 (en adelante “Introducción...”).

²²⁶ *Ibidem*, pp. 135 y 136.

²²⁷ *Ibidem*, p. 137.

²²⁸ *Vid.* Álvaro Matute, “Prólogo”, pp. I-III.

²²⁹ *Ibidem*, p. II.

²³⁰ *Vid.* Edmundo O’Gorman, “La obra de Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 308/2.

²³¹ *Vid.* Clementina Díaz y de Ovando, “Introducción”, p. XLVIII.

las costumbres de los habitantes de Nueva España”,²³² factor que le llevó a ocupar un lugar de primer orden en la obra de estos, nuestros autores.

La no menos importante búsqueda de los precursores de la Independencia, a través de las páginas de nuestra Historia, también fue una constante en los trabajos del General. En algunas de sus novelas —digamos *Memorias de un impostor...*—, así como en sus obras de índole “netamente” histórica, entre las que descuellan el tomo segundo de *México a través de los siglos* y algunos de los ensayos constitutivos de *El libro rojo*, se ponen en relieve los “tempranos antecedentes” de nuestra autonomía,²³³ aspecto que, no está de más decirlo, sería retomado y ampliamente trabajado por Luis González Obregón, nuestro cronista e historiador.

Por último, no debemos omitir la importancia concedida por don Vicente a la presencia de las leyendas, pues las mismas constituían, para él, un testimonio que pese a ser “ficción”, la Historia “...no debía desdeñar para comprender mejor la idiosincrasia de épocas remotas”.²³⁴

V

¿Qué más podríamos decir de Ignacio Homóbono Serapio Altamirano Bacilio,²³⁵ el inolvidable Maestro, aparte de todo lo que sobre él hemos referido ya? Páginas y más páginas acerca de tan ilustre literato sería, sin duda, la respuesta, pero por ahora es preciso limitarnos a la que consideramos fue su influencia en la obra de Luis González Obregón, su discípulo predilecto,²³⁶ al igual que lo había sido el propio Altamirano de su tocayo Ignacio Ramírez, aquel “...hombre que en sus mocedades había desafiado y escandalizado a la rutinaria sociedad mexicana con aquella célebre disertación sobre el tema: ‘No hay

²³² Vicente Riva Palacio, “Introducción...”, p. 134.

²³³ Vid. José Ortiz Monasterio, “Estudio preliminar”, p. 12.

²³⁴ Jorge Ruedas de la Serna, “Una literatura para la vida”, en Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio, *Tradiciones y leyendas mexicanas* (coordinado por José Ortiz Monasterio), 3ª ed., México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-UNAM-CONACULTA-Instituto Mexiquense de Cultura, 1997, p. 20 (en adelante “Una literatura para la vida” para el texto de Ruedas de la Serna, y *Tradiciones y leyendas...* para la obra de Peza y Riva Palacio).

²³⁵ Vid. Fernando Tola de Habich, “Explicación editorial”, en *Homenaje a I. M. Altamirano: 1834-1893* (edición y presentación de Fernando Tola de Habich), México, Premià, 1984, p. IX (en adelante *Homenaje a I. M. Altamirano...* para la totalidad de la obra).

²³⁶ Vid. Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 241.

Dios, los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos...”,²³⁷ y del cual aprendió que a los educandos había que tratárseles “...sin afectación alguna, como un [buen] padre a sus hijos...”,²³⁸ para obtener de ellos, y con ello, los mejores resultados.

Una vez lejos de Tixtla, su pueblo natal, y sin importar las circunstancias en las que se vio inmerso —como la Guerra de Reforma—, el autor de *El Zarco* se consagró a la literatura, sin discriminar ninguno de los medios por los que misma hubiera de difundirse; todo lo cultivó y con singular éxito: “...el periódico, el libro, la tribuna, la conversación...”²³⁹ y la enseñanza, en la cual se destacó ganándose el honroso mote de “Maestro de maestros”;²⁴⁰ colaboró también en los periódicos intitolados *El Siglo Diez y Nueve* y *La Vida en México*, a lado de Riva Palacio y Justo Sierra en el segundo;²⁴¹ fundó *El Correo de México* (1867) en sociedad con Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez, *El Federalista* (1871) con Manuel Payno —su “amigo/rival”—,²⁴² y en compañía de Gonzalo Esteva, la célebre revista de la que ya hemos hablado²⁴³ y a la cual impregnó con su propia esencia: *El Renacimiento*.²⁴⁴

De la pluma de Altamirano, el “...elocuente orador, profundo crítico, inimitable prologuista, poeta descriptivo y nacional, correcto e inspirado...”,²⁴⁵ surgieron varias novelas, crónicas y cuentos de índole patriótico, tanto en “...el asunto como en la forma”.²⁴⁶ A través de sus escritos, el literato tixtleño esbozó no sólo los paisajes de su nación, sino a los habitantes de la misma,²⁴⁷ sus tipos, sus costumbres y tradiciones, labor que realizó con amenidad, elegancia y gusto únicos entre sus coetáneos.²⁴⁸

²³⁷ Ernesto Lemoine Villicaña, *op. cit.*, p. 63.

²³⁸ Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, p. 149.

²³⁹ María del Carmen Millán, “Introducción”, en Ignacio Manuel Altamirano, *El Zarco y La Navidad en las montañas*, 23ª ed., México, Porrúa, 2000, p. IX (en adelante “Introducción” para el texto de Millán, y *El Zarco...* para el de Altamirano).

²⁴⁰ *Vid.* Luis González Obregón, “Biografía de Ignacio M. Altamirano”, pp. 13-17.

²⁴¹ *Vid.* Clementina Díaz y de Ovando, “Introducción”, p. XXXI.

²⁴² *Vid.* Ignacio Manuel Altamirano, “Contra Manuel Payno”, en Ignacio Manuel Altamirano, *Discursos cívicos*, México, Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud, 1984, pp. 59-65. El Maestro proclamó esta arenga con el propósito de exigir un castigo para Payno, a quien acusó de haber ayudado a Ignacio Comonfort a consumar el golpe de Estado de 1857. Años más tarde, proclamada la “Concordia nacionalista” por Altamirano, se suscitaría la reconciliación entre ambos personajes.

²⁴³ *Supra*, p. 21.

²⁴⁴ *Vid.* Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, pp. 138 y 139.

²⁴⁵ Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 26.

²⁴⁶ *Ibidem*.

²⁴⁷ *Ibidem*, p. 27.

²⁴⁸ *Vid.* Luis González Obregón, “Biografía de Ignacio M. Altamirano”, p. 18.

Para el Maestro, la novela era el monumento literario del siglo XIX, pues no sólo influía “...en el progreso intelectual y moral de los pueblos modernos...”,²⁴⁹ sino también “...abría campos inmensos a las indagaciones históricas...”,²⁵⁰ debido a su forma lúdica y atractiva, la cual le permitía fungir como un eficaz vehículo entre los no pocas veces difíciles de explicar procesos históricos, y el lector cuya cultura no excedía las obras de ficción; la novela, obedeciendo al precepto romántico de “instruir y deleitar”, era el libro de las masas y el novelista un educador: el arte de Clío podía pasar, así, de ser el “...privilegio de un grupo de hombres favorecidos por la suerte...”,²⁵¹ a un saber que tras ser engalanado con los atractivos de la ficción, la leyenda y hasta la crónica, podía ser adquirido por el pueblo.



Fig. 19. Ignacio Manuel Altamirano fue “...el liberal sin tacha, el orador elocuentísimo, el valiente soldado de la República [...], el amigo sincero y [el] maestro entre los maestros...” (Luis González Obregón, “Biografía de Ignacio M. Altamirano. 1834-1893”, en *Homenaje a Ignacio M. Altamirano. Conferencias, estudios y bibliografía*, México, UNAM, 1935, p. 5).

²⁴⁹ Clementina Díaz y de Ovando *apud* Ignacio Manuel Altamirano, “La visión histórica de Ignacio Manuel Altamirano”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, IIE-UNAM, Vol. VI, N° 22, año 1954, p. 34 (consultada el 01 de septiembre de 2015 en p. <http://www.analesiie.unam.mx/index.php/analesiie/article/viewFile/568/555> (en adelante “La visión histórica...)).

²⁵⁰ *Ibidem*.

²⁵¹ *Ibidem*.

En su papel de catedrático, Altamirano ejerció “...una influencia decisiva entre los estudiantes de su época...”,²⁵² y como historiador “...descorrió los velos que ocultaban la verdad, velada por los cronistas y escritores apasionados o *sin criterio...*”,²⁵³ sirviéndose para ello de algunos —muy pocos en realidad— preceptos “cientificistas”, entre los que podemos señalar la moderación en la adjetivación de las actitudes y acciones ejecutadas por los personajes históricos²⁵⁴ —inequívoca atenuante de la “entonces” anatematizada parcialidad—, y el uso de abundantes documentos como sustento para algunos de sus artículos, como “El Señor del Sacro-monte”, “La fiesta de Guadalupe”, etc.²⁵⁵

Luis González Obregón siempre consideró al tixtleño como su principal mentor, y en más de una ocasión exaltó su ejemplo como literato²⁵⁶ correcto y pulcro en el estilo (a diferencia de los otros “bohemos”). De sus lecciones aprendió que los hechos —máxime los nacionales— podían y debían presentarse al público en forma atractiva e interesante,²⁵⁷ siendo la Literatura el medio perfecto para ello, pues la misma, al recrear la realidad y vigorizar la conciencia histórica, otorgaba al lector “...una visión más válida y auténtica que la revelada por los fríos documentos [...] de los eruditos”.²⁵⁸

Inmerso en un ambiente impregnado por el positivismo, el Maestro se vio en la necesidad de enfrentar el problema referente a las cuestiones de la verdad y la ficción en el discurso histórico, siendo su respuesta muy similar a la del resto de los *Paladines*: la novela histórica, al narrar amena y fielmente los hechos, y estar sólidamente cimentada en documentos, no contenía falsedades, sino ficciones provenientes de la capacidad y, principalmente, de la intención de su autor, quien ante todo debía ser imparcial,²⁵⁹ enseñanza que sin duda caló hondo en nuestro cronista e historiador, quien tras asistir a las referidas cátedras *altamironianas* se formó “verdadero patriota”, circunstancia igualmente palpable en su Liceo Mexicano, organismo partícipe del postulado liberal-nacionalista

²⁵² Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 117.

²⁵³ Luis González Obregón, “Biografía de Ignacio M. Altamirano”, p. 18.

²⁵⁴ Vid. Nicole Giron, “Ignacio Manuel Altamirano”, pp. 270 y 271.

²⁵⁵ Vid. Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México. Primera y segunda series* (introducción de Jacqueline Covo), 8ª ed., México, Porrúa, 1999, *passim* (en adelante *Paisajes y leyendas...* para la obra de Altamirano, e “Introducción” para el texto de Covo).

²⁵⁶ Vid. Luis González Obregón, “Biografía de Ignacio M. Altamirano”, p. 19.

²⁵⁷ Vid. María del Carmen Millán, “Introducción”, p. XVII.

²⁵⁸ Clementina Díaz y de Ovando, “La visión histórica...”, p. 35.

²⁵⁹ *Ibidem*, pp. 35-42.

instaurado por el Maestro,²⁶⁰ consistente —lo hemos referido ya— en la creación y fortalecimiento de una literatura totalmente nuestra, labor “...del más alto interés patriótico...”²⁶¹ en la que años antes le había precedido, como al resto de los “bohemos”, José Joaquín Fernández de Lizardi.²⁶²

En un canon similar al de los otros *Paladines*, la veneración por los adalides de la nación ocupó un sitio de primera importancia en la obra de Altamirano, para quien lo más importante era “...crear la Patria y después conservarla.”²⁶³ Por lo tanto, no es de extrañar que personajes como Cuauhtémoc, Clavijero —historiador y padre jesuita al que recuperó como “nuestro”—, los curas Hidalgo y Morelos, y su maestro el Nigromante, entre otros, hayan sido acreedores a románticas biografías y a roles protagónicos en sus estudios, al igual que lo fueron ciertas curiosidades históricas, como el caso de *La medalla de Cortés*.²⁶⁴

Una más de las intenciones de Altamirano consistió en acercarse al pasado indígena para reivindicarlo ante las “...deformaciones europeas [de las que había] sido objeto”,²⁶⁵ pero sin menoscabar “...los bellos tiempos de la colonia...”,²⁶⁶ de los cuales no tuvo una concepción negativa —aunque tampoco muy positiva— y, antes bien, consideró como un inagotable “...manantial de leyendas poéticas y magníficas...”²⁶⁷ que, sin embargo, habían sido lamentablemente ignoradas por los emisarios de Clío, circunstancia que devenía en una situación deplorable, pues auxiliándose de ellas, el historiador podía ser capaz de explicar “...el nacimiento y el desarrollo de la tradición [...], a la cual la imaginación popular [había sobrepuesto las] leyendas...”,²⁶⁸ fantásticas narraciones que a pesar de ser infundadas la mayoría de las ocasiones, podían constituir los cimientos de esa unidad nacional “...en [la] que Historia y tradición [desempeñaban un] papel por igual...”,²⁶⁹ postulado que encontraría en Luis González Obregón a uno de sus mejores exponentes, tal como lo podremos apreciar cuando analicemos al *México viejo*.

²⁶⁰ Vid. Miguel Ángel Castro, *op. cit.*, p. 38.

²⁶¹ Clementina Díaz y de Ovando *apud* Ignacio Manuel Altamirano, “La visión histórica...”, pp. 39-41.

²⁶² Vid. Ángel de Campo (Micrós), “Discurso del socio fundador Ángel de Campo”, en *Homenaje a I. M. Altamirano...*, p. 18 (en adelante “Discurso...” para el texto de Micrós).

²⁶³ Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “Los inmortales”.

²⁶⁴ Nicole Giron, “Ignacio Manuel Altamirano”, pp. 272-274.

²⁶⁵ Clementina Díaz y de Ovando, “La visión histórica...”, p. 42.

²⁶⁶ Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “El Corpus”.

²⁶⁷ Clementina Díaz y de Ovando, “La visión histórica...”, p. 39.

²⁶⁸ Jacqueline Covo, “Introducción”, p. XXIII.

²⁶⁹ *Ibidem*.



Fig. 20. “Su nombre lucirá en la historia patria [y] en nuestros anales literarios, porque fue el autor del renacimiento de las letras [...], en los planteles de educación, como profesor [y] en la memoria de la juventud, porque a ella consagró siempre su saber...” (Luis González Obregón, “Biografía de Ignacio M. Altamirano. 1834-1893”, en *Homenaje a Ignacio M. Altamirano. Conferencias, estudios y bibliografía*, México, UNAM, 1935, p. 19). “Su afán supremo consistía en buscar, en desentrañar, en hacer venir a luz desde el fondo del espíritu del discípulo, una personalidad literaria más o menos poderosa” (Justo Sierra Méndez, *Crítica y artículos literarios* (edición preparada por Manuel Mestre Ghigliazza, y revisada y ordenada por Agustín Yañez), México, UNAM, 1948, “El maestro Altamirano”, p. 383).

Por último debemos mencionar el valor que al género de la crónica otorgó el Maestro, y cuyas características lo llevarían a ser igualmente utilizado por nuestro personaje; para el maestro tixtleño, el cronista se desenvolvía en el ámbito de la realidad, a la cual describía con un estilo bello, ameno, ligero y proporcional al interés del asunto que se trataba, pero en el que, a diferencia de los artículos emanados de la pluma de los ramplones “cronistas semanarios”, cuyos límites eran informar o comentar, la inventiva sólo se utilizaba como un recurso para adherir, con mayor éxito, los hechos en la memoria de los lectores.²⁷⁰

VI

Luis González Obregón, el “futuro” historiador y cronista de la Ciudad de México, heredó, si no todo el legado teórico de este cuarteto de *Paladines*, sí mucho de él. Dicho patrimonio, como se ha intentado explicar, consistió principal, aunque no exclusivamente, en la utilización de un vehículo que a la larga resultara más eficaz para la difusión del arte de Clío: la Literatura, sobre todo en su vertiente novelística. No obstante, lo adoptó aplicándole una especie de transposición que por lo menos Payno —quien para poder hablar de la “historia ‘folclórica’” había recurrido a la novela—²⁷¹ hubiera deseado: la preeminencia de la Historia sobre las Bellas Letras en la anhelada concatenación de ambas, situación que, bien se ha dicho, propició la aparición de obras tan hermosas como útiles.²⁷²

Y así se cumple, finalmente, aquella sentencia en la que acertadamente se afirmó que fue “...González Obregón el resultante de todas las corrientes filosóficas, educativas y literarias que hubo en su tiempo”.²⁷³ Como creemos pudo apreciarse en el presente capítulo, los “novelistas con vocación histórica” jugaron un papel vital en la renovación del discurso histórico en el México decimonónico, pues no sólo facilitaron que el mismo llegara a un público más amplio, sino que hicieron notar a los subsecuentes emisarios de Clío, que su disciplina y la Literatura no tenían por qué ser opuestas, que la influencia de una enriquecía a la otra y que el resultado de ello era que todos —historiadores, literatos y especialmente los lectores— resultaban beneficiados.

²⁷⁰ Vid. Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “La vida en México”.

²⁷¹ Vid. Anne Staples, “*Los bandidos de Río Frio* como fuente primaria para la historia de México”, en Rafael Olea Franco, *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, COLMEX, 2001, p. 351.

²⁷² Vid. José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, p. 46.

²⁷³ Vid. Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 60.

Ya se discutirá si algún día se podrá derribar, o por lo menos debilitar, esa barrera que aún parece separar a ambas disciplinas, pero si como historiadores que somos, o pretendemos ser —y al igual que lo hizo nuestro cronista—, volteamos al pasado, puede que encontremos a los *Paladines de la Historia*. Quizá ellos nos ayuden...





Fig. 21. Sin olvidar a Guillermo Prieto, con sus versos festivos y sus cuadros de costumbres, debemos rendir “...homenaje a nuestros escritores, a nuestros artistas, a nuestros historiadores del siglo XIX. Ellos absorbieron la vida de su tiempo; la vivieron intensamente y nos legaron su imagen y su palpitación. En la pluma verbosa, periodística de [José Joaquín] Fernández de Lizardi, nace, al retratar la vida de México, una novela que ennoblece en [Ignacio Manuel] Altamirano la imagen de nuestro tiempo y de nuestra provincia [...], que con [Manuel] Payno retrata toda una época pintoresca en *Los bandidos de Río Frío* [y] que con [Vicente] Riva Palacio escenifica ‘truculentamente’ a la colonia...” (Antonio Saborit *apud* Salvador Novo, “*Los bandidos de Río Frío* en el tiempo y la crítica”, en *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, N° 44, México, INAH, septiembre-diciembre de 1999, p. 75 (consultado el 07 de septiembre de 2015 en p. http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_44_67-82.pdf). Gracias a ellos, a su labor, surgieron historiadores excepcionales como Luis González Obregón.

5. Un historiador con vocación literaria

“...la Literatura es la forma de expresión usual con que la cultura se manifiesta y se transmite [...] Gracias a los libros, se logra conocer al hombre”.

Francisco Monterde

Tras haber dado a conocer su “Reseña biográfica de D. Miguel Hidalgo y Costilla”, y ver publicados en el órgano del Liceo Mexicano su estudio sobre la Literatura Nacional, un artículo sobre *La Quijotita y su prima*, un cuento intitulado *Los chismes del pueblo*, su disertación sobre la Novela en México, un par de leyendas intituladas *El nahual de la Romita* y *Coyolicatzin*, y un panegírico de Cuauhtémoc,²⁷⁴ González Obregón se decantó final y definitivamente por la Historia, género al que consagró aquél que sería su primer trabajo de “gran aliento”: *El Pensador Mexicano. José Joaquín Fernández de Lizardi* (1887-1888).²⁷⁵

El hecho de haber elegido a dicho personaje como numen de su incipiente carrera como historiador es en extremo significativo, pues lejos de ser “...la figura que más le atrae”,²⁷⁶ nuestro cronista encontró en su persona, y obra, muchos de sus intereses e inquietudes intelectuales —por así decirlo—, a saber: el valor de sus textos, a los cuales consideró “esencialmente nacionales”,²⁷⁷ la descripción fidelísima de los tipos y las costumbres mexicanas²⁷⁸ presentes en los mismos; la transmisión de conocimientos al lector por medio de un lenguaje asequible,²⁷⁹ y la preeminencia de nuestros asuntos en los argumentos de sus obras, todo ello aunado al incommensurable patriotismo latente en cada una de ellas,²⁸⁰ pues debemos señalar que el autor de *El Periquillo Sarniento* había prestado sus servicios a la Independencia, “...no sólo con [la] pluma, sino [también] con las armas”.²⁸¹

²⁷⁴ Vid. José Miguel Quintana, “González Obregón y el Liceo Mexicano”, en *Letras de México*, p. 12/318.

²⁷⁵ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 74.

²⁷⁶ Eduardo Enrique Ríos, “González Obregón y la Literatura Nacional”, en *Letras de México*, p. 312/6.

²⁷⁷ Luis González Obregón, *Novelistas mexicanos. José Joaquín Fernández de Lizardi. El Pensador Mexicano*, México, Botas, 1938, p. 10 (en adelante *El Pensador Mexicano...*).

²⁷⁸ *Ibidem*, p. 83.

²⁷⁹ Vid. Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 132.

²⁸⁰ Vid. Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, *passim*.

²⁸¹ *Ibidem*, p. 27.



Fig. 22. “...la admiración y el culto que sentimos por Fernández de Lizardi [...], el Cervantes mexicano [e] insigne literato [...]; [el] hombre que honró a su patria en el campo de las letras, flagelando los vicios, ensalzando las virtudes y [trabajando] con fe por [su] independencia [...]. Éste fue, en resumen, el patriota, el reformador, el literato y el hombre que admira por sus ideas liberales y avanzadas: que sorprende como creador de obras esencialmente nacionales; que cautiva por su noble corazón y por la bondad de su carácter.” (Luis González Obregón, *Novelistas mexicanos. José Joaquín Fernández de Lizardi. El Pensador Mexicano*, México, Botas, 1938, *passim*).

Igualmente debemos considerar y poner énfasis en un detalle muy importante y que pudiera parecer obvio: tanto Fernández de Lizardi como González Obregón fueron novelistas; el primero como creador del género en su vertiente genuinamente mexicana, y el segundo durante sus inicios en el mundo literario, experiencia que le permitió dotar a su obra historiográfica no sólo de una “línea de investigación” constante —las Bellas Letras—, sino también del singular estilo narrativo que constituyó un importante paso en la conjunción Historia-Literatura que caracterizaría a su obra.

I

Una vez concluida la biografía del Pensador, nuestro personaje se enfrentó —como todo escritor novel— al dilema de su publicación. No obstante, debemos recordar que el joven González Obregón se desenvolvía en un exclusivo círculo de hombres prominentes, entre los cuales se encontraba don Pablo Bustamante, que después de haber leído la obra en cuestión lo presentó con el general y ministro de la Secretaría de Fomento, Carlos Pacheco Villalobos (1839-1891), quien tras escuchar de viva voz de nuestro cronista, el primer capítulo de su escrito, ordenó al señor Luis Rubín, director de imprenta en la referida institución, realizar una tirada de 2000 ejemplares de *El Pensador Mexicano...*,²⁸² hecho que marcó el inicio de una exitosa carrera editorial para el Muchachito.

Complemento de lo anterior, debemos ratificar que los primeros trabajos de nuestro cronista e historiador versaron sobre hombres de letras, lo cual no es de extrañar, pues el mismo, atendiendo a sus ideales y experiencia vital, consideraba a la Literatura como una forma de patriotismo que, al igual que el liberalismo bélico, había contribuido considerablemente en la consolidación del país, debido a su significativa labor en el fortalecimiento del nacionalismo, en la exaltación de los héroes y acontecimientos históricos, en la descripción y difusión de nuestras costumbres y tradiciones, y, sobre todo, por ser un conducto plausible de concatenarse con otra importante disciplina, la de Clío, lo cual se hizo patente con la aparición cada vez mayor de “...obras [que eran] históricas en el fondo, pero novelescas en la forma”.²⁸³

²⁸² Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 75-77.

²⁸³ Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 50.

La fama —si es que ese término puede aplicarse a un historiador— llegó rápidamente para Gonzalitos, aquel “...joven erudito, cuya monografía sobre el Pensador Mexicano [constituyó] una joya de alto mérito...”²⁸⁴ dentro del ámbito historiográfico nacional, aseveración que la prensa de aquella época nos ha permitido corroborar:

La simpática agrupación de *El Liceo Mexicano* está formada por jóvenes de talento que cultivan por inclinación natural esta rama de los conocimientos humanos, y la florescencia literaria de dicho grupo en los últimos meses ha venido á marcar el comienzo de una época productiva que podría redundar en provecho de las letras patrias, si se ensanchara la órbita de circulación de sus producciones bibliográficas; [entre ellos] González Obregón con su erudito estudio sobre *Fernández de Lizardi* (El Pensador Mexicano) y con su original Boletín Bibliográfico...²⁸⁵

Al igual que en escritos posteriores:

Es de considerarse esta obra como el mejor estudio que se haya hecho de Fernández de Lizardi, pues comprende su biografía con todo género de detalles y noticias interesantes [...] Éste fué el primer libro —en la actualidad joya bibliográfica— que publicó González Obregón allá por el año de 1888 y es de hacerse notar que, a pesar de los años transcurridos y de los escasos que él contaba —23— supo representar una obra casi definitiva, que no ha sido superada...²⁸⁶

En 1889, a tan sólo un año de su debut editorial, y en medio del cada vez mayor empuje del positivismo, nuestro cronista se anotó un éxito más y comenzó a desarrollar su *Anuario bibliográfico nacional*, trabajo que en su momento fue valorado de la siguiente forma:

...hemos visto con satisfacción la interesante obrita del laborioso escritor, Sr. Luis González Obregón, titulada *Anuario bibliográfico...* Dicha obrita, publicada en el presente año, hace referencia al de 1888, que es el primero de la serie que se propone escribir anualmente su autor, en beneficio de las letras mexicanas, que así serán mejor conocidas en el extranjero, y aun en la misma patria.²⁸⁷

Sin embargo, y pese a ser una “...obra de gran interés estadístico...”²⁸⁸, el *Anuario* “...hubo de quedar allí interrumpido...”²⁸⁹ para dar paso a la *Breve noticia de los novelistas*

²⁸⁴ Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos...*, “Ignacio M. Altamirano”.

²⁸⁵ “Noticias diversas. Efectos de la emulación”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 48, Tomo 95, Núm. 15,372, México, 2 de mayo de 1889, p. 3 (en adelante “Efectos de la emulación...”).

²⁸⁶ José Miguel Quintana, “*El Pensador Mexicano*”, de Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 225.

²⁸⁷ “México intelectual I”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 48, Tomo 95, Núm. 15,394, México, 28 de mayo de 1889, p. 1 (en adelante “México intelectual I”).

²⁸⁸ Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos...*, “Ignacio M. Altamirano”.

²⁸⁹ Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 241.

mexicanos en el siglo XIX (en adelante *Breve noticia...*), importante trabajo que nuestro historiador dedicó al hombre que robusteció en él la afición por las letras: Ignacio Manuel Altamirano,²⁹⁰ y que también es interesante, sin menosprecio de sus múltiples bondades, por un detalle en particular: el de permitirnos observar que González Obregón era un sujeto que no ignoraba consejos, sobre todo cuando de éstos podía enriquecer su trabajo:

No terminaremos este análisis, sin recomendar al laborioso autor del *Anuario bibliográfico mexicano*, abandone el orden alfabético, que puede relegar a los índices, y agrupe sus noticias y datos mediante una clasificación lógica de las materias, para que aquellos resulten menos inconexos, y más útiles á quienes quieran consultarlos. Igualmente, le reiteramos nuestra recomendación de que no se limite a formar un catálogo, sino que inserte en pocas palabras un ligero é imparcial exámen de las obras, más como ampliación de sus noticias, que como juicio crítico de las publicaciones; con lo cual seguirá prestando importantes servicios á la bibliografía y al progreso intelectual de la patria.²⁹¹

Así, en su *Breve noticia...*, el cada vez menos Muchachito atendió a las recomendaciones de “La Redacción” de *El Siglo Diez y Nueve* y realizó una especie de sumario en el que enumeró, no alfabéticamente, pero sí de forma cronológica, a los pocos novelistas con que había contado —y contaba— el país en la centuria de sus batallas por la Independencia. Empero, el objetivo principal del pequeño escrito no se reduce a ello, ni a la mera consignación de noticias concernientes a la obra de los referidos prosistas —a quienes tampoco se propuso juzgar—,²⁹² pues en sus páginas están circunscritas, más bien, las más genuinas preocupaciones de su autor, consistentes en la indiferencia de los escritores hacia los aparentemente inexistentes y/o irrelevantes temas patrios que podían servirles de inspiración, y en la apatía del reducido público lector respecto a la aún incipiente literatura nacional.²⁹³ No obstante, y ante semejante diatriba, Luis González Obregón expresó que “...las páginas de nuestra historia [contenían] sucesos dignos de ser presentados bajo [la] agradable forma literaria...”²⁹⁴ de la novela, y que los “...tipos y costumbres en nuestra sociedad [aún estaban] en espera de ser descritos”,²⁹⁵ tal como ya lo habían hecho —entre otros, y además de José Joaquín Fernández de Lizardi y los *Paladines de la Historia*—

²⁹⁰ Vid. Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 3.

²⁹¹ “México intelectual II”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 48, Tomo 95, Núm. 15,396, México, 30 de mayo de 1889, p. 1 (en adelante “México intelectual II”).

²⁹² Vid. Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 61.

²⁹³ *Ibidem*, pp. 6-9.

²⁹⁴ *Ibidem*, p. 7.

²⁹⁵ *Ibidem*, p. 9.

Justo Sierra O'Reilly con *La hija del judío* (1848), obra considerada por algunos como "...la primera novela histórica propiamente dicha que se escribió en nuestro país..."²⁹⁶ y cuya trama se basó en sucesos históricos y novelescos enriquecidos con ficciones que la hicieron más interesante;²⁹⁷ Luis Gonzaga Inclán con *Astucia, el jefe de los hermanos de la hoja, ó los charros contrabandistas de la Rama* (1865-1866), un relato notable "...desde el punto de vista histórico...";²⁹⁸ Pascual Almazán con *Un hereje y un Musulmán* (1870), narración que denota "...mucho estudio y conocimiento de la época en la cual se [desarrollaron] sus escenas...";²⁹⁹ y Jesús Echaiz con *La Envenenadora* (1875), un drama de talante histórico en el que se conservó "...la verdad histórica hasta donde es posible en esta clase de libros...".³⁰⁰ En la *Breve noticia...* pueden vislumbrarse, también, algunos síntomas percibidos por nuestro personaje en cuanto a cierto abuso del romanticismo en México:

Mariano Meléndez Muñoz [...] publicó en Guadalajara una novela: *El Misterioso*, [la cual tiene] pretensiones de histórica, pero en esta parte el autor asienta hechos falsos, como el de afirmar que los sacerdotes aztecas sacrificaban a sus víctimas enclavándoles en el pecho un puñal de oro [...] Cortés aparece [también] con una nueva hazaña: manda quemar viva a una madre con todos sus hijos, porque ésta no quiso corresponder a sus lúbricos deseos. En resumen: *El Misterioso* es el ejemplo mejor que puede presentarse de los pésimos frutos que produjo la escuela romántica exagerada.³⁰¹

Finalmente debemos advertir que en este sucinto, pero significativo texto —del cual se ha dicho surgió en los folios de *El Liceo Mexicano*—,³⁰² nuestro cronista e historiador se mostró incapaz de ser indiferente a la cuestión de las leyendas y otras hablillas virreinales, cuya importancia señaló constantemente a lo largo de sus páginas. Por ende, aparecen en la antedicha obra, José Justo Gómez (1799-1860), mejor conocido como el "Conde de la Cortina (segundo con este título)", quien escribió dos novelas y rescató "... una anécdota del siglo XVII intitulada "La calle de D. Juan Manuel (1835)";³⁰³ Juan de Dios Domínguez, de cuya pluma emanaron varias leyendas mexicanas, entre las que son de notar *Doña*

²⁹⁶ *Ibidem*, p. 17.

²⁹⁷ *Ibidem*.

²⁹⁸ *Ibidem*, pp. 24 y 25.

²⁹⁹ *Ibidem*, p. 31.

³⁰⁰ *Ibidem*, p. 36.

³⁰¹ *Ibidem*, pp. 14 y 15.

³⁰² Vid. José Miguel Quintana, "González Obregón y el Liceo Mexicano", en *Letras de México*, p. 12/318.

³⁰³ Luis González Obregón, *Breve noticia...*, pp. 16 y 17.

Esperanza de Haro (1871) y *El Embaidor y la Sevillana* (1875);³⁰⁴ Manuel Filomeno Rodríguez, que tomando como base un archiconocido delito acontecido en los tiempos de la colonia, redactó la “...curiosa novela histórica [...] intitulada *Los asesinos de Dongo* (1873)”,³⁰⁵ y José María Marroqui, quien combinando cuatro tradiciones populares escribió *La Llorona, cuento histórico mexicano* (1887).³⁰⁶

Lo interesante en esto es que muchas de las referidas consejas serían retomadas por algunos emisarios de Clío, quienes las estudiaron para demostrar que gran parte de la historia de México se encontraba intrincada con ellas,³⁰⁷ con esas fantásticas narraciones en las que casi siempre se hallaban entrelazados acontecimientos reales y sucesos maravillosos.³⁰⁸

II

En los primeros días del mes de septiembre de 1884 —cinco meses antes de la instauración del Liceo Mexicano Científico y Literario— se había anunciado, por medio de la prensa, la aparición de *México a través de los siglos*, gigantesca obra que ha sido considerada como la primera gran síntesis de nuestra historia patria, y que fue dirigida por Vicente Riva Palacio, quien también se hizo cargo de la redacción de su segundo tomo, especializado en el Virreinato.³⁰⁹

Dicho trabajo, en el que se “...resumía la historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario en México desde la antigüedad más remota hasta la época ‘actual...’”,³¹⁰ fue publicado por entregas y a lo largo de un quinquenio que finalizó en 1889.³¹¹ No obstante, Santiago Ballescá, su editor, se dio cuenta que no bastaba con que “...aquella obra [fuera] la más importante que hasta

³⁰⁴ *Ibidem*, p. 36.

³⁰⁵ *Ibidem*, p. 34.

³⁰⁶ *Ibidem*, pp. 54 y 55.

³⁰⁷ *Vid.* Jacqueline Covo, “Introducción”, p. XX.

³⁰⁸ *Vid.* Isabel Quiñónez, “Prólogo”, en Juan de Dios Peza, *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la Ciudad de México* (prólogos de Isabel Quiñónez y Luis González Obregón), 4ª ed., México, Porrúa, 2006, p. XVIII (en adelante *Leyendas históricas...* para la obra de Peza, “Prólogo 2” para el texto de Quiñónez y “Prólogo 1” para el de Luis González Obregón).

³⁰⁹ *Vid.* Clementina Díaz y de Ovando, “Introducción”, p. XL. Los autores que junto con Riva Palacio participaron en la redacción de *México a través de los siglos* son: Alfredo Chavero (Época prehispánica), Julio Zárate (Guerra de Independencia), Juan de Dios Arias/Enrique de Olavarria y Ferrari (México independiente), y José María Vigil (La Reforma).

³¹⁰ *Ibidem*.

³¹¹ *Vid.* José Ortiz Monasterio, “Estudio preliminar”, p. 29.

entonces se había escrito...”,³¹² sino que, para su difusión, se requería de una serie de artículos promocionales en los que se exaltaran sus múltiples bondades, por lo que decidió encargarse de la elaboración de los mismos al señor Francisco Sosa (1848-1925), literato que se desempeñaba como secretario particular de Carlos Pacheco, el ya referido general³¹³ y “Mecenas de las letras y las ciencias”.³¹⁴ Sin embargo, y por circunstancias que desconocemos, Sosa no pudo hacerse cargo de la encomienda recibida y decidió delegarla en otra persona, pensando para ello en aquel joven que debido a su erudición y buena pluma, comenzaba a despuntar en el ámbito de las letras: Luis González Obregón, que en “1890”,³¹⁵ y escudado bajo un “alias”, en efecto la realizó.³¹⁶

Empero, la aseveración final del párrafo anterior nos permite, atento lector, enmendar un par de equívocos en los que han incurrido las pocas personas que han estudiado a nuestro historiador, correspondiendo el primero de ellos al pseudónimo utilizado por el mismo en la elaboración de los referidos artículos promocionales. Según Alberto María Carreño, en *El cronista Luis González Obregón*, el alias utilizado por su biografiado fue “Luis Rey”,³¹⁷ una afirmación equívoca —y que posiblemente fue resultado de la ya confusa mente de nuestro personaje, quien brindó dicha información a Carreño solo unos días antes de morir—, pues el pseudónimo en cuestión es “Fernán”,³¹⁸ lo cual hemos podido averiguar mediante una investigación realizada en la Hemeroteca Nacional, misma que también nos ha permitido disipar el segundo error de los que aludimos, el cual estriba en la consignación del año en que fueron publicados los escritos propagandísticos que “Luis Rey” elaboró para *El Siglo Diez y Nueve*, el cual fue 1889³¹⁹ y no 1890,³²⁰ año en el que ya trabajaba para *El Nacional*, y en el que, por cierto, también se enmendó el estatuto 78º constitucional, con el fin de legalizar la reelección indefinida del presidente,³²¹ acontecimiento que puede

³¹² Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 77.

³¹³ *Ibidem*, p. 78, y *supra*, p. 61.

³¹⁴ “México intelectual I”, p. 1.

³¹⁵ *Vid.* Flor de María Hurtado, “Prólogo”, p. VII.

³¹⁶ Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 78.

³¹⁷ *Ibidem*.

³¹⁸ “México a través de los siglos”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 48, Tomo 96, Núm. 15,440, México, 19 de julio de 1889, p. 2 (en adelante “*México a través de los siglos P*”), y “*México a través de los siglos*”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 48, Tomo 96, Núm. 15,444, México, 24 de julio de 1889, p. 2 (en adelante “*México a través de los siglos IP*”).

³¹⁹ *Ibidem*.

³²⁰ *Vid.* Flor de María Hurtado, “Prólogo”, p. VII.

³²¹ Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, p. 675.

decirse, marcó el comienzo de una nueva y muy larga época en los anales de nuestra nación: la del paso del “Porfirismo” al “Porfiriato”, consistente el primero —y según el decir de un ameno historiador contemporáneo— en la adhesión de la voluntad popular a Porfirio Díaz, y el segundo en la consabida “...adhesión de [éste] a la silla presidencial”.³²²

México a través de los siglos ejerció una gran influencia, e incluso podríamos decir, marcó la tendencia a seguir para las obras historiográficas que le sucedieron,³²³ pues entre sus numerosas virtudes destaca la de haber logrado modificar la importancia que se concedía a las diversas etapas y aristas del pasado nacional,³²⁴ en especial a los entonces infravalorados años de la época colonial, misma que en palabras de don Justo Sierra era “...quizás la más importante de todas, aunque ‘la menos dramática y pintoresca...’;”³²⁵ debido a que —en su opinión— los tres siglos que abarcó, salvo “...sus dos extremidades: la que se desprende de la conquista y la que se pierde en las convulsiones de la insurrección de 1810, [eran] monótonos [y] áridos...”,³²⁶ al igual que las obras escritas en ellos, mismas en las que la Historia tendía a “...retrogradar hacia la crónica y [ésta] a pulverizarse en efemérides”.³²⁷ Y es que en efecto, comparada con otros periodos de nuestra historia, la Colonia era concebida como poseedora de una aparente tranquilidad que sólo se trastornaba por ocasionales “...tumultos locales y sin consecuencias, por [esporádicas] invasiones piráticas en las costas, que no tenían más resultado que el [saqueo] o destrucción de algún puerto, [o por] las ejecuciones de justicia o los autos de fe...” que a modo de espectáculos se realizaban,³²⁸ y ello cuando, “por suerte”, llegaba a ser considerada parte de nuestros anales, cosa que creemos no fue muy común hasta la aparición de *México a través de los siglos*.

³²² *Ibidem*, p. 652.

³²³ Vid. Álvaro Matute, “Notas sobre la historiografía positivista mexicana”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, N° 135, México, Instituto Mora, septiembre-diciembre de 1991, p. 57 (consultada el 07 de abril de 2016 en: <http://secuencia.mora.edu.mx/index.php/Secuencia/article/view/356/332>) (en adelante “Notas...”). *México: su evolución social* (1900-1902), obra dirigida por Justo Sierra Méndez, podría ser un buen ejemplo de éstas.

³²⁴ Vid. Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación...*, p. 76.

³²⁵ Justo Sierra Méndez, *Ensayos y textos elementales de Historia*, (edición ordenada y editada por Agustín Yáñez), 3ª ed., México, UNAM, 1984, “*México a través de los siglos*”, p. 184. Una comparación entre esta reseña y la escrita por nuestro personaje sería muy interesante.

³²⁶ *Ibidem*.

³²⁷ *Ibidem*.

³²⁸ Vicente Riva Palacio, “Introducción...”, pp. 136 y 137.

Empero, y respecto a lo anterior, lo mejor será conocer la opinión de nuestro cronista, quien a diferencia de Sierra, sí consideró a los antedichos textos coloniales como historiográficos, poseedores de información, estilo, método, crítica y, en fin, elaborados “...al modo como se escribían...” los de su época.³²⁹ He aquí el referido dictamen, mismo que hemos extraído de los mencionados artículos promocionales por él realizados y que incluiremos, en su totalidad y respetando su original grafía, como apéndices³³⁰ al final de este trabajo:

Con el cuaderno número 157, concluyó esta obra monumental, que hace más de cinco años viene publicando la muy acreditada editora de los Sres. J. Ballezá y Compañía, quienes no han perdonado gasto ni sacrificio, y han sabido vencer toda clase de dificultades, para presentar una obra que es un monumento artístico para su edición, y la primera en su género por su contenido [...] A los mejores de nuestros literatos y á los que más se han distinguido, como historiógrafos en las épocas que les tocara escribir, ocurrieron los Sres. Ballezá y Compañía. Bastan sus nombres para recomendarlos, pues D. Alfredo Chavero, D. Vicente Riva Palacio, D. Julio Zárate, D. Juan de Dios Arias, D. Enrique Olavarría y Ferrari, y D. José María Vigil, que fueron los designados, son bastante conocidos en el mundo de las letras [...] México carecía de una obra de esta especie, de una obra en la que se pudiera estudiar el progreso de nuestra patria, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días; que contuviera la historia *completa* y seguida de los acontecimientos que la han encarrilado en el camino de la civilización; en la que se pudieran apreciar todas las luchas y todos los obstáculos que han tenido que vencer sus hombres y sus héroes. Una historia así no había sido escrita hasta ahora, porque no merecen este nombre, ni el libelo de D. Lucas Alamán, en el que se aprende á odiar á la patria, como dice un escritor, ni los veinte cansadísimos tomos del bueno de D. Niceto de Zamacois, que todo lo que tienen de voluminosos, tienen también de parciales y de faltos de criterio. Además, estas obras fueron dictadas obedeciendo á un espíritu conservador y retrógrado, y á ideas tan limitadas como mezquinas. Por el contrario, el *México a través de los siglos* está escrito desde un punto de vista esencialmente liberal y con un criterio amplio, imparcial y justo. Inspirados sus autores en la buena fe y en la razón [...] han presentado los acontecimientos de nuestra historia en el lugar que les correspondía [...]; fundando sus juicios y apreciaciones en razonamientos y en documentos irrecusables, muchos de éstos, que hasta ahora permanecían

³²⁹ Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “Los primeros escritores de la Nueva España”.

³³⁰ En principio creímos que los artículos en cuestión permanecían inéditos, y que nosotros habíamos logrado sacarlos de su anonimato... un grave error, pues cuando nos encontrábamos en la revisión final de esta tesis descubrimos que los mismos ya habían sido transcritos por la maestra Doralicia Carmona Dávila, y que son fáciles de localizar y/o consultar haciendo “click” en el siguiente vínculo: <http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/5RepDictadura/1889-MTS.html> (consultado el 25 de agosto de 2016). Empero, nuestras pesquisas no fueron del todo inútiles, pues gracias a ellas pudimos deducir que la persona que se escondía bajo el seudónimo “Fernán” era Luis González Obregón, hecho que nunca es aclarado en el sitio web que hemos referido, y en el cual los susodichos artículos aparecen “sólo” a modo de texto, y siendo presentados así: “1889. Se da a conocer que ha sido completada la edición de la obra *México a través de los siglos*”.

en el polvo de nuestros archivos, y que han dado a conocer por vez primera. En resumen, el *México a través de los siglos* viene á llenar un vacío en nuestra historia nacional, y una necesidad que se hacía sentir, pues aunque contábamos con preciosas é inestimables monografías y obras especiales sobre diferentes periodos, como el de la historia antigua y el de la conquista, como el de la independencia, como el de la invasión americana, y otras, ellas no formaban un todo homogéneo, y un cuadro completo de nuestra existencia social, política y literaria [...] ³³¹ El segundo volúmen del *México a través de los siglos*, comprende “El Virreynato”, escrito por el Sr. General D. Vicente Riva Palacio [...] Si alguna época de nuestra historia no estaba escrita era ésta, pues aunque contábamos con [numerosas] crónicas [y] una multitud de preciosos documentos, de un valor inestimable para formar la historia de esta época, no constituían, sin embargo, una obra completa y especial sobre el virreynato, ni por su índole, ni por su extensión, ni por su forma, ni por su criterio. Esta Edad Media de nuestros anales, necesitaba un historiador, que nos presentara desde el siglo XVI, el periodo de tres centurias de dominación ibérica; que nos dijera cómo se organizó y formó una nueva sociedad [...]; cómo vivimos y pensamos durante esta larga noche de nuestra historia [...] ³³² Resumiendo el *México a través de los siglos*, tanto por los apreciabilísimos trabajos históricos que contiene, que vienen á formar la historia general de México que se escribe en nuestro país, como por su bellísima edición, es una obra digna de poseerse por todo buen mexicano, amante de su patria y de sus glorias. *Fernán*. ³³³

Debido a lo anterior, y como lo veremos en el capítulo siguiente, es natural que en alguna ocasión se haya aseverado que el *México viejo* de Luis González Obregón, surgió —aunque no exclusivamente— “...del impulso de *México a través de los siglos*”, ³³⁴ circunstancia mayormente palpable al comparar la tarea realizada por Riva Palacio, el incansable descriptor de costumbres, lugares y tipos coloniales, con la de nuestro cronista e historiador.



³³¹ Cfr. Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, México, Botas, 1937, “El abate Francisco Javier Clavijero”. Esta frase, palabras más, palabras menos, sería repetida por nuestro personaje en su estudio sobre el autor de la *Historia antigua de México*: “Antes de la publicación de la *Storia Antica del Messico* por Clavijero, nuestra literatura histórica no contaba sino las crónicas más o menos extensas escritas por religiosos o seculares, pero que no presentaban *el cuadro completo de la civilización mexicana...*” (en adelante *Cronistas e historiadores* para la obra en su totalidad).

³³² “*México a través de los siglos I*”, p. 2

³³³ “*México a través de los siglos II*”, p. 2.

³³⁴ José Joaquín Blanco y Jorge Olvera Ramos, *Los imprescindibles. Luis González Obregón* (selección y prólogo de José Joaquín Blanco y Jorge Olvera Ramos), México, Cal y Arena, 2004, p. 19.

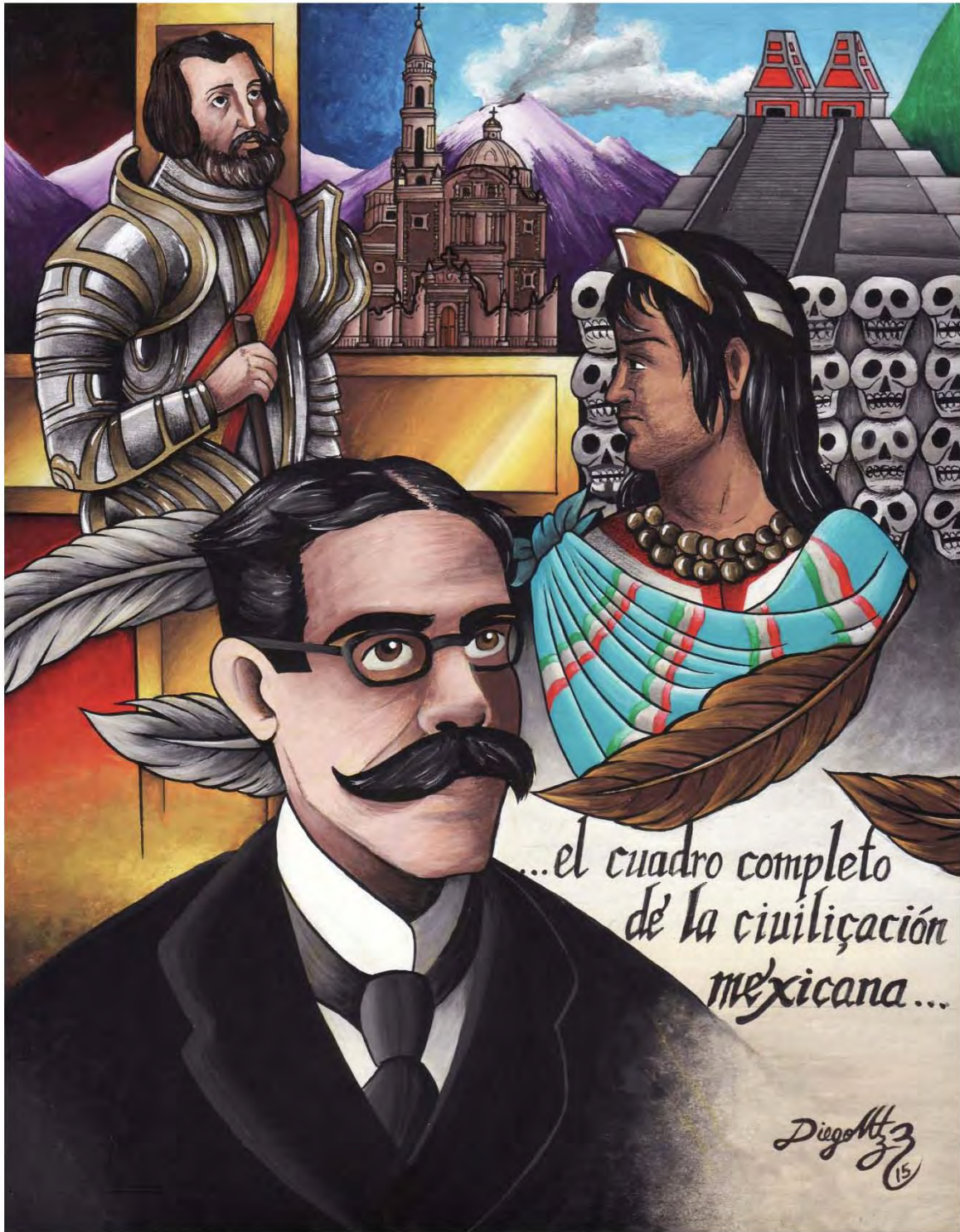


Fig. 23. “...aunque contábamos con preciosas é inestimables monografías y obras especiales sobre diferentes periodos, como el de la historia antigua y el de la conquista, como el de la independiencia, como el de la invasión americana, y otras, ellas no formaban un todo homogéneo, y un cuadro completo de nuestra existencia social, política y literaria...” (Luis González Obregón/“Fernán”, “México a través de los siglos”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 48, Tomo 96, Núm. 15,440, México, 19 de julio de 1889, p. 2).

6. Un anticuario

Sin filosofía, es decir, sin el conocimiento del corazón humano, sin el estudio de sus instintos y pasiones, la historia es una relación cansada y fastidiosa que no tiene interés alguno [...], pero sin crítica, sin luces para discernir la verdad o la falsedad de los hechos, la [misma] no puede ser más que una fábula o novela [...]

En cuanto a las fuentes a que debe acudir el historiador son necesarias: la mitología del país, sus fábulas, sus tradiciones, sus crónicas, las más importantes memorias de la época, la bibliografía, las obras de los historiadores que le han precedido, y la crítica que se ha hecho de estas obras.

Luis de la Rosa

Fernán cosechó, casi de manera inmediata, los frutos de su trabajo, ya que por medio de los referidos artículos promocionales que había realizado por encargo de Francisco Sosa, logró llamar la atención de Gonzalo Esteva (1843-1927), literato que fungía como director del periódico *El Nacional*, y a quien conoció debido a la intervención de Micrós.³³⁵ Esteva, que sin duda era un hombre visionario, "...dotado de brillante imaginación, amante de los libros y de las armas desde sus primeros años, [y] con gran pasión por las bellas letras..."³³⁶ solicitó de González Obregón un escrito, o mejor dicho, una serie de artículos semanales en los que habrían de aparecer múltiples y pintorescas narraciones destinadas a recrear "...el ambiente, las costumbres y las leyendas de la Ciudad de México..."³³⁷ circunstancia que derivaría en la posterior y exitosa publicación del material que tiempo después constituiría el primer tomo del *México viejo* (1891-1895), en su edición original.³³⁸

I

Nicolás Islas y Bustamante, que había leído con agrado y recopilado la supradicha colección de escritos, se acercó a Obregoncito y le sugirió la publicación de los mismos en un sólo volumen, tarea que hay que decir no resultó sencilla, sino más bien requirió de

³³⁵ Vid. Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 19.

³³⁶ Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos...*, "Gonzalo A. Esteva".

³³⁷ Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 19.

³³⁸ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 83.

cierto esfuerzo, pues aunque don Nicolás tenía a su cargo la imprenta que pertenecía a la Escuela Correccional —y que puso a completa disposición de nuestro joven cronista—, faltaban aún los recursos para sufragar los costos del papel que serviría como soporte para la obra y que ascendían a unos \$400, enorme suma que, en calidad de préstamo, fue finalmente proporcionada por doña Jesús Obregón, la afectuosa madre de nuestro amigo.³³⁹

Así, la primera “parte” del *México viejo* se puso a la venta³⁴⁰ y su éxito no se hizo esperar, ya que en tan sólo una semana se agotó por completo, resultando de tan inesperado acontecimiento la planeación de una secuela, cuyo proceso editorial, cabe mencionar, no implicó ya el sorteo de las mismas dificultades que el anterior, pues en esta ocasión el señor Francisco Sosa puso —de nueva cuenta—³⁴¹ la imprenta de la Secretaría de Fomento a disposición de nuestro personaje.³⁴²

La “continuación” de la obra en cuestión fue tan solicitada como su antecesora y, en vista de ello, Raoul Mille, famoso editor francés que entonces dirigía la emblemática librería y casa editorial de Bouret, contactó a González Obregón para proponerle la lujosa publicación de su libro en París, hecho que en efecto se realizó y dio por resultado “...la conocidísima y ya muy rara edición del *México viejo*, que ha constituido la delicia no solamente de los historiadores [...], sino de quien anhela dar expansión al ánimo, contento a la imaginación [y] deleite a la memoria, que al fijarse en cosas bien lejanas, nos reproduce hechos muy más (*sic*) cercanos...”.³⁴³ Empero, creemos que un par de testimonios coetáneos al lanzamiento del texto que revisitamos, nos darán mejor idea del impacto causado por su aparición; el primero de ellos dice:

Luis González Obregón es un buscador incansable de datos desconocidos, de noticias no averiguadas, de relaciones echadas en el olvido. Anda siempre á caza de viejos cronicones, de empolvados pergaminos, de *infolios* arcaicos. Huronea por archivos y bibliotecas, en busca de algo raro que haya pasado inadvertido para los bibliófilos, para los eruditos. Y encuentra sorprendentes curiosidades, fechas, nombres, inscripciones, no conocidos; averigua detalles de sucesos remotos, penetra en nimiedades de muy lejanos acontecimientos, y luego con su

³³⁹ *Ibidem*.

³⁴⁰ Respecto a la publicación del *México viejo* en “partes”, véase el Apéndice III, al final de este trabajo.

³⁴¹ *Supra*, p. 61.

³⁴² *Vid.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 84.

³⁴³ *Ibidem*, pp. 84 y 85.

imaginación juvenil, y con la sencillez encantadora de su estilo, revive aquellas épocas y pinta aquellos hombres, da vigoroso colorido á las escenas que describe y enseña deleitando [...] Los artículos que ahora va á coleccionar González Obregón con el nombre de *México viejo*, interesaron mucho á todos los que los leyeron en las columnas de *El Nacional*, porque son bellas páginas de esa historia [...] que confina, en ciertos puntos, con la leyenda [...] El *México viejo*, el nuevo libro de González Obregón, será sin duda alguna, muy estimado por los inteligentes.³⁴⁴

Y el segundo:

Para escribir la historia de una nación, siquiera sea en un periodo determinado, es preciso indagar cuáles fueron las costumbres, cuál la situación política, cuáles los modos de sentir y de pensar y cuál la influencia del momento. Una vez definidos estos factores y otros que de éstos se deriven; el historiador simplifica su tarea y le es menos difícil presentar á los hombres y deducir los hechos; porque es inconcuso que después de observar detenidamente se da por fuerza en el origen de los acontecimientos [...] Todos estos vicios y virtudes que someramente dejo apuntados, encuentran un eco en las páginas de *México viejo*. Allí se ha rasgado con un rayo luminoso la densa tiniebla de aquellos años y el historiador futuro podrá encontrar preciosísimos elementos para una obra de gran aliento. El trabajo de Luis González Obregón será el pedestal de no sé qué obra grandiosa; pero es lo cierto que el filósofo de los siglos venideros hallará en la humilde especulación de un joven del siglo XIX, una nueva vía para sus investigaciones, y brillantes datos para reconstruir los tiempos [...] los escritos del autor de *México viejo* obedecen a un principio: dar la copia de una sociedad viva sólo para los arqueólogos, paleógrafos y bibliófilos; y obedecen á un fin: acopiar materiales para la historia del mañana. Hasta aquí el prologuista de *México viejo*. Veamos ahora lo acertado y cabal del juicio anterior.³⁴⁵

De la referida conjunción González Obregón-Mille, resultarían también los posteriores lanzamientos de algunos de los más conocidos e interesantes trabajos de nuestro cronista: *Los precursores de la Independencia en el siglo XVI* (1906); *D. Guillen de Lampart: la Inquisición y la Independencia en el siglo XVII* (1908); *México viejo y anecdótico* (1909), *La vida en México en 1810* (1910) y *Vetusteces* (1917),³⁴⁶ conjunto historiográfico que, debido a su calidad y erudición contenida, incrementó y consolidó la merecida fama de nuestro amigo. Empero, hablaremos de dichas obras en breve y de modos intermitente y complementario, pues lo que ahora nos interesa es tratar de elucidar la idea de la Historia

³⁴⁴ “*México viejo*”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 51, Tomo 100, Núm. 16,159, México, 19 de noviembre de 1891, p. 2 (en adelante “*México viejo*”).

³⁴⁵ “*México viejo* por Luis González Obregón”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 51, Tomo 101, Núm. 16,311, México, 20 de enero de 1892, p. 2 (en adelante “*México viejo* por Luis González Obregón”).

³⁴⁶ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 95.

de nuestro personaje, y qué mejor para ello que realizar un más o menos extenso análisis del susodicho *México viejo*, libro que ha sido justamente considerado, junto con *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno, y las *Memorias de mis tiempos* de Guillermo Prieto, como obra esencial y genuinamente nacional,³⁴⁷ y mediante la cual Luis González Obregón, el historiador, se elevó "...a la altura de los Orozco y Berra, y los Hernández Dávalos".³⁴⁸

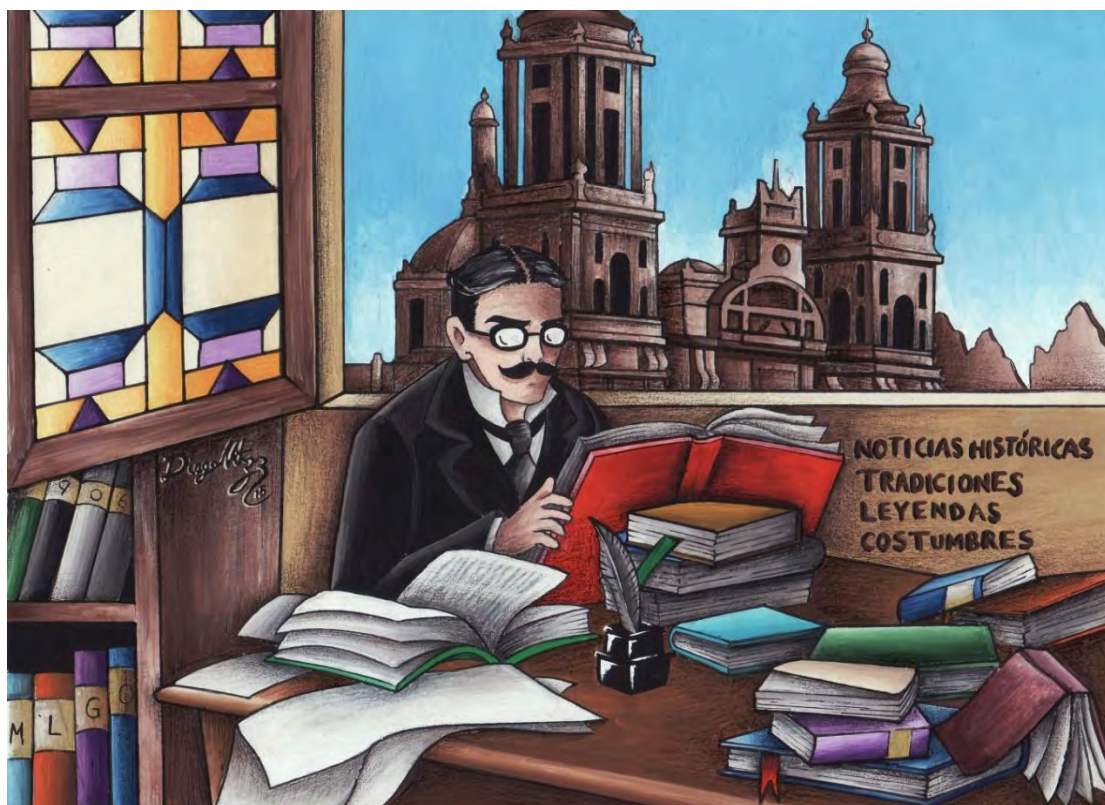


Fig. 24. En su *México viejo*, Luis González Obregón nos habló de aquellas costumbres, minucias y lugares que de no ser por la labor de los cronistas e historiadores, hubieran quedado “sepultadas” para siempre, invariablemente sometidas al yugo de su verdugo inevitable: el tiempo. Aunado a ello, la rememoración y análisis de dichas vetusteces fue realizada de un modo muy particular, y del cual es fácil forjarse una idea mediante la lectura de la siguiente y muy esclarecedora cita, en la que se enuncia: “...si a más de tanta instrucción y erudición, y el grande talento que se necesita para aprovechar tan inmenso caudal de luces, no posee el historiador una imaginación viva y una ardiente fantasía, los cuadros de la Historia serían inanimados y no dejarían impresión alguna en el espíritu de los lectores [...]; es cierto que la Historia no debe ser sino la relación fiel de los hechos y su más verídica exposición; pero la imaginación es necesaria para dar a los hechos que se refieren y a las escenas que se describen, ese tinte de verdad, ese colorido de vida, ese tono dramático que es necesario para dar interés a los hechos que se refieren y hacer que se graben en la memoria” (José Ortiz Monasterio *apud* Luis de la Rosa, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, FCE-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004, p. 50).

³⁴⁷ Margo Glantz *apud* Mariano Azuela, “Prólogo”, p. 10.

³⁴⁸ Miguel Ángel Castro *apud* Ángel de Campo (Micrós), *op. cit.*, p. 38.

II

Como lo mencionamos en la “Presentación” de esta tesis, consideramos, atento lector, que la simple mención de *México viejo* equivale a hablar de Luis González Obregón y viceversa, pues no sólo es notable que en dicho libro convergieron todos los intereses históricos de nuestro cronista, sino que del mismo derivó la mayor parte, en cuanto a “líneas de investigación”, de sus futuras obras, aunque sin dejar de lado cierta continuidad con aquéllas que le antecedieron. *México viejo (época colonial). Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*, que es su título completo, se desarrolla “en torno” a la capital mexicana, urbe que constituyó sólo una de las principales afecciones de nuestro amigo, quien de viva voz nos lo confiesa en cuanto iniciamos la lectura de su trabajo:

Curiosa, y más que curiosa interesante, es la historia de la ciudad de México, y de los cambios que se han verificado en sus calles y plazas, en sus templos y palacios, en sus acueductos y mercados; desde los tiempos remotos de la antigua Tenochtitlan, hasta los días que alcanzamos, en los que no queda ni huella de muchas cosas que existieron, y en los que vemos a la capital del todo transformada.³⁴⁹

Sin embargo, no son los elementos de índole material los únicos constituyentes de nuestra capital, pues el joven Luis, debido a su experiencia vital y formación intelectual, consideró que igualmente lo eran sus tradiciones, leyendas y costumbres, provenientes todas de sus épocas primigenias, sobre todo la virreinal, abundante en reminiscencias “...de aquellos tiempos pasados, objeto principal del presente libro...”,³⁵⁰ cuyo propósito fue, y es —como lo habían sugerido los *Paladines*—,³⁵¹ despertar en el lector “...el amor por los detalles, que muchas veces hacen más luz sobre una época [y] dan más ideas sobre hechos y personas, que serias síntesis siempre superficiales de períodos que comprenden muchos siglos...”,³⁵² un razonamiento constante en toda la historiografía “obregoniana”, misma en la que sin importar el problema central, se descendió a “...minucias que muchos juzgarán inútiles, pero que hacen apreciar mejor la magnitud de los sucesos”.³⁵³

³⁴⁹ Luis González Obregón, *México viejo (época colonial). Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*, 9ª ed., México, Editorial Patria, 1966, p. IX (en adelante *México viejo*, Patria...).

³⁵⁰ *Ibidem*, p. XIV.

³⁵¹ *Supra*, Cap. 4.

³⁵² Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., p. XV.

³⁵³ Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1906, Libro Quinto, Cap. V (en adelante *Los precursores de la Independencia...*).

Aunados a la importancia vertida en la otrora *México-Tenochtitlan*, el interés por las cuestiones relacionadas con el famoso y siempre interesante Tribunal del Santo Oficio, y las vidas y pormenores de personajes ilustres —la mayor parte de ellos actores del movimiento de Independencia—, más el afán de continuar con la propagación de un todavía lozano nacionalismo, pueden apreciarse a lo largo del *México viejo*, un cada vez más —por desgracia— ignorado clásico de la historiografía patria al que tendría que recurrir, necesariamente, aquél que “...quiera escribir sobre hechos y cosas [de nuestro país]”.³⁵⁴

III

El mérito de González Obregón, simbolizado por su *México viejo* y el resto de sus trabajos, es realmente grande, pues con su realización —y al igual que lo había hecho Riva Palacio— “...tuvo el arrojo de mirarse en el espejo de la Colonia en una época de antihispanismo generalizado...”,³⁵⁵ trastocando de paso la concepción de diversos mitos y saberes que se creían establecidos, como el consistente en la llamada “paz colonial”, misma que siendo tan falsa como el salto de Alvarado,³⁵⁶ se caracterizó más bien por haber sido escenario de constantes “...asaltos, riñas y robos...”³⁵⁷ de los que eran víctimas casi todos los “mexicanos”, en cuyas ciudades se verificaban también, y continuamente, violaciones, incendios³⁵⁸ y asesinatos, atenuantes del perenne “...estado de alarma en que vivían los vecinos y las mismas autoridades en aquellos tiempos, que por no ser bien conocidos se han juzgado de paz envidiable...”³⁵⁹ y rebosantes de una monotonía que igualmente se veía amenazada por “...extraordinarios sucesos políticos...”,³⁶⁰ cimentados no pocas veces en las románticas ideas de libertad e independencia que siempre pulularon “en el aire”, y que de acuerdo a don Luis, eran “...cosa [común] y corriente en aquellos tiempos”.³⁶¹

³⁵⁴ Artemio de Valle-Arizpe, “Elogio”, p. 17.

³⁵⁵ José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción...*, p. 309.

³⁵⁶ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. V: “La calle del Puente de Alvarado”.

³⁵⁷ Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “La paz colonial”.

³⁵⁸ Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “Incendios memorables”. Este capítulo es sólo un buen ejemplo de los inusuales, variados y curiosos temas que interesaban a nuestro autor.

³⁵⁹ Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “La paz colonial”.

³⁶⁰ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La ciudad colonial”.

³⁶¹ Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia...*, Libro Segundo, Cap. I.

Imprescindible para el estudio de nuestro pasado, la obra en cuestión reúne en sus páginas toda una gama de cuadros que nos recuerdan esa época lejana en la que figuran costumbres, personajes y lugares pertenecientes a un México que, ante el exceso de extranjerismo fomentado por el gobierno “vitalicio” de don Porfirio, se volvía cada vez más vetusto.³⁶² Así, ante dicho panorama, en el que el héroe del 2 de abril y sus científicos³⁶³ trataron de revestir al país de “...una aparente modernidad, riqueza y homogenización...”³⁶⁴ en la que “...lo nacional, lo típico [y] lo nuestro [tendió] a desaparecer...”³⁶⁵ emergió el *México viejo*, a modo de sutil protesta y requerimiento hacia el pueblo, para que el mismo no olvidara lo propio ante los influjos ajenos “...que para González Obregón hacían más daño que bien en el arte y en el espíritu de nuestro pasado”.³⁶⁶ Muestra de lo anterior es ésta, su más conspicua y hasta lacónica queja:

Las costumbres de nuestros antepasados, mitad españolas, mitad criollas, desaparecen sustituidas por una mezcla de las europeas, y ahora en una misma casa se reza a la antigua, mas se viste a la francesa y se come a la italiana; se monta a caballo o en coche a la inglesa, y se trata a la gente *a lo yankee* para no perder el tiempo [...] todo se va, todo se olvida con el trajín ruidoso de los carruajes ingleses o “americanos” y el *tranvía* que se desliza rápido por acerados rieles.³⁶⁷

IV

La forma en que se estructuró el *México viejo* nos es indicada en cuanto comenzamos con su lectura... hablemos de ella en los siguientes actos, y también sobre el estilo de nuestro cronista:

³⁶² *Vid.* Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, p. 689.

³⁶³ *Ibidem*, pp. 672-675: “Los ‘científicos’ eran gente nacida después de 1840 y antes de 1856 [...]; ‘urbanos hasta las cachas’ [y] capitalinos puros, [ignoraron] la vida ranchera y pueblerina [...] Licenciados, tribunales, maestros, periodistas y poetas, [tuvieron la mayoría, como] cuarta vocación [...], la de historiador, [destacando en ello Justo Sierra Méndez, Francisco Bulnes, Emilio Rabasa y Alfredo Chavero]. Los más de los científicos merecían el membrete de ricachones, [pero] según decires enemigos eran una punta de ladrones [que] sirvieron de enlace entre el gobierno y el capital de fuera [...]; infiltrados en el mundo de las finanzas [y] dueños de la fuente de prosperidad más copiosa, salieron bien pronto de pobres, y algunos amasaron fortunas que su despilfarrada descendencia aún no consigue agotar. Su amor hacia los centavos convivió sin dificultades con sus demás amores: la sabiduría y el poder [...] Fue [también] un grupo que más de una vez censuró [...] la obra de Porfirio Díaz [y] que tendía al conservadurismo, la oligarquía y la tecnocracia en mayores dosis que la vieja guardia liberal. Era, por supuesto, salvo contadas excepciones, positivista”.

³⁶⁴ *Ibidem*, p. 686.

³⁶⁵ Luis González Obregón, *Vetusteces*, “La Navidad en otros tiempos”.

³⁶⁶ Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 64.

³⁶⁷ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., p. XXIX.

...las breves disertaciones en que hemos escrito estos estudios las hemos designado con el título de capítulos para facilitar las citas; mas sin pensar siquiera que pueden constituir un todo perfectamente homogéneo, pues no tienen más conexión entre sí que referirse al México virreinal. Siguen en su colocación un orden cronológico, aunque no riguroso...³⁶⁸

Después de la introducción que da inicio a la obra, nos encontramos con el primero de sus 68 apartados, cuyas extensiones van desde lo breve, como en el caso del número LXIV, intitulado “Una travesura del Pensador Mexicano”, a lo extenso, como acontece con el capítulo XII, que responde al título “La Inquisición”; cada episodio está subdividido en otros menores que llamaremos “actos”, lo cual nos hace sentir que estamos leyendo una obra de índole literaria en lugar de otra de acartonado corte historiográfico.

Generalmente los capítulos comienzan con una sencilla descripción del hecho a tratar, o de una introducción con clara intención retórica:

¡Oh piadosos y felices tiempos en que los santos se contaban por centenas y los milagros por millares! ¡Oh tiempos de candor y de inocencia en que la fe obraba innumerables portentos! Tiempos que mejor que los antiguos podrían llamarse fabulosos y que han desaparecido, tal vez para siempre...³⁶⁹

A dicha presentación prosigue una disertación que, sin desdén por la tradición oral, y apoyada en crónicas y muchas otras fuentes escritas que ya mencionaremos, tiene por objeto comprobar la historia verdadera del suceso en cuestión, lo cual es oportunamente señalado por Fernán con frases como ésta: “...los pocos pero elocuentes documentos que arriba insertamos, lo comprueban...”,³⁷⁰ un aspecto común en toda su historiografía:

...para que el lector acabe de convencerse de que los restos de Cortés no se quedaron en España, vamos a reproducir la historia minuciosa de sus últimas disposiciones, de su muerte, de su entierro y de las diversas translaciones de su cadáver [...] y para ello extractaremos o copiaremos íntegros los documentos que se han publicado sobre el asunto...³⁷¹

Finalmente es abordado el fascinante rubro de la leyenda —cuando ésta se encuentra presente— y la forma en que la misma, transmitida de generación en generación,

³⁶⁸ *Ibidem*, p. XV.

³⁶⁹ *Ibidem*, Cap. XXX: “El milagro de María Poblete”

³⁷⁰ *Ibidem*, Cap. XLIX: “La familia de Hidalgo”.

³⁷¹ Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945, “Los restos de Hernán Cortés. Disertación histórica y documentada” (en adelante *México viejo y anecdótico*).

y deformada o creada por la fantasía popular,³⁷² “...ha llegado hasta nosotros...”,³⁷³ información siempre asociada a la consignación de la verdad sobre su origen, e invariablemente relacionada con algún acontecimiento histórico:

La tradición [del salto de Pedro de Alvarado] se refería por los mismos conquistadores, y después fue arraigándose de tal modo, que unánimemente poetas y cronistas la repitieron por más de tres centurias, teniendo por una verdad incontrovertible lo que no fue sino una falsa leyenda, [pues] la historia de la Conquista de México está llena de cuentos y consejas [...] y para que pueda apreciarse la verdad del suceso, vamos a recordar el interesante episodio conocido en la historia por la *Noche Triste* [...] ¿Pero, cuál fue el verdadero origen de la leyenda que dio nombre a la calle? El fidelísimo Bernal Díaz del Castillo, testigo ocular de aquellos sucesos, lo refiere en las siguientes palabras...³⁷⁴

Sin embargo, el “...atendamos primero a la historia para después escuchar la leyenda”,³⁷⁵ no constituye una regla que nuestro autor haya seguido a “pie juntillas”, pues muchas veces aparece narrada, en primer lugar, la conseja popular, y después los razonamientos históricos y cronológicos de sus posibles orígenes y contenidos, cuando los mismos son susceptibles de ser localizados en viejos cronicones, “...vetustos papeles y [...] *matusalénicos* libracos...”.³⁷⁶ Tal es el caso del “Aparecido”, un interesante relato histórico:

Refrene su espanto el lector, pues no se tratará aquí de una alma (*sic*) del otro mundo, sino de un misterioso personaje que se apareció una mañana en la plaza principal de México, allá en el siglo XVI [...] En antiguos pergaminos hemos encontrado este acontecimiento poco conocido, y certificado por muy graves autores, insignes por su veracidad y teologías [...] Consta el suceso que hemos consignado, en gruesos pergaminos escritos por muy reverendos cronistas de las Órdenes de San Agustín y Santo Domingo...³⁷⁷

La experiencia obtenida por nuestro personaje durante su breve faceta como literato puede apreciarse en la mayoría de los capítulos del *México viejo*, así como en sus demás escritos. Apartados como el II, cuyo título es “Los mártires del tesoro”, presentan una estructura que a nosotros —poco versados en el tema— nos recuerda aquella cuestión de “planteamiento, nudo y desenlace” en una obra. Así, la pequeña disertación acerca de la

³⁷² Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La calle de Olmedo”.

³⁷³ Luis González Obregón, *México Viejo*, Patria..., Cap. I: “La leyenda del labrador”.

³⁷⁴ *Ibidem*, Cap. V: “La calle del Puente de Alvarado”.

³⁷⁵ *Ibidem*, Cap. XXV: “La calle de don Juan Manuel”.

³⁷⁶ Luis González Obregón, *Vetusteces*, “Las Posadas”.

³⁷⁷ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XIX: “Un aparecido”.

caída de *México-Tenochtitlan* y lo que allí aconteció en días posteriores correspondería al planteamiento, mientras que el desarrollo de la trama, en la que Cuauhtémoc y los demás señores indígenas son torturados y cuestionados acerca del “tesoro de Moctezuma”, jugaría el papel del nudo; acto seguido y sin darnos cuenta, debido al fascinante estilo narrativo de González Obregón, nos encontramos ante el desenlace, mismo que casi siempre aparece acompañado de una reflexión y de una interpretación subjetiva del hecho, propensión a menudo negada por nuestro autor, pero evidente en los hechos: “...veamos ahora el fin trágico de aquella escena a la luz de la hogueras; sólo ennoblecida por el valor y serenidad de Cuauhtémoc, que con su grandeza de alma se sobrepuso a tanta miseria y a tanta cobardía”.³⁷⁸

Tal como lo advirtió el otrora Muchachito, la colocación de los capítulos obedece a un orden cronológico, pero no riguroso. Las páginas iniciales del libro que analizamos abordan historias que parten de la Conquista y que poco a poco se van sucediendo hasta que, sin darnos cuenta, el *huey altépetl*³⁷⁹ de los mexicas se desdibuja, mas no se olvida, para dar paso a la “muy noble y leal Ciudad de *México-Tenochtitlan*”,³⁸⁰ con todo lo que ello conlleva. Los relatos acerca del origen de los nombres de sus primeras calles —siempre relacionados con acontecimientos históricos y tradicionales—,³⁸¹ de sus mesones, hospitales, conventos y edificios —dignos de loa unos, y macabros e “infames” otros—³⁸², así como los concernientes a las festividades, tradiciones, leyendas y personajes ilustres, se van entrelazando sutilmente hasta que de pronto, y sin darnos cuenta, nos encontramos en los umbrales de la Independencia nacional, época que marca el desenlace del libro que revisitamos.

³⁷⁸ *Ibidem*, Cap. II: “Los mártires del tesoro”.

³⁷⁹ *Vid.* James Lockhart, *Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVII*, México, FCE, 1999, Cap. II: “El *altépetl*”. El término *altépetl* era utilizado por los grupos nahuas para referirse a lugares, pero también, y principalmente, a organizaciones de personas que tenían el dominio sobre determinados territorios. Así, a una entidad soberana, cualquiera que fuera su tamaño, podía denominarsele *altépetl*, vocablo que fue interpretado por los españoles como “pueblo” o “ciudad”. Sin embargo, entre todos los *altépetl* (o *altepeme*, su plural), hubo uno al que los demás estuvieron subordinados, y al que, debido a su jerarquía, podía agregársele sin duda el vocablo *huey* (grande): *México-Tenochtitlan*.

³⁸⁰ Luis González Obregón, *México viejo, Patria...*, *passim*. De esta forma solía llamar don Luis a la capital mexicana.

³⁸¹ *Ibidem*. Véase también Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., *passim*.

³⁸² *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo, Patria...*, Cap. XII: “La Inquisición”.

En lo que creemos se equivoca nuestro cronista es al decir que los apartados de su libro no tienen más conexión entre sí que la de referirse al México virreinal, pues hemos observado que a través de ellos aparecen “elementos comunes” que los concatenan, tal es el caso de “La Acordada”,³⁸³ episodio en el que se hace referencia al antiguo mercado del Parián, mismo que fungió como tema central del apartado XLI,³⁸⁴ y que vuelve a ser mencionado en el interesante, curioso y divertido capítulo intitulado “Los pasquines”.³⁸⁵ Sin embargo, dicha “afinidad” trasciende las páginas del libro en cuestión y se extiende al resto de las publicaciones de González Obregón, circunstancia que, desde nuestra humilde y atrevida percepción, convierte a su obra en un *todo* que tiene al *México viejo* como base, lo cual intentaremos demostrar sirviéndonos de los tópicos anteriores, comenzando con el Parián:

De aquel vetusto edificio que aún alcanzaron en pie nuestros padres, no queda piedra sobre piedra, ni rastro alguno que indique dónde estuvo situado; sólo en las páginas de la historia permanece su huella indeleble, por estar asociado su recuerdo al de los conspiradores que en 1808 depusieron a Iturrigaray, y al vergonzoso epílogo de la revuelta de 1828 [...] El Parián fue un edificio utilísimo, pero de feo aspecto, sin ningún detalle artístico que merezca ser mencionado; pero a riesgo de ser cansados vamos a consignar aquí su descripción, para satisfacer la curiosidad que siempre despierta todo lo pasado [...] Los realistas o *chaquetas*, capitaneados por el español D. Gabriel de Yermo, se conjuraron [...] en contra del Virrey D. José de Iturrigaray, y lo depusieron del mando en la citada noche del 15 de septiembre [...] Los bandos se acentuaron desde 1808. Los *chaquetas* eran los futuros realistas, que habían de sostener con tesón y sin cuartel la causa de la dominación española en México; y los criollos, los afectos a Iturrigaray, los *insurgentes* [...] El Parián fue, pues, el cuartel de los *chaquetas*. Aun antes de la prisión del virrey en 1808, se veía con prevención aquel mercado, como centro de las maquinaciones del partido realista...³⁸⁶

Una vez leído el susodicho episodio —constituyente del *México viejo*— consideramos que el lector se encontrará “preparado” para disfrutar y comprender mejor aquellos escritos pertenecientes a otros trabajos de nuestro autor, cuando en los mismos se aluda o haga referencia a dicho mercado, o a los hechos acontecidos y/o relacionados con él, tal como podemos apreciarlo en el siguiente y muy breve fragmento perteneciente a *La vida en México en 1810*:

³⁸³ *Ibidem*, Cap. XLVI: “La Acordada”

³⁸⁴ *Ibidem*, Cap. XLI: “El Parián”.

³⁸⁵ *Ibidem*, Cap. LXVII: “Los pasquines”.

³⁸⁶ *Ibidem*, Cap. XLI: “El Parián”.

La *Plaza de Armas o Plaza Mayor* [...] tenía las mismas dimensiones que la actual [...] pero en el centro de ella existía el monumento a Carlos IV y el mercado del *Parián* [...], donde radicaba el comercio de los *chaquetas*, mercaderes que habían depuesto al virrey Iturrigaray, por haber dado afecto a los criollos que anhelaban la Independencia en 1808, y que intentaron realizar sin guerras y legalmente...³⁸⁷

Incluso será el mismo González Obregón quien en más de una ocasión nos remita a su obra. Por ejemplo, en “Los últimos tumultos del siglo XVII”, libro quinto de su *D. Guillén de Lampart...*, tras haber leído sobre el motín acontecido la noche del 8 de junio de 1692, en la que fue saqueado y destruido el ya tan mencionado mercado, nos encontraremos con la siguiente cita: “Véase mi *México viejo*, capítulo intitulado *El Parián*”,³⁸⁸ y lo mismo ocurre con otro de los tópicos, el de los pasquines:

En aquellos tiempos no había libertad de imprenta [...]; en una época en que predominaban esas trabas a la libre manifestación del pensamiento, nada tiene de extraño que los cobardes anónimos y los groseros pasquines fueran los medios de que se valían muchos para ejercer venganzas, censurar abusos, o satirizar en versos más o menos festivos, los defectos de particulares, de gobernantes y aun de altas dignidades de la Iglesia [...] De antaño aparecieron los pasquines en Nueva España [y tuvieron que haber sido tan punzantes que fueron prohibidos] “bajo graves penas”.³⁸⁹

Escritos burlescos y de continuo presentes en los subsecuentes escritos *obregonianos*, a menudo en estrecha relación con las costumbres:

...la entrada y recibimiento de los virreyes hasta entonces había sido solemne y bastante dispendiosa para el Real Erario. [Sin embargo], Venegas no se hizo simpático ni por su aspecto, ni por sus hechos posteriores [...] la corteza amarga de que venía su exterior revestido, su sencillo traje, y llano y fácil trato, impresionaron y desagradaron a los habitantes de la Capital, acostumbrados a la rigidez y ostentación de que habían hecho gala los virreyes [...] La antipatía [...] fue general. Siendo muy vulgar el uso entonces de los pasquines [...] se acudió a éstos y a los cobardes anónimos, para manifestar ideas reprimidas...³⁹⁰

³⁸⁷ Luis González Obregón, *La vida en México en 1810* (edición facsimilar de la de 1910), México, Editorial Innovación, 1979, Capítulo Primero: “Cómo era la ciudad entonces” (en adelante *La vida en México en 1810*).

³⁸⁸ Vid. Luis González Obregón, *D. Guillén de Lampart...*, Libro Quinto, Cap. III.

³⁸⁹ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LXVII: “Los pasquines”.

³⁹⁰ Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo sexto: “De cómo entró el virrey Venegas en la Ciudad de México”.

O vinculados con aspectos de la vida cotidiana y privada, entre los que puede contarse la infidelidad, sobre todo la practicada por individuos notables, como fue el caso del segundo Marqués del Valle, alférez en “...la primera rebelión seria y justa que á intentar iban los criollos, legítimos representantes de la nueva nacionalidad en vía de formación...”:³⁹¹

Contábase que D. Martín [Cortés] *traía requiebros* con Doña Marina Vázquez de Coronado, casada con Nuño Chávez de Pacheco [...] Como la señora en cuestión se llamaba Doña Marina, lo mismo que la india que tanto ayudó a su padre para conquistar la tierra, y el Marqués andaba conspirando [para alzarse como señor de la Nueva España], al mismo tiempo que en *requiebros* con la Coronado, de continuo echábanle papeles infamantes, á modo de pasquines, y un día, al ir á sacar un “lienço de narices, de las calzas”, halló un anónimo en ellas, que decía: “Por Marina, soy testigo / ganó esta tierra un buen hombre / y por otra de este nombre / la perderá, quien yo digo”.³⁹²

E incluso jugando un importante papel en las constantes asonadas de libertad:

D. Guillén de Lampart meditaba y acariciaba la más atrevida de las empresas, la de hacer la independencia del Reino y proclamarse, como él decía, Rey de la América y Emperador de los Mexicanos [...] comenzó á conspirar, pero á conspirar sin encubrir el móvil peligroso de sus pensamientos [...] púsose á escribir uno de los pasquines que fijó en las calles [...] intitulándole: “Pregón de los justos juicios de Dios” [...], de los cuales fijó dos en la puerta principal de la Catedral, en la esquina de Provincia [y muchas otras calles]. Los Inquisidores [pusieron] el mayor empeño en recoger esos papeles y los pasquines puestos en las vías públicas, más que por el celo de la fe, por las graves acusaciones que en ellos les hacía D. Guillén, quien en medio de sus delirios místicos, denunciaba faltas que han de haber asombrado a los habitantes de la buena ciudad de México en el siglo XVII [...] D. Guillén, aunque desequilibrado, habitante tanto tiempo en aquel edificio que se intitulaba pomposamente “baluarte y residencia de los que sostenían la fe y buenas costumbres”, sacó a la luz en sus pasquines muchos de los abusos que allí se cometían y señaló individualmente á los Inquisidores autores de tan graves fallas [...] Admira en verdad, que en pleno siglo XVII, en la Capital de una Colonia esclava y fanatizada, y en un calabozo del Santo Oficio, sostuviese estos principios avanzados y libertadores un reo como D. Guillén [...], el que negase el poder temporal de los Sumos Pontífices, el llamado derecho divino de los reyes, el que creyese que la soberanía reside en el pueblo y que éste la debe asumir cuando el monarca es un tirano, para elegir al que lo liberta de sus abusos y vejaciones.³⁹³

³⁹¹ Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia...*, Libro Segundo, Cap. IV.

³⁹² *Ibidem*. Del mismo autor, y respecto al asunto de la infidelidad en los tiempos de la Colonia, véase el *México viejo, Patria...*, Cap. XLV: “Aventuras galantes”.

³⁹³ Luis González Obregón, *D. Guillén de Lampart...*, Libro Segundo, *passim*.

V

A pesar de ser una obra muy amena, *México viejo* adolece de algunos capítulos —aunque muy pocos en realidad— que tal vez aburrirían a más de uno, como podrían ser los casos de los referentes a los teatros y coliseos de la Nueva España, pues en ellos se incluyen farragosas, pero necesarias relaciones de los sueldos que entonces se asignaban a los empleados de los mismos, datos y más datos de sus gastos y entradas, pormenores de sus materiales y procesos de construcción, etc.³⁹⁴ Incluso, en el apartado XXIX será el mismo González Obregón el que señale: “Hemos llegado a los tiempos modernos de la *Plaza del Volador*, y aunque suponemos que el lector estará cansado de seguirnos, reclamamos todavía su atención para que nos acompañe hasta concluir esta ya larga y pesada crónica”,³⁹⁵ lo cual es sólo una pequeña muestra de la complicidad que, al igual que lo estilaba Fidel,³⁹⁶ nuestro autor buscó establecer con su público, y que el día de hoy es rara, rarísima y hasta mal vista por los más intensos y recalcitrantes exégetas de la Historia.

Un ejemplo más de esta susodicha empatía se presenta cuando al término de una cita, en el episodio intitulado “El Colegio de San Fernando”, nuestro cronista refiere que la misma “...ha sido larga, pero no se quejará el lector, en cambio, de la amenidad que presenta su forma y por los detalles conmovedores que contiene...”,³⁹⁷ otro aspecto recurrente en su vasta producción historiográfica y por el que siempre se preocupó, tal como lo podemos corroborar con la lectura de su *Pensador Mexicano...*, en el momento que expresa: “...a riesgo de que se nos tache de minuciosos y cansados...”,³⁹⁸ o en *Vetusteces*, cuando al hablar por segunda ocasión³⁹⁹ sobre el arribo de la obra de Miguel de Cervantes Saavedra a la Nueva España, enuncia: “...como verá el paciente lector...”,⁴⁰⁰ etc.

³⁹⁴ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Caps. XXXIV: “El primer teatro”, XXXV: “El antiguo Coliseo”, y XXXVI: “El nuevo Coliseo”.

³⁹⁵ *Ibidem*, Cap. XXXIX: “La Plaza del Volador”.

³⁹⁶ Vid. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 146: “Aunque siento que se me espesa la tinta y se hace pesada esta parte de mis memorias, no quiero dejar de hacer reminiscencia de dos o tres...”. De esta manera Fidel exhortaba a sus lectores a no abandonar la lectura de su obra.

³⁹⁷ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXXIX: “El Colegio de San Fernando”.

³⁹⁸ Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, p. 65.

³⁹⁹ Vid. Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “De cómo vino a México *Don Quijote*” y “Una tradición sobre el Quijote”. Estos son los primeros escritos en que nuestro autor se refirió a la obra de Cervantes.

⁴⁰⁰ Luis González Obregón, *Vetusteces*, “La Flota Cervantina”.

No obstante, los defectos en la obra de don Luis languidecen frente a su narrativa, la cual es simplemente prodigiosa, pero no por ser rimbombante y pretenciosa, sino por su amenidad y sencillez —enseñanza de Altamirano—,⁴⁰¹ ya que si en algunos momentos pareciera que, en lugar de leerle, conversáramos con él, en otros tendremos la sensación de estar leyendo un cuento, una “novelita”, o cualquier otro escrito imbuido con figuras literarias,⁴⁰² como la personificación:⁴⁰³

...el coche de sitio, el coche *simón*, es ya legendario. Pertenece a las cosas viejas que van desapareciendo. Él recuerda y fue testigo de las costumbres de nuestros abuelos [...] fue un amigo constante en sus adversidades y en sus placeres, pronto a servirlos, lo mismo a la hora en que se abrasa un sol canicular, que en medio de un torrencial aguacero, o de una noche oscura y lluviosa. Fue también el confidente de muchas escenas amorosas de nuestros antepasados y el que llevó la salud conduciendo a un médico cerca del lecho de los enfermos.⁴⁰⁴

O la muy “a lo Payno” premeditada inclusión de algunos diálogos⁴⁰⁵ para agilizar el desarrollo de ciertos episodios, circunstancia aclarada por González Obregón a través de la siguiente cita: “Si en la forma hemos adoptado un estilo anecdótico para referir la presente tradición, podemos asegurar que es rigurosamente histórica en el fondo...”⁴⁰⁶

Pocos gobernadores fueron tan mal queridos como [D. Miguel de la Grúa, Marqués de] Branciforte, [a quien] la crónica [...] pinta rapaz, codicioso, tirano con los humildes y bajo con los poderosos [...] El odio que se conquistó [...], el descarado *negocio* que hizo durante su administración [...] y la curiosa anécdota que vamos a referir lo acentuarán del todo [...] Cierta vez, encontrándose solo con la Virreina, le dijo lleno de gusto y brillándole los ojos de codicia: —¿Sabes Mariquita que he pensado una cosa? —¿Qué? —Que las buenas gentes de esta tierra tienen talento, pero les falta inventiva [...] son incapaces de tener una idea original, una idea nueva. Son mansos corderos que se siguen unos a los otros: lo que hace uno, hacen todos —¿Y qué? —Volvió a preguntar la Virreina —Pues mira, se me ocurre esto: he podido observar que lo que tú te pones se ponen todas las mexicanas. Que del color que te vistes, ellas se visten. Sería bueno que en el próximo *sarao* dejaras tus joyas y llevaras solamente un aderezo de corales... —¡No comprendo todavía...! —Te lo diré en pocas palabras: quiero que uses corales para que se olviden de las perlas [y así], por medio de mis

⁴⁰¹ *Supra*, pp. 53-56.

⁴⁰² *Vid.* Leticia Herrera Cerecer, *et al.*, *Lengua y Literatura españolas*, 7ª ed., México, Kapeluz, 1991, p. 107. “Reciben el nombre de *figuras literarias* todas las técnicas de que se vale el escritor para lograr más belleza en la expresión”.

⁴⁰³ *Ibidem*, p. 112. La *personificación* es una figura literaria en la que los objetos realizan actos humanos.

⁴⁰⁴ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LVI: “Los coches”.

⁴⁰⁵ *Loc. Cit.*

⁴⁰⁶ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LVII: “Perlas y corales”.

agentes, [y] una vez que [pasen de moda], las podré comprar casi regaladas, y haré un negocio brillante si las remito a España [...] —Cuentan las crónicas que pocos días después de aquel *sarao*, el Excelentísimo Sr. Virrey [...] obsequió a sus amigos y a la elegante sociedad de México, con un espléndido *refrezco (sic)*, y que tanto en los trajes como en los tocados de las muchas damas que asistieron, no brilló una sola perla. Branciforte pasó a España en 1798, rico y poderoso. Llevó consigo muchas perlas...⁴⁰⁷

Recurso igualmente utilizado en algunos de sus posteriores trabajos, como *Los Precursores de la Independencia...*, o su continuación oficial, *D. Guillén de Lampart...*,⁴⁰⁸ en los que diálogos “...y aun párrafos enteros...”⁴⁰⁹ fueron total y literalmente extraídos de los procesos inquisitoriales utilizados como fuentes de información,⁴¹⁰ algo que ya se había realizado, pero quizá con mayor libertad, en *El libro rojo*.

Finalmente deseamos señalar que en otros de sus textos, como *Vetusteces y Croniquillas de la Nueva España* (1936; adelante *Croniquillas...*), nuestro personaje sí se permitió un mayor uso de la ficción, entendida ésta como el *auxiliar* que permite al historiador *construir* y *engalanar* su discurso, pero sin abandonar por ello el apego a la veracidad, y no como “...el derecho de los poetas a mentir...”⁴¹¹ y “fantasear”⁴¹² para lograr un relato más bello. Fernán fue tan consciente de lo anterior que en algún momento llegó a expresar: “...la historia reclama sus derechos a la imaginación...”⁴¹³ lo cual es muestra fehaciente, tanto del valor y respeto que sentía por el arte de Clío, como de la clara distinción que hacía entre la misma y otras disciplinas que, no obstante, la enriquecían. Por lo tanto, creemos pertinente aseverar que don Luis en verdad poseyó ese “...sentido de equilibrio del escritor, [que teniendo] como base la realidad [es capaz de interpretarla] artísticamente...”⁴¹⁴

⁴⁰⁷ *Ibidem*.

⁴⁰⁸ *Vid.* Luis González Obregón, *D. Guillén de Lampart...*, aclaración del autor en la página inicial del libro en cuestión: “Esta obra es continuación de la que publiqué en 1906, intitulada *Los Precursores de la Independencia Mexicana en el siglo XVI...*”.

⁴⁰⁹ *Ibidem*, Libro Segundo, Cap. I.

⁴¹⁰ *Vid.* Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia...*, Libro Segundo, Cap. VI.

⁴¹¹ Jorge Ruedas de la Serna, “Una literatura para la vida” p. 20, *cfr.* Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, 2ª ed., México, FCE, 1960, pp. 281 y 282. Según este autor, la estética literaria moderna logró distinguir a la poesía —como doctrina perteneciente a la esfera de la fantasía— de la Historia.

⁴¹² *Vid.* Alberto María Carreño, “Erudición de Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 313/7. Refiere Carreño, de don Luis, que no dejó “que su imaginación ni su fantasía forjaran a su guisa el medio, los personajes, los sucesos, como lo hace el novelista—historiador”, quien sólo recurre a la Historia para sustentar sus relatos, pero sin cuidarse de hacer una distinción entre la verdad y la ilusión.

⁴¹³ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LI: “El alumbrado”.

⁴¹⁴ Clementina Díaz y de Ovando, “La visión histórica...”, p. 35.

mismo que le situó entre los más tempranos cultivadores de una tendencia narrativa que en lugar de menospreciar a la ficción, la modera (y que hogaño consideramos como “nueva”),⁴¹⁵ e igualmente nos permite ratificar —sin demeritar ni confundir los fines específicos de cada disciplina— que “...toda historia es un relato, y que al igual que el novelista, el historiador “cuenta””.⁴¹⁶

Dicho lo anterior, podemos aseverar que nuestro personaje sentó las bases para la creación de relatos más “ficcionalizados” —estilo que pensamos alcanzaría la hipérbole con Artemio de Valle-Arizpe, discípulo al que dedicó las *Croniquillas...*—,⁴¹⁷ o incluso parahistoriográficos, mediante la elaboración de inusuales escritos como: “Carta de Bernal Díaz del Castillo acerca de lo descubierto en el año de 1517 en tierras mexicanas”, manifiesto en el que, para exhortar a su público lector a la revaloración de la obra de los conquistadores, simuló ser el mismísimo autor de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* ¡con todo y la forma en que se hablaba el castellano durante el siglo XVI!;⁴¹⁸ “La receta de la viejecita”, relato escrito en 1917 y sumamente imbuido con cierto aire moralizante —o esa “salecita de filosofía ejemplar”—⁴¹⁹ que lo pone “muy a tono” con el estilo de Fernández de Lizardi (aunque ciertamente raro dentro de la historiografía *obregoniana*), cuyas narraciones, se ha dicho, se caracterizaban por estar sustentadas en un “...fondo de virtud y moralidad en bien de [aquéllos que las leían]”;⁴²⁰ o finalmente

⁴¹⁵ Vid. Ignacio Corona, “El festín de la historia: abordajes críticos recientes a la novela histórica”, en *Literatura Mexicana*, Vol. XII, N° 1, México, IIF-Centro de Estudios Literarios-UNAM, 2001, p. 89.

⁴¹⁶ Vid. Claude Fell, “Historia y ficción en *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. 4, N° 28, 1991, México, UNAM, p. 78.

⁴¹⁷ Vid. Luis Rublúo, *op. cit.*, p. 69. En 1943, De Valle-Arizpe fue nombrado “Cronista de la Ciudad de México”, en sustitución de su maestro Luis González Obregón, quien ostentaba dicho cargo y había fallecido cinco años atrás. Se cuentan, entre las obras más conocidas de don Artemio: *La muy noble y leal ciudad de México, según relatos de antaño y hogaño* (1924), *Virreyes y virreinas de la Nueva España* (1933), *Andanzas de Hernán Cortés y otros excesos* (1940), *El Canillitas* (1941), *La Güera Rodríguez* (1949), *Inquisición y crímenes* (1952) e *Historias, tradiciones y leyendas de las calles de México* (1957).

⁴¹⁸ Vid. Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “Carta de Bernal Díaz del Castillo acerca de lo descubierto en el año de 1517 en tierras mexicanas”, *cfr.* Alberto María Carreño, “Erudición de Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 7/313: Dice Carreño, de González Obregón: “Como era natural, quien tanto había leído el Castellano que se empleó en pasados siglos [...], lo conocía de modo perfecto; y cuando quiso presentarnos una muestra de tal conocimiento [...] sencillamente dejó correr la pluma...”.

⁴¹⁹ Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “El Santo *Ecce Homo* del Portal”.

⁴²⁰ Clementina Díaz y de Ovando, “La visión histórica...”, p. 34, *cfr.* Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “La receta de la viejecita”. La lección contenida en este relato puede resumirse a través de las siguientes palabras, mismas que supuestamente fueron dichas por una india octogenaria al caprichoso hijo de un virrey de la Nueva España (cuyo nombre no es aclarado): “En su Palacio nunca apreciará el sazón de la comida de los pobres. Es la fatiga, el aire libre, lo que hace encontrar sabrosos los platillos ordinarios...”.

“El niño artillero” y “El “Arca vieja”, narraciones que por su emotividad y estilo nos recuerdan mucho, muchísimo y respectivamente, a “El tío Tonchi”⁴²¹ y “Una reliquia”,⁴²² escritos de Juan de Dios Peza, poeta que se contaba entre sus autores predilectos.



Fig. 25. “Fuerte de cuerpo, ancho y sonrosado de rostro, prematura la calvicie que dejaba al descubierto el amplio y bruñido cráneo [...], un bigotazo de carabinero que mal se avenía con la suave y perpetua sonrisa de la boca [...] grandes ojos bajo las cerradas pestañas [...] una voz fresca, atenorada, flexible [y] de una afinación acariciante”. Así era Juan de Dios Peza (Isabel Quiñónez, “Prólogo”, en Juan de Dios Peza, *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la Ciudad de México* [prólogo original de Luis González Obregón], 4ª ed., México, Porrúa, 2006, p. XVII).

⁴²¹ Vid. Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos...*, “El tío Tonchi”, *cfr.* Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “El niño artillero”. En “El tío Tonchi”, Juan de Dios Peza se valió de la figura de Antonio, un supuesto anciano que tras haber servido a José María Morelos y Pavón en su juventud, se deleitaba contando sus hazañas patrióticas a todo aquél que se lo pedía. Por su parte don Luis, en “El niño artillero”, recurrió igualmente a la efigie de un viejecito que en sus mocedades había militado en las huestes del también llamado “Siervo de la Nación”, y que al igual que el octogenario creado por Peza, disfrutaba de contar sus emocionantes y patrióticas aventuras a los jóvenes.

⁴²² Vid. Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos...*, “Una reliquia”, *cfr.* Luis González Obregón, *Vetusteces*, “El arca vieja”. En “Una reliquia”, Peza nos habla sobre una cajita descubierta en el antiguo bufete de su abuelo, y en la cual reposaba una “Cruz de aspas”, premio otorgado a los defensores de México en 1847. En su “Arca vieja”, González Obregón alude, con singular nostalgia, a un montonal de vetusteces guardadas por su abuelita y encontradas por él en una vieja caja, siendo algunas de ellas poseedoras de gran valor histórico. Mientras el relato de Peza pertenece a su “gaveta íntima”, el de González Obregón se subtitula “De un diario íntimo”. La similitud entre ambos relatos, nos parece, es muy grande.

VI

Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres, son los tópicos con que Luis González Obregón subtituló a su *México viejo*, y ahora nosotros —respetando ese orden— los retomaremos para continuar con el análisis de la obra en cuestión.

La acepción del vocablo *noticia* ha resistido el paso de los años. En el *Diccionario de la lengua castellana...* de 1729 aparece definido como: “Ciencia ò conocimiento de las cosas [que] se toma también por lo mismo (*sic*) que novedad ó aviso...”;⁴²³ en el mismo canon, al término *noticias* se le atribuye la cualidad de convertir en “...docto ò erudito à alguno”⁴²⁴ y, finalmente, a la palabra *noticiar* se le asigna la función de “...hacer saber alguna cosa”.⁴²⁵ Pero ¿para qué recurrir a un “vocabulario” editado más de 100 años antes del nacimiento de nuestro cronista? La respuesta es simple: las definiciones que de él hemos extraído —sin contar su cercanía al siglo XIX— son las que mejor se empatan con los propósitos informativos de González Obregón, que por medio de sus “noticias históricas” aportó no sólo cuantiosas novedades que dio a conocer entre un público al que deseaba instruir, deleitar e interesar, sino también incrementó su propio bagaje cultural, gracias a las exhaustivas y acuciosas consultas de fuentes que realizó.

Las antedichas noticias del *México viejo* están mayormente relacionadas con curiosidades biográficas y/o anecdóticas de personajes cuyos estatus van de lo “muy conocido” a lo “desconocido”, y con pormenores sobre casas emblemáticas y lugares memorables de la Ciudad de México, lo cual obedeció a la reflexión de nuestro personaje, consistente en que sus historias eran abundantes en detalles que nunca son inútiles, pues “...cada uno viene a contribuir a la lección de historia patria...”⁴²⁶ y “...bien merecen alguna recordación para que no se olviden”.⁴²⁷ En consecuencia, nos enteramos de la existencia de una hija “natural” del monarca Felipe II, misma que vivió recluida en el convento de Jesús María;⁴²⁸

⁴²³ *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes y otras cosas convenientes al uso de la lengua* (Tomo cuarto), Madrid, Imprenta de Francisco de Hierro, 1729, p. 681 (en adelante *Diccionario de la lengua...*, más el número de tomo).

⁴²⁴ *Ibidem*, p. 682.

⁴²⁵ *Ibidem*.

⁴²⁶ Jacqueline Covo, “Introducción”, p. XXX.

⁴²⁷ Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo quinto: “El culto, la vanidad y la política”.

⁴²⁸ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XVI: “El convento de Jesús María”.

que en alguna ocasión la Nueva España tuvo un Arzobispo-Virrey;⁴²⁹ que el nombre del más distinguido de los artistas mexicanos en el siglo XVIII fue Miguel Cabrera;⁴³⁰ que “...la familia del Padre de la Patria fue distinguida por sus antecedentes e ilustración...”;⁴³¹ que hace muchos años la capital mexicana “...amaneció presa de una gran conmoción, producida por el espantoso y horrible asesinato cometido en la persona del P. D. Nicolás Segura, orador, literato, teólogo y entonces Prepósito de la Casa Profesa”;⁴³² que en los anales de la prensa nacional podemos encontrar *El Correo de los Niños* ¡un impreso consagrado a los infantes en pleno siglo XIX!;⁴³³ que José Joaquín Fernández de Lizardi era un socarrón incorregible⁴³⁴ y, por último, que la mujer ha tenido una presencia tan constante como importante en nuestros anales patrios, lo cual se hace patente a través de las noticias relacionadas con las numerosas y hasta hoy casi desconocidas heroínas de la Independencia —exceptuando a Leona Vicario y la Corregidora, por supuesto—,⁴³⁵ y con las de nuestra “...gloria literaria, [la] universalmente conocida y aplaudida...”⁴³⁶ Sor Juana Inés de la Cruz, cuya vida fue “...casi una leyenda...”⁴³⁷ salpicada de “...noticias en apariencia insignificantes, pero que muchas ocasiones completan mejor el carácter del biografiado que serias reflexiones”,⁴³⁸ y a quien valoró, apegándose a la tendencia instaurada por José María Vigil —y en desacuerdo con algunos de los *Paladines*—⁴³⁹ como personaje eminentemente histórico y nacional, no solamente digno de loas por su

⁴²⁹ *Ibidem*, Cap. XXIV: “Un Arzobispo Virrey”.

⁴³⁰ *Ibidem*, Cap. XLII: “D. Miguel Cabrera”.

⁴³¹ *Ibidem*, Cap. XLIX: “La familia de Hidalgo”.

⁴³² *Ibidem*, Cap. XLVIII: “El crimen de la Profesa”.

⁴³³ *Ibidem*, Cap. LXIII: “La prensa colonial”.

⁴³⁴ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LXIV: “Una travesura del Pensador Mexicano”.

⁴³⁵ *Ibidem*, Cap. LXVI.

⁴³⁶ *Ibidem*, Cap. XXVIII: “La décima Musa”.

⁴³⁷ *Ibidem*.

⁴³⁸ *Ibidem*.

⁴³⁹ *Vid.* Alicia Perales Ojeda, *op. cit.*, p. 107: “El Liceo Hidalgo celebró el aniversario del nacimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, el 12 de noviembre de 1874. Francisco Sosa, el autor de las *Biografías de mexicanos distinguidos*, pronunció un discurso en el que se reconocía en Sor Juana talento e inteligencia, pero, según un “criterio nacional”, no encontraban en los escritos de la poetisa modelos dignos de ser imitados y menos de colocarla entre los escritores mexicanos, porque pertenecía a España. Debe recordarse, al respecto, que esta opinión adversa a Sor Juana era la que prevalecía entre nuestros escritores del siglo XIX. Altamirano, Ramírez y Pimentel la habían juzgado en términos parecidos. Sosa, en este discurso no hacía otra cosa que sumarse a una corriente de criterio que sólo comenzaría a rectificarse más tarde [...] José María Vigil, uno de los propagadores junto con Altamirano de la literatura nacional, expresó que México debía incluir entre sus más legítimas glorias a Sor Juana Inés de la Cruz, ya que en cuanto a la forma, se mérito [estaba] a la altura de lo mejor que se ha escrito en castellano. Posteriormente Vigil escribiría un amplio estudio que puede considerarse el punto de partida de la revaloración de Sor Juana iniciada en el Liceo Hidalgo...”.

“...varonil patriotismo...”,⁴⁴⁰ sino también de reconocimientos, monumentos y medallas contribuyentes en su paso a la posteridad.

Si aprovechamos este punto para aludir a la referida *totalidad* que constituye la obra de don Luis, y realizamos una pequeña pero necesaria digresión, encontraremos que toda una pléyade de mujeres —con sus respectivas minucias— se encuentra presente en sus textos historiográficos: Leona Vicario sepultada en Santa Paula;⁴⁴¹ los talentos de las “...señoras y señoritas mexicanas...”,⁴⁴² como el de la Marquesa de Villahermosa, “...destrísima en pintura...”,⁴⁴³ o el de la Señorita Montaña, distinguida por su amor “...a las ciencias, principalmente la Botánica...”;⁴⁴⁴ las aventuras bélicas de doña Catalina Erauso, mejor conocida como “La Monja Alférez”,⁴⁴⁵ la celebridad de las mujeres cuyo apellido, Cruz, dio nombre a la calle “de las Cruces”;⁴⁴⁶ la valentía de las indias Magdalena María, “la Minera”, y Gracias María, “la Crespa”, condenadas a suplicio por su activa participación en la revuelta de los naturales de Tehuantepec;⁴⁴⁷ el énfasis puesto por el Pensador Mexicano en la ilustración del bello sexo, para cuyas integrantes pedía todos los derechos del ciudadano, incluidos el voto y la facultad de poder ser nombradas representantes del pueblo en los Congresos;⁴⁴⁸ su protagonismo en emotivos relatos históricos —“Por el amor esclava”—,⁴⁴⁹ semblanzas —“Doña Catalina Juárez (esposa de Hernán Cortés)—,⁴⁵⁰ biografías —como la dedicada a Josefa Ortiz de Domínguez—⁴⁵¹ y, finalmente, y como si se cumpliera aquel ya no tan aceptado dicho que reza: “Detrás de todo gran hombre, hay una gran mujer”, su papel como ejemplares consortes y

⁴⁴⁰ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXVIII: “La décima Musa”, y “La casa y calle donde nació Fidel”, capítulo de *Las calles de México* en el que don Luis se lamentó, tanto del derrumbe de la celda del ex convento de San Jerónimo, en la que expiró Sor Juana Inés de la Cruz, como de la ausencia de, al menos, una modestísima señal que indicara al transeúnte la importancia histórica de dicho lugar.

⁴⁴¹ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LIV: “El cementerio de Santa Paula”.

⁴⁴² Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo Séptimo: “Las Bellas Artes”.

⁴⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁴⁵ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La Monja Alférez”.

⁴⁴⁶ *Ibidem*, “Los nombres antiguos y modernos de las calles”.

⁴⁴⁷ Vid. Luis González Obregón, *D. Guillén de Lampart...*, Libro Cuarto, Cap. III.

⁴⁴⁸ Vid. Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, p. 156.

⁴⁴⁹ Vid. Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “Por el amor esclava. Episodio histórico del siglo XVI”; igualmente aparece, con el mismo nombre, en *Vetusteces*.

⁴⁵⁰ Vid. Luis González Obregón, *Vetusteces*, “Doña Catalina Juárez”.

⁴⁵¹ Vid. Luis González Obregón, *Monumento a la Corregidora. Biografía*, México, Imprenta Manuel León Sánchez, 1909 (He tomado la información sobre este escrito, de la lista de obras pertenecientes a nuestro autor, misma que puede leerse en la página final de *Vetusteces* y en el apéndice III de esta obra).

benefactoras, tales son los casos de la señora Faustina Benítez, “...mujer singular y virtuosísima...”⁴⁵² que hasta en los peores momentos alentó a Juan Álvarez, su marido, fortificándolo con su ejemplo,⁴⁵³ y doña Jesús Obregón, su progenitora, y sobre la cual confesó haber tenido “...un culto como el que se puede [profesar] a una santa...”.⁴⁵⁴

VII

Este arte de “biografiar noticiando” continuó siendo practicado por Luis González Obregón, quien a través de él nos legó el conocimiento de “nuevos” personajes y abundantes pormenores de los ya conocidos, entre los que se cuentan, principalmente, aquellos a quienes consideró los más tempranos precursores, adeptos y representantes de nuestra autonomía: Cuauhtémoc, el último *tlatoani* mexicano, a quien “...pinta como una figura nacional, haciéndolo caudillo inspirado en la Independencia...”;⁴⁵⁵ don Carlos *Ometochtzin*, cacique de *Tetzoco* que tras haber renegado del dominio español y la imposición de la religión católica, fue procesado y quemado vivo por la Inquisición Apostólica de fray Juan de Zumárraga,⁴⁵⁶ hecho que le convirtió en “...redentor que salvó a su raza del terrible poder [del Santo Oficio]...”;⁴⁵⁷ las diversas sublevaciones de indios y otras castas, acontecidas durante los siglos XVI y XVII;⁴⁵⁸ el mismísimo Hernán Cortés⁴⁵⁹ y sus dos hijos —ambos de nombre Martín—, quienes junto a los hermanos Alonso de Ávila —cuyo sobrenombre era “la dama”, debido a su porte y a lo mucho que cuidaba su

⁴⁵² Luis González Obregón, *Ensayos históricos y biográficos*, México, Botas, 1937..., “D. Juan Álvarez” (en adelante *Ensayos históricos y biográficos*).

⁴⁵³ *Ibidem*.

⁴⁵⁴ Luis González Obregón, *Vetusteces*, “El arca vieja”.

⁴⁵⁵ Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 109, *cf.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 99. El ejercicio biográfico que nuestro personaje dedicó a Cuauhtémoc fue escrito en el año de 1922, a solicitud de Genaro Estrada, cuando éste ocupaba el cargo de Oficial Mayor de Relaciones Exteriores. También creemos necesario señalar que años antes, en 1887, Altamirano había realizado ya un ensayo sobre el mencionado *tlatoani*, texto que en palabras de Nicole Girón, se encontraba “...en los linderos de la Historia y la Literatura”. Véase, de la referida autora: “Ignacio Manuel Altamirano”, p. 274.

⁴⁵⁶ El mismo personaje que aparece en el *Nican Mopohua*, es decir, el relato de la supuesta aparición guadalupana.

⁴⁵⁷ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XII: “La Inquisición”, y del mismo autor: *Proceso inquisitorial del cacique de Tetzoco* (paleografía y nota preliminar de Luis González Obregón; texto introductorio y apéndice de Víctor Jiménez), edición facsimilar de la de 1910, México, Congreso Internacional de Americanistas, A. C.-53° ICA-Gobierno del Distrito Federal-Secretaría de Cultura-Dirección de Divulgación Cultural, p. 26 (en adelante *Proceso inquisitorial...* para la obra de González Obregón, y “Texto introductorio” para la de Jiménez).

⁴⁵⁸ *Vid.* Luis González Obregón, *D. Guillén de Lampart...*, Libros Tercero-Libro Quinto, *passim*; véase también *Croniquillas...*, “La paz colonial”.

⁴⁵⁹ *Vid.* Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia...*, Libro Primero.

aseo...”⁴⁶⁰ y Gil González Benavides, conspiraron para levantarse con el reino de la Nueva España;⁴⁶¹ Guillén de Lampart, el “... loco rematado...”⁴⁶² que además de intentar coronarse rey de México, inspiraría una muy famosa novela histórica;⁴⁶³ el licenciado Francisco Primo de Verdad y Ramos —revisitado ya en *El libro rojo*—,⁴⁶⁴ trágico “...mártir de la democracia y la [libertad];⁴⁶⁵ fray Melchor de Talamantes, sabio y literato de estilo “...puro, fluido, brillante, expresivo, y al mismo tiempo moderado y claro...”,⁴⁶⁶ culpable de “...haber turbado [con sus escritos] la tranquilidad pública induciendo a la Independencia...”;⁴⁶⁷ el casi desconocido Miguel Zugástegui, fraile a quien “...debe reputarse como una de las primeras víctimas que murieron por haber iniciado y propagado las ideas de emancipación [en] el año de 1808...”;⁴⁶⁸ el cura Miguel Hidalgo,⁴⁶⁹ cuya vida y muerte⁴⁷⁰ es sinónima de nuestra lucha de emancipación; Pedro Patiño Ixtolinque, Luis Rodríguez Alconedo y otros artistas que tras “escuchar” el grito proferido en Dolores abandonaron los pinceles para empuñar las armas;⁴⁷¹ Pedro Díaz Izasaga, patriótico insurgente cuyos nombre y pormenores rescató de un folleto publicado por el Pensador Mexicano, y que “...no ha tenido un biógrafo, ni un rincón en las páginas de nuestra historia...”;⁴⁷² el niño Narciso García Mendoza,⁴⁷³ cuya heroicidad fue sólo comparable a la del muy famoso y controversial “Pípila”, pero en tiempos de Morelos,⁴⁷⁴ etc.

⁴⁶⁰ *Ibidem*, Libro Segundo.

⁴⁶¹ *Ibidem*. Del mismo autor véase *México viejo*, Patria..., Cap. VIII: “Las casas del Estado”; *Croniquillas...*, “La paz colonial”, y *Las calles de México*, Botas..., “La ciudad colonial”.

⁴⁶² Luis González Obregón, *D. Guillén de Lampart...*, Libros Primero y Segundo, *passim*.

⁴⁶³ *Vid.* Vicente Riva Palacio, *Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México* (edición de Antonio Castro Leal), 4ª ed., México, Porrúa, 2000.

⁴⁶⁴ Vicente Riva Palacio, *El libro rojo*, “El licenciado Verdad”.

⁴⁶⁵ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LX: “Las calles de México”; también *Croniquillas...*, “Verdad y Ramos”, y *Las calles de México*, Botas..., “La ciudad colonial”.

⁴⁶⁶ Luis González Obregón, *Ensayos históricos y biográficos*, “Fray Melchor de Talamantes”.

⁴⁶⁷ *Ibidem*.

⁴⁶⁸ *Vid.* Luis González Obregón, *Vetusteces*, “Fray Miguel Zugástegui”.

⁴⁶⁹ Al igual que en el caso de Cuauhtémoc, Ignacio Manuel Altamirano había escrito ya, en 1884, una biografía sobre Hidalgo. El que don Luis lo haya emulado es muestra tanto de la enorme influencia del Maestro en él y su obra, como de los intereses nacionalistas que aún permeaban la historiografía de la época.

⁴⁷⁰ *Vid.* Luis González Obregón, *Los procesos militar e inquisitorial del padre Hidalgo y de otros caudillos insurgentes* (introducción y suplementos de Luis González Obregón), México, Ediciones Fuente Cultural, 1953, *cf.* Vicente Riva Palacio, *El libro rojo*, “El licenciado Verdad”. El general pronunció: “Para hablar de Hidalgo, para escribir su biografía, sería preciso escribir la historia de la Independencia”.

⁴⁷¹ *Vid.* Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo Séptimo: “Las Bellas Artes”.

⁴⁷² *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “Dos episodios insurgentes”.

⁴⁷³ *Ibidem*.

⁴⁷⁴ *Ibidem*, y también sus *Croniquillas...*, “El niño artillero”.



Fig. 26. “Del Seno de la Sociedad, dentro de la oscuridad misma y el retiro, suelen salir entonces ciertos genios, destinados al parecer por la Providencia, que hablan sin embozo, descubren al público con sencillez e ingenuidad, pero al mismo tiempo con valor e intrepidez sus verdaderas necesidades, peligros y situación, y le indican el sendero que conduce a la prosperidad” (Fray Melchor de Talamantes, “Representación Nacional de las Colonias, en Luis González Obregón, *Ensayos históricos y biográficos*, México, Botas, 1937, “Fray Melchor de Talamantes”). La Independencia de México, “...que habían tenido la fortuna de consumir muchos de los que antes la habían combatido, pues inclusive el jefe del Ejército Trigarante, los más fueron tráfugas vergonzosos del partido realista al que abandonaron ya cuando nuestra emancipación se imponía por sí misma, y ya cuando más que combatir se necesitaba recoger los laureles que conquistaron en los combates, los legítimos defensores de su causa, los que no tuvieron la satisfacción de verla triunfante... (Ibidem, ‘D. León Guzmán’)”.

VIII

No hay mejor forma de comenzar este acto que citando a un reconocido filósofo e historiador italiano, quien puntualizó: “La anecdótica no es la Historia, pero tiene su buena razón intrínseca y los amores con ella no son amores ilícitos. Empiezan a serlo cuando alguien se empeña en que la una suplante a la otra”.⁴⁷⁵

Al hablar sobre las calles, casas y demás lugares históricos de la otrora *México-Tenochtitlan*, la pluma de González Obregón se torna —si es válido que lo digamos así— más *anecdótica*, utilizando para definir dicho término el par de acepciones que para el mismo señalaría, en 1938, el docto, severo, riguroso y brillante personaje al que aludimos en el párrafo precedente: la primera de ellas en correspondencia con su valor etimológico, mediante el cual significa “*noticia inédita*”,⁴⁷⁶ y la segunda concorde al sentido que la palabra fue adquiriendo, es decir, la consignación de noticias “...sobre pormenores sueltos, que se mantienen por sí mismas [y] sin referirse a nada superior...”,⁴⁷⁷ aseveración que, tratándose de la obra de nuestro personaje, no compartimos y mucho menos aceptamos, pues hemos de precisar que no era su intención el suplantar la interpretación de los hechos por la consignación ramplona de minucias, sino incorporar a las mismas en su discurso para complementarlo y brindar al lector “...más luz sobre una época...”,⁴⁷⁸ lo anecdótico y lo particular, en efecto, están allí, pero siempre —no lo olvidemos— integrados y en relación con un proceso histórico más amplio, lo cual ya hemos demostrado, quizá, cuando hablamos de los pasquines.⁴⁷⁹

La capital mexicana es la estrella indiscutible de algunos textos *obregonianos* —como igualmente lo había sido en numerosas páginas de las *Memorias de mis tiempos*,⁴⁸⁰ el hermoso texto parahistoriográfico de don Guillermo Prieto que mucho hemos

⁴⁷⁵ Benedetto Croce, *op. cit.*, p. 109.

⁴⁷⁶ *Ibidem*.

⁴⁷⁷ *Ibidem*.

⁴⁷⁸ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., p. XV.

⁴⁷⁹ *Supra*, pp. 81-83.

⁴⁸⁰ *Vid.* Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *passim*, *cfr.* Begoña Arteta, “Guillermo Prieto”, p. 50: “La Ciudad de México es también protagonista de sus *Memorias*; lo son sus calles, casas, fondas, cafés, fiestas, diversiones, costumbres y tipos de todas las clases sociales...”, tópicos en los que hemos destacado, debido a su convergencia con el *México viejo* y otras obras de don Luis, lugares como el Parián, las calles de México, el alumbrado público, la vida conventual y la fiesta del Corpus, tipos (petimetres y otros), alusión a crímenes (como el de Dongo), leyendas populares y costumbres nacionales como las *jornadas*, etc.

mencionado—, tanto en su rol de ciudad, nombre que recibe por la sociedad que la constituye, como en su papel de urbe, término que corresponde a su fábrica corporal, es decir, a sus edificios y demás elementos materiales.⁴⁸¹ Ambas acepciones fueron magistralmente concatenadas por nuestro cronista, en cuya obra aparecen calles y casas que, aunque son físicamente descritas, deben su identidad, notoriedad e historia a los individuos que las habitaron y a los acontecimientos que en ellas se suscitaron:

México, la ciudad que fundó Tenoch en medio de los tulares, allá en el siglo XIV, está llena de tradiciones y leyendas, [de] casas históricas [que] se encuentran a cada paso, y es de sentirse que no haya en ellas una señal, una humilde inscripción que recuerde quiénes han vivido en ellas o qué sucesos notables se han verificado en sus recintos [...] Lo repetimos, las calles y plazas, los palacios, los templos, los mismos edificios particulares abundan en recuerdos históricos, unos gloriosos y otros desgraciados; en acontecimientos legendarios, ya ciertos, ya verosímiles, ora puramente fantásticos...⁴⁸²

Por lo tanto desfilan, a lo largo del *México viejo*, los primeros mesones, ya casi extintos en el siglo XIX,⁴⁸³ pero “...inmortalizados por Cervantes en el *Quijote* y por El Pensador en el *Periquillo...*”;⁴⁸⁴ los viejos acueductos “...que surtían de agua potable a la Ciudad de México...”;⁴⁸⁵ y que se encontraban próximos a desaparecer; el convento de la Merced, claustro que dio nombre al famoso mercado que todavía hoy conocemos como tal,⁴⁸⁶ y también los centros religiosos de Jesús María,⁴⁸⁷ Santa Isabel,⁴⁸⁸ y San Agustín, cuyos frailes, dando muestra “...del grado de poder a que habían llegado, en materia de riquezas, las órdenes monásticas en México...”,⁴⁸⁹ intentaron apropiarse de la calle “del Arco” a finales del siglo XVI y principios del XVII, provocando con ello la ira de los vecinos;⁴⁹⁰ el primer teatro de la Nueva España, mismo que al ser consumido por las llamas⁴⁹¹ dio paso al Coliseo que testificó un acontecimiento histórico: la noticia de la derrota de Isidro

⁴⁸¹ Vid. Federico Fernández Christlieb y Marcelo Ramírez Ruíz, “La policía de los indios y la urbanización del *altépetl*”, en Federico Fernández Christlieb, *et al.*, *Territorialidad y paisaje en el altépetl del siglo XVI*, México, FCE-IG-UNAM, 2006, citado en las páginas 114 y 115.

⁴⁸² Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. I: “La leyenda del labrador”.

⁴⁸³ Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo Primero: “Cómo era la ciudad entonces”.

⁴⁸⁴ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. IV: “Los mesones”.

⁴⁸⁵ *Ibidem*, Cap. VII: “Los acueductos”.

⁴⁸⁶ *Ibidem*, Cap. XII: “La Merced”.

⁴⁸⁷ *Ibidem*, Cap. XVI: “El convento de Jesús María”.

⁴⁸⁸ *Ibidem*, Cap. XXXVIII: “El convento de Santa Isabel”.

⁴⁸⁹ *Ibidem*, Cap. XV: “San Agustín”.

⁴⁹⁰ *Ibidem*.

⁴⁹¹ *Ibidem*, Cap. XXXIV: “El primer teatro”.

Barradas —el reconquistador español— a manos del general Santa Anna, leída en el mencionado recinto por el mismísimo Vicente Guerrero, entonces presidente de la República;⁴⁹² la prisión de la Acordada, construcción “...que traía a la mente de las personas curiosas y observadoras, el recuerdo de un célebre tribunal...”;⁴⁹³ el edificio de la Inquisición, cuya clausura contribuyó a consolidar el “fin” de nuestra época colonial, y que tras la supresión del Santo Oficio sirvió como albergue “...para la Lotería, para cuartel, para las Cámaras del Congreso [...], nuestra Escuela de Medicina”,⁴⁹⁴ el actual museo de la Inquisición y lo que se acumule con el paso de los años, etc.

Consecuencia de lo anterior, el interés del público por conocer más pormenores sobre los sitios que constituían su entorno se incrementó, y debido a ello Fernán se vio precisado a continuar con la tarea de historiar y referir anécdotas sobre dichos lugares, noticias que reunió, años después de publicada su obra cumbre, en un par de trabajos que se ajustaban a dicho canon: *México viejo y anecdótico* y *Las calles de México*, libros en los que casas y otros lugares históricos ocupan un sitio de primer orden. Así, al apartado XVIII del *México viejo*, referente a las viviendas que pertenecieron a Hernán Cortés y después a la Corona, y en cuyos muros tuvieron lugar innumerables sucesos notables, como la conjura de Martín Cortés,⁴⁹⁵ y al episodio XX del mismo libro, dedicado a la llamada “Casa de los Azulejos”, sede involuntaria del asesinato de un hombre y convertida hoy en comedero para gente “nice”,⁴⁹⁶ prosiguió el rubro intitulado “Casas históricas”, contenido en el *México viejo y anecdótico*, y en el cual pueden leerse narraciones sobre los aposentos que albergaron a famosos personajes de nuestros anales, como lo son el segundo Conde de la Cortina,⁴⁹⁷ la Corregidora —que vivió en la 2ª calle del Indio Triste (hoy 1ª del Carmen)—,⁴⁹⁸ y el famoso viajero e investigador alemán, Alexander von Humboldt,⁴⁹⁹ entre otros.

⁴⁹² *Ibidem*, Cap. XXXVI: “El nuevo Coliseo”.

⁴⁹³ *Ibidem*, Cap. XLVI: “La Acordada”.

⁴⁹⁴ *Ibidem*, Cap. XII: “La Inquisición”.

⁴⁹⁵ *Ibidem*, Cap. XVIII: “Las casas del Estado”.

⁴⁹⁶ *Ibidem*, Cap. XX: “La Casa de los Azulejos”, *cf.* Arturo Arnáiz y Freg, “El Maestro Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 315/9. Rememora, el señor Arnáiz y Freg, las palabras de nuestro personaje respecto a la profanación de este sitio histórico: “Han convertido las Casa de los Azulejos en un bazar de drogas, mercado de cacharros y baratijas, en donde lo mismo sirven un chocolate que huele a oxígeno, que una bolsa de oxígeno que huele a chocolate”.

⁴⁹⁷ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “La casa de Don Juan Manuel”.

⁴⁹⁸ *Ibidem*, “La casa de la Corregidora”.

⁴⁹⁹ *Ibidem*, “La casa de Humboldt”.

Algunas anécdotas más sobre casas y lugares históricos fueron consignadas por don Luis en *Las calles de México*, libro cuyo título es análogo al capítulo LX del *México viejo* y que, al igual que éste, fue publicado en dos series, en un periodo que comprendió los años de 1922 a 1927. Dicha obra, debemos puntualizar, sería el último trabajo original de nuestro cronista,⁵⁰⁰ y es muy probable que también sea su libro más conocido y popular —que no el mejor—, debido a que desde su aparición ha gozado de una amplia difusión, siendo editado en tres ocasiones por don Manuel León Sánchez, otras tantas por la casa editora de Gabriel Botas, y una más en inglés, por parte de la señora Blanche Collet Wagner, bajo el título *The Streets of México*,⁵⁰¹ todo ello sin contar las numerosas reediciones que de él, y hasta el día de hoy, continúa realizando la archiconocida editorial Porrúa.

Al igual que en sus obras antecesoras, noticias inéditas sobre casas y lugares notables “...que recuerdan [acontecimientos] históricos...”⁵⁰² se suceden a lo largo de *Las calles de México*, destacando entre ellas las referentes a la vivienda de antiguo identificada con el número 13 del paseo de Cordobanes —antes Donceles y del Colegio de Cristo—, escenario del muy famoso, dramático y rarísimo para aquel tiempo, suceso acontecido la noche del 23 de octubre de 1789, cuando en su interior fue asesinada la familia Dongo,⁵⁰³ y la de la casa marcada con el número 7, perteneciente a la misma calle, y que sirvió como baluarte para las reuniones que “...a principios del siglo XIX, [celebraban] los individuos que conspiraban para hacer la Independencia...”;⁵⁰⁴ finalmente es destacable, por la vivencia que lo originó, el episodio dedicado al aposento de Mesones en que fue alumbrado Fidel, “...inspirado cantor de las glorias y costumbres patrias...”⁵⁰⁵ y “...muy amado...”⁵⁰⁶ mentor de nuestro cronista, quien en más de una ocasión le dedicó homenajes de “...admiración y

⁵⁰⁰ Vid. José Luis Martínez, “Vida y obra...”, p. 13.

⁵⁰¹ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 99.

⁵⁰² Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La calle del Colegio de Cristo”.

⁵⁰³ *Ibidem*. Ya hemos señalado que la notoriedad de este suceso dio origen a diversos escritos, mismos que fueron desarrollados en distintos géneros literarios, entre los cuales destaca la novela, como la escrita por Manuel Filomeno Rodríguez; la “remembranza”, como la hecha por Guillermo Prieto en sus *Memorias de mis tiempos*, y el ensayo histórico, como el realizado por Manuel Payno en *El libro rojo*. Por supuesto, no podemos dejar de señalar la continua mención del susodicho acontecimiento por parte de nuestro cronista, quien lo refirió tanto en el capítulo LXVII de su *México viejo*, como en “La paz colonial”, capítulo perteneciente a sus *Croniquillas...* y “La calle del Colegio de Cristo”, apartado de sus *Calles de México...*, circunstancia que refuerza nuestro postulado sobre la unidad prevaleciente en su obra.

⁵⁰⁴ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La calle del Colegio de Cristo”.

⁵⁰⁵ *Ibidem*, “La calle y casa donde nació Fidel”.

⁵⁰⁶ *Ibidem*, “La Virgen del Perdón” (este capítulo ya había sido publicado en *México viejo*, aunque sin contar con la dedicatoria a Guillermo Prieto).

cariño”.⁵⁰⁷ En dicho apartado, González Obregón manifestó su pesar ante la apatía de la sociedad mexicana respecto a los lugares en que “...nacieron, vivieron y murieron...”⁵⁰⁸ los más célebres protagonistas de sus anales, queja que, por otra parte, contribuye y otorga cierto sentido a su idea de la Historia: el rescate de *todo* aquello que la constituye con el fin de comprender mejor nuestro pasado, y la necesaria apreciación y recuperación de sus actores, sin importar que los mismos fueran literatos, artistas, niños, españoles, indios, mujeres, religiosos, herejes, lugares, ánimas u hombres de armas, etc.

Pero es momento de concluir el presente acto, y qué mejor forma de hacerlo que disertando brevemente sobre el presunto deslinde que, de acuerdo con el severo filósofo al que aludimos líneas atrás, debe prevalecer entre lo histórico y lo *anecdótico*, teoría sustentada en que lo segundo, al estar constituido por meras curiosidades y carecer de pensamiento reflexivo sobre los hechos —por muy malo que el mismo sea—, no cumple con los estándares necesarios para formar parte del universo de Clío, pero sí los del espectro literario,⁵⁰⁹ circunstancia que forzosamente nos obliga a recordar el arribo del romanticismo a nuestro país, y recordar que bajo su influjo se forjó una nueva forma de escribir y pensar la Historia,⁵¹⁰ misma que permitía su concatenación con la Literatura, y que alcanzó su máximo esplendor y trascendencia al ser cultivada por los *Paladines*, quienes apeándose al precepto de instruir y deleitar, influyeron enormemente en la obra de González Obregón.⁵¹¹

Debido a lo anterior creemos que no es tan aventurado afirmar que nuestro personaje, en correspondencia con los cánones historiográficos que le habían sido enseñados, y consciente de que lo *anecdótico* por sí solo no constituye la Historia, pero también de su valor como elemento capaz de brindar un talante especial a la misma, no vaciló en integrarlo —sin demérito de su valor literario— a la metodología “científica” propia de la construcción del discurso histórico,⁵¹² circunstancia que nos permite sugerir que pervive en su obra, encabezada por el *México viejo*, una *anécdota* que supera el rango de

⁵⁰⁷ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La calle y casa donde nació Fidel”, y “La Virgen del Perdón”.

⁵⁰⁸ *Ibidem*, “La calle y casa donde nació Fidel”.

⁵⁰⁹ *Vid.* Benedetto Croce, *op. cit.*, pp. 111-114.

⁵¹⁰ *Loc. Cit.*

⁵¹¹ *Supra*, Cap. 5.

⁵¹² *Vid.* Benedetto Croce, *op. cit.*, p. 115.

mera observación y referencia a la disciplina de Clío,⁵¹³ y que al fungir como inestimable complemento de la misma, enriqueciéndola en lugar de intentar suplantarla, contribuyó en la aparición de un género historiográfico tan genuino, útil —pues tan sólo pensemos en la cantidad de investigaciones que de él pueden emanar—, instructivo y, al menos para quien esto escribe, 1000 veces más entretenido que el positivo y el materialista, entre otros: el de talante anecdótico.

IX

Con base en el acto precedente, dedicaremos otros breves párrafos a las prístinas vías urbanas de la capital mexicana, ya que:

No sólo deben ocupar nuestra atención los palacios y los templos, los acueductos, los hospitales y los monasterios que levantaron, en el transcurso de tres centurias, el gobierno, la caridad y la riqueza; también es preciso que hablemos de las calles cuyo origen despierta la curiosidad de muchos, y que han merecido que nuestros más populares poetas les consagren inspiradas composiciones.⁵¹⁴

Y es que en efecto, los nombres de algunas calles de la otrora *Tenochtitlan* recuerdan y están relacionados, en muchas ocasiones, con acontecimientos históricos, anecdóticos y tradicionales que, no obstante, suelen olvidarse con el tiempo, y cuando por suerte llegan a ser recuperados es debido a su perduración “...en la memoria de los viejos, en la leyenda popular...”,⁵¹⁵ en la prosa de los literatos⁵¹⁶ y hasta en los cantos de los poetas,⁵¹⁷ pero muy pocas veces en los pergaminos de Clío, circunstancia por la que don Luis señaló, en su momento, que “...la poesía se había encargado de preceder a las tareas [de los futuros cronistas] de la Ciudad de México”.⁵¹⁸

⁵¹³ *Ibidem*, p. 116.

⁵¹⁴ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. L: “La calle de las canoas”.

⁵¹⁵ *Ibidem*.

⁵¹⁶ *Vid.* Anne Staples, *op. cit.*, pp. 347-351. Las novelas históricas provenientes del México decimonónico están repletas de información acerca de la vida cotidiana de los habitantes de nuestra nación, y notable entre ellas fue, y continúa siendo, *Los bandidos de Río Frío*, de la autoría de Manuel Payno, quien sirviéndose de su pluma trazó “...el ambiente de las pulquerías, las atolerías, las calles, los paseos, las cantinas, las cárceles, las plazas, los mercados y las casas de los humildes...”, “trivialidades” de las que no se ocupaba aquél que aspiraba a convertirse en “grave historiador”.

⁵¹⁷ *Vid.* Juan de Dios Peza, *Leyendas históricas...*, y del mismo autor, en coautoría con Vicente Riva Palacio, *Tradiciones y leyendas...*

⁵¹⁸ Luis González Obregón, “Prólogo I”, p. 6. Nuestro personaje ratificaría esta preocupación en el capítulo XXIX de su *México viejo*, pues en él expresó: “Las calles se prolongan, sus nombres se expresan en signos cabalísticos, y sus recuerdos históricos y tradicionales se relegan a los versos de nuestros poetas”.

Dicho lo anterior, podemos aseverar que nuestro cronista puso énfasis en la importancia de los nombres de las calles como elementos que, más allá del valor anecdótico presente en sus consejas, son indispensables para llevar a cabo la construcción y/o reconstrucción de “...la historia moral y física de una ciudad...”,⁵¹⁹ pues todos y cada uno de ellos, debido al suceso que los fundamentaba —y como hemos visto acontecía con personajes y otros lugares—, contribuían a la lección de historia patria,⁵²⁰ es decir, al conocimiento que cada mexicano que se preciara de serlo, debía tener sobre los anales de su nación.

La protesta de don Luis nacida con el lanzamiento del *México viejo*⁵²¹ se mantenía vigente: lo propio desaparecía cada vez más, “...por todas partes el espíritu de lo moderno [modificaba] lo antiguo...”⁵²² y la nomenclatura de las calles, tan íntimamente relacionada con el pasado, no constituía la excepción; el despojo sufrido por las arterias de la capital, en cuanto a los patronímicos que, basándose en fundamentos históricos y tradicionales, le habían sido asignados por el pueblo,⁵²³ no podía sino traducirse en una pérdida de identidad que no sólo era capaz de afectar a la urbe, sino también a sus volátiles ocupantes, fenómeno que en efecto hemos presenciado y que intentaremos destacar aludiendo a una situación tan sencilla y cotidiana como lo es el tránsito por una calle, pues hoy en día circular por una vía llamada “República de Guatemala” puede no decirnos nada, pero antaño, caminar por el mismo pasaje, cuando se le conocía como “de las Escalerillas”, equivalía a revivir, enaltecer y de cierto modo “andar” en el pasado,⁵²⁴ tiempo en que se decía que la calle en cuestión debía su nombre al hecho de haberse encontrado en ella los peldaños que conducían a la plataforma superior del legendario *cu de Huitzilopochtli*, sitio por demás emblemático en la historia nacional (hogaño, las numerosas excavaciones realizadas en la zona arqueológica conocida como “Templo Mayor”, han venido a demostrar la eficacia de la tradición que, vertida a manera de anécdota, no estaba tan equivocada).⁵²⁵

⁵¹⁹ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LX: “Las calles de México”.

⁵²⁰ *Loc. Cit.*

⁵²¹ *Supra*, p. 77.

⁵²² Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXIX: “La Plaza del Volador”.

⁵²³ *Ibidem*, Cap. LX: “Las calles de México”. Igualmente el “Prólogo 1” de nuestro personaje, *passim*.

⁵²⁴ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LX: “Las calles de México”. Don Luis refirió ese “andar” como “la lectura de una crónica animada de calles y callejas”.

⁵²⁵ *Vid.* Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “Apéndice II. Origen de algunos nombres antiguos de las calles”.

Por lo tanto, y a manera de conclusión, reiteramos y complementamos sucintamente lo vertido en las primeras líneas de este acto: el estudio de la nomenclatura urbana, investido con los atributos propios de la anécdota, funge como inestimable herramienta en la reconstrucción de la historia social de una ciudad, a la vez que abre nuevos horizontes para los emisarios de Clío, en cuyos dominios nada que pueda ser útil está de más, un hecho demostrado por González Obregón, quien a través de sus investigaciones convirtió numerosos lugares que permanecían como “anónimos”, en sitios con historia.⁵²⁶

X

El conjunto de nombres de las calles de México, tan íntimamente ligado con sus anales, no sólo posee “...un encanto inseparable y propio de lo que es desconocido [y] de lo que ya no existe...”,⁵²⁷ sino también fortísimos nexos con la *tradición* y la *leyenda*, tópicos del *México viejo* que analizaremos a lo largo de los siguientes actos, y cuyos significados son, en el caso del primer vocablo, “...noticia de alguna cosa antigua, que se difunde de padres á hijos y se comunica por relación sucesiva de unos a otros...”,⁵²⁸ y del segundo, “...acción de leer [que] se toma también por la historia, ú otra materia que se lee...”,⁵²⁹ sin mencionar que igualmente se ha definido —en épocas más recientes— como “...relato con intención didáctica en el que se entrelazan sucesos reales y maravillosos”.⁵³⁰ Estas acepciones, debemos señalar, se encuentran en plena consonancia con el sentido que a ambos términos otorgó nuestro cronista en su obra, misma en la que el relato que pervive de boca en boca —*tradición*— y su forma escrita —*leyenda*—, encuentran su origen en gloriosos recuerdos históricos, así como en la poesía y la imaginación.⁵³¹

Las tradiciones nacieron “...antes de que el tiempo pudiera ser fechado...”,⁵³² y desde entonces han venido cultivándose por vía oral y de generación en generación, lo cual propició que sus contenidos —como si se tratase de un “teléfono descompuesto”— hayan sufrido de constantes alteraciones ocasionadas por la imaginación y la “...facultad poética

⁵²⁶ Vid. Gastón Bachelard, *La poética del espacio*, México, FCE, 1957, p. 96.

⁵²⁷ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. L: “La calle de las Canoas”.

⁵²⁸ *Diccionario de la lengua VI...*, p. 314.

⁵²⁹ *Diccionario de la lengua IV...*, p. 395.

⁵³⁰ Isabel Quiñónez, “Prólogo 2”, p. XVIII.

⁵³¹ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. I: “La leyenda del labrador”.

⁵³² Isabel Quiñónez, “Prólogo 2”, p. XVIII.

de la sensibilidad popular”.⁵³³ No obstante, hubo épocas en que las mismas equivalían a la realidad⁵³⁴ y poseían casi la misma “...autoridad de la Historia”,⁵³⁵ circunstancia resultante de su alusión a extraordinarios hechos acontecidos en un “...pasado reciente o histórico...”,⁵³⁶ pero sobre todo de la principal característica que comparten y a la vez les vincula con la disciplina de Clío: su íntima relación con la vida del hombre.⁵³⁷

Impulsado por el romanticismo hispanoamericano característico del siglo XIX, surgió el “tradicionalismo”, género que, partiendo de una copla o una crónica,⁵³⁸ permitía la elaboración de textos en los que Historia y Literatura podían concatenarse, y cuya creación ha sido atribuida al peruano Ricardo Palma, de quien suele decirse nuestro personaje fue poco más que un émulo.⁵³⁹ Sin embargo, y pese a lo que pudiera haber de cierto en dicha aseveración, la acción de colocar a ambos autores “en un mismo saco” nos parece un tanto injusta, pues si bien es cierto que González Obregón siguió el ejemplo del inca para desarrollar sólo parte de sus escritos, también lo es el hecho de que el tradicionalismo en México tuvo un desarrollo propio, y que fue éste, más que la influencia del instaurado por Palma, el que otorgó cierto matiz a su obra, como veremos a continuación.

Consumada la Independencia, la historiografía nacional se volcó casi de manera inmediata y total en su estudio y en el de los años que le siguieron,⁵⁴⁰ quedando para nutrir a la Literatura —cual premios de consolación— los tiempos inmemoriales y sus viejas consejas, circunstancia que alcanzaría su punto álgido con la aparición del positivismo, principal responsable del deslinde entre la Historia “científica” y la “simplemente narrativa”, cuyos contenidos, en los que destaca la *leyenda*, fueron reducidos a mero conjunto de hechos incoherentes y estrambóticos, propios sólo para ocupar a los novelistas y curiosos,⁵⁴¹ y a simples pero hermosos “...cuentos nacidos al calor del hogar”.⁵⁴² Por lo tanto, no es de extrañar que las más importantes reminiscencias de la *tradición* hayan sido rescatadas por

⁵³³ *Ibidem*, p. XIX.

⁵³⁴ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XI: “La Virgen del Perdón”.

⁵³⁵ Isabel Quiñónez, “Prólogo 2”, p. XIX.

⁵³⁶ *Ibidem*, p. XX.

⁵³⁷ *Ibidem*, p. XIX.

⁵³⁸ *Vid.* Cristina Barros, “Realismo y naturalismo”, p. 98.

⁵³⁹ *Vid.* Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 169.

⁵⁴⁰ *Loc. Cit.*

⁵⁴¹ *Ibidem*.

⁵⁴² *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XI: “La Virgen del Perdón”.

los artesanos de las Bellas Letras, consignadas por poetas, prosistas y novelistas entre los que son notables los nombres de Juan de Dios Peza, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio —que lejos de la influencia de Palma, se encontraba ya “...inmerso en el estudio de la historia y vida en la Colonia”—,⁵⁴³ y que González Obregón, al haber fungido brevemente como literato y discípulo de los referidos escritores, haya reflexionado en su valor como parte integrante y fundamental en la constitución de la emergente nacionalidad mexicana, hecho notoriamente palpable en toda su historiografía.

XI

Guillermo Prieto fue uno de los primeros autores mexicanos en aludir a la importancia de la *tradición*, y aunque lo hizo de una forma que algunos podrían considerar superficial, se nota ya en sus escritos el deseo de vigorizar el género y hacerlo trascender del ámbito literario, anhelo manifiesto a lo largo de sus *Memorias de mis tiempos*, en cuyas páginas no sólo reveló su gran afición por las encantadoras, vivas y poéticas leyendas,⁵⁴⁴ sino también consignó algunas consejas que otros de sus colegas abordarían con mayor profundidad y desde distintos enfoques:

...sobrenadan en mi mente los cuadros de la aurora boreal y de las muertes de Dongo en la calle de Cordobanes, el coche de lumbre que recorría desde la Viña hasta las calles del Estanco Viejo; la Llorona que atravesaba gimiendo desde la calle de la Buena Muerte hasta el Canal de la Viga, y los espantos del callejón del Muerto, y la casa de Aldasoro, cerca del paseo de Bucareli. Los duendes y las brujas hacían un papel interesantísimo [...]; algunos de los primeros, escurridizos y traviosos; las segundas implacables, cabalgando por los aires en sus escobas, y descendiendo a chupar la sangre de los niños. [También] aquella mano negra que dejó cierto condenado en Balvanera...⁵⁴⁵

Fidel, que “...realizaba en broma lo que Peza y Riva Palacio tomarían en serio en sus tradiciones y leyendas mexicanas...”,⁵⁴⁶ sentó también un par de precedentes: el primero al filosofar sobre la íntima y particular relación entre la leyenda y su escriba, mismo que además de poder recrear una conseja a voluntad, poseía la facultad de adulterarla con su inagotable inventiva, pero siempre respetando su fondo de verdad (tal como lo practicaba

⁵⁴³ Clementina Díaz y de Ovando, “Introducción”, p. LVIII.

⁵⁴⁴ Vid. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *passim*.

⁵⁴⁵ *Ibidem*, pp. 190 y 191. La última de estas consejas fue recuperada por Juan de Dios Peza en sus *Leyendas históricas...*, obra en la que aparece con el título “El sello del Infierno (leyenda de la calle de Balvanera)”.

⁵⁴⁶ Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, p. 143.

su amigo Manuel Payno, quien partiendo del alarido de un comanche, o del suspiro de una monja desesperada, "...zurcía una leyenda fantástica y llena de sal..."),⁵⁴⁷ y el segundo al reflexionar breve, pero concisamente, sobre la *tradicción* y su idoneidad para conjugarse con la disciplina de Clío, circunstancia patente a través del siguiente pronunciamiento: "En la época virreinal ocurrieron dos hechos curiosos, dignos de que los consigne la Historia: uno de ellos por haber servido de asunto para un hermoso romance de nuestro esclarecido poeta, el señor don Juan de Dios Peza",⁵⁴⁸ bardo que, por cierto, dedicó algunas de sus estrofas al asesinato del padre Nicolás Segura, suceso que ya hemos mencionado⁵⁴⁹ y que sería retomado por González Obregón, quien a través de una investigación sustentada en la inédita y original causa de José Villaseñor, homicida del sacerdote, se propuso trasladar el asunto a los dominios de Clío.⁵⁵⁰

XII

De acuerdo con Francisco Monterde, los primeros en explorar seriamente las rutas de la *leyenda* en México fueron Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), José Joaquín Pesado (1801-1861) y José Justo Gómez —segundo Conde de la Cortina—,⁵⁵¹ literato, erudito y filólogo de cuya pluma emanó, entre otros relatos, el primer cuento legendario de México:⁵⁵² *La Calle de don Juan Manuel*, publicada el año de 1835 en las páginas de *La Revista Mexicana*,⁵⁵³ y cuya consignación fue dividida en dos partes, conteniendo la primera de ellas una tradición oral, y la segunda una disertación histórico-literaria⁵⁵⁴ que sería de suma utilidad para aquellos interesados en retomar la famosísima conseja, tales fueron los casos de Manuel Payno, quien la recreó basándose en aquellos relatos que le

⁵⁴⁷ Vid. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, pp. 305, 311 y 379.

⁵⁴⁸ *Ibidem*, p. 412.

⁵⁴⁹ *Supra*, p. 90.

⁵⁵⁰ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XLVIII: "El crimen de la Profesa".

⁵⁵¹ Vid. Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, p. 110, *cfr.* Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, "Las casas de don Juan Manuel". Curiosamente, el nacimiento del segundo Conde de la Cortina tuvo lugar en el aposento N° 22 de la entonces llamada Calle de don Juan Manuel (hoy 4ª de República de Uruguay), vivienda que, según la investigación de Luis González Obregón, fue construida en el mismo sitio donde habían estado edificadas las casas que en vida pertenecieron al trágico señor Solórzano, protagonista de la conseja en cuestión; el hecho de haber habitado en el mismo lugar que el personaje de la famosa *tradicción*, pensamos, pudo haber motivado al Conde de la Cortina para indagar sobre la misma y así escribirla en forma de *leyenda*.

⁵⁵² Vid. Isabel Quiñónez, "Prólogo 2", p. XXVIII.

⁵⁵³ Vid. Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 17.

⁵⁵⁴ Vid. Manuel Payno, *El libro rojo*, "Don Juan Manuel".

habían sido contados “...en la edad de las ilusiones...”⁵⁵⁵ y sin haber encontrado para profundizar, en la parte histórica, ningún otro dato ni documento nuevo; del ya referido Rodríguez Galván y su drama intitolado *El Privado del Virrey* (1842); de Irineo Paz con sus *Cardos y Violetas* (1878); de Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza —también conocidos como “Los Ceros”—⁵⁵⁶ en sus *Tradiciones y leyendas mexicanas* (1885);⁵⁵⁷ y de nuestro cronista con su *México viejo*, libro en el que tomando en cuenta las antedichas versiones del relato en cuestión, pretendió establecer una verídica distinción entre los aspectos histórico y legendario del mismo, anhelo manifiesto con la tajante aseveración: “...aquí termina la historia y empieza la leyenda”,⁵⁵⁸ sin contar que tiempo después se encargaría de profundizar en los anales de la referida tradición, al dar noticia sobre las casas que original y verdaderamente habían pertenecido a don Juan Manuel de Solórzano, cuya fatídica, truculenta y real historia dio nombre a la calle que alguna vez habitó.⁵⁵⁹

Después del segundo Conde de la Cortina emergieron otros literatos que precedieron a los historiadores en el rescate de la *tradición*, como José Bernardo Couto, quien publicó, en el año de 1837, *La Mulata de Córdoba y la historia de un peso falso*, conseja contenida en las páginas del *Mosaico mexicano*⁵⁶⁰ y que al igual que la de don Juan Manuel sería revisitada una y otra vez por los artesanos de las Bellas Letras, destacando entre ellos, y de nueva cuenta, el general Riva Palacio y su ahijado Juan de Dios Peza,⁵⁶¹ de quienes puntualizó nuestro autor, mientras dejaba entrever características de su propia metodología de investigación:

Antes que nosotros, ya otros escritores la han referido, ya algunos poetas la han cantado; pero ni los primeros ni los segundos han tomado sus noticias de polvorientos códices, ni de arrugados pergaminos. La fantástica leyenda de la Mulata de Córdoba ha vivido en la *tradición* del pueblo y ha sido transmitida hasta nosotros en miles de ediciones, hechas ya al calor del hogar por la abuelita para entretener a los nietos, o por la pilmama para dormir a los niños; ya por el cansado caminante para acortar las noches, o por el soldado para amenizar las veladas del campamento. No hay, pues,

⁵⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁵⁶ *Vid.* José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, p. 113, *cfr.* Jorge Ruedas de la Serna, “Una literatura para la vida”, p. 11.

⁵⁵⁷ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo, Patria...*, Cap. XXV: “La calle de don Juan Manuel”.

⁵⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁵⁹ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “Las casas de don Juan Manuel”.

⁵⁶⁰ *Vid.* Isabel Quiñónez, “Prólogo 2”, p. XXVIII.

⁵⁶¹ *Vid.* Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio, *Tradiciones y leyendas...*, “La Mulata de Córdoba”.

constancias en la historia, ni datos en las crónicas acerca de esa mujer maravillosa: su origen como su fin lo oculta el pasado y sólo lo sabe el presente por la *tradición*, que oculta la verdad, que modifica los hechos, pero que siempre encanta, y siempre cautiva.⁵⁶²

De la pluma de “los Ceros” —que con sus tradiciones se adelantaron varios años a González Obregón—⁵⁶³ emanaron, igualmente, diversas leyendas que no sólo constituían un valioso testimonio de “...las costumbres, de la fe, de la superstición y [...] de la moral de las pasadas generaciones...”⁵⁶⁴ que la Historia, “...severa e impía...”,⁵⁶⁵ no debía recusar, sino que al igual que en el caso de la perteneciente al trágico Solórzano, serían retomadas por nuestro personaje, quien apegándose a los pronunciamientos del Conde de la Cortina, Guillermo Prieto y Manuel Payno, consistentes en que las tradiciones “...rara vez dejan de tener su origen en acontecimientos verdaderos”,⁵⁶⁶ se propuso despojarlas —por lo menos en teoría— de su encanto⁵⁶⁷ y purificarlas “...en el fuego de la verdad...”,⁵⁶⁸ recurriendo para ello a todo tipo de datos y documentos,⁵⁶⁹ armas que aún se consideran infalibles en la disipación de las leyendas y otros mitos. Así, nuestro cronista revisitó “La calle del Puente o Salto de Alvarado”,⁵⁷⁰ falsa tradición que los hombres de letras repetían como una verdad incuestionable y cuyo verídico origen reposaba, principalmente, en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*;⁵⁷¹ “La mujer herrada”,⁵⁷² suceso verídico, estupendo, “...formidable y espantoso [...] consignado en el capítulo octavo [...] de la *Vida del P. Don José Vidal, de la Compañía de Jesús...*”,⁵⁷³ “La calle de la Quemada”,⁵⁷⁴ vía que debió su nombre a una tienda que se incendió en ella y no a la

⁵⁶² Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXXIII: “La Mulata de Córdoba”

⁵⁶³ Vid. Clementina Díaz y de Ovando, “Introducción”, p. XLVI.

⁵⁶⁴ Jorge Ruedas de la Serna *apud* Vicente Riva Palacio, “Una literatura para la vida”, p. 20.

⁵⁶⁵ Luis González Obregón, *Las Calles de México*, Botas..., “Las calles del Indio Triste”.

⁵⁶⁶ Luis González Obregón *apud* José Justo Gómez, *México viejo*, Patria..., Cap. XXV: “La calle de don Juan Manuel”, *cf.* Manuel Payno, *El libro rojo*, “Don Juan Manuel”: “Estas eran las que llaman las hablillas del vulgo, que partiendo de un fondo de verdad, poetiza o trastorna las cosas y las figuras...”.

⁵⁶⁷ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XI: “La Virgen del Perdón”.

⁵⁶⁸ *Ibidem*.

⁵⁶⁹ Vid. Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “Los últimos días del general Victoria”.

⁵⁷⁰ Vid. Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio, *Tradiciones y leyendas...*, “La calle del Puente o Salto de Alvarado”.

⁵⁷¹ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. V: “La calle del puente de Alvarado”. Aparece con el mismo título en *Las calles de México*.

⁵⁷² Vid. Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio, *Tradiciones y leyendas...*, “La mujer herrada”.

⁵⁷³ Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “La casa de la mujer herrada”. Aparece con el mismo título en *Las calles de México*.

⁵⁷⁴ Vid. Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio, *Tradiciones y leyendas...*, “La calle de la Quemada”.

conseja que, fundamentada en un trágico romance, improvisaron los Ceros;⁵⁷⁵ “La leyenda de la calle de Olmedo”,⁵⁷⁶ escenario del misterioso crimen cometido en la persona del presbítero Juan Antonio Nuño Vázquez, y cuya extrañeza llevó a los capitalinos a forjar un popular relato que “...fue adulterándose cada vez más y [que] al cabo de un siglo, la imaginación de uno de nuestros inspirados poetas concluyó por hacer una conseja, que sólo la verdad contenida en las amarillas páginas del proceso que existe en el Archivo General de la Nación [permitió] desvanecer...”;⁵⁷⁷ etc.

Entre los propagadores de la *tradicción*, no podemos omitir a Manuel Filomeno Rodríguez, autor de *Los asesinos de Dongo* (1873),⁵⁷⁸ drama sustentado en el famoso multihomicidio acontecido en tiempos del virrey Juan Vicente de Güemes Padilla Horcasitas y Aguayo, segundo Conde de Revillagigedo. Dicho acto, tan célebre como espantoso, sería retomado por Manuel Payno, quien para poder “narrarlo históricamente”⁵⁷⁹ transcribió íntegro un documento que contenía “santo y seña” del mencionado crimen, y también por nuestro personaje, quien lo refirió al escribir la historia de la calle del Colegio de Cristo, pero recurriendo, para alcanzar más veracidad, a un número mayor de fuentes escritas, entre las que pueden contarse el número segundo del *Suplemento a la historia de los tres siglos de México durante el gobierno español*,⁵⁸⁰ el “Memorial instructivo relativo así a la causa de don Joaquín Dongo”, aparecido en el tomo IV del *Museo Mexicano*, y el segundo volumen de *México a través de los siglos*, correspondiente a nuestra historia colonial, y escrito por Vicente Riva Palacio.⁵⁸¹

⁵⁷⁵ Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “Los nombres antiguos y modernos de las calles”.

⁵⁷⁶ Vid. Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio, *Tradiciones y leyendas...*, “La leyenda de la calle de Olmedo”.

⁵⁷⁷ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La calle de Olmedo”. El sacerdote que “protagoniza” esta leyenda fue transformado en un fraile por la pluma de los Ceros, quienes al parecer atendieron únicamente a las hablillas populares para conformar la redacción de su escrito.

⁵⁷⁸ *Loc. Cit.*

⁵⁷⁹ Vid. Manuel Payno, *El libro rojo*, “La familia Dongo”.

⁵⁸⁰ Vid. Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 105. La versión primigenia de esta obra fue escrita por Andrés Cavo, padre jesuita que la intituló *Historia civil y política de México*; pudo haberse perdido, de no ser por Carlos María de Bustamante, quien la localizó en la biblioteca del Obispo de Tanagra y la publicó en 1836, “adicionada” y con el título que hemos referido. Lo escrito por el padre Cavo abarca, en riguroso orden cronológico, numerosas efemérides acontecidas en nuestro país, mismas que van de 1521 a 1766; la parte correspondiente a Bustamante, es decir, el *Suplemento*, se extiende hasta el año de 1821, y por lo tanto, es a él a quien corresponde la consignación de la noticia sobre Dongo.

⁵⁸¹ Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La calle del Colegio de Cristo”.

El literato Juan de Dios Domínguez, por su parte, redactó *El Embaidor y la Sevillana* (1875),⁵⁸² mujer que, según las hablillas de la plebe, se aparecía a las doce de la noche y lanzaba dolorosos y angustiantes gemidos. Esta leyenda, que a modo de cuento histórico fue igualmente retomada por el autor de *El hombre de la situación*,⁵⁸³ guarda enormes similitudes con la de otra doncella espectral, protagonista no sólo de la única obra novelesca que realizó el severo doctor José María Marroqui,⁵⁸⁴ sino también de aquella tradición que, posiblemente, pueda reclamar su lugar como la más popular y antigua de nuestros anales: “La Llorona”.

XIII

Se ha aseverado que la mejor versión de “La Mulata de Córdoba” pertenece a Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio,⁵⁸⁵ y un pronunciamiento similar es el que nos permitiremos formular respecto a Luis González Obregón y su breve disertación sobre “la Llorona”, relato legendario al que creemos dio forma definitiva, pues antes que él —y hasta donde sabemos— nadie había inquirido en los más remotos orígenes de tan conocida y mexicana leyenda.

Consciente de que los anales patrios están llenos de cuentos y consejas,⁵⁸⁶ de la importancia de algunas cosas que, pese a su aparente insignificancia, se encuentran estrechamente relacionadas con nuestra historia y sus personajes,⁵⁸⁷ y adecuándose aún a los preceptos de la escuela romántica en que se formó, y a cuyo impulso se declaró como “...aficionado inquisidor de nuestras costumbres, tradiciones y leyendas...”,⁵⁸⁸ don Luis continuó sumergiéndose en el pasado para proseguir con la difusión y fortalecimiento de aquel discurso integrador⁵⁸⁹ que le había sido inculcado por sus maestros, a quienes hemos nombrado *Paladines de la Historia*, y en el que permeaba una idea de nacionalidad consistente en que el mexicano era producto de “...dos civilizaciones y de dos razas

⁵⁸² Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 36.

⁵⁸³ Vid. Manuel Payno, *El libro rojo*, “La Sevillana”.

⁵⁸⁴ *Loc. Cit.*

⁵⁸⁵ Vid. Isabel Quiñónez, “Prólogo 2”, p. XXXI.

⁵⁸⁶ *Loc. Cit.*

⁵⁸⁷ Vid. Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “Los anteojos de un erudito”.

⁵⁸⁸ Luis González Obregón, *Vetusteces*, “Las posadas”.

⁵⁸⁹ *Loc. cit.*

extrañas”:⁵⁹⁰ la indígena y la española;⁵⁹¹ aunado a esto, nuestro cronista e historiador ya había dejado claro su decidido afán por “...divulgar entre sus conciudadanos la historia de su nacionalidad [mediante] bosquejos llenos de interés...”,⁵⁹² lo cual nos ha llevado a considerar su versión de “la Llorona” como el paradigma de lo que verdaderamente significaba la *tradicón* para él, puesto que en dicha conseja —y a diferencia de otras “supersticiones” en las que se interesó— pudo entrelazar perfectamente, y como elementos constituyentes de un único pasado, a las creencias prehispánica y colonial de nuestro país, hecho que se torna más que evidente con la inclusión que hizo del mito de *Cihuacóatl* —o *Tonántzin*, “nuestra madre”—⁵⁹³ a la leyenda en cuestión:

La tradición de *la Llorona* tiene sus raíces en la mitología de los antiguos mexicanos. Sahagún en su *Historia* (libro 1º, Cap. IV),⁵⁹⁴ habla de la diosa *Cihuacóatl*, la cual “aparecía muchas veces como una señora compuesta con unos atavíos como se usan en Palacio: decían también que de noche voceaba y bramaba en el aire [...] El mismo Sahagún (Lib. XI),⁵⁹⁵ refiere que entre muchos augurios o señales con que se anunció la Conquista de los españoles, el sexto pronóstico fue “que de noche se oyeran voces muchas veces como de una mujer que angustiada y con lloro decía: ‘¡Oh, hijos míos, que ya ha llegado vuestra destrucción!’” Y otras veces decía: “¡Oh, hijos míos!, ¿dónde os llevaré para que no os acabéis de perder?” La tradición es, por consiguiente, remotísima; persistía a la llegada de los [...] conquistadores y tomada ya la ciudad azteca por ellos, muerta años después doña Marina, o sea la *Malinche*, contaban que ésta era *la Llorona*, la cual venía a penar del otro mundo por haber traicionado a los indios de su raza, ayudando a los extranjeros para que los sojuzgasen.⁵⁹⁶

⁵⁹⁰ Miguel Soto *apud* Manuel Payno, “Manuel Payno”, p. 65.

⁵⁹¹ Nuestro personaje no enunció, de manera explícita, que el pasado indígena haya sido un componente importante en la conformación de la nacionalidad mexicana. Sin embargo, creemos necesario mencionar que en “la práctica” llegó a contradecirse, pues en sus últimos trabajos, como en sus momentos de exacerbado nacionalismo, llegó a referir que la Conquista había sido un abuso, y que la Independencia no era más que la recuperación de la libertad perdida, pero... ¿quiénes, aparte de los indígenas, habían sido despojados de aquella autonomía? Nos atrevemos a pensar que fue tanto su interés por contribuir en el robustecimiento de nuestra nacionalidad, que llegó a plasmar en su historiografía algo que, siendo criollo de “pura cepa”, en verdad no sentía. Más adelante, en el capítulo 7º de esta obra, podrá el lector apreciar lo que, al respecto, confió nuestro personaje al señor Arturo Arnáiz y Freg.

⁵⁹² Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 56.

⁵⁹³ *Vid.* Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España. Escrita por Fr. Bernardino de Sahagún, franciscano, y fundada en la documentación en lengua mexicana recogida por los mismos naturales* (numeración, anotación y apéndices por Ángel María Garibay Kintana), 7ª ed., México, Porrúa, 1989, Libro I, Cap. VI.

⁵⁹⁴ *Ibidem*. Hay un error en el texto de González Obregón, pues el capítulo en el que Sahagún habla sobre *Cihuacóatl* es el VI, y no el IV. Quizá la cada vez más deteriorada vista de nuestro cronista le haya jugado una mala pasada.

⁵⁹⁵ *Ibidem*, Libro XII, Cap. I. Don Luis cometió otra equivocación: el libro correcto es el XII.

⁵⁹⁶ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La Llorona”.

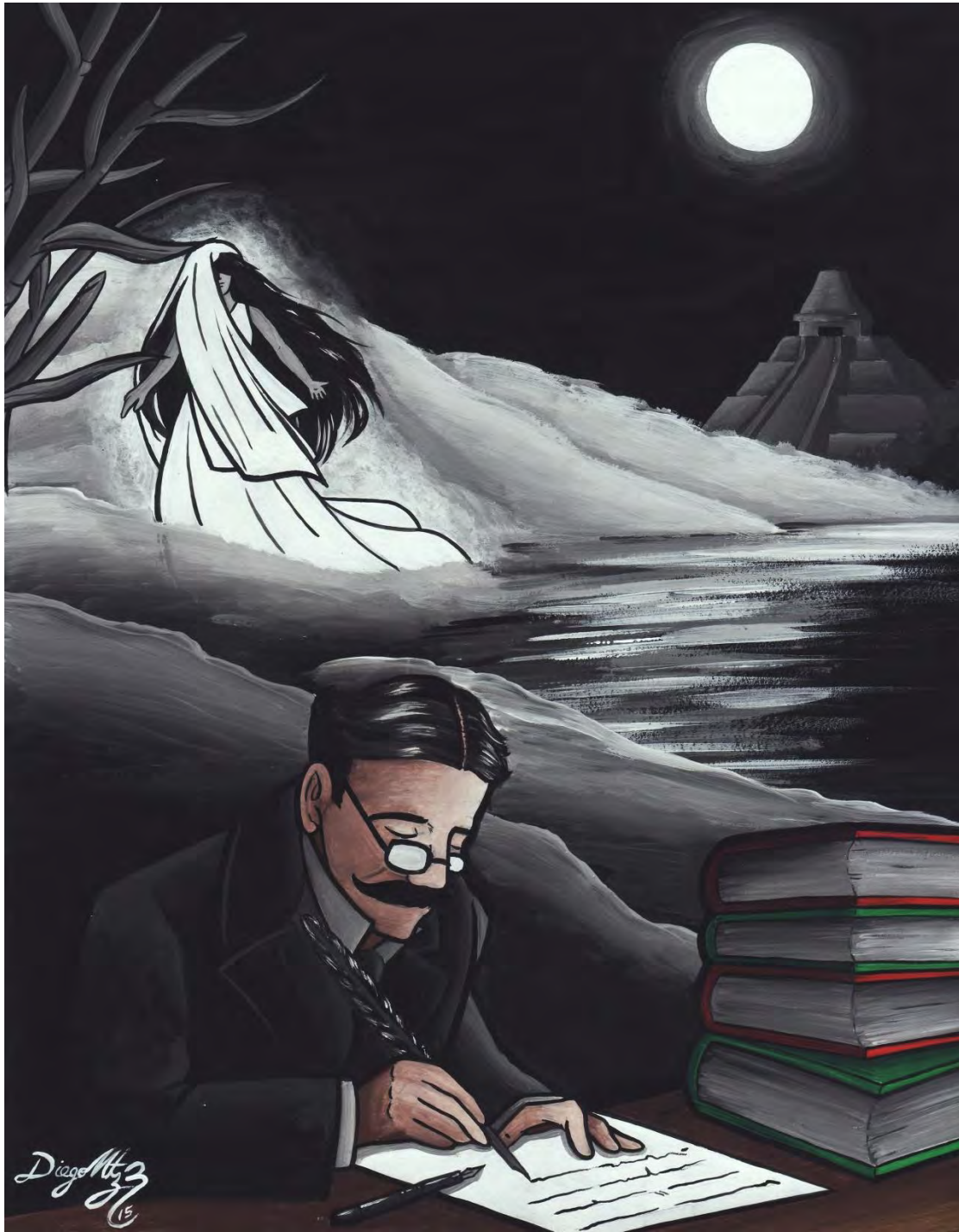


Fig. 27. “Vestía la mujer traje blanquísimo, y blanco y espeso velo cubría su rostro. Con lentos y callados pasos recorría muchas calles de la ciudad dormida, cada noche distintas, aunque sin faltar una sola, a la Plaza Mayor, donde vuelto el velado rostro hacia el oriente, hincada de rodillas, daba el último angustioso y languidísimo lamento; puesta en pie, continuaba con el paso lento y pausado hacia el mismo rumbo, al llegar a orillas del salobre lago, que en ese tiempo penetraba dentro de algunos barrios, como una sombra se desvanecía [...] Tal es en pocas palabras la genuina tradición popular que durante más de tres centurias quedó grabada en la memoria de los habitantes de la Ciudad de México...” (Luis González Obregón, *Las calles de México*, 2ª ed., México, Botas & Alonso Editores, 2007, “La Llorona”).

Apreciable es, en el relato de González Obregón, que la esencia de *Cihuacóatl*, al igual que la de algunos sectores de la población indígena, pasó por un lento proceso de españolización que corrió parejo a la creencia de “la Llorona”. Así, la que fuera una importantísima deidad mexicana se trasmutó primero en la terrenal *Malitzin* (o Malinche), personaje central de diversas “...leyendas y tradiciones populares...”,⁵⁹⁷ y luego en aquella mujer ya novohispana que, en ocasiones llamada Luisa, y a menudo relacionada con crímenes pasionales,⁵⁹⁸ había protagonizado cuantiosas narraciones, entre las que son notables el poema escrito por los Ceros⁵⁹⁹ y los cuentos redactados por José María Roa Bárcena y su tocayo de apellido Marroqui,⁶⁰⁰ relatos que pese a contener “...asuntos que se prestan más a la poesía que a la historia...”,⁶⁰¹ fueron utilizados por nuestro cronista, tanto para mostrar que las tradiciones reflejan, casi invariablemente, el espíritu de la época y el lugar en que fueron concebidas, como para señalar el importantísimo papel de las mismas en la creación y fortalecimiento de la unidad nacional, e igualmente para profundizar en la intrínseca y plausible relación que siempre advirtió entre la disciplina de Clío y la Literatura, peculiaridad en la que mucho hemos insistido por ser de vital importancia en su idea de la Historia.

XIV

“Las creencias populares [...] forman los cimientos de la unidad nacional, en que historia y tradición desempeñan igual papel.”⁶⁰² Sírvanos estas elocuentes palabras para reintroducir al maestro Ignacio Manuel Altamirano, el único de los *Paladines* al que no hemos mencionado en estos rubros dedicados a la *tradicción*, pero cuya influencia en Luis González Obregón, en lo que al cultivo de dicho género respecta fue tan grande, que consideramos necesario e insoslayable hacerlo ahora, principalmente porque hemos observado que algunos de sus postulados fueron retomados, casi al pie de la letra, por nuestro cronista e historiador, siendo los más importantes aquellos en los que estaban sugeridos el rescate de *todo* nuestro pasado para el fortalecimiento de la patria que aún se

⁵⁹⁷ *Ibidem*, “La calle de Juan Jaramillo”.

⁵⁹⁸ *Ibidem*, “La Llorona”.

⁵⁹⁹ *Vid.* Juan de Dios Peza y Vicente Riva Palacio, *Tradiciones y leyendas...*, “La Llorona”.

⁶⁰⁰ *Vid.* Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La Llorona”.

⁶⁰¹ Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “La fiesta de Guadalupe”.

⁶⁰² Jacqueline Covo, “Introducción”, en *ibidem*, p. XXIII.

estaba constituyendo;⁶⁰³ la recuperación de la leyenda local —tesoro que permanecía incólume—⁶⁰⁴ debido a su importante papel en la historia primitiva de los sucesos y de los pueblos,⁶⁰⁵ y la “triste” pero inexcusable consecución de un objetivo: el de lograr una verdadera distinción entre la disciplina de Clío y la *tradición* popular, cuyos fundamentos debían buscarse en las fuentes antiguas⁶⁰⁶ y contemporáneas⁶⁰⁷ para después, ya purificados en el fuego de la verdad,⁶⁰⁸ transmitirlos al público, aunque sin olvidar —por supuesto— su carácter lúdico y agradable.

Así, en clara consonancia con los preceptos de Altamirano, quien consideraba inevitable el rastreo de los sucesos que daban origen a las leyendas,⁶⁰⁹ y apelaba al pasado “...para engrandecer la conciencia nacional”,⁶¹⁰ González Obregón recurrió a los libros vetustos —portadores del “...aroma y frescura de la tradición...”⁶¹¹ y muchas otras fuentes, tanto de índole oral como literaria, para desentrañar la verdad sobre diversas consejas que hizo desfilar a través del *México viejo* y sus obras subsecuentes, destacando entre ellas la “Leyenda del labrador”, tradición eminentemente “azteca” que había sido consignada por fray Diego Durán en su *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*;⁶¹² “Un aparecido”, relato de tinte sobrenatural —aunque referido por varios cronistas— en el que un soldado de la guardia de Filipinas se trasladó, de la nada y sin saber cómo, a la Plaza Mayor de México;⁶¹³ “Los nahuales”, narración en la que nuestro personaje concatenó la tradición de los brujos europeos con la de sus émulos nacionales, que halló contenida en textos como la *Geográfica descripción...* del dominico Francisco de Burgoa y el que hoy conocemos como *Viaje por el istmo de Tehuantepec*, escrito por el abate Charles Brasseur de Bourbourg,⁶¹⁴ y que después retomaría para elaborar un relato parahistoriográfico;⁶¹⁵ “La campana del reloj de Palacio”, conseja de raigambre verbal en la que dicho artefacto,

⁶⁰³ Vid. Clementina Díaz y de Ovando, “La visión histórica...”, p. 43.

⁶⁰⁴ Vid. Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “La vida en México”.

⁶⁰⁵ *Ibidem*, “El Señor del Sacro-monte”.

⁶⁰⁶ *Ibidem*.

⁶⁰⁷ Jacqueline Covo, “Introducción”, en *ibidem*, p. XXIII.

⁶⁰⁸ *Loc. Cit.*

⁶⁰⁹ Vid. Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “La fiesta de los Ángeles”.

⁶¹⁰ Nicole Girón, “Ignacio Manuel Altamirano...”, p. 294.

⁶¹¹ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XVIII: “El Santuario de los Ángeles”.

⁶¹² *Ibidem*, Cap. I: “La leyenda del labrador”.

⁶¹³ *Ibidem*, Cap. XIX: “Un aparecido”.

⁶¹⁴ *Ibidem*, Cap. XXII: “Los nahuales”.

⁶¹⁵ Vid. Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “El príncipe que no quería morir”.

debido a su costumbre de tañer sin necesidad de la intervención del hombre, fue desterrado de Europa a la Nueva España;⁶¹⁶ “Las calles del Indio Triste”, arterias asociadas a un muy viejo relato oral que, en 1840, había sido convertido ya en leyenda por el Conde de la Cortina,⁶¹⁷ etc.

Al abordar una *tradición*, don Luis solía dedicarle un capítulo completo. Empero, no siempre fue así, ya que hubo ocasiones en las que recurrió a la muy breve, o a la simple mención de alguna conseja, cuando la misma le permitía, tanto complementar su relato, como brindar al lector más luz sobre una época,⁶¹⁸ pues debemos tener presente que la *leyenda*, al igual que lo *anecdótico*, se encontraba siempre inmersa en la interpretación de un proceso histórico más general. En consecuencia, González Obregón retomó —una vez más— la conseja de los nahuales para redactar “Los ahorcados de Romita”, barrio que se “...hizo célebre en los tiempos del contrabando, pues los que robaban al Fisco, fingiéndose brujos o nahuales, espantaban a los ignorantes y sencillos indios, a fin de poder introducir sus mercancías sin que nadie los viese o molestase”;⁶¹⁹ aludió al mito de los “tzizime”⁶²⁰ —“...fantasmas feísimos y espantables...” que se degustaban a los hombres—⁶²¹ para complementar su descripción de la fiesta de “Toxiuhmolpia”,⁶²² celebración de antiguo realizada en la Plaza del Volador;⁶²³ refirió, en su *D. Guillén de Lampart...*, pormenores sobre la fuga de dicho personaje, quien de acuerdo al vulgo se había escapado de las cárceles del Santo Oficio “...haciendo un navío por arte de nigromancia...”,⁶²⁴ lo cual es una clara alusión a la tradición de la Mulata de Córdoba;⁶²⁵ aprovechó cuantas oportunidades tuvo para referir alguna leyenda, como la de Tomás Treviño, judaizante que había sido quemado vivo por la Santa Inquisición⁶²⁶ y de quien Lampart había escrito, en un pasquín, que se encontraba en el cielo mientras el Arzobispo Juan de Zamora y Mañozca

⁶¹⁶ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria, Cap. XL: “La campana del reloj de Palacio”.

⁶¹⁷ Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “Las calles del Indio Triste”.

⁶¹⁸ *Loc. Cit.*

⁶¹⁹ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “Los ahorcados de Romita”.

⁶²⁰ Vid. Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, Libro VII, Cap. XI: la palabra correcta es *tzitzimime*.

⁶²¹ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXIX: “La Plaza del Volador”.

⁶²² Vid. Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, Libro VII, Cap. X: *Toxiuh molpilia* ¿acaso nuestro personaje habrá utilizado una mala, o rara edición de la *Historia...* del padre Sahagún?

⁶²³ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria, Cap. XXIX: “La Plaza del Volador”.

⁶²⁴ Luis González Obregón, *D. Guillén de Lampart...*, Libro Segundo, Cap. X.

⁶²⁵ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXXIII: “La Mulata de Córdoba”.

⁶²⁶ *Ibidem*, Cap. XXVI: “La casa del judío”.

ardía en el infierno,⁶²⁷ o la del zapoteca *Congun* y el mije *Condoique*, caudillos indígenas que místicamente custodiaban la libertad e independencia perdidas con la Conquista, etc.⁶²⁸

Mención aparte merece la conseja intitulada “La Cruz de Culiacán (leyenda guanajuatense)”, pues con su consignación don Luis abandonó, como únicamente lo había hecho con sus escritos dedicados a las rebeliones indígenas de los siglos XVI y XVII,⁶²⁹ los límites de la ciudad de México, y no sólo eso, ya que si el lector es curioso encontrará más de una similitud entre dicha tradición —cuyo asunto principal es el amor prohibido entre una joven india y un mozo español—⁶³⁰ y la de la Llorona, “...leyenda que se generalizó en muchos lugares de nuestro país...”⁶³¹ y que al igual que gran parte de nuestra historia decimonónica, fue tornándose románticamente nacionalista y mestiza, aseveración sobre la que ya hemos reflexionado⁶³² y que utilizaremos para concluir el presente acto.

XV

“El fervor patriótico inspiró también a los aficionados de lo legendario”.⁶³³ Las coplas, las crónicas, los hechos sobrenaturales y los relatos truculentos fueron, de lejos, los principales actores del *tradicionalismo* mexicano, ya que se vieron en la necesidad de compartir su protagonismo con “...las gestas heroicas de los hombres de la Independencia y de la Reforma...”,⁶³⁴ efigies representativas del joven espíritu nacional.

De acuerdo a Ignacio Manuel Altamirano, la poesía había “...ofrecido en todos tiempos la forma más fácil, y al mismo tiempo la más bella...”⁶³⁵ para conservar la *tradición*, afirmación que utilizaremos para mencionar —nuevamente— a un par de personajes que, en el rubro de la leyenda que llamaremos “patriótica”, sirvieron como inspiración para Luis González Obregón: don Guillermo Prieto, el fundador de la epopeya nacional, cuya materia prima está constituida por el “... heroísmo de los antepasados”,⁶³⁶ a quienes todo mexicano,

⁶²⁷ Vid. Luis González Obregón, *D. Guillén de Lampart...*, Libro Segundo, Cap. XII.

⁶²⁸ *Ibidem*, Libro Cuarto, Cap. IV.

⁶²⁹ *Ibidem*, Libros Tercero-Quinto.

⁶³⁰ Vid. Luis González Obregón, *Vetusteces*, “La Cruz de Culiacán (leyenda guanajuatense)”.

⁶³¹ Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La Llorona”.

⁶³² *Supra*, pp. 110-112.

⁶³³ Isabel Quiñónez, “Prólogo 2”, p. XXVII.

⁶³⁴ Vid. Artemio de Valle-Arizpe, *Por la vieja calzada...*, p. 398.

⁶³⁵ Ignacio Manuel Altamirano, “Prólogo”, p. 38.

⁶³⁶ *Ibidem*.

persuadido por ese “...relato sabroso...”⁶³⁷ que no se aleja por completo de la Historia, debía venerar e imitar; y Juan de Dios Peza, entusiasta cultivador del género en cuestión, circunstancia que se hace patente con la existencia del apartado “Romances, leyendas y tradiciones” que incluyó en su *Hogar y patria* (1891), y con sus *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de México* (1898), un hermoso texto prologado por nuestro personaje, quien manifestó al filosofar sobre el descuido en el que, por parte de los eruditos —es decir, los historiadores—, se encontraban ciertas “trivialidades”:

...si la erudición no ha hecho esto, la poesía se ha encargado de preceder a las tareas del futuro cronista de la ciudad de México.⁶³⁸ Juan de Dios Peza ha venido a ser el cantor de la ciudad fundada por Tenoch [...] Ya en otros tiempos, en un hermoso libro escrito en colaboración con Vicente Riva Palacio, había dedicado bellísimas poesías a las calles de México. Pero ahora, solo, ha querido consagrar una obra a los orígenes de nuestras calles, como un monumento a nuestros más gratos recuerdos y a nuestros más venerables héroes. Porque Peza no se ha contentado con narrar leyendas y tradiciones, más o menos históricas, más o menos fantásticas. Ha hecho objeto de muchos de sus poemas, encerrados en el presente libro, a los hechos gloriosos, a las hazañas épicas, a las acciones sublimes de nuestros grandes héroes: Cuauhtémoc, el ilustre defensor de la vieja patria; Hidalgo, el padre de nuestra nacionalidad e independencia; Morelos, el genio por excelencia en la guerra y en la política; Guerrero, el indomable caudillo, y Juárez, el símbolo de la segunda independencia: todos estos héroes animan a las leyendas y tradiciones de nuestras calles, escritas por Juan de Dios Peza.⁶³⁹

En consecuencia, e inspirado por la labor de estas glorias nacionales, don Luis redactó un par de apartados en los que su herencia romántica y su fervor patrio, incluida su velada aceptación del pasado indígena como constituyente de la nacionalidad mexicana, alcanzaron el tope, siendo “Los aniversarios del 16 de septiembre” el primero de ellos:

Entre las fechas que México celebra cada año, debe colocarse en primer término, sin disputa alguna, el aniversario del 16 de septiembre de 1810, día de eternos recuerdos para todo mexicano que se precie de ser libre. Fecha más memorable, difícilmente podrá hallarse en nuestra historia, porque en ella tuvo principio nuestra nacionalidad, y ella sintetiza por sí sola la emancipación y toda una época de brillantísimos sucesos, en la que se registran acciones sublimes de heroísmo, ejemplos inimitables de valor, abnegados rasgos de desprendimiento, de la fortuna y de la vida; y virtudes nobilísimas que llegaron a la santidad. ¡Cuántas madres se transformaron en heroínas! ¡Cuántos hijos abandonaron el hogar paterno para morir por la Patria! Cuando la imaginación, avivada por el patriotismo, contempla

⁶³⁷ Guillermo Prieto, *Romancero Nacional*, p. 53.

⁶³⁸ *Loc. Cit.*

⁶³⁹ Luis González Obregón, “Prólogo 1”, pp. 5-7.

aquellos tiempos; cuando con *la luz de la historia* recorre uno esa época oscurecida por las pasiones, el ánimo se siente consolado, el corazón orgulloso al considerar que los padres de nuestra nacionalidad pueden colocarse al lado de los héroes más grandes del mundo antiguo. En efecto; esos once años son homéricos; los hombres titanes: sólo falta el poeta que haga surgir la epopeya, que aquí no necesita inspirarse en la ficción ni en el mito, sino en la realidad desnuda y deslumbradora. Todo lo posee esa época, nada le falta. Resolución inquebrantable y abnegación sin límites, en Hidalgo; genio indomable y sorprendente organización, en Morelos; constancia ejemplar y fe tenaz, en Guerrero; astucia política y habilidad para aprovecharse de la herencia de sus predecesores, en Iturbide [...] nadie desmayaba, nadie se dolía de hacer los mayores sacrificios; los mártires sonreían en el suplicio, como *hijos de Cuauhtémoc*, y los combatientes permanecían escudados con su firmeza, como antecesores de Juárez...⁶⁴⁰

Al igual que en la enorme cita que acabamos de transcribir, la admiración de nuestro personaje respecto a la labor de los poetas, y su reconocimiento, tanto de la capacidad que los mismos poseían en cuanto a la transmisión de ciertos conocimientos, como de su habilidad para animar a los héroes y crear en su derredor fantásticas leyendas que lograban familiarizar a las masas con la Historia, se hacen explícitamente presentes en el capítulo que intituló “Heroínas de la Independencia”, igualmente perteneciente al *México viejo*:

La mujer mexicana ha arrullado a sus hijos a la apacible luz de la lámpara del hogar, y los ha alentado con su ejemplo [...] Durante la guerra de insurrección, las mujeres mexicanas recorrieron nuestras ciudades y campos de batalla, como diosas protectoras, ya anunciando el génesis de nuestra independencia, ya avivando con su amor un amor más grande y santo; ora sorprendiendo con hazañas que rayaron en lo fabuloso, ora en fin, derramando su propia sangre no contentas con haber ofrecido la de sus hijos. Con los nombres de estas heroínas, pocos conocidos y muchos ignorados, es preciso formar un ramillete inapreciable, para depositarlo en el santuario donde veneremos la deidad que personifica la tierra en que nacimos [...] ¿Y qué diremos de las heroínas sin nombre, que por este motivo son más dignas de eterno recuerdo, y de las cuales la ingrata historia sólo ha conservado la memoria de algunas de sus acciones? [...] Para elogiar dignamente a nuestras heroínas las palabras son pocas, las frases pálidas: los mismos hechos pregonan su grandeza. Solamente los poetas, con liras de marfil y cuerdas de oro, son dignos de cantarlas; nuestra prosa es débil, impotente; deslumbrados por los resplandores de tanta gloria, nos contentamos con depositar humildes laureles, símbolo de nuestra gratitud sin límites, sobre las tumbas de las madres de nuestra madre, la Patria.⁶⁴¹

⁶⁴⁰ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LXV: “Los aniversarios del 16 de septiembre”.

⁶⁴¹ *Ibidem*, Cap. LXVI: “Heroínas de la Independencia”.

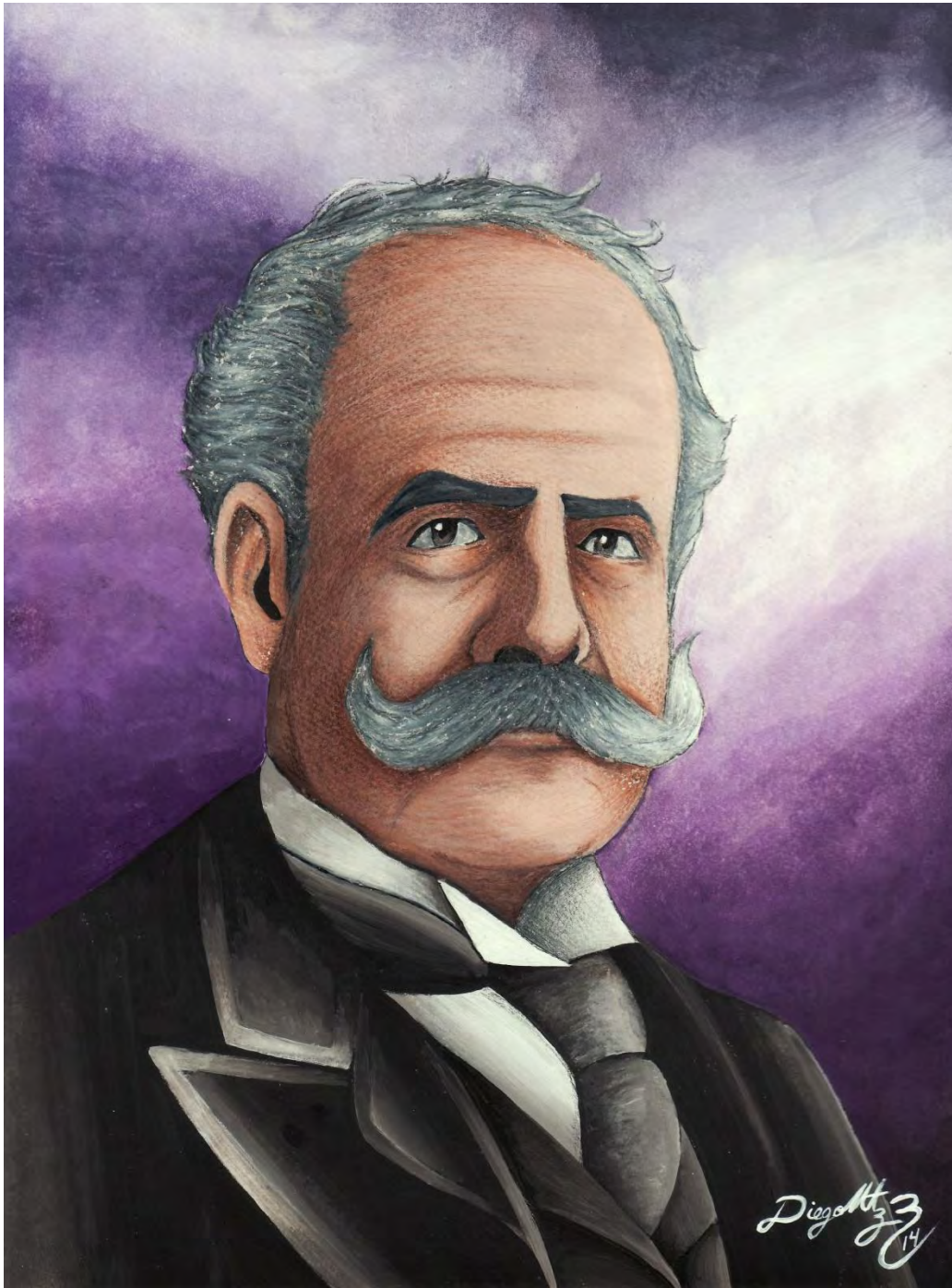


Fig. 28. “Juan de Dios Peza, poeta inspiradísimo y popular, ameno prosista y amigo inmejorable, me encomendó la honrosa tarea de escribir un prólogo a sus bellísimas *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de México...*” (Luis González Obregón, *México viejo. Época colonial. Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*, 9ª ed., México, Patria, 1966, Cap. LX: “Las calles de México”). Peza “...ha vaciado la verdad en los moldes poéticos para presentarla embellecida [...] Él canta lo que siente: al amor, a su padre y a sus hijos; a sus íntimos dolores; a la Patria, a lo que nace del sentimiento [...] Su nombre tal vez no figurará en los archivos de una Academia, pero [...] vive y vivirá en los anales de la literatura patria...” (Luis González Obregón, “Prólogo” en Juan de Dios Peza, *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la Ciudad de México* [con otro prólogo de Isabel Quiñónez], 4ª ed., México, Porrúa, 2006, pp. 7 y 8).

En el mismo canon, González Obregón llegó a referir y desvanecer, con el auxilio de datos y documentos, algunas raras tradiciones relacionadas con los adalides de la patria, siendo notable aquélla en la que se relacionaba a un misterioso eremita con Guadalupe Victoria, el primer presidente de México, cuyo espíritu, "...arrepentido de sus pecados, había ido a ocultarse para siempre en [un] desierto".⁶⁴² Empero, no abundaremos más en este asunto de la leyenda "patriótica", pues nos parece que es el género menos socorrido por nuestro personaje, quien prefirió, en cambio, estudiar a los númenes nacionales mediante la realización de excelentes y no muy extensos ensayos históricos y biográficos.

Pero el momento de terminar con lo concerniente a lo legendario ha llegado. Hemos intentado mostrar a lo largo de los últimos actos —y de forma sucinta, pues el tema da para una investigación más profunda— que el *tradicionalismo* mexicano tuvo un desarrollo propio, y que González Obregón fue activo partícipe, o quizá la culminación del mismo, circunstancia que nos permite, felizmente, ratificar el pronunciamiento emitido por un estudioso de Ricardo Palma, quien sostuvo que el peruano "...no pudo tener discípulos comparables con él, entre los numerosos escritores que en toda Hispanoamérica se empeñaron en inspirarse [con] sus ejemplos...".⁶⁴³ La susodicha "alegría" que referimos proviene de un detalle que podría considerarse nimio, pero que pensamos marca una diferencia entre los dos tradicionalismos aludidos en esta conclusión: en el de Palma, —atendiendo a lo dicho por su prologuista y a un autor más— o prevalece una tensión constante entre la reconstrucción histórica de un hecho y su presentación literaria, aunque sin el predominio de una ni de otra disciplina,⁶⁴⁴ o bien se sobreponen la ficción y el interés estético⁶⁴⁵, y en el de nuestro cronista la Literatura funge sólo como un inmejorable complemento para la ejecución de la orden otorgada por Clío, misiva que don Luis sintetizó de esta manera: "Es triste despojar a la tradición de sus encantos, como es doloroso deshojar las frescas flores de un jardín; pero la historia es, si se quiere, inhumana, la crítica

⁶⁴² Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, "Los últimos días del General Victoria".

⁶⁴³ Raimundo Lazo, "Ricardo Palma y sus *Tradiciones peruanas*", en Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas* (estudio y selección por Raimundo Lazo), 2ª ed., México, Porrúa, 1973, p. XXV.

⁶⁴⁴ *Ibidem*, p. XXVI, *cf.* José Luis Martínez, "Vida y obra...", p. 13: "La 'tradición', el género literario que inició en 1872 el peruano Ricardo Palma, era una mezcla [...] de realidad histórica y de ficción novelesca...".

⁶⁴⁵ *Vid.* Marco Urdapilleta-Muñoz, "El *ethos* de Ricardo Palma en sus tradiciones", en *La Colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, N° 81, México, UAEMex, enero-marzo de 2014, pp. 45 y 46 (consultado el 17 de diciembre de 2016 en p: <http://lacolmena.uaemex.mx/index.php/lacolmena/article/view/669/516>)

implacable, y la verdad se impone porque siempre es más hermosa, aun desnuda de poéticos adornos”.⁶⁴⁶

XVI

La palabra costumbre se ha definido como “hábito adquirido á executar una misma cosa continuadamente, [que] se ha usado inconcusamente, sin haber memoria de haverse executado acto contrario á ella...”,⁶⁴⁷ y que al estar profundamente arraigada en el pueblo, presenta una gran resistencia a cualquier fenómeno que intente trastocarla;⁶⁴⁸ las costumbres, a su vez, constituyen una parte fundamental en la historia del México pretérito, y de ahí su importancia para Luis González Obregón, quien las revisitó por considerarlas elementos fundamentales en la conformación de la verdadera y definitiva identidad nacional.

Al igual que en los casos de la *leyenda* y la *tradición*, el romanticismo influyó tanto en la práctica como en el estudio de las *costumbres*, hecho que corrió parejo al desarrollo de la incipiente literatura patria, misma que, encabezada por las obras de José Joaquín Fernández de Lizardi, sirvió como medio para expresar la realidad mexicana, y lo que es más importante, sugerir la necesaria purificación de los malos hábitos nacionales,⁶⁴⁹ eventualidad que un patriota de “pura cepa” resumiría con las siguientes palabras: “Si se quiere moralidad y progreso debe comenzarse por corregir las costumbres, ¿y cuál es el paso previo?, conocerlas; y de qué manera mejor que describiéndolas con exactitud”.⁶⁵⁰

Precedido por los periódicos intitolados *El Pensador Mexicano* (1812-1814) y *Alacena de frioleras* (1815),⁶⁵¹ cuyas páginas contenían las primeras fábulas y artículos de costumbres emanados de la pluma de Fernández de Lizardi,⁶⁵² apareció *El Periquillo Sarniento* (1816), obra que ha sido definida como “...el mejor museo de nuestros [hábitos] en el ocaso

⁶⁴⁶ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XI: “La Virgen del Perdón”.

⁶⁴⁷ Vid. *Diccionario de la lengua II...*, p. 643.

⁶⁴⁸ *Ibidem*.

⁶⁴⁹ Vid. Alicia Perales Ojeda, *op. cit.*, p. 103, *cfr.* Jorge Ruedas de la Serna, “Prólogo”, en Manuel Payno, *Costumbres mexicanas* (compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer y prólogo de Jorge Ruedas de la Serna), México, CONACULTA, 1998, p. 12 (en adelante “Prólogo” para el texto de Ruedas de la Serna, y *Costumbres mexicanas* para el de Payno).

⁶⁵⁰ Boris Rosen Jélomer *apud* Guillermo Prieto, “Presentación”, p. 11.

⁶⁵¹ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LXIII: “La prensa colonial”.

⁶⁵² Vid. Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, p. 43.

virreinal...”,⁶⁵³ y de los cuales el también llamado Pensador Mexicano, su autor, fungió como el más acérrimo crítico;⁶⁵⁴ el *costumbrismo* patrio había emergido ya, y bajo su impulso los pocos literatos que se encontraban en activo, especialmente los novelistas, comenzaron a decantarse por los temas nacionales, “...ya estuviesen relacionados con el pasado precortesiano y colonial, o bien se tratara de cuadros de costumbres o descripción de tipos y paisajes nuestros”.⁶⁵⁵

Guillermo Prieto, después de Fernández de Lizardi, se convirtió en el principal censor de los hábitos en, y del México decimonónico.⁶⁵⁶ En la columna intitulada “San Lunes de Fidel”, que escribía para *El Siglo Diez y Nueve*, se dedicó a mostrar, de manera sencilla y agradable, a la otrora Tenochtitlán y sus habitantes, con todos sus tipos, trajes, oficios y caracteres, al igual que sus festividades civiles y religiosas. Con sus cuadros de costumbres, como bien lo dice el autor al que seguimos para redactar el presente párrafo, Fidel buscaba tanto preservar los valores históricos de la ciudad, como impulsar su transformación, pero en un sentido civilizatorio que coadyuvara, principalmente, en el acrecentamiento del patriotismo.⁶⁵⁷

Manuel Payno también se dedicó a prolongar la tradición costumbrista que el Pensador había inaugurado, pero no conforme con ello se encargó, igualmente, de importar y popularizar en nuestro país la novela folletinesca,⁶⁵⁸ género al que nutrió con la incorporación de muy buenos cuadros de hábitos nacionales, mismos que venía publicando desde su juventud y cuyos mejores ejemplos pueden, quizá, localizarse en *El hombre de la situación* y *Los bandidos de Río Frío*.⁶⁵⁹ El costumbrismo, así, terminó por diluirse en la novela,⁶⁶⁰ circunstancia que se sublimó con la aparición de los dramas históricos de Vicente Riva Palacio, en cuyas páginas fueron expuestos y recreados diversos hábitos coloniales⁶⁶¹

⁶⁵³ Carlos González Peña, *Historia de la literatura...*, p. 133.

⁶⁵⁴ Vid. Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 108, *cfr.* Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, p. 93.

⁶⁵⁵ Vid. Carlos González Peña, *Historia de la literatura...*, p. 140.

⁶⁵⁶ *Supra*, p. 10.

⁶⁵⁷ Vid. Jorge Ruedas de la Serna, “Prólogo”, pp. 13-17.

⁶⁵⁸ Vid. Antonio Saborit, “*Los bandidos de Río Frío* en el tiempo y la crítica”, en *Historia. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, N° 44, México, INAH, septiembre-diciembre de 1999, p. 75 (consultado el 07 de septiembre de 2015 en p. http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_44_67-82.pdf).

⁶⁵⁹ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 17.

⁶⁶⁰ *Loc. Cit.*

⁶⁶¹ Vid. Clementina Díaz y de Ovando, “Introducción”, p. XLIX.

—muchos de ellos condicionados por la actuación de la temible Inquisición—,⁶⁶² y con el advenimiento de los cuentos de Altamirano, relatos que, “...bajo la forma de bellísimos cuadros de costumbres...”,⁶⁶³ contenían enseñanzas sumamente útiles para el pueblo, el cual podía conocerse y valorarse a través de ellos.

XVII

La navidad en las montañas es, sin lugar a dudas, una de las más famosas obras de Ignacio Manuel Altamirano, literato que a través de sus narraciones puso “...de manifiesto sus preocupaciones nacionalistas”;⁶⁶⁴ en un canon similar, Luis González Obregón redactó su novela intitulada *Una posada*, situación que nos ha llevado a reflexionar sobre un detalle que sirve como vínculo entre las dos obras mencionadas: su título, el cual, en cada uno de los casos, alude a un par de costumbres que se encuentran tan íntimamente ligadas entre sí, como arraigadas en el pueblo mexicano, pero contando cada una con su propia historia.

Después de haberse “...iniciado como costumbrista —perfil que ha de observar, persistente, su fisonomía literaria—”,⁶⁶⁵ nuestro personaje se adentró en los derroteros de la Historia, disciplina a la que trasladó su fijación por los pretéritos hábitos nacionales, elementos coadyuvantes en la constitución de la naciente sociedad mexicana y que, al igual que las leyendas y tradiciones, se encontraban todavía “...en espera de ser descritos”.⁶⁶⁶ En consecuencia González Obregón, desde sus primeros días como historiador, aludió a la importancia que habrían de otorgar sus colegas al estudio de las costumbres, labor en la que una vez más, los artesanos de las Bellas Letras —favorecidos por las circunstancias culturales imperantes en el país— habían marcado la pauta. Por lo tanto, y en concordancia con los preceptos que hemos referido, nuestro personaje destacó en su obra primigenia, el interés vertido por Fernández de Lizardi respecto a los comportamientos nacionales:

Una de las más grandes cualidades de la *Quijotita* [y su prima] es su pronunciado color nacional. Nuestras costumbres están en ella pintadas con exactitud. Nuestros tipos se hallan allí fielmente

⁶⁶² Vid. Vicente Riva Palacio, “Introducción...”, p. 134.

⁶⁶³ Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “La noche buena (leyendas, tradiciones y costumbres)”.

⁶⁶⁴ Vid. María del Carmen Millán, “Introducción”, en Ignacio Manuel Altamirano, p. XIII.

⁶⁶⁵ Carlos González Peña, *Historia de la literatura...*, p. 241.

⁶⁶⁶ *Loc. Cit.*

retratados [...] en una palabra conocemos desde luego que son mexicanos [...] es pues, una obra de valor inapreciable para nosotros, porque es [...] completamente nacional.⁶⁶⁷

En su *Breve noticia...*, publicada dos años después de *El Pensador Mexicano...*, don Luis aludió a la importancia que los novelistas decimonónicos habían, y continuaban concediendo a la descripción de las costumbres, circunstancia de la cual proporcionó, también, algunos esclarecedores ejemplos, entre los cuales destacan: Justo Sierra O'Reilly, quien detalló numerosos hábitos coloniales en *La hija del judío*;⁶⁶⁸ Florencio María del Castillo, redactor de múltiples novelas en las que plasmó, muy poéticamente, las costumbres de la sociedad mexicana; Pantaleón Tovar, que en sus *Ironías de la vida* consignó fantásticas descripciones de los hábitos patrios;⁶⁶⁹ José Tomás de Cuéllar, uno de los "...novelistas más nacionales y populares...";⁶⁷⁰ y de cuya pluma emanaron magníficos escritos de costumbres, como *Las Posadas*, *La Noche Buena* y *Los Fuereños*; Victoriano Agüeros, el autor de *Piedad* y *La Cruz de la montaña*, un par de leyendas en las que plasmó, atinadamente, diversos comportamientos patrios y los paisajes de nuestro país; el señor Francisco Sosa, quien reunió, en un grosísimo libro, doce consejas en las que subyace el "...color local y la trascendencia en la crítica de costumbres...", etc.⁶⁷¹

Mención aparte merece el reconocimiento de nuestro personaje hacia los *Paladines*, en cuanto a su labor como censores de los hábitos patrios: Prieto, "...el festivo poeta y pintoresco narrador de nuestras costumbres nacionales...";⁶⁷² Payno, en cuyas obras aparecen hábitos mexicanos "...pintados con bastante propiedad";⁶⁷³ Riva Palacio, que en sus novelas retrató a la sociedad colonial, incluidas "...sus buenas y malas costumbres";⁶⁷⁴ y Altamirano, a quien nadie había igualado como censor de los comportamientos nacionales.⁶⁷⁵ De la obra de este cuarteto, González Obregón retomó algunas costumbres para estudiarlas bajo los preceptos de Clío, asunto del que sólo consignaremos un par de ejemplos, pues no deseamos recaer en nuestra ya consabida prolijidad.

⁶⁶⁷ Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, p. 83.

⁶⁶⁸ Vid. Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 17.

⁶⁶⁹ *Ibidem*, pp. 18 y 19.

⁶⁷⁰ *Ibidem*, p. 32.

⁶⁷¹ *Ibidem*, pp. 36-38.

⁶⁷² Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., "La calle y casa donde nació Fidel".

⁶⁷³ Vid. Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 21.

⁶⁷⁴ *Ibidem*, p. 26.

⁶⁷⁵ Vid. Luis González Obregón, "Biografía de Ignacio M. Altamirano", p. 18.

XVIII

“Entre las *costumbres de nuestros padres* las hay que han sido una consecuencia de la adopción del cristianismo; otras que crearon aquí los conquistadores y los frailes de España, y por último, las hay también que son peculiares de nuestra sociedad y que han sido resultado de su manera especial de vivir o de la imitación de costumbres francesas...”.⁶⁷⁶

Tales son los lineamientos a los que se apegó nuestro cronista e historiador para la selección y estudio de los hábitos nacionales que revisitó en su *México viejo*, y a los cuales dividiremos, arbitrariamente y para su rápida consignación, en “tipos” y “festividades”.

En 1854, a resultas del auge del costumbrismo, se publicó el libro *Los mexicanos pintados por sí mismos*, obra que lejos de haber constituido “...un acontecimiento importante dentro del desarrollo editorial de México”,⁶⁷⁷ fungió —quizá— como elemento culminante en cuanto a la descripción de los “verdaderos” tipos nacionales, personajes que al reflejar el paulatino desarrollo de la sociedad mexicana se convirtieron también en sus mejores representantes, situación que les llevó a ser incluidos, con mayor frecuencia y naturalidad, en los escritos de los literatos, mismos que —para decirlo románticamente— allanaban ya el terreno que habría de ser cosechado por los emisarios de Clío:

...de todos estos grandes y pequeños actores quedan, a veces, en las galerías, los retratos de su personal físico; pero de sus costumbres, de su parte moral, de su vanidad, de su miseria, no hay quien hable. Apenas esas páginas adulatoras y apasionadas que llaman históricas, nos dan una idea de las fisonomías de los hombres y de los siglos que van pasando y cambiando [...] ¿Este libro es novela o es cuento? [...] historias contemporáneas tenemos que parecen cuentos [y] que son verdaderas historias; pero que no se pueden escribir más que dándoles el carácter frívolo de la novela.⁶⁷⁸

De esta manera don Luis, inspirado por los preceptos de sus maestros, y consciente de que la historia de los tipos coloniales, incluida su indumentaria, todavía estaba por hacerse,⁶⁷⁹ y aún más, de la importancia de los mismos como elementos cuya descripción permitía al

⁶⁷⁶ Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “La noche buena (leyendas, tradiciones y costumbres)”.

⁶⁷⁷ María Esther Pérez Salas Cantú, “Genealogía de *Los mexicanos pintados por sí mismos*”, en *Historia Mexicana*, Vol. 48, México, COLMEX, octubre-diciembre de 1998, p. 167 (consultado el 07 de abril de 2016 en p. http://bibliocodex.colmex.mx/exlibris/aleph/a21_1/apache_media/BFMMJDIA8ATIMMR7SS7I9KRAVP2KGV.pdf).

⁶⁷⁸ Manuel Payno, *El hombre de la situación*, pp. 1 y 2.

⁶⁷⁹ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La indumentaria colonial”.

lector familiarizarse con una época, se decidió a incluirlos en algunos capítulos del *México viejo*, destacando entre ellos “La Inquisición”, apartado en el que ratificó aquel importante postulado de Riva Palacio, consistente en que la existencia del Santo Oficio había ejercido una poderosa influencia en las costumbres de los habitantes de la Nueva España —su forma de vestir, en este caso—,⁶⁸⁰ eventualidad que ambos historiadores ejemplificaron utilizando una misma y curiosa anécdota que tomaron, a su vez, del manuscrito que hoy conocemos como *Memoriales*, escrito por fray Toribio de Benavente o “*Motolinía*”:

La *Samarra* la llevaban los *relajados*, o sean (*sic*) los reos entregados al brazo seglar, para que fueran agarrotados o quemados vivos. La *Samarra* tenía entonces pintados dragones, diablos y llamas entre las que se veía ardiendo el retrato del reo. El hábito conocido por *Fuego revoltó*, era el de los que habían demostrado arrepentimiento, y por eso se pintaban las llamas en sentido inverso [...] En fin, el *Sambenito* que vestían el común de los penitenciados, era un saco encarnado con una cruz aspada o de San Andrés [...] Con el tiempo aquellas insignias afrentosas se vieron con indiferencia, como cualquier vestido, y en México dieron margen a una anécdota curiosa. Sucedió que un reconciliado andaba por las calles de la ciudad, “y como traía sambenito, viendo los indios que era nuevo traje de ropa, pensó uno que los españoles usaban aquella ropa por devoción en la cuaresma, y luego fuese a su casa e hizo sus sambenitos muy bien hechos y muy pintados; y sale por México a vender su ropa entre los españoles, y decía en lengua de indios: ‘*Ti cohuznequi sambenito*’, que quiere decir: ¿quieres comprar sambenito? Fue la cosa tan reída por toda la tierra, que creo que allegó a España, y en México quedó como refrán: ‘*Ti que quis benito*’ [...] El pueblo terminó por perder el miedo a tales espantajos...⁶⁸¹

Otros episodios, en cuanto a tipos y su indumentaria respecta, son el número XXI, cuyo tema principal es el lujo que caracterizaba, desde entonces, a un minúsculo sector de la población mexicana —personificada por Martín Cortés—, sobre todo en su vestimenta,⁶⁸² y “El alumbrado”, capítulo en el que consignó el origen y funciones de aquel “...tipo popular llamado sucesivamente *guarda, sereno y gendarme*...”,⁶⁸³ mismo que había sido revisitado ya en *Los mexicanos pintados por sí mismos*,⁶⁸⁴ y al que retomaría en *La vida en México en*

⁶⁸⁰ Vid. Vicente Riva Palacio, “Introducción...”, p. 134.

⁶⁸¹ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XII: “La Inquisición”, *cfr.* Vicente Riva Palacio, “La Inquisición”, en *Ensayos históricos*, p. 188.

⁶⁸² Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXI: “El fausto colonial”.

⁶⁸³ *Ibidem*, Cap. LI: “El alumbrado”.

⁶⁸⁴ Vid. José María Rivera, “El sereno”, en Ignacio Ramírez, *et al.*, *Los mexicanos pintados por sí mismos* (edición facsimilar de la de 1854), México, Editora Nacional, 1970 (en adelante “El sereno”, para el texto de Rivera, y *Los mexicanos...* para la obra en su totalidad)

1810,⁶⁸⁵ libro cuyos capítulos segundo y tercero fueron dedicados, en su totalidad y con imágenes incluidas, a la descripción de costumbres, trajes y tipos patrios, entre los que podemos mencionar a la *china*, “...legítima y hermosa hija de México...”,⁶⁸⁶ inexistente ya, pero viva “...en los bellísimos romances del popular Fidel...”;⁶⁸⁷ a los ejércitos realista e insurgente, cuyos uniformes eran tan disímbolos como sus ideales;⁶⁸⁸ a las bellas y hasta anacrónicas *currutacas*, y a los delicados y afeminados *petimetres*,⁶⁸⁹ paradigmas del “pernicioso afrancesamiento” que se infiltraba cada vez más en nuestra sociedad, un pensamiento de Altamirano⁶⁹⁰ que González Obregón secundó de la siguiente forma:

¡De 1810 a 1910, cuánta ha sido la transformación de la Ciudad de México, del México que alcanzaron a ver nuestros abuelos! ¡Cuántas cosas de ese México [...] han desaparecido para siempre! [...] Y si de las cosas inanimadas pasamos a la gente ¡cuántas transformaciones en un siglo! ¡Qué cambios tan completos en trajes y costumbres! ¡Qué metamorfosis en los tipos populares! Todos estos tipos existieron aún después de la Independencia; antes del saqueo del Parián, de la Revolución del Cobre o de la Guerra de los Pasteles, eran numerosos en 1810; pero hoy nos parecen fantásticos, extravagantes, caprichosos, exóticos, porque en este Siglo de bicicletas y automóviles, de aeroplanos y dirigibles, se les desconoce y se borran para siempre, como todo lo nacional y propio [...] Las modas anteriores a la Revolución Francesa, se daban la mano con las últimas modas de principios de siglo. La miseria y la ostentación de léperos y nobles, y la sencilla indumentaria de indios aborígenes y de petimetres afrancesados, se codeaban en las calles...⁶⁹¹

Otras costumbres relacionadas con los ajuares coloniales fueron consignadas por don Luis en sus *Croniquillas*...⁶⁹² Sin embargo, el mejor ejemplo que nos proporcionó, respecto al mestizaje sufrido por la población mexicana, y que también atañó a su vestimenta, apareció contenido en “La indumentaria colonial”, capítulo perteneciente a la sección “Vida y costumbres de otros tiempos”, constituyente de *Las calles de México*. En dicho apartado, nuestro personaje volvió a demostrar que incluso una “frivolidad”, como a menudo es considerada la moda, puede reflejar los cambios experimentados por una población, en este

⁶⁸⁵ Vid. Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo primero: “Cómo era la ciudad entonces”.

⁶⁸⁶ Vid. José María Rivera, “El sereno”

⁶⁸⁷ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXIX: “La Plaza del Volador”.

⁶⁸⁸ Vid. Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo segundo: “Tipos, trajes y costumbres”.

⁶⁸⁹ *Ibidem*, Capítulo tercero: “Currutacas y petimetres”.

⁶⁹⁰ Vid. Huberto Batis, “La revista literaria...”, p. 23.

⁶⁹¹ Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo segundo: “Tipos, trajes y costumbres”.

⁶⁹² Vid. Luis González Obregón, *Croniquillas*..., “Costumbres mexicanas del siglo XVIII”.

caso la nuestra, misma que pasó de albergar indios semidesnudos y conquistadores afortunados, a toda una “caterva” de castas que, ansiosas por pertenecer a la Colonia y disfrutar de los privilegios que de dicha circunstancia podían obtener, pugnaban por vestir a la española,⁶⁹³ predominando entre ellas la compuesta por los mestizos, artífice en “...la construcción de una cultura nacional propia, inspirada en [aquellos] tipos y costumbres populares...”⁶⁹⁴ que, al unísono, coadyuvaron a que los mexicanos se reconocieran “...entre sí como una sociedad”.⁶⁹⁵



Fig. 29. “...escribiré sobre amarillento papel marcado con variadas filigranas [...] tradiciones, leyendas, crónicas y sucedidos de los romanescos tiempos virreinales; y al efecto, vestiré jubón acuchillado, embozaré mi persona en negro ferreruelo, me calaré aterciopelado gorro con pluma roja, blanca o del color que más me agrade, para salir por esas calles o para entrar en casas, templos o palacios, que en un nicho, en una fachada, en un altar o en una sala despierten en mí el recuerdo de pasadas cosas” (Luis González Obregón, *Las calles de México*, 2ª ed., México, Botas & Alonso Editores, 2007, “Pregón”).

⁶⁹³ Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La indumentaria colonial”.

⁶⁹⁴ José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción...*, p. 140.

⁶⁹⁵ Vicente Riva Palacio, “Consideraciones generales”, en *Ensayos históricos*, p. 231 (en adelante “Consideraciones...”).

XIX

“Las costumbres se acaban con el tiempo. Las costumbres *se van; esto se va*, como dijo el otro,”⁶⁹⁶ y las festividades no son la excepción, pues siendo parte de los comportamientos nacionales, muchas de ellas reflejaron y se adecuaron al momento y a los cambios que trastocaban a su sociedad practicante, circunstancia que ejemplificaremos aludiendo al “Paseo del Pendón”, celebración cuyo significado se encuentra íntimamente relacionado con “el antes y el después” de nuestros anales patrios.

Una vez tomada *México-Tenochtitlan*, los castellanos idearon legitimar su victoria mediante la realización de una fiesta cívico-religiosa en la que, para agradecer a su dios y a San Hipólito —advocación correspondiente al 13 de agosto, día en que se había consumado la conquista—, llevarían un Pendón o estandarte Real, símbolo de su gloria y señorío, a recorrer la ciudad.⁶⁹⁷ Empero, con el transcurso de los años y debido a los cada vez más intensos anhelos de libertad que permeaban entre la población, tanto el carácter del festejo en cuestión, como la costumbre y el modo de realizarlo, fueron trastocándose, pues de aquel primer y fastuoso paseo, verificado el año de 1528, y en el que el Pendón fue acompañado por una muchedumbre encabezada por el Virrey, sólo quedaba una pálida sombra en 1812, cuando la fiesta que referimos, tras haber perdido importancia y popularidad, derivó en una misa tan soporífera como común y corriente; finalmente, la consumación de la Independencia ocasionaría el fin definitivo de dicha celebración, pues la misma carecía ya de sentido,⁶⁹⁸ una eventualidad que nos permite conocer el pensamiento de González Obregón al respecto:

En buena hora que los descendientes de Cortés celebraran el 13 de agosto de 1521; pero no los hijos de Hidalgo que habían inscrito en las páginas de nuestra historia el 16 de septiembre de 1810, fecha grandiosa y memorable, pues la primera sólo significaba un hecho consumado en nombre de un abuso, la Conquista; mientras que la segunda es la reivindicación de todo un pueblo, conseguida en nombre de un derecho: la Independencia.⁶⁹⁹

⁶⁹⁶ Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “El Viernes de Dolores (costumbres mexicanas)”.

⁶⁹⁷ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. VI: “El paseo del Pendón”.

⁶⁹⁸ *Ibidem*.

⁶⁹⁹ *Ibidem*, cfr. Vicente Riva Palacio, *El libro rojo*, “Hidalgo”. La visión de ambos autores respecto al significado del Pendón, es prácticamente la misma: “Cortés plantó el pendón de Carlos V en el palacio de Moctezuma. Hidalgo murió en la lucha, pero sus soldados arrancaron ese pendón, y México fue libre”.

Sin embargo, y como ya lo hemos mencionado, es muy complicado desarraigar las costumbres; antes bien, las mismas terminan por adecuarse a las circunstancias que condicionan el tiempo y el espacio en que se efectúan, y que les hacen cobrar un nuevo significado, proceso del que nuestro personaje brindó un excelente ejemplo, cuando dio continuidad al estudio de la festividad en cuestión, misma que aún se verificó en 1821, año de la Jura de la Independencia:

El *Paseo del Pendón* se organizó al instante saliendo de las Casas Consistoriales. Ese paseo, que durante tres centurias se hacía en las juras de los reyes y en los aniversarios de la toma de la Capital, el 13 de agosto de cada año, ya no recordaba a los buenos habitantes de la Ciudad de México ni el principio de la dominación hispánica ni la exaltación al trono de un monarca castellano. El paseo de aquel día simbolizaba ideas contrarias. El principio de una vida independiente y el pleito homenaje no a un ser que podría ser un padre o un tirano, sino el juramento de un ideal acariciado por luengos años, defendido a costa de bregar heroico y realizado felizmente por las tres garantías del hermoso pabellón que iba a ser paseado triunfalmente por muchas de las calles por donde antaño había sido conducido el viejo Pendón de la Conquista.⁷⁰⁰

Aunado a esto, don Luis señaló, igual y nuevamente, la actuación de los hombres de letras en cuanto a la práctica y desarrollo de las costumbres, pues ¿quién mejor que estos personajes tan influyentes en algunos sectores de la sociedad, para comenzar con la erradicación de los malos hábitos de la misma?, eventualidad que nuestro cronista referiría aludiendo a un par de folletos: *El pendón se acabó y la memoria de Cortés quedó*,⁷⁰¹ y *Muerte y entierro de D. Pendón*,⁷⁰² escritos en los que su admiradísimo Pensador Mexicano había hecho notar "...lo impropio que era ya celebrar aquella fiesta".⁷⁰³

Asimismo destaca, entre los numerosos comportamientos nacionales revisitados por nuestro personaje, el concerniente a la celebración de la Semana Santa,⁷⁰⁴ una de las festividades más socorridas por los artesanos de las Bellas Letras —Prieto,⁷⁰⁵ Payno,⁷⁰⁶

⁷⁰⁰ Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, "La jura de la Independencia".

⁷⁰¹ *Ibidem*, "Apéndice. Documentos relativos a los diversos entierros del señor D. Fernando Cortés. XII: Expediente".

⁷⁰² *Ibidem*. Referido en el *México viejo* como: *Vida y entierro de D. Pendón*.

⁷⁰³ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. VI: "El paseo del Pendón".

⁷⁰⁴ *Ibidem*, Cap. XLVII: "La Semana Santa". Véase también, del mismo autor, *Las calles de México*, Botas..., "El Viernes de Dolores".

⁷⁰⁵ *Vid.* Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 230

⁷⁰⁶ *Vid.* Manuel Payno, *Costumbres mexicanas*, "Semana Santa".

Altamirano,⁷⁰⁷ Peza—⁷⁰⁸ y la cual, antes de convertirse en “...una de tantas costumbres que se fueron, y que sin duda ‘no volverían’”⁷⁰⁹ (debido al impacto que las Leyes de Reforma tuvieron en ella), también había sido de las más afectadas por los cambios sociales que año con año se verificaban en el país, y de los cuales don Luis revisitó algunos casos, como el de la Cuaresma de 1526, en cuyo transcurso se suscitó una conspiración en contra de Hernán Cortés, a quien sus enemigos atribuían el delito de insurrección para lograr la Independencia de la Nueva España;⁷¹⁰ el de la Semana Santa de 1697, de la que simplemente dio noticia al transcribir la descripción que de la misma había realizado el viajero italiano Francisco Gemelli Careri,⁷¹¹ y el de la correspondiente a 1810, sumamente notable por haber coincido con el nacimiento del movimiento independentista, el cual, a su vez, había sido avivado por las casi siempre polémicas ideas provenientes de Francia:

¡Y así se pasó la memorable Semana Santa de 1810, entre penitencias y sermones, extenuados los católicos observantes con los ayunos y abstinencias, pero nerviosamente excitados y conmovidos por el escandaloso robo del sacrílego ladrón de la Parroquia de San Pablo; pero más, mucho más, con la *Proclama* de José Bonaparte, que estremeció a todos, autoridades y vasallos; igualmente a los que veían en ella el presagio de un peligro próximo, como a los que ansiosos esperaban la realización de un ideal, que cada día contaba más prosélitos!⁷¹²

Para finalizar el presente acto, y con él lo concerniente a las costumbres, retomaremos y haremos mención testimonial de otro hábito muy importante para don Luis (y no sólo por haberle servido como inspiración para escribir una novela): el de las posadas, o *jornadas*, mismas que se distinguen, en primer lugar y a diferencia de la Navidad —que es un festejo resultante de la adopción del cristianismo, y que había sido amplia y bellamente investigado por Altamirano, y por él mismo—,⁷¹³ por constituir una costumbre cuya celebración, y no la festividad en sí, era eminentemente nacional, y de la que no había noticia ni en las antiguas crónicas de la centuria decimosexta, ni en los diarios de sucesos notables que algunos vecinos acostumbraban escribir en los siglos XVII y XVIII, y tampoco en las

⁷⁰⁷ Vid. Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “La Semana Santa en mi pueblo” y “El viernes de Dolores (costumbres mexicanas)”.

⁷⁰⁸ Vid. Juan de Dios Peza, *Memorias, reliquias y retratos...*, “Cuaresma y Semana Santa”.

⁷⁰⁹ Luis González Obregón, *México viejo, Patria...*, Cap. XLVII: “La Semana Santa”.

⁷¹⁰ Vid. Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia...*, Libro Primero, Cap. IV.

⁷¹¹ Vid. Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “La Semana Santa en 1697”.

⁷¹² Vid. Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo cuarto: “La Semana Santa en 1810”.

⁷¹³ Vid. Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “La noche buena (leyendas, tradiciones y costumbres)”, *cfr.* Luis González Obregón, *Vetusteces*, “La Navidad en otros tiempos”.

gacetas correspondientes a este último periodo; y en segunda instancia, por su utilidad como lúdico medio de instrucción para que la gente iletrada pudiera adquirir y preservar ciertos conocimientos,⁷¹⁴ sin importar —ni demeritar— que el carácter de los mismos fuera religioso.

XX

La parte final del *México viejo*, en cuanto a estructura se refiere, corresponde a la sección de Apéndices, los cuales funcionan como complementos de algunos de sus capítulos, y constituyen, igualmente, un recurso utilizado por Luis González Obregón en muchas de sus obras, entre las que podemos mencionar las reediciones de *El Pensador Mexicano*⁷¹⁵ y *México viejo y anecdótico*,⁷¹⁶ así como las publicaciones de *Los Precursores de la Independencia en el siglo XVI*⁷¹⁷ y *Las calles de México*.⁷¹⁸

El apéndice 1° de la obra que analizamos contiene una lista de “reos” que fueron procesados y castigados por el Santo Oficio, desde 1536 hasta 1803; el segundo corresponde a los nombres antiguos de algunas calles de México;⁷¹⁹ el tercero funge como suplemento del capítulo intitulado “Los aniversarios del 16 de septiembre”, pues contiene una relación de los oradores cívicos que presidieron las ceremonias correspondientes a dicha festividad; el cuarto es una lista de tres documentos inéditos que fueron utilizados para la elaboración del episodio “Heroínas de la Independencia”, y cuya información corresponde, en su totalidad, a Josefa Ortiz de Domínguez; y el quinto, y último apéndice, consiste en un interesante análisis de algunas de las imágenes que acompañan a la obra,⁷²⁰ misma que finaliza sin una conclusión “formal” por parte de su autor, circunstancia un tanto desafortunada, pero que podemos interpretar como una “puerta que dejó abierta” para los trabajos que elaboraría después, y que ahora nos sirve como pretexto para hablar de sus fuentes utilizadas.

⁷¹⁴ Vid. Luis González Obregón, *Vetusteces*, “Las Posadas”. La razón por la que nuestro cronista consideró a las posadas como una costumbre nacional, ya ha sido referida en la cita número 151, correspondiente al capítulo 3° del presente escrito.

⁷¹⁵ Vid. Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, pp. 145-223.

⁷¹⁶ Vid. Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “Apéndice. Documentos relativos a los diversos entierros del señor D. Fernando Cortés”.

⁷¹⁷ Vid. Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia...*, “Apéndice”.

⁷¹⁸ Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “Apéndices”.

⁷¹⁹ Ulteriormente re-publicado en *ibídem*.

⁷²⁰ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., “Apéndices”.

Heurística es la palabra que los historiadores, y quienes aspiramos a serlo, utilizamos para referirnos al uso y sistematización de fuentes, mismas que, en forma de documentos, libros y vestigios de diversa índole, nos sirven para fundamentar y/o sustentar nuestras investigaciones.⁷²¹

Aclarado lo anterior, difícil en extremo sería enunciar todas las fuentes consultadas por Luis González Obregón para la realización de su *México viejo*; sin embargo, intentaremos dar una breve idea de las mismas, comenzando con los testimonios de los cronistas más importantes del siglo XVI, aquéllos que en nuestros días se han agrupado —muy acertadamente, según nuestra humilde opinión— en una categoría llamada “historiografía novohispana de tradición indígena”,⁷²² y cuyos textos constituyentes se encuentran imbuidos tanto de las formas de hacer historia propias del mundo precortesiano, como de las entonces provenientes de Europa.⁷²³ Hallamos en este rubro, y por mencionar muy pocos ejemplos: la crónica de Bernal Díaz del Castillo, las cartas de Hernán Cortés, la relación del Conquistador Anónimo, y las historias de Francisco López de Gómara, del franciscano Bernardino de Sahagún y de fray Diego Durán,⁷²⁴ personajes que don Luis llegaría a considerar, igualmente, como iniciadores de la vida literaria en México.⁷²⁵

De la misma forma recurrió, nuestro cronista e historiador, a escritos provenientes del siglo XVII, mismos que consideró imbuidos por un muchas veces fastidioso espíritu religioso,⁷²⁶ circunstancia resultante, por supuesto, del contexto histórico en que se formaron sus respectivos autores, entre los que podemos citar a los frailes Juan de Torquemada,⁷²⁷ Agustín de Betancourt (o Vetancurt) y Francisco de Burgoa, así como al jesuita Francisco de Florencia y su ex colega de orden, Carlos de Sigüenza y Góngora.⁷²⁸

⁷²¹ Vid. José Gaos, “Notas sobre la historiografía”, en *Historia mexicana*, Vol. 09, N° 4, México, COLMEX, abril-junio de 1960, p. 493 (consultado el 13 de abril de 2015 en p. http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/5INPJ7BS7BOXA1PNH6L7N3RUTHR99I.pdf).

⁷²² Vid. José Rubén Romero Galván, *Los privilegios perdidos. Hernando Alvarado Tezozómoc, su tiempo, su nobleza y su Crónica mexicana*, México, IIH- UNAM, 2003, p. 8.

⁷²³ *Ibidem*.

⁷²⁴ Vid. Luis González Obregón, *México viejo, Patria..., passim*.

⁷²⁵ Vid. Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “Los primeros escritores de la Nueva España”.

⁷²⁶ *Ibidem*, “Las letras mexicanas en el siglo XVII”.

⁷²⁷ Vid. Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “Elogio de Fray Juan de Torquemada”. Léase este episodio para conocer la opinión de nuestro personaje respecto a la labor del franciscano en cuestión.

⁷²⁸ Vid. Luis González Obregón, *México viejo, Patria..., passim*.

En cuanto a la historiografía de su época, González Obregón consultó los textos más representativos y certificados de la misma, es decir, los emanados —entre muchos otros— de las plumas de Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora, los autores de *México a través de los siglos*, y dos eruditos más, cuyas figuras nos permitirán proferir un par de comentarios: Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra.⁷²⁹



Fig. 30. Joaquín García Icazbalceta, como González Obregón, consideraba al siglo XVI como el “...periodo más interesante de nuestros anales, en que desaparecía un pueblo y se formaba otro nuevo: el mismo que existe en nuestros días y del que formamos parte” (Patricia Montoya Rivero *apud* Joaquín García Icazbalceta, “Joaquín García Icazbalceta” en: *En busca de un discurso integrador de la nación: 1848-1884*, (coordinado por Antonia Pi-Suñer Llorens), México, IIH-UNAM, 1996, p. 397).

Según la percepción de tres autores, don Luis, debido a “...su particular actividad en materias históricas, procede de García Icazbalceta”,⁷³⁰ aseveración muy acertada en cuanto al interés que ambos personajes otorgaron a la época virreinal, pero discutible en lo

⁷²⁹ *Ibidem*.

⁷³⁰ Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 241, *cfr.* Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, pp. 57 y 58, y Flor de María Hurtado, “Prólogo”, p. IX.

concerniente al uso de sus fuentes, pues si bien los dos “...desenterraron del polvo aquello que permanecía olvidado...”,⁷³¹ cada uno lo hizo a su manera: don Joaquín publicando mayormente, aunque no de forma exclusiva, documentos inéditos y manuscritos coloniales,⁷³² con miras a que los mismos fueran utilizados por aquéllos destinados a “...la gloria de escribir la historia de nuestro país”,⁷³³ y González Obregón reproduciendo, de manera íntegra, algunos originales que no se habían impreso antes, pero que utilizaba casi siempre como complementos de sus propias investigaciones. Aún más, García Icazbalceta, como practicante del empirismo,⁷³⁴ depositaba mayormente “su fe” en la consulta de documentos,⁷³⁵ circunstancia que propiciaría una particular observación del otrora muchachito: “Un docto biógrafo asegura que el señor Zumárraga nunca usó el título de inquisidor apostólico, pero tal aseveración es inexacta, y en más de diez procesos que hemos tenido a la vista, actuó y firmaba con ese título...”.⁷³⁶ En el mismo canon, Fernán, pese a también ser un consultor incansable de documentos, se mostró más afín a la postura de Altamirano, quien enunció que para poder escribir la ‘verdadera historia’, era indispensable complementar a los mismos “...pues [había] peligro en fiarse siempre’ en estos materiales que ‘muchas veces ni lo dicen todo, ni dicen lo cierto...”,⁷³⁷ postulado que ahora nos permite aludir a Manuel Orozco y Berra, autor de la obra que constituyó un venero frecuente para la historiografía *obregoniana*,⁷³⁸ y cuya mención nos permite demostrar el rigor al que don Luis sometía a sus numerosas fuentes:

El juicio es justo, la reflexión oportuna, las notas comprobantes bien elegidas: lástima que el Sr. Orozco y Berra, autor de las líneas copiadas, haya incurrido en un error, en una contradicción y en un anacronismo. En un error, porque no fue *Tetlepanquetzaltzin*, señor de *Tlacopan*, el que murió en el

⁷³¹ Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 238.

⁷³² *Ibidem*, p. 237.

⁷³³ *Vid.* Patricia Montoya Rivero, “Joaquín García Icazbalceta”, en: *En busca de un discurso integrador...*, p. 388 (en adelante “Joaquín García Icazbalceta” para el texto de Montoya Rivero).

⁷³⁴ *Vid.* Álvaro Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano...*, p. 20, *cfr.* Fina Birulés en Arthur C. Danto, *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia* (introducción de Fina Birulés), Barcelona, Paidós, 1989, p. 12: el “empirismo” es una corriente que se basa en la experiencia y en la racionalidad para dar cuenta de lo humano (en adelante “Introducción” para el texto de Birulés).

⁷³⁵ *Vid.* Patricia Montoya Rivero, “Joaquín García Icazbalceta”, pp. 399 y 400.

⁷³⁶ Luis González Obregón, *Proceso inquisitorial...*, pp. 20-24. Para más información sobre este asunto, véase María Elena Buelna Serrano, *Indígenas en la Inquisición Apostólica de fray Juan de Zumarraga*, México, UAM-A, 2009, 411 pp.

⁷³⁷ Nicole Giron *apud* Ignacio Manuel Altamirano, “Ignacio Manuel Altamirano”, p. 270.

⁷³⁸ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Capítulos II: “Los mártires del tesoro” y III: “El origen de la ciudad”. Véase también, del mismo autor, *Los precursores de la Independencia...*, *passim*, y *México viejo y anecdótico*, “Elogio de fray Juan de Torquemada”.

martirio; fue otro indio nobilísimo cuyo nombre no ha transmitido la historia [...]; en una contradicción [porque] en la página 652, repite que “*Tetlepanquetzaltzin*, rey de *Tlacopan*, sucumbió en el tormento” [...] Por último [...] incurrió en un anacronismo, porque es una verdad histórica que nadie ha puesto en duda que *Tetlepanquetzaltzin* murió ahorcado durante la expedición de Cortés a las Hibueras, cuatro años después del tormento [...] Así consta por Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Francisco López de Gómara, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Antonio de Herrera, Fray Juan de Torquemada, Francisco Javier Clavijero y Andrés Cavo. Lo mismo que por los modernos historiadores que han consultado a los antiguos.⁷³⁹

Igualmente pudimos localizar, en la obra de nuestro personaje, otros esclarecedores ejemplos de la equívoca infalibilidad que observó respecto a la consulta de fuentes. El primero de ellos, y el más sencillo, reflejado en la sucinta mención: “...los relatos más o menos entusiastas, *más o menos verídicos* que nos dejaron Cortés, Bernal, el Anónimo y Gómara”;⁷⁴⁰ el segundo, ya más complejo, en el episodio que intituló “Una travesura del Pensador Mexicano”, simpático relato en cuya trama Fernández de Lizardi jugó, a un clérigo amigo suyo, la siguiente pasada: resulta que en una de sus visitas al convento de Balvanera, el Pensador tomó prestado un libro intitolado *Historia del venerable y antiquísimo Santuario de Nuestra Señora de Valvanera, en la Provincia de Rioja, por el P. Fr. Benito Rubio...*, volumen al que no sólo leyó, sino también anotó, refutando con ello muchos decires de su autor, es decir, el susodicho Benito Rubio. Posteriormente, el clérigo víctima de la “travesura” utilizó el mencionado libro para preparar un sermón referente al origen de la Virgen en cuestión, pero en lugar de basarse en el contenido impreso del texto, lo hizo en las notas manuscritas de Fernández de Lizardi, sin un cotejo previo y mucho menos cuidadoso entre ambos veneros de información, lo cual derivó en esto:

...subió estirado a la cátedra del Espíritu Santo el bendito predicador; tosió recio, y con voz robusta, clara y sin tragar camote, despepitó un sermón tronante, refutando a los escritores que hasta allí habían sostenido tal origen de Nuestra Señora de Balvanera [...] Concluida la fiesta, satisfecho se presentó a recibir felicitaciones; mas su sorpresa fue grande, cuando todas las religiosas, unas compungidas y otras indignadas, le entonaron esta letanía: —¡Pero Padre! ¿de dónde sacó vd. todo eso? —¡Qué fue a decir su Reverencia! —¡Todas esas son mentiras! —¡Si el libro no tenía notas!⁷⁴¹

⁷³⁹ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Capítulo II: “Los mártires del tesoro”.

⁷⁴⁰ *Ibidem*, p. IX.

⁷⁴¹ *Ibidem*, Cap. LXIV: “Una travesura del Pensador Mexicano”.

Fuera del *México viejo*, González Obregón consignó otros ejemplos referentes al uso inadecuado de fuentes por parte del historiador, como puede ser la confianza ciega en las mismas, o hasta su invención, un problema reflejado en “El cetro de *Netzahualcóyotl*”, agrisulce relato contenido, tanto en *México viejo y anecdótico*, como en *Las calles de México*, y en cuya trama el general José María Tornel jugó una ¿broma? a Carlos María de Bustamante, a quien hizo creer que un viejo y astillado palo, al cual había marcado con algunos símbolos, era una antigüedad histórico-prehispánica:⁷⁴²

Tornel entregó el objeto que el lacayo había subido desde el coche [y] la emoción se apoderó de Bustamante, [quien] abrió la caja que contenía el regalo [...] La prenda más parecía un palo inservible, astillado y picado por doquiera [...] pero los ojillos miopes de Bustamante despidieron fosforescente luz de entusiasmo [y] peroró [...]: —Este palillo apolillado, es nada menos que un fragmento del cetro del gran *Netzahualcóyotl*, nuestro sabio rey y poeta inspiradísimo de aquella Atenas del Anáhuac, que se llamó *Tetzaco*. Aquí tiene usted la cabeza de un coyote, y aquí el signo jeroglífico de ayunar, pues el nombre de aquel vate soberano significa en lengua náhuatl, coyote hambriento [...] —Tornel estuvo a punto de cometer una imprudencia y pretextando una ocupación urgentísima [se despidió]. El licenciado [...] Bustamante enseñó a todos sus amigos [...] aquel cetro [...] y pocos días después, en folleto impreso [...], disertó sobre aquella joya de *nuestros* antepasados. Entre tanto Tornel reía a mandíbula batiente, y ya que hubo circulado Don Carlos María el opúsculo [...], mandó publicar en *El Siglo XIX* [...] el siguiente párrafo: “Candor estúpido. —El Excmo. Señor Ministro de Guerra, Tornel, para demostrar a Don Carlos María de Bustamante, su crasa ignorancia, su admiración inmoderada a las antiguallas y su credulidad estúpida, le regaló el día de su santo un palo viejo y podrido con unos geroglíficos (*sic*) labrados en él a propósito, y el señor licenciado lo ha tomado y descrito por un fragmento del cetro de *Netzahualcóyotl*...”⁷⁴³

No obstante, don Luis también llegó a experimentar el sinsabor que produce el hacer una afirmación sustentándose en un documento que se piensa es el único y el más certificado para ello, pero que a la postre ni resulta ser el más raro, ni el más antiguo, ni tampoco el que otorga la verdad más absoluta sobre un hecho (aunque sí genuino, en este caso), o lo que es igual, mostró y se confió demasiado en su “lado empírico”,⁷⁴⁴ cuyos frutos de investigación —según el decir de una autora contemporánea—, son siempre susceptibles de

⁷⁴² Vid. Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, y *Las calles de México*, Botas..., “El cetro de *Netzahualcóyotl*”.

⁷⁴³ *Ibidem*.

⁷⁴⁴ Vid. Álvaro Matute, “Notas...”, p. 62. Este autor define al “tradicionalismo empírico” como una “actitud restauracionista que fundamentalmente se cifra en el pasado colonial, al que rescata y enaltece, así como a la práctica obsesiva por publicar documentos inéditos y muy raros”, pero sin caer en prácticas positivistas.

trastornarse con la aparición de nuevos datos,⁷⁴⁵ situación que aconteció a nuestro cronista y que relataremos a continuación: González Obregón localizó, en la casa de un amigo bibliógrafo suyo, un manuscrito intitulado “Inquisición de flotas venidas de los Reynos de S. M. desde el Anno de 1601 hasta el presente de 1610”,⁷⁴⁶ documento en cuyas fojas estaban contenidas las disposiciones referentes a los libros cuya circulación en la Nueva España estaba prohibida por el Santo Oficio, y entre los cuales se encontraba *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha...* Empero, en la foja 10 vuelta del manuscrito que referimos, nuestro cronista se topó con la siguiente nota: “se volvió el libro (o sea, *El Quijote*) por súplica de S. Illma. D. fr. garcía guerra a su dueño Matheo Alemán, Contador y Criado de Su Magestad”, circunstancia que “bastó” para que nuestro personaje concluyera y asegurara que había sido el susodicho Alemán quien había traído, por primera vez, y en 1608, la celebérrima obra de Miguel de Cervantes a México,⁷⁴⁷ una aserción de la que tuvo que retractarse ocho años después, tras haber aparecido un trabajo del “...muy erudito cervantista don Francisco Rodríguez Marín, [quien] demostró que antes de la dicha fecha de 1608 ya se habían remitido en 1605, de la Vieja a la Nueva España, ‘no menos de doscientos sesenta y dos ejemplares...’ de *El Quijote*.⁷⁴⁸ Don Luis, finalmente, y como buen caudillo de Clío, encaró su error, y redimiéndose pronunció la siguiente y vivificante arenga, con la que no sólo se anticipó muchos años a la que articularía un filósofo contemporáneo de la Historia,⁷⁴⁹ sino también nos brindó atisbos de su idea sobre lo que para él, era dicha disciplina:

Si es un *axioma* que la Historia se repite, no lo es menos que la Historia se rectifica; y así, el suceso o la fecha que hoy teníamos como incontrovertibles, mañana se rectificarán ante la aparición de nuevos documentos [...] Prueba de lo dicho es lo que yo escribí en el tercer centenario de la primera edición del *Quijote*, porque entonces supuse, basado en los datos que tuve a la vista, que la “Primera Parte” de tan famoso libro había sido traída a México por el célebre Mateo Alemán, quien, como es sabido, llegó aquí a radicarse el año del Señor de 1608. Pero ahora debo rectificar tal especie...”⁷⁵⁰

⁷⁴⁵ Vid. Fina Birulés, “Introducción”, p. 19.

⁷⁴⁶ Vid. Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “De cómo vino a México *Don Quijote*”.

⁷⁴⁷ *Ibidem*.

⁷⁴⁸ Luis González Obregón, *Vetusteces*, “La Flota Cervantina”.

⁷⁴⁹ Vid. Arthur C. Danto, *op. cit.*, pp. 53-55. Según lo manifiesta Danto, los historiadores tratan de hacer afirmaciones verdaderas sobre el pasado, pero su conocimiento sobre el mismo es, y será siempre, relativo a un cuerpo de datos.

⁷⁵⁰ Luis González Obregón, *Vetusteces*, “La Flota Cervantina”.

XXI

Empero, nuestro cronista no se conformó con la “simple” consulta de libros y documentos, pues como bien dice un autor moderno, echó mano de archivos recónditos y descubrió importantes y curiosos escritos, a la vez que aprovechó leyendas y tradiciones orales;⁷⁵¹ en otras palabras, no desdeñó la información que pudo obtener de un sinnúmero de atípicas fuentes. Así obtuvo, del *Calendario para el año de 1825. Dedicado a las señoritas americanas, especialmente a las patriotas. Por el Pensador Mexicano*, datos para biografiar y/o consignar pormenores sobre las heroínas de la Independencia;⁷⁵² del “Plano de Alonso de Santa Cruz” extrajo la información necesaria para explicar la antigua traza de la Ciudad de México;⁷⁵³ aprovechó los inéditos datos que encontró en un viejo manuscrito de caracteres “casi ininteligibles”, para develar el origen verdadero de un legendario cuadro que contenía la imagen de la llamada Virgen del Perdón;⁷⁵⁴ consultó múltiples títulos de nobleza y padrones para redactar las historias de la Casa de los Azulejos y otras viviendas célebres;⁷⁵⁵ de inscripciones en las orillas de una pintura y de una “Partida de profesión” obtuvo la información necesaria para dar a conocer ignorados detalles de la vida de Sor Juana Inés de la Cruz,⁷⁵⁶ y lo mismo realizó respecto a Miguel Hidalgo, pero utilizando el acta de su bautismo,⁷⁵⁷ y con José Fernando Ramírez, cuyas particularidades biográficas refirió basándose en una especie de autobiografía que le fue facilitada por su amigo Vicente de Paul Andrade;⁷⁵⁸ enunció que de la pintura y otras artes se podían obtener remanentes de la historia, las costumbres —como el vestido— y la religión,⁷⁵⁹ e incluso ofreció otros curiosos ejemplos de su peculiar y fantástica labor al proferir: “Me encontré copiado este pasquín en una hoja en blanco que servía de *guarda* a un libro en pergamino. Hasta ahora

⁷⁵¹ Vid. José Joaquín Blanco y Jorge Olvera Ramos, *op. cit.*, p. 12.

⁷⁵² Vid. Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, p. 94, y *México viejo*, Patria..., Cap. LXVI: “Heroínas de la Independencia”.

⁷⁵³ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. III: “El origen de la ciudad”. También refiere el uso de mapas como fuentes en *Las calles de México*, Botas..., “La cruz de los ajusticiados”.

⁷⁵⁴ *Ibidem*, Cap. XI: “La Virgen del Perdón”.

⁷⁵⁵ *Ibidem*, Cap. XX: “La casa de los Azulejos”, y *Las calles de México*, Botas..., “La calle y casa donde nació Fidel”.

⁷⁵⁶ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXVIII: “La décima Musa”.

⁷⁵⁷ *Ibidem*, Cap. XLIX: “La familia de Hidalgo”.

⁷⁵⁸ Vid. Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, “Vida y Obras de Don José Fernando Ramírez”.

⁷⁵⁹ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LIII: “La Academia de San Carlos”; también *Las calles de México*, Botas..., “La indumentaria colonial”, y *La vida en México en 1810*, Capítulo segundo: “Tipos, trajes y costumbres”, en donde enuncia: “Para hacer esta descripción, he tenido a la vista grabados antiguos de la época”.

estaba inédito”;⁷⁶⁰ “...los manuales de sacramentos y los Confesionarios son fuentes copiosas de noticias sobre las costumbres y creencias de los indios...”,⁷⁶¹ y también al citar: “...cansado de mis investigaciones callejeras, regresé a mi casa, me puse a buscar y a rebuscar en papeles amarillentos, en viejos libros y en planos antiguos y modernos lo que no había encontrado en mi paseo...”,⁷⁶² etc.

En cuanto a la interpretación de ciertas fuentes, don Luis no hizo críticas aventuradas y prefirió recurrir a expertos en la materia que estaba tratando para que ellos realizaran la debida apreciación: “Respecto al mérito de las obras de Cabrera, reproduciremos los juicios de personas competentes en el asunto, como lo son, los Sres. D. Rafael Lucio, D. Bernardo Couto, D. Genaro Ruz de Cea, y el viajero Beltrami”.⁷⁶³ Tampoco le gustaba hablar de lo que no sabía y, en cambio, prefería explicar continuamente los criterios de selección de sus fuentes de información: “Hemos copiado las líneas preinsertas del manuscrito, porque en medio de su desaliño y sencillez, nos pintan el carácter y sentimientos de aquella época”.⁷⁶⁴

Injusto sería continuar hablando del aspecto heurístico del *México viejo*, si omitiéramos el papel de la tradición oral y la literatura como veneros informativos de la mayor importancia en su desarrollo; pero como en actos anteriores ya subrayamos el papel que dichos tópicos jugaron en la obra que analizamos, ahora nos limitaremos a señalar el escrutinio al que fueron sometidos por nuestro cronista en su papel de fuentes: en lo que respecta a los testimonios orales, González Obregón los manejó con toda reserva, y dejó en claro que su propósito consistía en la mera recuperación, que no invención, de aquellas leyendas y tradiciones que contribuían a la explicación de nuestro pasado, lo cual se hace explícito a través de este tipo de enunciaciones: “...según nos ha referido el Sr. D. Ignacio M. Altamirano...”;⁷⁶⁵ “...las calles y plazas [...] abundan [...] en acontecimientos legendarios [...] que se conservan por medio de la tradición oral desde épocas bien remotas, a pesar del sentido común y de la crítica histórica...”;⁷⁶⁶ “Y si lector dijeres ser, comento, como me lo

⁷⁶⁰ *Ibidem*, Cap. LXVII: “Los pasquines”.

⁷⁶¹ *Vid.* Luis González Obregón, *Ensayos históricos y biográficos*, “Las lenguas indígenas en la Conquista espiritual de la Nueva España”.

⁷⁶² Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La calle y casa donde nació Fidel”.

⁷⁶³ *Ibidem*, Cap. XLII: “Miguel Cabrera”.

⁷⁶⁴ *Ibidem*, Cap. XXXI: “Capuchinas y Corpus Christi”.

⁷⁶⁵ Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, p. 24.

⁷⁶⁶ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. I: “La leyenda del labrador”.

contaron, te lo cuento”;⁷⁶⁷ “...ningún manuscrito ni libro impreso lo dice. La antigua tradición sólo refiere el episodio del incendio...”;⁷⁶⁸ “...cuentan —de esto no me hago responsable—...”;⁷⁶⁹ “La Historia, severa e impía, niega la tradición que el viejo aseguraba ‘ser cierta y verdadera...’”,⁷⁷⁰ etc.

En un canon similar, nuestro personaje recurrió a numerosos textos literarios, escritos que al ser debidamente escudriñados le permitieron elaborar distintas recreaciones históricas, una práctica que, en su debido contexto —y tímidamente—, se ha recuperado en nuestros días. Algunos ejemplos de la utilidad heurística de las Bellas Letras en la obra de don Luis son los siguientes: “Hemos escrito esta tradición en vista de los artículos publicados por el Conde de la Cortina y D. Manuel Payno; del drama de Rodríguez Galván [...] y de las leyendas en verso escritas por D. Ireneo Paz [...] y por D. Vicente Riva Palacio y D. Juan de Dios Peza...”;⁷⁷¹ “Guillermo Prieto, el gran poeta mexicano, ha hecho, con ese elocuente y pintoresco estilo que tanto lo distingue, la historia de uno de esos aniversarios”;⁷⁷² “...malos como son los versos del entremés, reproducen, sin embargo, las costumbres de aquella época...”;⁷⁷³ “Los poetas de aquel entonces los pintan con viveza y exactitud, y sería robarles los pinceles y privarnos de sus versos festivos y graciosos, si los cambiáramos en prosa”;⁷⁷⁴ “Cuéntase —dice el autor de *Las Leyendas y Tradiciones Queretanas*— ...”;⁷⁷⁵ “...de ellas no hablan nuestras crónicas, ni los vecinos que llevaban diarios de los sucesos notables de su época, ni las gacetas de la centuria decimioctava, ni los autores dramáticos, ni los poetas, ni los novelistas del coloniaje...”,⁷⁷⁶ etc.

Finalmente consideramos insoslayable mencionar al prácticamente desconocido —y por ende, poco estudiado— José María de Ágreda y Sánchez, mecenas de nuestro cronista e historiador, y pieza fundamental en la elaboración de muchos de los apartados que constituyen al *México viejo* y otros textos *obregonianos*, y a quien don Luis agradecería

⁷⁶⁷ *Ibidem*, Cap. XIX: “Un aparecido”.

⁷⁶⁸ Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico...*, “La casa de Chavarría”.

⁷⁶⁹ Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “El rollo de Tepeaca”.

⁷⁷⁰ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas... “Las calles del Indio Triste”.

⁷⁷¹ *Loc. Cit.*

⁷⁷² Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LXV: “Los aniversarios del 16 de septiembre”.

⁷⁷³ Luis González Obregón, *Croniquillas...*, “Las representaciones religiosas en el siglo XVI”.

⁷⁷⁴ *Vid.* Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo tercero: “Currutacas y petimetres”.

⁷⁷⁵ Luis González Obregón, *Vetusteces*, “El año del hambre”.

⁷⁷⁶ *Ibidem*, “Las Posadas”.

muy constantemente: “Debo estos datos a mi excelente y entendido amigo, el Sr. D. José María de Ágrede”,⁷⁷⁷ “Por primera vez, nosotros publicamos a continuación, algunos pormenores de la causa, que inédita y original, aunque trunca, nos facilitó para consultarla, el Sr. [...] de Ágrede y Sánchez, inteligente anticuario y erudito bibliógrafo”;⁷⁷⁸ “Debo la copia manuscrita y auténtica de este inédito é interesantísimo documento a la bondad de mi inmejorable amigo el Sr. José María de Ágrede y Sánchez...”;⁷⁷⁹ “...el Sr. [...] de Ágrede y Sánchez, maestro insigne en todo lo que de esta metrópoli se refiere...”;⁷⁸⁰ etc. Dicho personaje, que merece sin duda que alguien le dedique una profusa investigación, compartió con don Luis el gusto por la recolección de libros, materia en la que nuestro cronista llegó a poseer una de las más impresionantes bibliotecas de su época —misma que tuvo que vender, y que recientemente se ha abierto al público—, y cuyos anaqueles resguardaron ediciones tan raras, y en ocasiones únicas, como el *Informe contra Idoloum Cultores* de fray Francisco de Aguilar, el *Contempus Mundi* de Jean Gerson, la *Ortografía Castellana* del ya referido Mateo Alemán, el *Diálogo de la Lengua Vascongada*, escrito por Baltazar Echave e impreso por Enrico Martínez, y también “...la colección más completa que se conoce de folletos de Fernández de Lizardi”...,⁷⁸¹ entre muchas obras más que nos otorgan, apenas, una idea de todo el conocimiento vertido por Fernán en su historiografía.

XXII

Para brindar al lector una mejor idea sobre del “aspecto” de sus fuentes, don Luis transcribió varias de ellas respetando la composición gramatical y el estilo con que las mismas habían sido originalmente redactadas, pero sin olvidar su explicación e interpretación posteriores, pues hay que recordar que los documentos hablan, pero no lo hacen por sí solos, sino a través del historiador, quien los utiliza, en muchas ocasiones, para buscar y encontrar las *causas*⁷⁸² que le permitirán explicar un proceso histórico a su público receptor, del cual se espera, elabore sus propias reflexiones sobre el asunto que le ha sido presentado, circunstancia que ahora nos permite abordar el aspecto *hermenéutico* en la obra

⁷⁷⁷ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XX: “La Casa de los Azulejos”.

⁷⁷⁸ *Ibidem*, Cap. XLVIII: “El crimen de la Profesa”.

⁷⁷⁹ Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia...*, “Apéndice”.

⁷⁸⁰ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La calle de Santa Catalina de Sena”.

⁷⁸¹ Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 197 y 198.

⁷⁸² Luis González Obregón *apud* Hippolyte Adolphe Taine, *Ensayos históricos y biográficos*, “Don Justo Sierra. Historiador”.

de nuestro personaje, o lo que es igual, la comprensión y la interpretación de los hechos y/o procesos históricos⁷⁸³ presentes en la misma.

Así, González Obregón, pese a —aparentemente— haber depositado su confianza en los testimonios de veraces y religiosos cronistas, de diaristas “desapasionados”, de virreyes que por medio de sus instrucciones y ordenanzas le permitieron adentrarse en nuestra época colonial,⁷⁸⁴ y de innumerables documentos de las más diversas índoles, también los cuestionó, como es menester hacerlo para todo aquél que quiera adjudicarse el “...dictado de historiador...”,⁷⁸⁵ pues sin la interpretación de los hechos, o lo que es igual, la apreciación de quien los suscribe, y la explicación y atribución de significado que el mismo les atribuye,⁷⁸⁶ la Historia no es más que una parca transcripción de datos, o una animado bochinche de anécdotas concebidas “a la Croce”.⁷⁸⁷ Por ende, don Luis buscó legitimar, en más de una ocasión, su labor como verdadero emisario de Clío:

¡Cuántas páginas de nuestra historia están por rehacerse! El crisol de una crítica serena e imparcial debe depurar ciertos sucesos que corren como monedas de buena ley, cuando en sí mismos descubren, al más ligero examen, su adulteración o falsedad. Creen algunos que rectificar fechas o comprobar hechos es cosa muy baladí, materia de curiosidad y erudición, sin reflexionar que mientras los acontecimientos no encierren la verdad y el tiempo exacto en que acaecieron, nuestras conclusiones serán absurdas, la justicia no se impartirá equitativamente y quedarán engañados los que de buena fe se consagran a la lectura de la historia.⁷⁸⁸

Un lineamiento presente en toda su historiografía, lo cual deseamos corroborar a través de la siguiente selección cronológica de citas: “...no se puede afirmar de un modo cierto, [aunque] sí es muy probable...”,⁷⁸⁹ aseveración que nos permite ratificar que nuestro cronista no se ceñía totalmente a lo “dicho” por sus fuentes, y que tampoco era un inocente crédulo de las mismas, al igual que los siguientes pronunciamientos: “Quien estudie esos viejos libros y documentos [...] quien se detenga a *reflexionar* sobre los acontecimientos que están consignados en sus amarillentas páginas, *podrá formar juicio* sobre aquellos

⁷⁸³ Vid. José Gaos, *op. cit.*, p. 493.

⁷⁸⁴ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXI: “El fausto colonial”.

⁷⁸⁵ *Ibidem*, p. XV.

⁷⁸⁶ Vid. Fina Birulés, “Introducción”, p. 19.

⁷⁸⁷ *Loc. Cit.*

⁷⁸⁸ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. II: “Los mártires del tesoro”.

⁷⁸⁹ Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, p. 21.

hombres y sucesos”;⁷⁹⁰ “Ténganse presentes estas reflexiones para juzgar y formar conciencia de lo que pasamos á referir”,⁷⁹¹ y para terminar, “...pruebas reales, positivas, contundentes no hay en el proceso; las conjeturas o los indicios lo mismo pueden dar luz para descubrir al asesino o para absolver al calumniado”.⁷⁹² Sin embargo, el mejor y más explícito ejemplo de lo que afirmamos, y por ello es que lo hemos relegado al último, es el siguiente, mismo que fue enunciado por nuestro cronista al momento de elaborar un estudio sobre la historia y personajes reales en que se basó Manuel Payno para redactar *Los bandidos de Río Frío*: “Conservo en la memoria [...] la clave de algunos de los nombres. Preguntaré de otros a viejos amigos que recuerden los que he olvidado. *Interpretaré*, no pocos, *con ayuda de la historia* y de los periódicos de la época...”.⁷⁹³

Entre los numerosos ejercicios de reflexión con que Fernán imbuyó a su obra, vale la pena rescatar un par: el primero de ellos —sumamente aceptado por los historiadores en la actualidad— imbricado con el nacionalismo, y relacionado con una de sus figuras más polémicas: “la Malinche”, de cuya efigie emanaron tradiciones, leyendas, novelas, poesías

...y toda clase de composiciones, calificándola de heroína [unos] y vituperándola otros de traidora, [pero] sin *reflexionar* [en] que era una hermosa, pero pobre esclava, que había sido regalada por los suyos a los conquistadores de su tierra, y sin considerar tampoco que nuestros antiguos pueblos indígenas nunca llegaron a constituir una nacionalidad, sino que quedaron en la categoría de tribus más o menos poderosas o civilizadas...⁷⁹⁴

y el otro en relación con el albedrío que nuestro personaje otorgó a su público lector, para que el mismo se formara una opinión particular, o un razonamiento sobre el asunto que le había sido explicado: “Nos abstenemos de hacer reflexiones sobre este proceso; dejamos al lector en completa libertad para que haga las que su lectura le sugiera...”,⁷⁹⁵ y

⁷⁹⁰ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. XXI: “El fausto colonial”.

⁷⁹¹ Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia...*, Libro Primero, Cap. III.

⁷⁹² Luis González Obregón, *Vetusteces*, “Doña Catalina Juárez”.

⁷⁹³ Luis González Obregón, “Estudio final”, p. 721.

⁷⁹⁴ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., “La calle de Juan Jaramillo”. El mismo pensamiento aparece en *Los Precursores de la Independencia...*, Libro segundo, Cap. I: “...tales sublevaciones, muy repetidas, y frecuentemente sangrientas por parte de los indios al levantarse y por los españoles para sofocarlas, prueban que el indio protestaba en contra de sus dominadores siempre que la oportunidad [...] lo demandaba, y que si su actitud fue más pasiva en lo general, era debido á que las diversas tribus de antaño nunca habían tenido unión por sus odios y otras causas que les vedaron constituir una nacionalidad...”.

⁷⁹⁵ Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, p. 15.

“En vista de los testimonios aducidos, *forme* el lector el juicio que mejor le acomode a su criterio y conciencia; *compare* las causas tan diferentes que dan para la muerte de Garay, Díaz del Castillo y Cortés, [y] absuelva o condene a D. Hernando del crimen que le atribuyen los que declararon en su proceso...”;⁷⁹⁶ todo ello sin mencionar que a los referidos ejercicios de interpretación jamás los concibió ajenos a su consignación, pues de acuerdo a su propio sentir, “... el arte de escribir es el arte de pensar, y para expresarse bien basta haber reflexionado mucho”.⁷⁹⁷

XXIII

No deseamos finalizar este cansino análisis del *México viejo* sin reparar en un aspecto muy importante del mismo —y de algunas de las obras que, de nuestro autor, hemos utilizado para realizarlo— y al que más de un historiador considerará como algo baladí: las imágenes que acompañan a varios de sus capítulos. Dichas ilustraciones,⁷⁹⁸ algunas de ellas con sus correspondientes referencias, le brindan un aspecto “lúgubre” a la obra y la complementan, dotándola de un “aire” vetusto, muy acorde al título de la misma. Las imágenes de Cuauhtémoc, Cortés y su hijo Martín, los Mesones, la Virgen del Perdón, el primer auto de fe en México, el claustro de la Merced, don Juan Manuel, la Mulata de Córdoba, diversos facsímiles de obras prístinas y fotografías antiguas, así como la efigie del “Padre de la Patria”, entre muchas otras, acompañan a sus respectivas historias, embelleciéndolas aún más y contribuyendo a su trascendencia, o ¿es que acaso un libro no está pensado para agradar al mayor número posible de personas? Lejos de aburridos sujetos que piensan lo contrario (y que es una postura igualmente respetable), nos atrevemos a decir que la incorporación de imágenes en el discurso histórico es muy importante, y no sólo por su contribución en la asimilación de los conocimientos vertidos en un texto, sino porque cumple con uno de los preceptos más importantes en la idea de la Historia de don Luis: el de la familiarización del lector con los hechos narrados por el historiador.⁷⁹⁹

⁷⁹⁶ Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia...*, Libro Primero, Cap. III.

⁷⁹⁷ Luis González Obregón *apud* Hippolyte Adolphe Taine, *Ensayos históricos y biográficos*, “Don Justo Sierra. Historiador”.

⁷⁹⁸ Justino Fernández, “El cronista de la Ciudad de México”, en *Letras de México*, p. 311/5. De acuerdo a don Justino, algunas de las ilustraciones que aparecen en el *México viejo* fueron realizadas por el señor Julio Ruelas.

⁷⁹⁹ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo, Patria...*, p. XV.

Bastarán algunos ejemplos emanados de las luces de nuestro personaje para formarnos una idea cabal de la importancia que el mismo concedió al uso de las ilustraciones como complementos educativos en todo tipo de discursos, incluidos, por supuesto, los de índole histórica; en primer lugar, su decir respecto a *El Periquillo Sarniento*, la obra más famosa del Pensador Mexicano, y de la cual sugirió realizar: “...una edición monumental, como merece, con notas críticas, filológicas e históricas, ilustrando su texto con buenos grabados y cromos, que representaran las interesantes escenas de que abunda la narración...”;⁸⁰⁰ en segunda instancia, lo que expresó en relación a la erudita y sinigual *México a través de los siglos*:

La obra consta de cinco gruesos volúmenes en folio, impresos en magnífico papel á dos columnas, y profusamente ilustrados, por medio de los mejores y más modernos procedimientos artísticos conocidos. Intercalados en el texto se encuentran muy buenos grabados que representan los monumentos y las antigüedades que permanecen todavía en ruinas ó en nuestros museos; facsímiles y geroglíficos (*sic*) de nuestros viejos códices que se conservan en las bibliotecas del gobierno ó en las de particulares; vistas de edificios públicos, templos, palacios, casas notables, etc., etc., y una galería de retratos de gobernadores, conquistadores, oidores, virreyes, arzobispos, obispos, emperadores, jefes militares, presidentes, héroes de la Independencia y de la Reforma, y en general todos los hombres notables de México, que se han distinguido como filántropos, como políticos y como literatos, acompañando á cada retrato un facsímile de sus respectivos autógrafos. Creemos inútil encarecer también, el mérito de los espléndidos cromos, de las fotolitografías y de los fotograbados, que aparte ilustran la obra [...] la parte material de *México a través de los siglos* es un verdadero monumento artístico por la limpieza de edición y por el trabajo en ella desplegado...⁸⁰¹

Y finalmente lo que profirió en el prólogo que realizó para la erudita *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México*: “Profusión de fotograbados, intercalados entre las páginas del texto, ilustran y hacen más comprensibles las materias tratadas en él, de suyo áridas, principalmente la técnica de la parte expositiva y de la ejecución de los trabajos...”⁸⁰²

⁸⁰⁰ Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, p. 74.

⁸⁰¹ “*México a través de los siglos I*”, p. 2

⁸⁰² Luis González Obregón, “Introducción”, en *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México: 1449-1900. Publicada por orden de la junta directiva del mismo desagüe* (Vol. I), México, Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas, 1902, p. IV (en adelante “Introducción” para el texto de Luis González Obregón).

XXIV

Hemos llegado, por fin, a la última parte de este largo episodio, y ahora nos consideramos listos para expresar, sucintamente, la que creemos es la idea de la Historia en Luis González Obregón, nuestro cronista e historiador. Como lo hemos podido apreciar a lo largo de cinco capítulos, y reafirmar a través de los numerosos actos que constituyen a éste, nuestro análisis del *México viejo*, el arte de Clío practicado por nuestro autor tiene su origen en el romanticismo, corriente que en su momento no sólo puso en boga algunas de las diversas formas de la “literatura histórica”, a saber: la leyenda, la novela y la crónica, sino también se caracterizó por su peculiar forma de presentar la Historia a través de una narrativa tan memorable como bella,⁸⁰³ y cuyos prosélitos, al igual que lo practicaría don Luis, hurgaban una y otra vez en el pasado, al cual exaltaban y utilizaban en su *totalidad* —es decir, incluyendo y *rescatando* anécdotas, costumbres, tradiciones, personajes y demás curiosidades de las que no se ocupaban los adustos historiadores— para manifestar y legitimar con él sus argumentos, mismos que, en el caso de González Obregón, estaban destinados a coadyuvar en la explicación de su presente, o mejor dicho, de nuestro presente como mexicanos.

Curiosamente, y en relación con el romanticismo, la primera y muy buena tesis que alguien dedicó a nuestro personaje contiene una interesante aseveración que ahora nos interesa y creemos pertinente rebatir, la cual dice: “Dentro del grupo de historiadores ‘modernistas’ es donde ubicamos a González Obregón...”,⁸⁰⁴ afirmación que al propio don Luis, declarado “...inquisidor de nuestras costumbres [y] rebuscador impertinente de vetustos papeles y *matusalénicos* libracos...”,⁸⁰⁵ le hubiera causado —creemos— cierta repulsión, puesto que él mismo no se consideraba parte del referido conjunto de emisarios de Clío, tal como podemos apreciarlo con ésta, su declaración: “...la causa principal de esta fortuna de los condes de Miravalle está ligada de tal modo con una antigua y hermosa tradición, que aquí es la oportunidad de engolfarnos en ella, a despecho de los limpios y acicalados escritores *modernistas*, que hacen asco a la polilla y al polvo de olvidadas bibliotecas”,⁸⁰⁶ y también

⁸⁰³ Vid. Marco Urdapilleta-Muñoz, *op. cit.*, pp. 45 y 46.

⁸⁰⁴ Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 55.

⁸⁰⁵ *Loc. Cit.*

⁸⁰⁶ Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “La casa de los condes de Miravalle”.

conjeturarlo si comprendemos al modernismo como una corriente que, nacida en las postrimerías del siglo XIX, se caracterizó no sólo por su especial énfasis en la poesía,⁸⁰⁷ sino también por el “egoísmo” de sus adeptos, que a diferencia de los románticos —se ha aseverado— abandonaron “...la vida pública, la lucha [y] la acción...”,⁸⁰⁸ o mejor dicho, su entorno vital, para consagrarse a su obra literaria,⁸⁰⁹ situación que contradice la idea de la Historia de nuestro personaje, ya que para él —y en el mismo canon que Fernández de Lizardi y los *Paladines*— dicha disciplina poseía un fin moral y cívico,⁸¹⁰ el cual, inserto en su historiografía, podemos traducir en su lucha por la depuración, que no el olvido, de las costumbres nacionales; en su combate por el fortalecimiento del patriotismo, y en su permanente interés por concientizar al mexicano de su ser como tal, pues bien se dice que aquél que desconoce su pasado, no puede conocerse, y mucho menos explicarse a sí mismo.

En estrecha relación con la premisa anterior, la Historia de nuestro personaje es de corte nacionalista y mayormente liberal, circunstancia resultante de su experiencia vital, o lo que es igual, del contexto en se formó, pues hemos de recordar, en cuanto al primer concepto, que tras la caída del Segundo Imperio se consolidó finalmente la imagen de México que pervive hasta nuestros días, y cuyo carácter integracionista se sustentó en aquel precepto que sostiene que todos los mexicanos compartimos un mismo pasado y aspiramos a un futuro común,⁸¹¹ eventualidad que igualmente nos permite comprender y valorar la importancia de su labor en pro de la incorporación de la época colonial como parte netamente integral e insoslayable de nuestro pasado y, por ende, de nuestros anales; y en cuanto al segundo tópico, porque es en extremo afín a algunos de los más famosos y elementales postulados ideológicos del liberalismo mexicano, entre los que podemos mencionar a aquéllos relacionados con la libertad de imprenta y la necesaria separación entre la Iglesia y el Estado,⁸¹² circunstancia que intentaremos patentizar mediante algunas

⁸⁰⁷ Vid. José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, p. 712, *cf.* Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, pp. 180-190. Entre los principales exponentes del modernismo se encuentran: Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Amado Nervo, Rubén Darío y Enrique González Martínez, entre muchos otros.

⁸⁰⁸ Emilio Carilla, *op. cit.*, p. 418.

⁸⁰⁹ *Ibidem*, *cf.* José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, p. 46: “Este sentido de “misión”, es decir, que el literato debe contribuir al engrandecimiento y civilización de la patria, es característico del romanticismo mexicano...”. Una cita muy adecuada para ratificar lo que hemos aseverado.

⁸¹⁰ Vid. Luis González Obregón, *Ensayos históricos y biográficos*, “Don Justo Sierra. Historiador”.

⁸¹¹ *Loc. Cit.*

⁸¹² Vid. Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano. Los orígenes*, 2ª ed., México, FCE, 1974, pp. 273-355.

citas proferidas por el mismo González Obregón, quien expresó en la primera: “Una historia así no había sido escrita hasta ahora. [Sus predecesoras] fueron dictadas obedeciendo á un espíritu *conservador y retrógrado* [...] Por el contrario, el *México a través de los siglos* está escrito desde un punto de vista esencialmente *liberal* y con un criterio amplio, imparcial y justo”;⁸¹³ y en la segunda:

Durante la gloriosa guerra de Independencia, el periodismo mexicano tuvo sus representantes aun en los campos de batalla, y dignos, por tanto, son de eterno recuerdo y de caluroso elogio los nombres de los periodistas que consagraron su pluma a la más justa de las causas [...] El 30 de septiembre de 1812 se promulgó en México la Constitución decretada por las Cortes españolas. Hubo entonces libertad de imprenta, y [...] también surgieron muchos periodistas, entre los cuales descollaron [...] el Pensador Mexicano y D. Carlos María de Bustamante. Fernández de Lizardi [...] defendió siempre la libertad, la reforma y el progreso [...] Esta prensa tuvo sus mártires; contó paladines que la honraron, y también charlatanes que profanaron sus columnas...⁸¹⁴

Lo mismo que en la tercera y última:

Los primeros meses del año de 1810, había gobernado la Nueva España, con el doble empleo de Arzobispo y Virrey, el Ilmo. y Excmo. Señor D. Francisco Javier Lizana y Beaumont [...] él vino a ser un ejemplo más, de que el Estado y la Iglesia en general, y especialmente en circunstancias como las que le tocaron en su breve virreinato, no deben de estar unidos, ni en bien de los intereses eclesiásticos ni de los políticos.⁸¹⁵

Aún más, y sin la pretensión de hacernos los “sabiondos” —pues ignoramos más que lo que sabemos— deseamos igualmente refutar una aseveración hecha en la segunda tesis que se dedicó a don Luis, y en la cual se afirmó que el mismo, pese a su experiencia vital, podía ubicarse mejor en el grupo de los conservadores,⁸¹⁶ situación que después de haber leído gran parte de la historiografía *obregoniana*, y basándonos en las citas que de la misma hemos transcrito, nos parece muy poco factible... pero permitamos que sea el propio don Luis, a través de sus enunciaciones, quien nuevamente hable al respecto, pues en una de ellas dice, de su admiradísimo Fernández de Lizardi: “Éste fue, en resumen, el patriota, el reformador, el literato y el hombre que *admira* por sus ideas *liberales* y avanzadas...”⁸¹⁷

⁸¹³ *Loc. Cit.*

⁸¹⁴ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LXIII: “La prensa colonial”.

⁸¹⁵ Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, Capítulo cuarto: “La Semana Santa en 1810”.

⁸¹⁶ *Vid.* Ricardo Enrique Fajardo González, *op. cit.*, p. 74.

⁸¹⁷ Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, p. 12.

palabras que recuperó para igualmente describir a su maestro Altamirano: “Es el *liberal* sin tacha, es el orador elocuentísimo, es el valiente soldado de la República...”,⁸¹⁸ en cuanto al fin de la Inquisición, símbolo por excelencia del dominio español en México, refirió:

‘La noticia de la clausura del Tribunal se había comunicado de boca en boca por todo México. Los partidarios de la Constitución del año 12 se alegraban; mas los *serviles*, los que suspiraban por el régimen antiguo, movían la cabeza disgustados’ [...] Palabras más, palabras menos, tal es el sencillo relato que hacía a sus amigos D. Manuel Tell [...] su narración es interesante y *exactísima* [...] Nosotros lo hemos querido escapar (*sic*) de la vida efímera del periódico en que se publicó...⁸¹⁹

Y en un canon similar manifestó:

Época memorable y gloriosa fué aquella de la Reforma y de la guerra de Intervención, por sus hombres grandes, eminentes, patriotas, inquebrantables en su carácter y firmes en sus principios [...] D. León Guzmán [...] vivió como viven los grandes hombres, consagrado al servicio de su patria; murió pobre y olvidado; pero su memoria será eterna mientras existan las ideas *liberales*, la integridad y la justicia.⁸²⁰

Debido a lo anterior es que nos parece muy difícil imaginar que un conservador, o vaya, por lo menos alguien afín a los postulados que por lo regular se atribuyen al conservadurismo mexicano, dedicara su obra a enaltecer los méritos de sus contrarios... pero dejémonos ya de líos gratuitos, y continuemos elucidando la idea de la Historia en González Obregón, cuya labor como emisario de Clío es el resultado de una muy afortunada —y sumamente envidiable— serie de influencias, entre las que destacamos la de aquellos a quienes hemos nombrado *Paladines*, literatos de vocación histórica que hicieron notar a un joven Luis, que el arte de Clío y las Bellas Letras, miembros igualitarios de la cultura escrita, podían y estaban en posibilidades de concatenarse para lograr el “milagro” de una historiografía que, recurriendo a la belleza característica de la Literatura —sobre todo en su vertiente novelesca— pudiera adjudicarse los calificativos de trascendente, instructiva y deleitosa, hermoseedada “...con lo pintoresco de las frases, de las imágenes, y lo atinado de las reflexiones...”,⁸²¹ una aseveración que sólo aquél que —ojalá animado por este trabajo— se dé la oportunidad de leer el *México viejo*

⁸¹⁸ Luis González Obregón, “Biografía de Ignacio M. Altamirano”, p. 5.

⁸¹⁹ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LXVIII: “El último día de la Inquisición”.

⁸²⁰ Luis González Obregón, *Ensayos históricos y biográficos*, “D. León Guzmán”.

⁸²¹ *Ibidem*, “Don Justo Sierra. Historiador”.

y demás textos *obregonianos*, comprenderá en su totalidad, y de la cual nuestro personaje fue tan consciente, que llegó a ratificarla en más de una ocasión, después de haberla recuperado de la obra de Hippolyte Taine (1828-1893), un historiador francés ¡y positivista! que en su momento profirió: “...el artista en la historia no está divorciado del sabio. Los dos genios se ayudan...”.⁸²²

Sin embargo, éste no fue el único precepto emanado del susodicho autor galo que nuestro cronista e historiador retomó para su beneficio, ya que al igual que él, concibió al arte de Clío como una recreación del pasado cuya misión era la de conmover “...al corazón y a los sentidos lo mismo que la inteligencia...”,⁸²³ idea que en sus palabras quedó manifestada así:

...la historia [...] sin atavíos no pasa de ser una crónica insípida, y no merece el dictado de historiador quien no se traslada a los tiempos en que acontecieron los sucesos ni familiariza a los lectores con los episodios que narra, con los personajes que menciona, quien no redivive (*sic*) el pasado. En resumen, aspiramos a buscar la verdad, a decirla sin temer las censuras de los sectarios, ni las de tal o cual partido, y a hacer que la historia *se sienta y se viva*, a despecho de indigestos eruditos y de áridos compiladores.⁸²⁴

Un pronunciamiento que, para los años de 1906 y 1907, se conservaría incólume en los pensamientos de Fernán, quien “vuelto a preguntar, se ratificó en su dicho” y declaró, en primer lugar, que era insoslayable para el autor de cualquier obra el despertar el interés de los lectores, pues esa sería la única manera en la que los mismos se trasladarían a otros tiempos y se familiarizarían con otros hombres,⁸²⁵ y en segunda instancia, pero no por ello menos importante, que “...sin atavíos la Historia no [pasaba] de ser un árido centón, una crónica incolora, una obra más o menos depurada de mentiras o de apasionamientos, pero falta de vida”.⁸²⁶

⁸²² Hippolyte Adolphe Taine en *Ibidem*.

⁸²³ *Ibidem*.

⁸²⁴ Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., p. XV.

⁸²⁵ Vid. Luis González Obregón, “Prólogo”, en Eugenio de Aviraneta e Ibarгойen, *Mis memorias íntimas: 1825-1829. Por D. Eugenio de Aviraneta e Ibarгойen. Las publica por vez primera D. Luis García Pimentel, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, miembro de la Sociedad de Geografía y de Americanistas de París* (con un prólogo por D. Luis González Obregón), México, Moderna Librería Religiosa de José L. Vallejo, 1906, p. XX (en adelante “Prólogo 2” para el texto de González Obregón).

⁸²⁶ Luis González Obregón, *Ensayos históricos y biográficos*, “Don Justo Sierra. Historiador”.



Fig. 31. “...González Obregón es, ante todo, un patriota; pero de los de abolengo; de aquellos que como Guillermo Prieto, Altamirano (su insigne maestro), Ramírez, Payno y Vigil, sin dejar de presentar la verdad con la tersa sencillez de una impronta narración, saben dar a sus escritos el matiz amoroso de los férvidos anhelos nacionales [...] A él se debe, en mucha parte, el conocimiento de incontables sucedidos, insólitos acontecimientos y antiquísimas leyendas, harto saturadas del polvo de pretéritos siglos” (Salvador Cordero, “Parecer de un devoto amigo del autor”, en Luis González Obregón, *Vetusteces*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1917).

En cuarto y último lugar, hemos de hacer notar que para nuestro cronista, la Historia se constituía única y exclusivamente de verdades, es decir, de la búsqueda y construcción de las mismas... de ahí se desprende que sus críticas para algunos de los *Paladines* —en específico, Payno y Riva Palacio— no hayan sido gratuitas,⁸²⁷ sobre todo en una época en la que el positivismo puso “contra la espada y la pared” a todo aquel conocimiento que no pudiera comprobarse, circunstancia por la que, tal vez, González Obregón sintió la necesidad de reiterar a cada momento, pero sin “azorrillarse”⁸²⁸ ante la escuela de Comte, que su discurso consistía única y exclusivamente en la estricta consignación de la realidad, tal como lo manifestó, y “con todas sus letras”, en uno de sus múltiples escritos, en el cual profirió que una de las principales cualidades del historiador debía ser, junto con la belleza de su estilo, el amor a la verdad, puesto que ésta constituía “...el fin de la Historia”.⁸²⁹ Por ello es que nuestro personaje, en más de una ocasión, se dio a la tarea de corregir inexactitudes y de hacer notar algunas falsedades que “corrían como monedas de buena ley”,⁸³⁰ circunstancia que podemos apreciar a continuación: “...lo bello está en lo verdadero...”;⁸³¹ “...la verdad se impone porque siempre es más hermosa...”;⁸³² “...inquirió la verdad; refutó el texto [...] basándose en olvidadas crónicas: en una palabra, dejó el ejemplar lleno de notas manuscritas en las que aparecía el verdadero origen, la exacta historia...”;⁸³³ “Esta solemnidad [...] además de ser puramente oficial, pecaba contra la verdad histórica, pues el Grito de Dolores fue la madrugada del 16 y no en la noche del 15”;⁸³⁴ “En las casas que habitaron algunos de los mencionados escritores, no ha mucho fijó placas recordativas la Inspección de Monumentos Coloniales; pero por desgracia en otros lugares dignos de memorarse [...] ha incurrido en graves errores, en contra de la tradición y de la Historia, que se propone corregir...”;⁸³⁵ etc.

⁸²⁷ *Supra*, Cap. 4.

⁸²⁸ *Vid.* Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “Los caminos de antaño. De Toluca a México”, y Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío, passim*. El término “azorrillarse”, muy en uso durante el siglo XIX, consistía en la acción de ponerse boca abajo... cuando se era asaltado en un viaje.

⁸²⁹ Luis González Obregón *apud* Hippolyte Adolphe Taine, *Ensayos históricos y biográficos*, “Don Justo Sierra. Historiador”.

⁸³⁰ *Loc. Cit.*

⁸³¹ Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 47.

⁸³² *Loc. Cit.*

⁸³³ Luis González Obregón, *México viejo, Patria...*, Cap. LXIV: “Una travesura del Pensador Mexicano”.

⁸³⁴ *Ibidem*, Cap. LXV: “Los aniversarios del 16 de septiembre”.

⁸³⁵ Luis González Obregón, *Las calles de México, Botas...*, “La calle y casa donde nació Fidel”.

Y así damos por terminado este enorme capítulo, con el cual esperamos no sólo haber realizado un análisis aceptable del *México viejo* y otras obras de don Luis González Obregón, sino también haber elucidado gran parte de su idea de la Historia, incógnita que constituye uno de los principales problemas a resolver en esta tesis. No obstante, el final de la misma todavía se encuentra lejos —aunque no demasiado—, pues aún consideramos necesario disertar sobre un par de circunstancias más, las cuales nos permitirán redondear lo concerniente a la susodicha concepción *obregoniana* del arte de Clío, siendo la primera de ellas la referente al calificativo de “cronista e historiador” que a lo largo del presente trabajo hemos utilizado para referirnos a nuestro personaje, y la segunda, la consistente en la trascendencia de su idea de la Historia, misma que podría ser analizada, hoy, desde diversas corrientes filosóficas, tal es el caso de la denominada historicista, por traer un sólo ejemplo a colación.



7. Un cronista e historiador

...las dos acepciones de la palabra crónica. Una es para la historiografía, la otra para la literatura. En la primera, hay crónica que sí es historia, y en la segunda, crónica que sí es literatura.

Álvaro Matute

Al hablar sobre la *crónica*, un historiador contemporáneo refiere que “...las creaciones historiográfica y literaria tienen fines específicos, aunque puedan llegar a compartir medios [y que] una crónica [...] es una creación historiográfica, a pesar de lo literario que pueda tener implícito”.⁸³⁶ Ambas citas nos son de suma utilidad para desarrollar el presente apartado, cuyas líneas utilizaremos para intentar resolver un par de cuestiones complementarias a la idea de la Historia en Luis González Obregón, consistiendo la primera de ellas en la importancia de la crónica como un género *historiográfico* en el que es totalmente plausible la concatenación Historia-Literatura, y la segunda en la resolución del porqué —a lo largo de la presente obra, y principalmente en su título— hemos utilizado el término “cronista e historiador” para referirnos a nuestro personaje, cuyos pormenores biográficos y de contexto abandonamos en el capítulo cinco.

I

El progreso de la República “...hizo de [Porfirio] Díaz el hombre necesario: el constructor del México moderno”.⁸³⁷ Bajo su égida, el país prosperó como nunca antes lo había hecho: se instituyeron escuelas, se restauró el crédito nacional, se levantaron kilómetros y más kilómetros de vías férreas, y se introdujo la electricidad, proezas que, entre muchas otras, contribuyeron a hacer de la efigie del héroe del 2 de abril, “el poder sin más y la autoridad indiscutida”⁸³⁸ en una nación que se “extranjerizaba” a pasos agigantados, circunstancia palpable a través de pequeños pero significativos detalles, como la proliferación “...de

⁸³⁶ Álvaro Matute, “Crónica: historia o literatura”, en *Historia mexicana*, Vol. XLVI, N° 4, México, COLMEX, abril-junio de 1997, p. 716 (consultada el 13 de noviembre de 2015 en p. (consultada el 13 de noviembre de 2015 en p. <http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2455/2816>) (en adelante “Crónica...”).

⁸³⁷ Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, p. 665.

⁸³⁸ *Ibidem*, pp. 665-675.

grandes almacenes de ropa con nombre francés...”,⁸³⁹ mismos que eran administrados, la mayoría de las ocasiones —y según el decir de un moderno historiador—, por gente de “apellidos exóticos”.⁸⁴⁰ Y así, mientras el porfiriato corría y alcanzaba su apogeo, González Obregón dio inicio a otra faceta de su vida: la de empleado público, siendo el Museo Nacional de México —en 1900— el instituto en que debutó.⁸⁴¹

El primer logro de nuestro cronista en susodicha institución, que a la sazón era dirigida por el señor Manuel Urbina,⁸⁴² fue el de haber ayudado a su consabido amigo, don José María de Ágreda y Sánchez, en la preparación del primer tomo de la *Historia de la Nueva México*, escrita por Gaspar Pérez de Villagrà. Ese mismo año don Luis publicó, ya por sí solo, la segunda parte de la obra en cuestión, y dos años después, tras haber colaborado nuevamente con el referido señor Ágreda,⁸⁴³ prologó la edición definitiva de la *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, título con el que José Fernando Ramírez bautizó, en su momento, al manuscrito creado por Baltasar Dorantes de Carranza.⁸⁴⁴

La fama de nuestro personaje, por lo tanto, continuaba en ascenso, situación que le llevó a ser considerado, también en 1902, para tomar parte en la redacción de la *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México*, trabajo al que no sólo prologó, sino también enriqueció con su *Reseña histórica...*, obra contrastante con el resto de sus trabajos, pues la misma ha sido definida como “...la más seria, la de más enjundia [y] la que demuestra de manera más clara, que [don] Luis no solamente fue capaz de aplicar sus conocimientos para enseñar deleitando; sino de consignar con datos

⁸³⁹ *Ibidem*, p. 665.

⁸⁴⁰ *Ibidem*.

⁸⁴¹ *Vid.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 125.

⁸⁴² *Vid.* Luis González Obregón, “Directores del Museo Nacional de México”, en *Anales del Museo Nacional de México*, Tomo II, 2ª época, México, INAH, 1905, p. 412 (consultado el 28 de mayo de 2016 en p. http://www.mna.inah.gob.mx/documentos/anales_mna/232.pdf). Para 1905, el señor Urbina había dirigido el Museo Nacional en tres ocasiones: de enero de 1885 a julio de 1889; de agosto de 1890 a abril de 1891, y de julio de 1892 a diciembre de 1902 (en adelante “Directores...”).

⁸⁴³ *Cfr.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 125 y 126. Según Carreño, la primera actividad de nuestro personaje como empleado del Museo Nacional, fue la de ayudar al señor Ágreda y Sánchez en la preparación de la *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, escrita por Baltasar Dorantes de Carranza. Empero, es una afirmación cronológicamente incorrecta, ya que la obra en cuestión se publicó hasta 1902, a diferencia de la *Historia de la Nueva México*, cuyas dos partes sí se editaron en 1900.

⁸⁴⁴ *Vid.* Luis González Obregón, “Prólogo”, en Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España. Con noticia individual de los conquistadores y primeros pobladores españoles* (prólogos de Ernesto de la Torre Villar y Luis González Obregón; advertencia de José Fernando Ramírez), México, Porrúa, 1987, p. 8 (en adelante “Prólogo 3”, para el texto de González Obregón).

precisos lo que fue una de las labores científicas y materiales que más esfuerzos requirió...”,⁸⁴⁵ y también como “inigualable”, debido no sólo a las importantes e inéditas noticias que proporcionó sobre diversos planos de la ciudad, sino también por la comprensión que, sobre dicho problema lacustre, demostró poseer.⁸⁴⁶

Al siguiente año, la dirección del Museo Nacional fue asumida por el licenciado Alfredo Chavero, que tras un par de meses en el cargo lo delegó al ingeniero Francisco M. Rodríguez,⁸⁴⁷ en cuya gestión Fernán fue nombrado Encargado de Publicaciones de la referida institución.⁸⁴⁸ Empero, no todo era orden y progreso para la nación mexicana, pues a partir de 1904 se intensificaron, en su seno, algunos problemas que venían gestándose de tiempo atrás, sobre todo los concernientes a las siempre complicadas relaciones obrero-patronales, de las cuales resultaron conflictos de enormes proporciones, siendo notable entre ellos la huelga de Cananea, movilización acontecida en 1906,⁸⁴⁹ periodo en el que nuestro personaje publicó *Los precursores de la Independencia en el siglo XVI*.

En el mismo canon, y año, don Luis fue designado responsable del *Boletín* de la Biblioteca Nacional, instituto que entonces era dirigido por el señor José María Vigil,⁸⁵⁰ de quien transcribiremos la siguiente cita —proferida dos años después— con el fin de brindar al atento lector, una mejor idea sobre la creciente popularidad y prestigio de los que gozaba ya la figura de González Obregón:

Al dar á Vd. las gracias por *Los Precursores de la Independencia* con que tuvo Vd. la bondad de obsequiarme, debo ante todo felicitarle por esa nueva producción que viene á enriquecer el valioso contingente con que ha contribuido á ilustrar nuestra Historia. La solidez de su criterio, su paciente investigación, y ese amor al estudio, sin el cual no es posible llevar á cabo obras de esa naturaleza,

⁸⁴⁵ Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 126.

⁸⁴⁶ Justino Fernández, “El cronista de la Ciudad de México”, en *Letras de México*, p. 311/5.

⁸⁴⁷ Vid. Luis González Obregón, “Directores...”, p. 412.

⁸⁴⁸ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 125 y 126, *cfr.* Luis González Obregón, “Las Publicaciones del Museo Nacional”, en *Anales del Museo Nacional de México*, Tomo I, 2ª época, México, INAH, 1903, p. 412 (consultado el 28 de mayo de 2016 en p: http://www.mna.inah.gob.mx/documentos/anales_mna/184.pdf). En este comunicado, nuestro personaje, ya como Encargado de Publicaciones, anunció no sólo el comienzo de la segunda época de los *Anales del Museo Nacional*, sino también el nuevo programa al que se sujetaría todo el material publicado por el instituto en cuestión.

⁸⁴⁹ Vid. Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, pp. 691 y 692.

⁸⁵⁰ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 128, *cfr.* Flor de María Hurtado, “Prólogo”, p. XIV.

son cualidades que posee Vd. en alto grado, y que le han merecido el puesto distinguido que ya ocupa entre nuestros mejores escritores.⁸⁵¹

Para 1908 nuestro personaje publicó *D. Guillén de Lampart. La Inquisición y la Independencia en el siglo XVII*, y al año siguiente recibió del señor Francisco Sosa, que a la sazón era el nuevo dirigente de la Biblioteca Nacional, la importante tarea de escribir la historia de susodicha institución, misma que al ser editada ostentó el título de *La Biblioteca Nacional de México* (1910), obra que posteriormente —y al igual que acontecería con *Las calles de México*— fue traducida al inglés.⁸⁵² Ese mismo año, González Obregón fue llamado para formar parte de la Comisión Reorganizadora del Archivo General y Público de la Nación (AGN), “...cuyos acervos, poco cuidados, se acumulaban [...] en el Palacio Nacional, frente a la Plaza del Volador”,⁸⁵³ y bajo sus órdenes, Rafael de Alba, Manuel Puga y Acal, José Juan Tablada y Enrique Santibañez, que a la postre serían sustituidos por Francisco Fernández del Castillo y Enrique Fernández Granados, comenzaron con la tarea de convertir aquellos montones de papeles amarillentos y desorganizados en “...un verdadero centro de investigación histórica”,⁸⁵⁴ cuyo primer y significativo resultado fue la publicación del *Proceso Inquisitorial del cacique de Tetzoco*, documento que hasta entonces había permanecido inédito, y que al ser editado fue precedido por un breve prólogo emanado de la pluma de nuestro cronista e historiador, quien lo eligió no sólo por contener abundantes “...noticias sobre el culto a los dioses indígenas, sobre las *costumbres* y la vida social en el [México del] siglo XVI”,⁸⁵⁵ sino también porque le consideró perfecto para conmemorar la llegada de 1910, año en que “...toda la Nación [veneraba] los que iniciaron nuestra Independencia”.⁸⁵⁶

II

La primera década del siglo XX constituyó un parte aguas en los anales de nuestra patria, pues ulterior a los festejos por el primer centenario de su independencia —en cuyo marco

⁸⁵¹ Luis González Obregón *apud* José María Vigil, *D. Guillén de Lampart...*, dedicatoria en página inicial.

⁸⁵² *Vid.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 130, *cfr.* Flor de María Hurtado, “Prólogo”, p. XIV. Fue Carreño quien realizó la traducción referida.

⁸⁵³ Víctor Jiménez, “Texto introductorio”, p. 7. La Suprema Corte de Justicia de la Nación ocupa, hoy, el predio en el que estuvo por muchos años la Plaza del Volador.

⁸⁵⁴ Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 135-141.

⁸⁵⁵ Luis González Obregón, *Proceso inquisitorial...*, p. 19.

⁸⁵⁶ *Ibidem*, pp. 19-26.

fue publicada *La vida en México en 1810*—, se suscitó el movimiento armado que conocemos como Revolución Mexicana, y cuyo primer y “gran logro” fue el de la dimisión de don Porfirio, quien el 31 de mayo de 1911 se despidió del país con un lacónico “¡Adiós!”.⁸⁵⁷ En noviembre del mismo año, Francisco I. Madero (1873-1913) asumió la presidencia de la República, y mientras ello acontecía, nuestro personaje fue nombrado director del AGN.⁸⁵⁸ Empero, “una predicción fatídica” de don Francisco Sosa estaba por cumplirse, pues se cuenta que ante la inminente caída del porfiriato, el connotado biógrafo refirió: “Estamos presenciando los funerales de México [...] El día en que desaparezca el Gral. Díaz [...] el país volverá a las épocas penosas [...] objeto de funestas pasiones políticas para los de nuestra Nación misma (*sic*)”,⁸⁵⁹ presagio que en efecto se cumplió, ya que después del triunfo de la Revolución, sus artífices y componentes —como casi siempre ha acontecido en los grandes sucesos de nuestros anales— se escindieron.

A *muy* grandes rasgos, y para lo que nos compete en esta tesis, referiremos que Madero, “más rápido que lo que canta un gallo”, fue traicionado por Victoriano Huerta (1850-1916), quien se apoderó de la presidencia de la República en 1913, y en cuyo gobierno se ordenó la militarización de los servidores públicos, según sus sueldos y categorías, circunstancia bajo la cual González Obregón, el menudito “comandante” del Archivo General y Público de la Nación, resultó investido con el grado de General de Brigada... ¡y por el arma de Caballería!, tribulación de la que pudo librarse gracias a la intervención de su amigo, el general Gustavo A. Salas, quien lo exoneró de continuar utilizando el uniforme.⁸⁶⁰

No obstante, creemos que la producción escrita de nuestro personaje se vio notablemente afectada por sus labores extracurriculares, sobre todo las correspondientes a su cargo como director del AGN, mismo que ostentaba desde 1911,⁸⁶¹ y del cual fue cesado —después de 1913—, “...a causa de los cambios políticos”⁸⁶² que afectaban a nuestra nación.

⁸⁵⁷ Vid. Luis González y González, “El liberalismo triunfante”, pp. 699-701.

⁸⁵⁸ Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 137, *cf.* Flor de María Hurtado, “Prólogo”, p. XV, y Ernesto de la Torre Villar, “El Boletín del Archivo General de la Nación. Pulso de la historia mexicana”, en *Historia mexicana*, Vol. L, N° 4, México, COLMEX, abril-junio de 2001, p. 682 (consultado el 9 de mayo de 2016 en p. <http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/1332/1194>) (en adelante “El Boletín...”).

⁸⁵⁹ Alberto María Carreño *apud* Francisco Sosa, *El cronista...*, pp. 160 y 161.

⁸⁶⁰ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 162-173.

⁸⁶¹ Vid. Ernesto de la Torre Villar, “El Boletín...”, p. 682.

⁸⁶² Vid. Manuel Toussaint, “Evocando a Don Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 307/1.



Fig. 32. “No hubo más remedio: el pequeñín gran hombre, quien, como ya se ha dicho, apenas levantaría del suelo poco más de metro y medio, delgado y de hombros encorvados, extraordinariamente miope, tuvo que hacer su aparición con “guerrera” y pantalón de “kaki” color pardo; kepí del mismo color ostentando el águila, insignia de su alta jerarquía, [y] sus doradas espuelas, por ser General de Caballería [...] del cinturón pendían: la reglamentaria y pesada pistola, en un lado; y en el otro una cadenilla resistente y fuerte para colgar la espada, [y] en la mano el flexible látigo para impulsar la cabalgadura...” (Alberto María Carreño, *El cronista Luis González Obregón. Viejos cuadros*, México, Botas, 1938, p. 169).

En el mismo tenor, debido a su ya avanzadísima ceguera,⁸⁶³ y como lo mencionamos en el párrafo precedente, don Luis pasó de publicar libros anuales a sólo editar *Vetusteces*, en 1917, y a redactar algunos artículos que a la postre serían recopilados en sus *Croniquillas de la Nueva España*,⁸⁶⁴ lo cual no significa que sus contribuciones a la Historia, en ese lapso, deban considerarse de menor valía, pues bajo su égida el Archivo publicó diversas

⁸⁶³ Vid. Arturo Arnáiz y Freg, “Don Luis González Obregón”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente a la de Madrid* (Tomo LVI), México, Academia Mexicana de la Historia, 2015, p. 216 (en adelante “Don Luis...”). Arnáiz y Freg refiere: “Desde 1916 perdió la posibilidad de leer con sus propios ojos, pero se mantuvo siempre atento a la vida literaria de México y del mundo, gracias a los servicios de tres lectores que lo auxiliaban en las mañanas, las tardes y las noches”.

⁸⁶⁴ Vid. Luis González Obregón, *Croniquillas...*, *passim*. Los artículos que componen este libro corresponden a los años de 1910, 1911, 1917, 1918, 1921 y 1924.

series documentales, entre las que se cuentan *Libros y librerías, Las administraciones virreinales de Bucareli y Revillagigedo, y Las fundaciones de Escandón*,⁸⁶⁵ así como algunos documentos notables, entre los que destacan *Procesos de indios idólatras y hechiceros* (1912), y los utilizados tanto en la elaboración de ensayos biográficos,⁸⁶⁶ como en el par de capítulos incluidos en el que sería su último trabajo original: *Las calles de México* (1922).⁸⁶⁷

Para 1919, encontrándose ya México gobernado por Venustiano Carranza (1859-1920), se suscitó la formación de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente a la Española, organismo que, debemos referir, tuvo como primera sede la biblioteca particular de “don Luisito”,⁸⁶⁸ quien recibió, ese mismo año, la propuesta de regresar a su querido AGN, pero ya no como director —pues el gobierno de Carranza había otorgado el cargo al señor José Coéllar—,⁸⁶⁹ sino como Jefe de Historiadores.⁸⁷⁰

III

Para 1923, don Luis contaba con 58 años, y se había convertido ya en “...una figura venerable”,⁸⁷¹ tanto por la calidad y popularidad de su obra —cuyas ediciones habían sido

⁸⁶⁵ Vid. Ernesto de la Torre Villar, “El Boletín...”, p. 682.

⁸⁶⁶ Vid. Luis González Obregón, *Vetusteces*, “Fray Miguel Zugástegui”. Nuestro cronista e historiador señaló: “...su verdadero nombre y apellido es Zugástegui, como consta por el proceso original que se le formó y que tuve la fortuna de encontrar en el Archivo General y Público de la Nación”.

⁸⁶⁷ Vid. José Luis Martínez, “Vida y obra...”, p. 13, *cfr.* Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas... Los capítulos en cuestión son: “La calle de Olmedo” y “Los dos quemados”. Véase también el fragmento de Cuauhtémoc que apareció en *Letras de México*, p. 316/10, y en el cual se afirma, en una “nota del editor”, que fue ésta “la última obra histórica que D. Luis González Obregón escribió, por encargo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, [y] con motivo del obsequio que, en 1922, hizo México al Brasil de una reproducción en bronce de la notable estatua de Cuauhtémoc...”. Dicha monografía, se especifica, fue vertida al idioma portugués, lo cual se traduce en otro gran logro de nuestro personaje.

⁸⁶⁸ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 203 y 204, *cfr.* Manuel Toussaint, “Evocando a Don Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 307/1. Los miembros fundadores de la Academia fueron, además de González Obregón, Francisco de Icaza, Luis García Pimentel, Jesús Galindo y Villa, Manuel Romero de Terreros y el padre Mariano Cuevas, entre otros. Para ese entonces, todos apodaban “don Luisito” a González Obregón, quien ocupó el sillón número 10 en la referida institución.

⁸⁶⁹ Vid. Luciano Ramírez Hurtado, “Prensa carrancista: la guerra de papel”, en *Revista Zócalo*, México, 2015 (consultado el 28 de mayo de 2016, en p: <http://www.revistazocalo.com.mx/45-zocalo/5423-prensa-carrancista-la-guerra-de-papel.html>). José Coéllar dirigió, en su segunda época, a *El Pueblo*, diario surgido en la Ciudad de México el 1° de Octubre de 1914, y el cual no tardó en “convertirse en un periódico oficioso del carrancismo”.

⁸⁷⁰ Vid. Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 181, *cfr.* Manuel Toussaint, “Evocando a Don Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 1/307, y también Flor de María Hurtado, “Prólogo”, p. XV.

⁸⁷¹ José Luis Martínez, “Vida y obra...”, p. 12.

agotadas por el público y aclamadas por la crítica—,⁸⁷² como por los servicios que, sin importar su muy aguda ceguera, y desde su modesto empleo en el Archivo General y Público de la Nación, continuaba prestando a la patria;⁸⁷³ pero lo era todavía más debido a su “...carácter sencillo [y] sin altiveces...”,⁸⁷⁴ presto siempre a compartir sus conocimientos con quien así lo solicitaba, ya fuera indicando qué libro había que consultar para investigar cada tema, dónde localizar documentos o, incluso, brindando él mismo los datos necesarios y “sin la menor reticencia”,⁸⁷⁵ actitud muy diferente a la de otros eruditos, como el hermético Francisco del Paso y Troncoso,⁸⁷⁶ o el “...avaro de sus noticias...”,⁸⁷⁷ José María Marroqui, a quien por cierto, y debido a su peculiar temperamento, el señor Joaquín García Icazbalceta había impuesto el mote de “don Severo Pesado”.⁸⁷⁸

Y por todo lo anterior es que Francisco Monterde, un joven y entusiasta admirador de nuestro personaje, propuso al Ayuntamiento de la capital cambiar el nombre de la calle de la Encarnación,⁸⁷⁹ en cuya vivienda marcada con el número 9⁸⁸⁰ residía el autor del *México viejo*, por el de “Luis González Obregón”, acto que se verificó el 17 de junio de 1923, tal como lo referimos en el Preámbulo de la presente obra, y con el cual también renació una vieja tradición: la de poseer “la muy noble y leal *Ciudad de México-Tenochtitlan*” un analista oficial, cargo que tras haberse extinguido en 1761,⁸⁸¹ resurgió con la efigie de nuestro historiador, a quien desde entonces se le asoció, indisolublemente, con el término *cronista*.

⁸⁷² “Al lector”, en Luis González Obregón, *Croniquillas...*, p. 7.

⁸⁷³ *Ibidem*, *cfr.* José Luis Martínez, “Vida y obra...”, p. 12.

⁸⁷⁴ *Vid.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 201.

⁸⁷⁵ *Ibidem*, p. 209, *cfr.* Manuel Toussaint, “Evocando a Don Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 1/307, y Arturo Arnáiz y Freg, “Don Luis...”, pp. 215-218.

⁸⁷⁶ *Vid.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 65.

⁸⁷⁷ Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, “Dr. Dn. José María Marroqui”.

⁸⁷⁸ *Ibidem*. Esta noticia la consigna también el señor Arturo Arnáiz y Freg, en “Don Luis...”, p. 213.

⁸⁷⁹ *Vid.* Alberto María Carreño, *El cronista...*, pp. 205 y 206. De acuerdo a Carreño, el señor Nicolás Rangel había sido el verdadero precursor de esta idea.

⁸⁸⁰ *Cfr.* Arturo Arnáiz y Freg, “Don Luis...”, p. 215. Al referir una anécdota sobre el domicilio de González Obregón, el señor Arnáiz y Freg refiere que el mismo correspondía al número 11 de la calle en cuestión, puesto que para enviar correspondencia a nuestro cronista e historiador, “...a lo largo de los últimos quince años de su vida, había que escribirle así: ‘Don Luis González Obregón, calle de don Luis González Obregón número 11, ciudad de México’”. A menos de que se haya efectuado un cambio en la numeración de las viviendas, el dato proporcionado por don Arturo es impreciso, ya que el hogar en cuestión, y como ya lo hemos referido —y atestiguado al visitarla— es el número 9.

⁸⁸¹ Víctor Jiménez, “Texto introductorio”, p. 8. Según Jiménez, el primer cronista de la Ciudad de México fue Francisco Cervantes de Salazar —autor de los textos que hoy conocemos como *México en 1554* y *Crónica de la Nueva España*—, y el último Juan Francisco Sahagún y Arévalo Ladrón de Guevara.



Fig. 33. Aspecto actual de la que fue morada de “Fernán”, quien “...no recibió [...] un nombramiento expreso como cronista de la Ciudad. Pero como se había hecho costumbre entre los escritores llamarlo ‘el cronista Luis González Obregón’, pronto se asoció aquella designación de su calle con el título [referido]” (José Luis Martínez, “Vida y obra de Luis González Obregón”, en Luis González Obregón, *Las calles de México*, México, Patria, 1984, p. 12). En dicha vivienda se colocó una placa con la siguiente inscripción: “Esta casa fue residencia del Ilustre Investigador Mexicano Don LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN, y donde murió el 19 de junio de 1938. Dirección de Monumentos Coloniales. 1955”.

En este punto, y a manera de digresión, es posible que alguien se pregunte: ¿si don Luis era un portento de modestia, por qué aceptó entonces el enorme honor de que una calle perdiera su antigua e histórica denominación para ostentar su nombre? La respuesta es simple, y nosotros la hemos resumido con la palabra “coherencia”, pues al haber insistido tanto nuestro historiador en la importancia que se debía otorgar al estudio de las calles, cuyos nombres estaban relacionados, en no pocas ocasiones, con “...las personas notables que en ellas tuvieron sus moradas...”,⁸⁸² y en cuyas casas era de sentirse la carencia de “...una

⁸⁸² Vid. Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LX: “Las calles de México”.

señal, [o] una humilde inscripción”⁸⁸³ que recordara o informara al transeúnte quiénes las habían habitado, hubiera sido el más grande de los sinsentidos el que él, y en específico él, como cronista e historiador de la Ciudad, hubiera rechazado tal privilegio; igual y finalmente debemos señalar que González Obregón manifestó, en su momento, que el pueblo era el único calificado para bautizar y despojar de su nombre a una calle,⁸⁸⁴ lo cual, hemos podido apreciar, aconteció con el renombramiento de su arteria homónima.

IV

Tras el homenaje recibido, lo repetimos, González Obregón quedó perenemente asociado a la palabra *cronista*, circunstancia que nos ha llevado a reflexionar sobre los siguientes puntos: ¿en verdad es correcto aplicar dicho término a nuestro personaje? ¿Existe, en su caso, alguna diferencia tajante entre las acepciones *cronista* e *historiador*? Y de ser así ¿deberíamos utilizar alguna de las dos para referirnos a él?

Nos parece que la mejor forma de comenzar a resolver las cuestiones proferidas es, por supuesto, consignando el significado del término *crónica*, vocablo que generalmente se ha concebido como una raquílica relación de hechos en la que su creador ha registrado, *cronológicamente*, a los mismos uno tras otro, pero sin mayor intención que la de informar de ellos.⁸⁸⁵ Empero, el término que intentamos desentrañar tiene su historia, y en ella pasó de ser un dato escueto añadido a una fecha —tal como se estilaba en la Edad Media— a un escrito mucho más complejo,⁸⁸⁶ cuyo significado para el siglo XVIII, era ya el de: “...historia o annales en que se trata la vida de los Reyes, ú de otras personas heroicas en virtud, armas o letras, [y] *relación* de los *sucesos*, referidos brevemente por años...”⁸⁸⁷ definición que podemos apreciar, podía apenas distinguirse de la del vocablo *historia*, cuyo significado era: “...*relación* hecha con arte, [y] descripción de las cosas como ellas fueron por una narración continuada y verdadera de los *sucesos* más memorables y las acciones más célebres”.⁸⁸⁸ Por lo tanto, el *cronista*, o encargado de escribir las “...historias, ó

⁸⁸³ *Ibidem*, Cap. I: “La leyenda del labrador”.

⁸⁸⁴ *Ibidem*, Cap. L: “La calle de las canoas”.

⁸⁸⁵ *Vid.* Álvaro Matute, “Crónica...”, pp. 711 y 712.

⁸⁸⁶ *Ibidem*, p. 713.

⁸⁸⁷ *Diccionario de la lengua II...*, p. 335.

⁸⁸⁸ *Diccionario de la lengua IV...*, p. 162.

annales, particularmente de las vidas de los Reyes, ú hombres heroicos”,⁸⁸⁹ y el *historiador*, o aquel sujeto que simplemente “...escribe y compone la Historia”,⁸⁹⁰ se convirtieron prácticamente en uno, y como tal permanecieron hasta la centuria decimonovena, misma en que se les constriñó a recuperar sus “formas” y labores primigenias.

V

Se ha concebido al siglo XIX como “...una época impregnada de auto conciencia histórica, [en la que] los hombres registraban, *en forma narrativa*, los acontecimientos que vivían...”,⁸⁹¹ postulado que no hace sino responder a otro planteamiento, consistente en que “...la historiografía de una época debe ser valorada con los cánones vigentes entonces”.⁸⁹² Estas dos acepciones nos permiten abordar el peliagudo asunto del deslinde —acontecido, en el caso de México, tras el arribo del positivismo— entre la Historia “científica” y la “simplemente’ narrativa”, misma en que quedó comprendida, debido a sus dotes literarias implícitas⁸⁹³ y en ocasiones muy cercanas a las de la novela, la *crónica*.

Aunque en los umbrales de la centuria en cuestión, la historiografía era considerada una rama de la Literatura,⁸⁹⁴ los románticos mexicanos, o al menos la mayor parte de ellos, entre los que destacaremos —cómo no— a los *Paladines de la Historia*, se distinguieron por no confundir los fines específicos y correspondientes a cada una de las disciplinas aludidas, pues para ellos, al igual que para muchos historiadores modernos, la búsqueda de la verdad era el objetivo primordial y característico de la asignatura de Clío.⁸⁹⁵ Sin embargo, y como bien lo ha manifestado otro autor contemporáneo, los caudillos del romanticismo, pese a poseer un amplio y favorable concepto del conocimiento científico, y ser conscientes de que lo “positivo” y “lo humano” eran saberes que, lejos de contraponerse, se complementaban,⁸⁹⁶ fueron cada vez más estigmatizados —sobre todo en la segunda mitad del siglo que revisitamos— por los prosélitos de Barreda, quienes

⁸⁸⁹ *Diccionario de la lengua II...*, p. 335.

⁸⁹⁰ *Diccionario de la lengua IV...*, p. 162.

⁸⁹¹ Arthur C. Danto, *op. cit.*, p. 66.

⁸⁹² *Vid.* Álvaro Matute, “Crónica...”, p. 714.

⁸⁹³ *Ibidem*, p. 716.

⁸⁹⁴ *Vid.* José Ortiz Monasterio, “Estudio preliminar”, p. 34, *cfr.* Nicole Giron, “Ignacio Manuel Altamirano”, p. 266.

⁸⁹⁵ *Supra*, Cap. 4.

⁸⁹⁶ *Vid.* Jorge Ruedas de la Serna, “Una literatura para la vida”, p. 15.

habiéndose proclamado constructores de la nueva nación, los acusaron de defender y poner en práctica ideas tan “sentimentales” como obsoletas e inservibles en un país que, para sobrevivir ante los embates del mundo, necesitaba de habitantes “egoístas, violentos, ambiciosos y materialistas (cualquier parecido con la actualidad, es pura coincidencia...)”, o lo que es igual, de hombres que sin preocuparse por su pasado, llevaran la acción y la vida práctica a su cúspide,⁸⁹⁷ situación que igualmente repercutió en la concepción de la crónica, siendo el pensamiento de Justo Sierra Méndez el caso paradigmático de nuestro argumento, como lo intentaremos ejemplificar a continuación.

Habiéndose iniciado como romántico, Sierra Méndez fue poeta, cuentista, educador, político, literato e historiador,⁸⁹⁸ y sus bellísimas narraciones, entre las que se cuenta la inconclusa *El ángel del porvenir*,⁸⁹⁹ le llevaron a ser considerado “el primer prosista mexicano de su época”.⁹⁰⁰ Empero, y con el transcurrir de los años, el otro “Maestro” —como también se le conocía, pues el primero fue Altamirano—⁹⁰¹ se “convirtió” al positivismo,⁹⁰² circunstancia que, ya lo hemos referido, le llevó a perorar, mientras reseñaba el tomo segundo de *México a través de los siglos*: “Los [300 años] del gobierno colonial, exceptuadas sus dos extremidades: la que se desprende de la conquista y la que se pierde en las convulsiones de la insurrección de 1810, son monótonos [y] áridos; la *historia* en ellos tiende a *retrogradar* hacia la *crónica* y [ésta] a pulverizarse en efemérides...”,⁹⁰³ pronunciamiento que nos permite apreciar y ratificar, en forma precisa, que la *crónica* fue concebida y/o convertida en “algo” con menos valor que la Historia, o lo que es igual, en un género que a diferencia de ésta, no era producto de un pensamiento reflexivo, sino de una acción más elemental y consistente en la mera, ramplona y muchas veces hermosa consignación de los hechos.⁹⁰⁴

⁸⁹⁷ *Ibidem*, pp. 13-15.

⁸⁹⁸ *Vid.* Artemio de Valle-Arizpe, *Por la vieja calzada...*, p. 325, *cf.* Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 165, y Luis González Obregón, *Ensayos históricos y biográficos*, “Don Justo Sierra. Historiador”.

⁸⁹⁹ *Vid.* Luis González Obregón, *Breve noticia...*, p. 29.

⁹⁰⁰ *Vid.* Artemio de Valle-Arizpe, *Por la vieja calzada...*, p. 326.

⁹⁰¹ *Vid.* Francisco Monterde, *Aspectos literarios...*, p. 148. Ignacio Manuel Altamirano “fue maestro por excelencia: educador, formaría a las generaciones que siguieron a la que logró el triunfo de la Reforma, tras la Intervención francesa. Recibe el título de maestro de Ignacio Ramírez y lo conserva dignamente hasta que de él pasa, enaltecido, al maestro Justo Sierra”.

⁹⁰² *Vid.* Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana...*, p. 239.

⁹⁰³ *Loc. Cit.*

⁹⁰⁴ *Vid.* Álvaro Matute *apud* Benedetto Croce, “Crónica...”, p. 712.

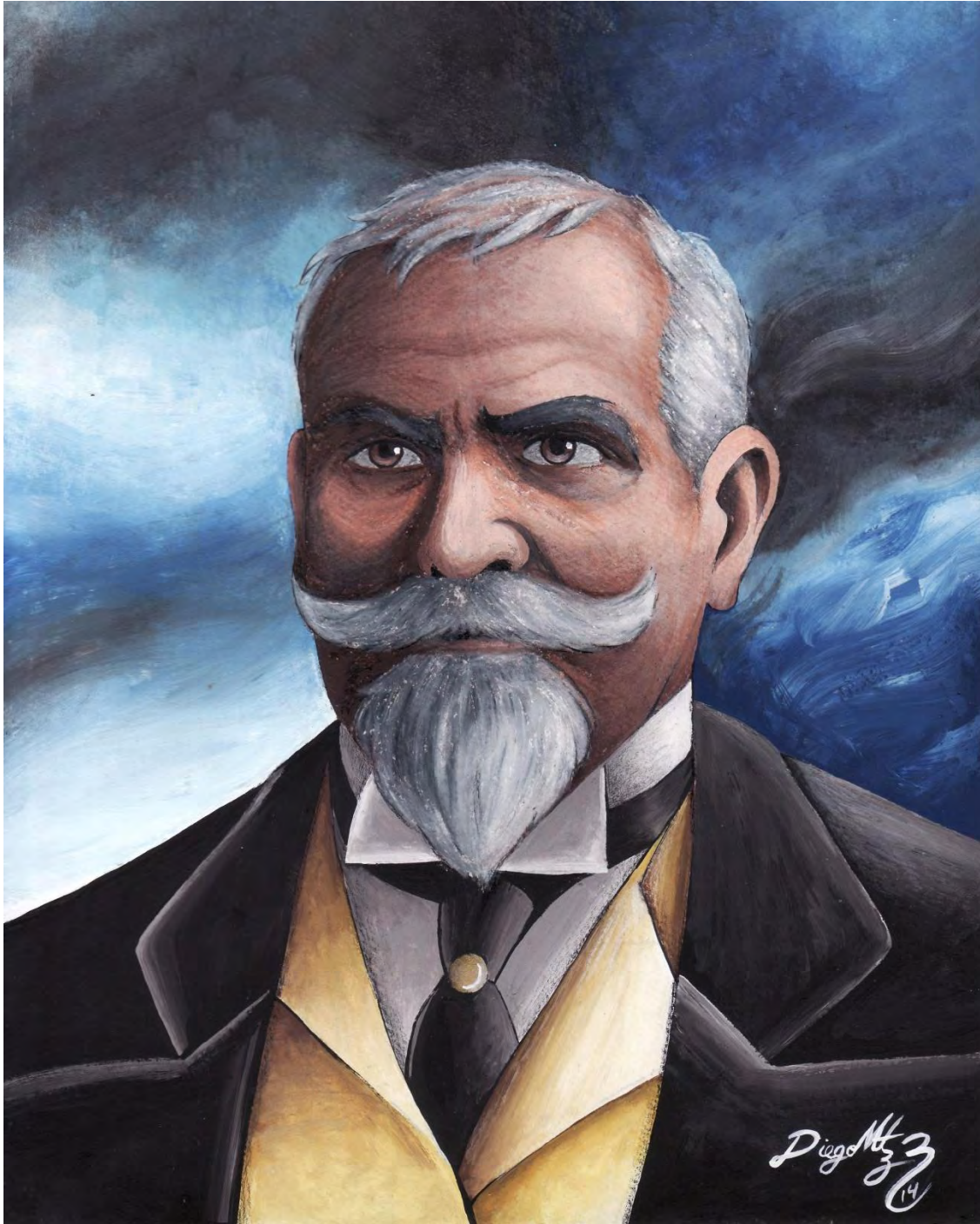


Fig. 34. “El periodo juvenil y brillante de las grandes teorías absolutas fundadas sobre un corto número de hechos insuficientemente observados, ha desaparecido, y sólo de vez en cuando algún rezagado adorador de los procedimientos añejos publica su sistema histórico y social, especie de cosmos, sin más valor que el literario, obra de arte, que no de ciencia, en suma. A ese que llamaríamos el periodo de las ciencias sociales, ha sucedido el realista, si vale decirlo así, el positivo, para darle nombre legítimo” (Justo Sierra Méndez en Álvaro Matute, “Notas sobre la historiografía positivista mexicana”, en *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, N° 135, México, Instituto Mora, septiembre-diciembre, 1991, p. 52 (consultada el 07 de abril de 2016, en <http://secuencia.mora.edu.mx/index.php/Secuencia/article/view/356/332>).

Empero, y como lo mencionamos líneas atrás, los *Paladines* no fueron ingenuos admiradores de Clío, pues atendiendo a las exigencias de su tiempo, atribuyeron y/o advirtieron ciertas características en la menospreciada crónica, mismas que aprovecharon para sugerir el enriquecimiento del discurso histórico. Así, don Guillermo Prieto llegó a referir: “Llenas de belleza están las novelas históricas [y] a nadie se le ha ocurrido recomendarlas para el estudio de la Historia...”,⁹⁰⁵ lo mismo que: “Cuando no se vale de la narración, los pueblos pierden irremisiblemente su historia [y] sus tradiciones...”,⁹⁰⁶ frases que denotan su permanente preocupación por la belleza y/o la amenidad de estilo con que consideraba debía revestirse a la historiografía y que, no obstante, era más común encontrar en la crónica, tal como nos lo permiten corroborar las siguientes citas, igualmente proferidas por él: “...a sus narraciones políticas, a sus rasgos anecdóticos, a sus detalles biográficos les comunicaba tantas variadas de crónica *escandalosa*, que es un dolor que no se puedan trasladar al papel”;⁹⁰⁷ “...una crónica divina, misteriosa, accidentada y sembrada de secretos increíbles...”,⁹⁰⁸ y, por último, “la crónica escandalosa, con *ciertos* o *supuestos fundamentos...*”,⁹⁰⁹ pronunciamiento que además de ratificar la importancia narrativa característica del género en cuestión, nos permite observar que siempre hubo conciencia sobre la diferencia entre los tipos en que el mismo se dividía, los cuales, apeándonos a un artículo moderno, referiremos como crónica que, al acatar ciertos cánones historiográficos —que puntualizaremos más adelante—, sí es historia, y crónica que, sin preocupación alguna por seguirlos, sí es literatura.⁹¹⁰

Manuel Payno, por su parte, reconoció a Guillermo Prieto como “el cronista por derecho propio”,⁹¹¹ lo cual es sumamente importante para nosotros, ya que si nos remitimos al acto en el que hablamos de las costumbres,⁹¹² recordaremos que su estudio, en lo que a González Obregón respecta, tenía un fin moral, y que éste consistía tanto en la preservación de las mismas, como en su depuración y mejoramiento, un objetivo que, podríamos pensar, los emisarios de Clío observaron en aquéllos a los que consideraban cronistas, personajes

⁹⁰⁵ Guillermo Prieto, “La polémica Prieto-Rébsamen”, en *Polémicas y ensayos...*, p. 348.

⁹⁰⁶ Guillermo Prieto, *Romancero Nacional*, p. 35.

⁹⁰⁷ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 34.

⁹⁰⁸ *Ibidem*, p. 46.

⁹⁰⁹ *Ibidem*, p. 463.

⁹¹⁰ Álvaro Matute, “Crónica...”, pp. 717-721.

⁹¹¹ *Vid.* Jorge Ruedas de la Serna, “Prólogo”, p. 17.

⁹¹² *Supra*, pp. 120-131.

que estando destinados a preservar los valores históricos de la *ciudad* —en su acepción distintiva de *urbe*—,⁹¹³ buscaban igualmente despojarla de toda manifestación de primitivismo y atraso.⁹¹⁴

Y ya que de Payno hemos hablado, referiremos que el mismo dio muestra fehaciente del valor de la crónica como fuente, lo cual podemos leer a continuación: “La narración de los últimos días de este infortunado monarca, se refiere en este artículo enteramente ajustada a las historias y *crónicas* antiguas”,⁹¹⁵ lo mismo que “...pasaron muchos años antes de que se supiera lo que había de *verdad* en todo lo que no parecía más que un cuento, hasta que don José Gómez de la Cortina, literato distinguido y además curioso indagador de todas nuestras antiguas *crónicas*, publicó un escrito...”.⁹¹⁶ Este apego a las fuentes para llegar a la verdad, aunado a la crítica e interpretación de las mismas, constituía uno de los cánones historiográficos que tanto hemos mencionado, y cuyo cumplimiento no hacía sino estrechar, una vez más, los lazos de parentesco entre los cronistas que se ajustaban a tal precepto, y los historiadores.

Vicente Riva Palacio, el tercero de los *Paladines*, definió a la crónica como una descripción “...detallada y minuciosa de los sucesos y de la intervención de los hombres que en ellos se encontraron...”.⁹¹⁷ No obstante, y pese a que igualmente manifestó que la misma y la Historia se prestaban mutuos auxilios, y que incluso eran indispensables entre sí, consideró que correspondía sólo a la última el “ofrecer positiva utilidad en lo porvenir”.⁹¹⁸ Empero, se dice que “del dicho al hecho hay mucho trecho”, y el General señaló, en otro de sus escritos, que aún no estaba claro el campo que debía separar al cronista del “verdadero historiador”,⁹¹⁹ erudito que aún se resistía a descender al estudio de aquellas minucias que muchos consideraban inútiles, pero que, según nuestro personaje —y tal como lo demostró en su obra—, permitían apreciar mejor la magnitud de los acontecimientos.⁹²⁰

⁹¹³ *Loc. Cit.*

⁹¹⁴ *Vid.* Jorge Ruedas de la Serna, “Prólogo”, pp. 15 y 16.

⁹¹⁵ Manuel Payno, *El libro rojo*, “Moctezuma”.

⁹¹⁶ *Ibidem*, “Don Juan Manuel”.

⁹¹⁷ Vicente Riva Palacio, “Consideraciones...”, p. 232.

⁹¹⁸ Vicente Riva Palacio, “Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España”, en *Ensayos históricos*, p. 284.

⁹¹⁹ Vicente Riva Palacio, “Consideraciones...”, p. 234.

⁹²⁰ *Loc. Cit.*

Para Ignacio Manuel Altamirano, el historiador podía aprender mucho del cronista, ocupando el primer lugar entre dichas enseñanzas, su estilo, en el cual la belleza de la forma corría pareja con el interés del asunto que se trataba,⁹²¹ y en cuyo proceso narrativo, la inventiva, al fungir como un “adorno” que permitía “...completar sucesos [y] acomodar situaciones...”,⁹²² pero sin intervenir en la veracidad de los sucesos, desempeñaba un papel esencial.⁹²³ Por ejemplo... no tendría mayor importancia si leyésemos en un libro de historia: “Cuitláhuac, el décimo y gallardo tlatoani del poderoso ‘imperio’ mexicana, era poseedor de una valentía excepcional”, lo grave sería que se hubiera afirmado, en el imaginado texto, que fue esa condición humoral la responsable de su llegada al poder.



Fig. 35. El propósito de Altamirano era estimular la producción literaria. “En sus crónicas [...] adopta una actitud original, que va unida a la novedad de la forma. No son ya los artículos tradicionales, que sólo informan o comentan, sino algo más ligero y grato”. (Francisco Monterde, *Aspectos literarios de la cultura mexicana. Poetas y prosistas del siglo XVI a nuestros días*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1975, p. 153).

⁹²¹ Vid. Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “La vida en México”.

⁹²² Alberto María Carreño, “Erudición de Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 7/313.

⁹²³ *Ibidem*.

En segunda instancia, el Maestro consideró que la materia para el cronista, al igual que para el historiador, estaba constituida por la realidad, es decir, por los grandes y pequeños sucesos, además de las personas y los ambientes,⁹²⁴ aunque, no obstante, atribuía cierta ventaja al emisor de Clío sobre su “símil”, y la misma consistía en la reflexión que sobre los hechos podía y debía formular, a diferencia del cronista, el cual se tenía que conformar con apenas “...permitirse, como conversando, exponer una teoría política o una observación moral...”⁹²⁵ sobre los asuntos que *describía*, vocablo al que debemos prestar atención y que utilizaremos como coyuntura para concluir el presente acto, en el cual intentamos demostrar que González Obregón aprovechó los elementos que, de la crónica y sus cultivadores, los *Paladines* habían considerado “benéficos” —a saber: la belleza en el estilo, la veracidad en los argumentos, su fin moral, el interés y/o peculiaridad de los asuntos abordados, y la supuestamente poca reflexión de los cronistas sobre los mismos—, para construir y enriquecer su propio discurso histórico, circunstancia que ya pudimos apreciar cuando analizamos al *México viejo*, y que igualmente le llevó, en nuestra opinión, tanto a ser lo que él mismo y algunos sus coetáneos consideraban un cronista, “por la forma” con que dotó a su obra, como un historiador “por el fondo” de la misma.

En consonancia con el párrafo anterior, deseamos finalizar el presente acto poniendo de manifiesto nuestra afinidad hacia los planteamientos emitidos por un moderno filósofo estadounidense, el cual se pronunció a favor de la unidad entre el arte de Clío y la *crónica*, pero la “que sí es historia”,⁹²⁶ géneros a los que, debido a sus innegables similitudes, entre las que se cuentan sus estatus como relaciones bien fundamentadas de lo sucedido, y como narraciones que al *describir* e interconectar acontecimientos *explican* e *interpretan* un proceso —lo cual constituye, por cierto, el objetivo mínimo del quehacer del historiador—, consideró “una sola pieza”.⁹²⁷

⁹²⁴ *Loc. Cit., cfr.*, Francisco Monterde, “Crítica estimulante...”, p. 18.

⁹²⁵ Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas...*, “La vida en México”.

⁹²⁶ *Vid.* Álvaro Matute, “Crónica...”, pp. 715-718. De acuerdo a este autor, la crónica, cuando obedece a los cánones que condicionan la creación historiográfica, entre los que destacan el apego a fuentes primarias, la crítica de las mismas, la aplicación de la hermenéutica y la etiología, y la interpretación de los hechos por parte de sus redactores, pero de aquéllos que no se abstienen “...de ver las cosas desde dentro, ni de vitalizar sus discursos”, es un género historiográfico “con todas las de la ley”, a diferencia de la denominada “crónica que sí es literatura”, misma que, debido a las libertades que se permiten sus creadores, es principal y únicamente el bello registro del acontecer diario.

⁹²⁷ *Vid.* Arthur C. Danto, *op. cit.*, pp. 58-97.

VI

“Durante los meses de diciembre [de 1937] y enero [de 1938], la Muerte llamó con recios y constantes aldabazos a las puertas de la mansión colonial o, al menos, de aspecto colonial, en donde moraba uno de los más puntuales cronistas de lo que en otros días fue la Nueva España. Luis González Obregón se moría, se moría sin remedio...”.⁹²⁸ Empero, aún pudo nuestro historiador sobreponerse a la enfermedad... o por lo menos el tiempo necesario para visitar, por última vez, “...su amado Archivo General...”,⁹²⁹ y para que un discípulo suyo, Alberto María Carreño, también conocido como “El Monacillo del Sagrario”, le propusiera la elaboración de su biografía, misma que al ver la luz llevó por título: *El cronista Luis González Obregón (Viejos cuadros)*.⁹³⁰

Ignoramos, atento lector, el alcance mediático que haya tenido el estado de salud de nuestro personaje, pero lo cierto es que a partir de 1936, y “como adelantándose a su muerte”, la casa editora de Gabriel Botas comenzó a reimprimir algunos de sus trabajos, mismos que, salvo el primero de la lista, aparecieron recopilados bajo los siguientes y nuevos nombres: *Las Calles de México* (1936), *Croniquillas de la Nueva España* (1936); *Ensayos históricos y biográficos* (1937);⁹³¹ *Novelistas Mexicanos. José Joaquín Fernández de Lizardi (El Pensador Mexicano)* (1938),⁹³² y el que ahora nos compete: *Cronistas e historiadores* (1937),⁹³³ obra con la que esperamos ratificar, tomando como base los escritos que la conforman y que creemos fueron seleccionados por nuestro autor,⁹³⁴

⁹²⁸ Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 5.

⁹²⁹ *Ibidem*, p. 212.

⁹³⁰ *Ibidem*, p. 7.

⁹³¹ *Vid.* Luis González Obregón, *Ensayos históricos y biográficos, passim*. Los artículos que componen a este título, con la fecha de su publicación y/o redacción original entre paréntesis —cuando fue posible conocerla— son: “Las lenguas indígenas en la conquista de la Nueva España (escrito en 1916)”, “Fray Melchor de Talamantes (1909)”, “D. Juan Álvarez (1890)”, “D. Manuel Doblado (1890)”; “D. León Guzmán (1890)”, y “Don Justo Sierra. Historiador (1907)”.

⁹³² *Vid.* Luis González Obregón, *El Pensador Mexicano...*, *passim*. Componen a esta obra: “Don Joaquín Fernández de Lizardi (1888)”, diversos apéndices y la disertación intitulada: “Los restos del Pensador Mexicano (previamente publicada en 1893)”.

⁹³³ *Vid.* Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores, passim*. Esta obra está constituida por los siguientes escritos: “El Capitán Bernal Díaz del Castillo (1894)”; “El abate Francisco Javier Clavijero (1917)”; “Vida y Obras de Don José Fernando Ramírez (1901)”; “Don Francisco del Paso y Troncoso”; “Dr. D. José María Marroqui”, y “Genaro García, su Vida y su Obra”.

⁹³⁴ *Ibidem*. Nuestro personaje consagró esta obra a la memoria de sus maestros y amigos, los señores Jacobo María Sánchez de la Barquera, José María de Ágreda y Sánchez, Vicente de P. Andrade y Francisco Sosa. El hecho de que una dedicatoria aparezca al principio de la misma, es el que nos hace pensar que fue el propio González Obregón quien seleccionó los ensayos que conformaron a dicho libro.

los postulados que ya hemos mencionado separaban y/o unían, para él, a ambos tipos de escudriñadores del pasado.

De la historia de Bernal Díaz del Castillo, cuyo nombre aparece acompañado con el mote de “Conquistador y Cronista de Nueva España”, don Luis exaltó, más que ningún otro aspecto, su *estilo*, al cual describió, pese a sus defectos de fondo y forma, como pintoresco y lleno de vida y colorido, capaz de transportar al lector a los tiempos rememorados en sus páginas, misión que el verdadero cronista, “desaliñado, pero sincero”,⁹³⁵ compartía con los emisarios de Clío, pues hemos de recordar que para nuestro personaje no merecía el dictado de historiador quien no se trasladaba a los tiempos que relataba, ni familiarizaba a los lectores con los sucesos que narraba, o con los personajes que presentaba.⁹³⁶ En el mismo canon, y de los cronistas e historiadores que sucedieron a Bernal en el texto que revisitamos, Fernán destacó la nada cansina y amena forma que, en su perspectiva, y siendo diametralmente opuesta a la de los historiadores muy eruditos, o muy literarios, distinguió a la obra del jesuita Clavijero,⁹³⁷ y otro tanto refirió sobre el doctor Marroqui, “minucioso cronista” cuyo estilo no era “...elegante, ni ameno [y] tampoco pintoresco...”,⁹³⁸ pero sí cautivante por su sencillez y corrección, alejado de los “purismos académicos”,⁹³⁹ características en las que don Luis puso énfasis más de una vez:

Tanto los escritos de los conquistadores como de los religiosos, recomiéndanse por los asuntos en ellos tratados, por la corrección del estilo, por el interés que supieron darles: son casi modelos de obras históricas al modo como se escriben ahora las modernas, tanto por la variedad de las informaciones que contienen, cuanto por el método y crítica que distinguen a varios de ellos.⁹⁴⁰

En cuanto a la veracidad contenida en las obras de estos cronistas e historiadores, y que mucho tiene que ver con la crítica y reflexión sobre los hechos contenidos en las mismas, Fernán señaló que la *Historia verdadera*... era, junto con las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, “...el documento más auténtico y veraz [...] para escribir la historia de la Conquista”,⁹⁴¹ y que ello se debía tanto a las atinadas reflexiones, como a los juicios

⁹³⁵ *Ibidem*, “El Capitán Bernal Díaz del Castillo”.

⁹³⁶ *Loc. Cit.*

⁹³⁷ *Vid.* Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, “El abate Francisco Javier Clavijero”.

⁹³⁸ *Ibidem*, “Dr. Dn. José María Marroqui”.

⁹³⁹ *Ibidem*.

⁹⁴⁰ *Loc. Cit.*

⁹⁴¹ Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, “El Capitán Bernal Díaz del Castillo”.

acertados y las críticas punzantes que, siendo más propias de un “genuino” historiador —el encargado de buscar y encontrar las causas de los hechos—, se encontraban presentes en sus páginas;⁹⁴² de Clavijero refirió que ni en aras de la belleza de estilo había sacrificado la precisión y exactitud de sus escritos, mismos en que se traslucían sus muy particulares interpretaciones, las cuales, a su vez, estaban sustentadas en “oportunas autoridades”, o lo que es igual, en las crónicas y anales que, con la desconfianza y reserva debidas, previa, atenta y reflexivamente había leído;⁹⁴³ de José Fernando Ramírez refirió que había sido el encargado de cimentar la crítica histórica nacional, ya que sólo él, después del autor de la *Historia antigua de México*, y tras haberse despojado de fanatismos de toda clase, había logrado superar el estatus de cronista “más o menos imparcial”.⁹⁴⁴

En cuanto a Francisco del Paso y Troncoso, nuestro personaje consignó la siguiente frase: “...la investigación de la verdad, que a todos nos interesa por igual”,⁹⁴⁵ misma que corresponde, indudablemente y como lo hemos referido ya, a su idea de la Historia, al igual que la subsecuente, misma en la que puso énfasis en la reflexión que sobre los hechos debe caracterizar al historiador: “...me separo de quienes opinan que los documentos históricos deben darse a la luz desprovistos de *aclaraciones y comentarios* de quienes así los publican reservando sus *opiniones*”;⁹⁴⁶ otro tanto, y en el mismo canon, apuntó don Luis del doctor Marroqui, en cuyas narraciones no faltaban “...reflexiones atinadas, justas y severas críticas, y sentenciosos epifonemas”;⁹⁴⁷ por último, y en tono contrastante, Fernán describió a su amigo Genaro García como un historiador ingenuo, “al estilo de Bernal Díaz del Castillo”, y sentimental y apasionado como fray Bartolomé de las Casas, lo cual se debió a la marcada imparcialidad que, obedeciendo en ocasiones a los intereses personales y quizá demasiado subjetivos de algunos historiadores⁹⁴⁸ —y en claro detrimento de lo que se nos enseña ha sido ordenado por Clío—, advirtió en sus obras, especialmente en la intitulada *Carácter de la Conquista Española en América y México*.⁹⁴⁹

⁹⁴² *Ibidem*.

⁹⁴³ *Ibidem*, “El abate Francisco Javier Clavijero”.

⁹⁴⁴ *Ibidem*, “Vida y obras de Don José Fernando Ramírez”.

⁹⁴⁵ *Ibidem*, “Don Francisco del Paso y Troncoso”.

⁹⁴⁶ *Ibidem*.

⁹⁴⁷ *Ibidem*, “Dr. Dn. José María Marroqui”.

⁹⁴⁸ *Vid.* Luis González Obregón, “Prólogo 2”, pp. II-VI.

⁹⁴⁹ *Vid.* Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, “Genaro García, su Vida y su Obra”.

VII

Inherente a la *verdad* es el *desmentir*, y en este sexteto de personajes, Fernán advirtió dicho axioma, fundamental en su propia idea de la Historia —disciplina cuyos cultivadores deben ser amantes de la veracidad y enemigos de las pasiones—,⁹⁵⁰ y del que sólo consignaremos un par de ejemplos, perteneciendo el primero de ellos a la obra del “Conquistador y Cronista de Nueva España”, escrito del cual nuestro personaje señaló que suministraba testimonios irrecusables para purificar, en el fuego de la verdad,⁹⁵¹ tradiciones que se tenían como ciertas, tales son los casos de Jerónimo de Aguilar y su mentada “castidad”, misma que no le impidió enfermar y morir de sífilis; de las supuestas —y tan “ciertas” como las guadalupanas—⁹⁵² manifestaciones del apóstol Santiago, de quien decían se aparecía en medio de las batallas entre mexicas y españoles para favorecer a éstos,⁹⁵³ y del legendario “Salto de Alvarado”, mismo que historió en su *México viejo*;⁹⁵⁴ y el segundo extraído de la obra de quien fuera presidente de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, personaje que en su momento dejó entrever su interés por la necesaria rectificación de las numerosas consejas que no sólo caracterizaban, sino también formaban parte de los anales patrios.⁹⁵⁵

En cuanto al “amor por los detalles que muchas veces hacen más luz sobre una época y dan más ideas sobre hechos y personas, que serías síntesis siempre superficiales de períodos que comprenden muchos siglos”,⁹⁵⁶ y que es característico en su concepción de la Historia, don Luis destacó su presencia y papel en la obra de los personajes revisitados. Así, de las minucias presentes en la crónica de Díaz del Castillo, señaló que aunque parecían triviales y fuera de lugar, formaban un conjunto que permitía al lector formarse idea cabal de las

⁹⁵⁰ Vid. Luis González Obregón, “Prólogo 2”, pp. V y VI.

⁹⁵¹ *Loc. Cit.*

⁹⁵² Vid. “Noticias diversas”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 55, Tomo 110, Núm. 17,591, México, 19 de agosto de 1896, p. 3. Aunado a nuestro escepticismo, hemos traído este tema a colación sólo para referir que en 1896, y a raíz de la famosa carta en la que don Joaquín García Icazbalceta demostró “de manera irrefutable que la historia de la aparición de la Virgen de Guadalupe [era] una fábula”, González Obregón, hombre “versadísimo en historia antigua de México”, fue considerado una “autoridad” antiaparicionista en cuanto a tan espinoso, cuestionable, polémico y en ocasiones, para nosotros los ateos, hasta risible tema respecta.

⁹⁵³ Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, “El Capitán Bernal Díaz del Castillo”.

⁹⁵⁴ *Loc. Cit.*

⁹⁵⁵ Vid. Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, “Vida y obras de Don José Fernando Ramírez”.

⁹⁵⁶ *Loc. Cit.*

cosas y los hombres de la conquista, es decir, sus creencias, hábitos,⁹⁵⁷ supersticiones, vicios, enfermedades, apodos, etc.;⁹⁵⁸ en el mismo canon destacó, de la obra de Francisco Xavier Clavijero, el interés vertido en cuanto a la vida interna de los antiguos mexicanos, como su "...idioma, religión, gobierno, milicia, ciencias, artes y costumbres",⁹⁵⁹ y a través de líneas muy parecidas, se refirió a los trabajos del señor Del Paso y Troncoso, que tras haber recopilado numerosos textos escritos en náhuatl, disertó sobre la poesía, la mitología, los cantares, las artes, los hábitos y las tradiciones y leyendas de los *mexica*, todo ello con el fin de brindar al lector una idea completa sobre "...la índole de [un] pueblo",⁹⁶⁰ método que también fue practicado por José María Marroqui, cuya obra cumbre, *Las calles de México*, es:

...fuente abundante de informaciones que en vano se buscarán en obras impresas. Y no sólo sobre la historia local de la ciudad de México, también sobre la historia general de la Colonia hispánica. Costumbres, creencias populares, tradiciones, fiestas religiosas y civiles; noticias administrativas e históricas sobre los diversos ramos de la hacienda pública: cédulas, reales órdenes y otros documentos legislativos acerca de encomiendas y de la esclavitud de los negros o de los indios...⁹⁶¹

Y ya que a algunos tipos de papeles oficiales hemos aludido en la cita precedente, no podemos culminar el presente acto sin referirnos al señor Genaro García, que se distinguió por haber aportado a la historia nacional una gran cantidad de documentos inéditos y relativos, tanto a nuestra revolución de Independencia como a los protagonistas de la misma, entre los que se encuentran, por mencionar sólo algunos ejemplos, los procesos en contra de Ignacio Allende y Leona Vicario, cuyas fojas no eran pobres en noticias contemporáneas e ignoradas,⁹⁶² hasta entonces, por los emisarios de Clío.

VIII

Insoslayable es, para finalizar este capítulo, disertar sobre un aspecto común entre las obras pertenecientes al sexteto de cronistas e historiadores que revisitamos y la historiografía

⁹⁵⁷ Vid. Luis González Obregón, *Las calles de México*, Botas..., "Fiestas reales en la Plaza Mayor". En este episodio, González Obregón refiere uno de tantos ejemplos sobre las costumbres presentes en la obra del ameno cronista y conquistador: "Salvo los cuchillos que servían para trinchar, no menciona Bernal Díaz del Castillo ni cucharas ni tenedores, y en efecto, todavía en esa época se comía aquí con los dedos..."

⁹⁵⁸ Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, "El Capitán Bernal Díaz del Castillo".

⁹⁵⁹ *Ibidem*, "El abate Francisco Javier Clavijero".

⁹⁶⁰ *Ibidem*, "Don Francisco del Paso y Troncoso".

⁹⁶¹ *Ibidem*, "Dr. Dn. José María Marroqui".

⁹⁶² *Ibidem*, "Genaro García, su Vida y su Obra".

obregoniana: el ingente patriotismo que las distingue, pues tanto en la crónica de Bernal Díaz del Castillo, como en las historias de sus sucesores, y en el *México viejo* —por mencionar sólo un ejemplo—, puede vislumbrarse el nacimiento y el desarrollo de una nación que a partir de la Conquista ya no fue india ni española, sino criolla y posteriormente mestiza, circunstancia que nuestro personaje resaltó en numerosas ocasiones, como aquella en que fingiéndose el “Conquistador y Cronista de Nueva España”, exhortó a los connacionales a reconocer y valorar la parte hispana de su pasado,⁹⁶³ o cuando manifestó que “antes de la publicación de la *Storia Antica del Messico* por el padre Clavijero, nuestra *literatura histórica* no contaba sino las crónicas más o menos extensas escritas por religiosos o seculares, pero que no presentaban el cuadro *completo* de la civilización mexicana...”⁹⁶⁴ —circunstancia que podemos traducir en su ambigua aceptación del pasado indígena como parte esencial en la conformación de nuestra nacionalidad, pues de dicha época, y como puede apreciarse en las obras que dedicó al cacique de Texcoco y a Cuauhtémoc, enalteció con fervor a aquéllos que consideró como *los más tempranos defensores del sempiterno México*—,⁹⁶⁵ lo mismo que en los casos de José Fernando Ramírez, cuya obra —que parte de la época prehispánica y alcanza los tiempos del Segundo Imperio—⁹⁶⁶ definió como “...luz brillantísima para iluminar las densas tinieblas que envuelven el pasado de la patria historia...”,⁹⁶⁷ y de Francisco del Paso y Troncoso, que una vez consagrado a la historia nacional, se preocupó siempre por que la misma se divulgara, ya fuera en su vertiente “azteca” o novohispana.⁹⁶⁸

⁹⁶³ *Loc. Cit.*

⁹⁶⁴ *Vid.* Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, “El abate Francisco Javier Clavijero”.

⁹⁶⁵ *Vid.* Arturo Arnáiz y Freg, “Don Luis...”, p. 219. Ratifica en cierto modo, el señor Arnáiz y Freg, el postulado que hemos proferido: González Obregón “...se [vio] *obligado* a confesarnos que con su sensibilidad de criollo, sufrió hondamente el dolor de ver ocupada su ciudad por grupos de indios montaraces. ‘El estado de estos hombres —decía— es todavía una especie de servidumbre asalariada; no progresan ni intelectual ni materialmente, viven casi como en los tiempos de su señor *Motecuhzoma*; viven odiando a la gente que no es de su raza y murmurando y desconfiando de ella...’. Por desgracia, pareció no tener fe verdadera en el indio mexicano, [del cual también profirió]: ‘...permanecen en la misma actitud de petrificación y de mudez que sus ídolos [...] conservados en el Museo’”.

⁹⁶⁶ *Vid.* José Fernando Ramírez, *Obras completas* (5 tomos; edición de Ernesto de la Torre Villar), México, Coordinación de Humanidades-IIH-UNAM, 2001. En el quinto de ellos se incluyó el ensayo que nuestro personaje intituló: “Vida y obras de Don José Fernando Ramírez”, mismo que hemos utilizado a lo largo de este acto.

⁹⁶⁷ *Vid.* Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, “Vida y Obras de Don José Fernando Ramírez”.

⁹⁶⁸ *Ibidem*, “Don Francisco del Paso y Troncoso”.

En cuanto a la obra del doctor Marroqui, no es difícil imaginar la percepción que nuestro cronista tuvo de ella, sobre todo si atendemos a las palabras que el mismo utilizó para referirse a su autor, a quien definió como “...liberal moderado, republicano, partidario acérrimo de la Constitución de 57, y amantísimo patriota, [lo cual] demostró en las épocas de la invasión ‘norteamericana’ y en las guerras de la Reforma, la Intervención y el Imperio”.⁹⁶⁹ Finalmente, y para no faltar a nuestra costumbre, hemos de mencionar al señor Genaro García y su obra, misma en que, siguiendo la senda del patriotismo, se alejó no pocas veces del pasado indígena y colonial para profundizar en los años de la Independencia, época sin la que “...la verdadera historia de México, desde 1808 hasta 1821”, estaría incompleta.⁹⁷⁰

IX

Finalmente hemos llegado, estimado lector, a la conclusión del presente capítulo, en el que hemos intentado resolver algunas cuestiones complementarias a la idea de la Historia en Luis González Obregón. Así podemos enunciar y resumir que la *crónica*, cuando obedece a los cánones vigentes para la elaboración de la historiografía, principalmente los consistentes en la consignación e interpretación de los hechos, y en la fundamentación de los mismos a través de fuentes primarias y secundarias, sí es *historia*, pero una que se permite utilizar, en aras de lograr mayor trascendencia, ciertos recursos literarios que, bien lo ha señalado un autor, permanecen aún descuidados por algunos hijos de Clío, tales son los casos de la composición —imperativo estético que decide el valor literario de una obra, y que es más característico en la novela—⁹⁷¹ y la *narración*, pues ésta, sin afectar el fondo del discurso histórico, coadyuva en su enriquecimiento, sobre todo si somos afines —como ya hemos declarado serlo— a los preceptos emitidos por cierto filósofo yanqui, el cual profirió: “...en la medida que los historiadores *describen* lo que sucedió por medio de *narraciones*, se encuentran implicados en algo que se podrá denominar ‘dar una interpretación’, puesto que la narración misma es la forma de organizar las cosas, y por ello ‘va más allá’ de lo dado”.⁹⁷²

⁹⁶⁹ *Ibidem*, “Dr. Dn. José María Marroqui”.

⁹⁷⁰ *Ibidem*, “Genaro García, su Vida y su Obra”.

⁹⁷¹ *Vid.* José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, p. 291.

⁹⁷² Arthur C. Danto, *op. cit.*, p. 95.

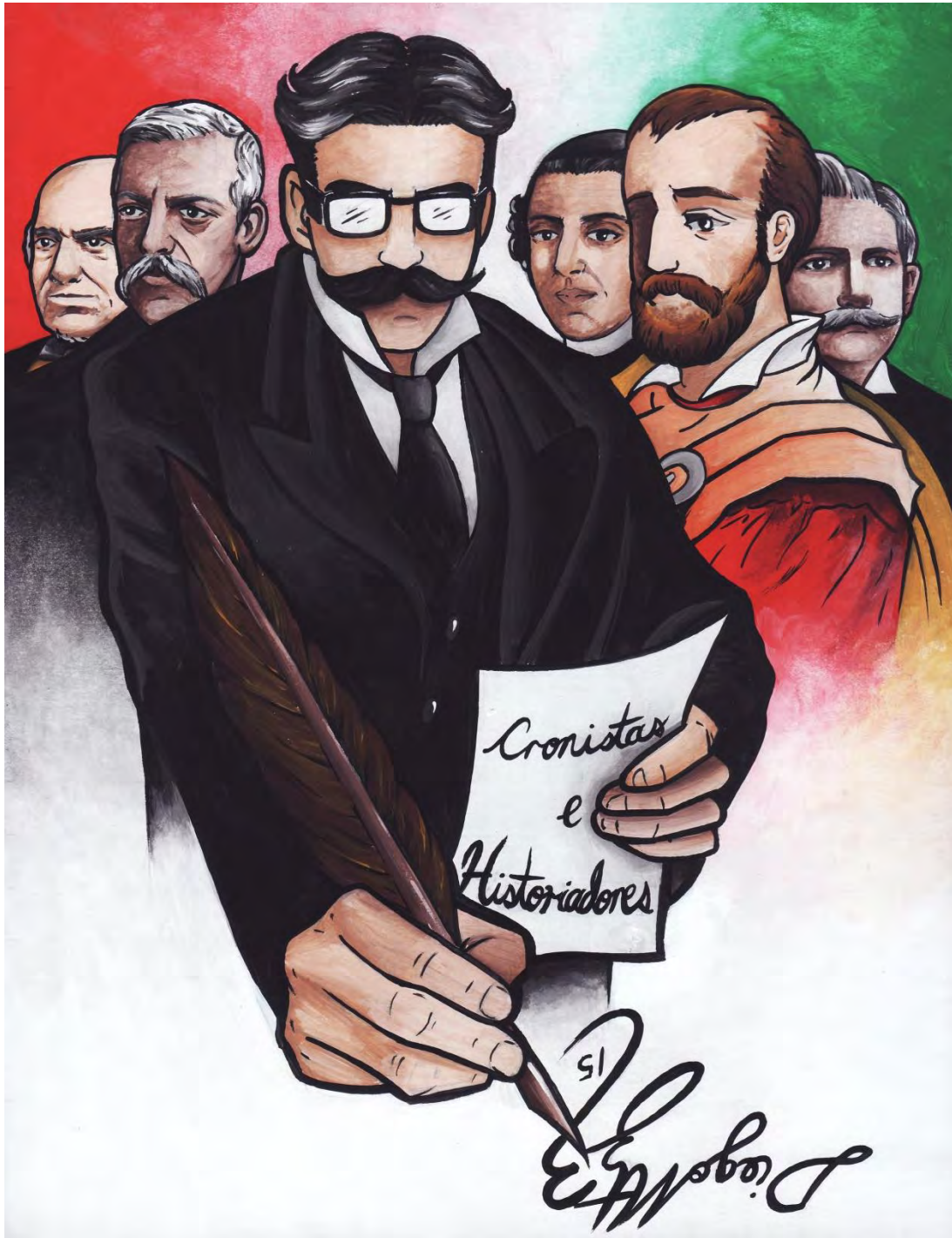


Fig. 36. “...hay hombres en que ese misterio atrayente [...] se cifra y condensa, no ya por lo que respecta a la vida humana [o] a un breve periodo de tiempo; sino, antes bien, a la vida de un pueblo y al lento andar de algunos siglos. Al conjunto de esos evocadores, saltan de la sombra, donde yacían, recias o delicadas figuras. Con su mágica varita de oro hacen ellos florecer leyendas, resucitan periodos cortesanos o bélicos; remozan añejos amores; logran que inquietos rayos de luz penetren en los rincones penumbrosos y olvidados [...] Si esos hombres faltaran [...], los pueblos serían incompletos: carecerían de memoria; no conocerían la poesía y el encanto y el orgullo de recordar” (Carlos González Peña, “Prólogo”, en Luis González Obregón, *Las calles de México*, 10ª ed., México Porrúa, pp. IX y X).

En cuanto a si es correcto el que hayamos llamado, a lo largo del presente trabajo, “cronista e historiador” a nuestro personaje, creemos que la respuesta es afirmativa, pues como lo hemos referido párrafos atrás —y de acuerdo a la que pensamos fue su propia percepción respecto a los términos proferidos—, se desempeñó como lo primero debido a la forma con que imbuyó a su obra, y como lo segundo por el fondo de la misma, circunstancia susceptible de ser ratificada mediante éstas, sus propias y numerosas, pero muy necesarias enunciaciones: “Para imaginar siquiera aquella ciudad [...] hay que abrir las páginas de los viejos cronistas e historiadores”;⁹⁷³ “...para el historiador los títulos de nobleza son interesantes, y muy en particular para el que intente hacer una crónica detallada...”;⁹⁷⁴ “Clío, la Musa de la Historia, ha conservado cuidadosamente los antiquísimos sucesos que consignará el cronista de esta ciudad...”;⁹⁷⁵ “Cedamos, pues, la palabra al buen cronista, tan fiel en los pormenores como hábil para describir...”;⁹⁷⁶ “...la *Crónica* es la que debe hablar, con sencillo y encantador estilo...”;⁹⁷⁷ “...faltaríamos a nuestro deber de cronistas, como diría hoy un *reporter pur sang*,⁹⁷⁸ si no diéramos noticia de las personas más notables que a dicha fiesta concurrieron...”;⁹⁷⁹ “El exactísimo y pintoresco cronista, Suárez de Peralta, cuyos son los interesantes detalles hasta aquí consignados, será nuestro guía en otros, advirtiéndolo que vamos casi a copiarlo, para que su *narración* no pierda el sabroso encanto de la sencillez ni el sugestivo estilo que supo emplear...”;⁹⁸⁰ “Como siempre, los viejos cronistas nos comunican importantes noticias...”;⁹⁸¹ “...emprenderemos largo viaje a través de las edades, en el cómodo vehículo de la imaginación, llevando la guía exacta de viejos cronistas, haciendo escala en cada una de las épocas históricas...”;⁹⁸² “...el historiador hace los retratos buscando causas, y a la vez que instruye, agrada...”;⁹⁸³ y la más contundente y vivificante de todas, misma que profirió al hablar sobre la obra de su admiradísimo “Conquistador y Cronista de Nueva

⁹⁷³ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., p. X.

⁹⁷⁴ *Ibidem*, Cap. XX: “La Casa de los Azulejos”.

⁹⁷⁵ *Ibidem*, Cap. XXIX: “La Plaza del Volador”.

⁹⁷⁶ *Ibidem*, Cap. XXXII: “El Palacio de los Virreyes en 1666”.

⁹⁷⁷ *Ibidem*, Cap. XXXIX: “El Colegio de San Fernando”.

⁹⁷⁸ Es algo así como “reportero de pura sangre”.

⁹⁷⁹ Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Cap. LVI: “Los coches”.

⁹⁸⁰ Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia...*, Libro Segundo, Cap. XI.

⁹⁸¹ Luis González Obregón, *D. Guillén de Lampart...*, Libro Tercero, Cap. III.

⁹⁸² Luis González Obregón, *México viejo y anecdótico*, “Del palanquín al automóvil”.

⁹⁸³ Luis González Obregón, *Ensayos históricos y biográficos*, “Don Justo Sierra. Historiador”.

España”, Bernal Díaz del Castillo, escrito al que, por cierto, definió como “crónica de las crónicas”.⁹⁸⁴

Nada falta. Narraciones de los sucesos; pormenores minuciosos; retratos de los personajes; anécdotas; dichos célebres; juicios acertados; críticas punzantes, pero justas; descripciones de lugares; relaciones de peligros y fatigas: todo consignado con tal sencillez, con tanta sinceridad, que se resiste uno a desmentirlo cuando se hace necesario.⁹⁸⁵

Enunciación que deja muy claras las similitudes que, para nuestro personaje, hemos intentado mostrar, podían y pueden unir y convertir en una a la Crónica y a la Historia, y a sus practicantes, por obvias razones, en cronistas e historiadores.



⁹⁸⁴ Luis González Obregón, *México viejo, Patria...*, Cap. LXVII: “Los pasquines”.

⁹⁸⁵ Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, “El Capitán Bernal Díaz del Castillo”.

8. Epílogo

Pero la experiencia de la vida no se compone sólo de las experiencias que yo personalmente he hecho, de mi pasado. Va integrada también por el pasado de los antepasados que la sociedad en que vivo me transmite.

José Ortega y Gasset

“Era la una y veinticinco minutos de la tarde del domingo 19 de junio de 1938, cuando el hombre caballeroso y bueno, el historiador ameno y puntual dejó, al cabo, de sufrir definitivamente”.⁹⁸⁶ Días antes había perorado: “Yo no tengo miedo de la muerte, pero sí al modo como he de morir. Quisiera hacerlo como D. Quijote, ‘cuerdo’ y con ánimo sosegado”,⁹⁸⁷ y como tal aconteció, pues en la tranquilidad de su alcoba, y elocuente hasta el último momento, don “Luisito” cerró los ojos para siempre.⁹⁸⁸ Sus honras fúnebres se verificaron al día siguiente, y asistieron a ellas no pocos miembros de la intelectualidad mexicana, entre los que hemos de mencionar a los encargados de realizar la tradicional y vetusta primera guardia: Federico Gamboa, Carlos González Peña, Gustavo A. Salas, Artemio de Valle-Arizpe, Rafael López y Toribio Esquivel Obregón,⁹⁸⁹ su primo, quien además de haber presidido el duelo era, junto con Alberto Michel —igualmente presente en el sepelio—, uno de los pocos fundadores sobrevivientes del Liceo Mexicano;⁹⁹⁰ también acudieron al funeral los señores Agustín Arroyo, quien fungía como Jefe del Departamento de Publicidad y Propaganda de la Secretaría de Gobernación, y Alberto María Carreño, quien leyó, por encargo de tres asociaciones a las que había pertenecido nuestro personaje —la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española, la Academia Mexicana de la Historia y la Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate—,⁹⁹¹ un emotivo discurso en el que rememoró la actividad intelectual de quien fuera el más puntual cronista e historiador con el que contó la “muy noble y leal Ciudad de *México-Tenochtitlan*”.

⁹⁸⁶ Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 213.

⁹⁸⁷ Arturo Arnáiz y Freg, “El Maestro Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 12/318.

⁹⁸⁸ *Ibidem*.

⁹⁸⁹ *Vid.* Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 31.

⁹⁹⁰ Alberto María Carreño, *El cronista...*, p. 214.

⁹⁹¹ *Ibidem*.

Atendiendo a su voluntad, González Obregón fue sepultado en el Panteón Español y no en la Rotonda de los Hombres Ilustres;⁹⁹² el cronista murió así, pero no su obra, en la que otorgó "... tal vida a sus personajes, tal colorido a sus cuadros, [y] tal vivacidad a sus narraciones, que para muchos, sus escritos tocaban los lindes de la novela...";⁹⁹³ aunque sin ser ésta, y sí el arte de Clío lo ofrecido por el fantástico escritor, quien a sólo unos meses de haber muerto se hizo merecedor de un homenaje por parte de la revista *Letras de México*,⁹⁹⁴ en cuyas páginas apareció una serie de artículos que le fueron consagrados por eruditos como Manuel Toussaint, Justino Fernández, Federico Gómez de Orozco,⁹⁹⁵ Eduardo Enrique Ríos, Alberto María Carreño, Arturo Arnáiz y Freg, José Miguel Quintana y Edmundo O'Gorman,⁹⁹⁶ figura que nos permitirá comenzar esta última y muy breve disertación, cuya elaboración obedece a la admiración que este último personaje, destacado historicista, manifestó hacia la obra de nuestro cronista.

Sin embargo, creemos que para ello es pertinente consignar, en primer lugar, una breve y no compleja definición del término *historicismo*, el cual es una forma de comprender el acontecer, es decir, la Historia, y en el que se ha establecido que todo conocimiento es de la incumbencia de Clío, acepción que nos permite comprender el porqué de una de sus características fundamentales: "la atención a lo particular histórico para llegar a lo universal",⁹⁹⁷ precepto que ya había sido apuntalado por figuras como Voltaire, quien recomendaba saber no todos los acontecimientos, pero sí las verdades útiles que se desprendían de ellos, así como conocer el espíritu, la moral y las costumbres de las

⁹⁹² Vid. Guadalupe Ojeda Valdés, *op. cit.*, p. 31.

⁹⁹³ Alberto María Carreño, "Erudición de Luis González Obregón", en *Letras de México*, p. 7/313.

⁹⁹⁴ Vid. María de Lourdes Franco Bagnouls, *Letras de México. Gaceta artística y literaria (1937-1947). Índice y Estudio*, México, IIF-Centro de Estudios Literarios-UNAM, 1981, pp. 14-20: "*Letras de México* [...] nace en 1937 y muere en marzo de 1947, periodo que corresponde a un momento histórico de asentamiento político [...] Es el espejo de la realidad cultural de su momento. Presenta, en forma objetiva e 'imparcial', un panorama lo más vasto posible de la vida intelectual del México de la primera mitad del siglo XX [...]; es siempre cambiante en cuanto a temas, enfoques, etc., y abarca la totalidad del contexto cultural en el que se realiza [...] En nuestros días la consideraríamos como un archivo de las diferentes expresiones culturales que se dieron en su momento [...]; pretendió abarcar la realidad artística de su tiempo y acoger este panorama literario en ebullición, presentándolo mediante una rigurosa selección de materiales, a través de ensayos, reseñas o fichas bibliográficas".

⁹⁹⁵ A estos tres autores corresponde la elaboración de un magnífico libro sobre la capital mexicana: *Planos de la ciudad de México. Siglos XVI y XVII. Estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*, México, IIE-UNAM-DDF, 1938, 200 pp.

⁹⁹⁶ Vid. *Letras de México*, *passim*.

⁹⁹⁷ Vid. Álvaro Matute, *El historicismo en México. Historia y antología*, México, FFyL-UNAM, 2002, pp. 15-28 (en adelante *El historicismo...*).

principales naciones, un postulado que, después de haber soportado más de 100 páginas, al atento lector le parecerá en extremo familiar, lo mismo que el siguiente, en el que se afirmó que “...el romanticismo dio un impulso fundamental a lo que se llegaría a identificar como historicismo”. En el mismo canon, y a finales del siglo XIX y principios del XX, cobró notoriedad en Alemania la figura de Wilhelm Dilthey (1833-1911), filósofo que lejos de pretender elevar la Historia al rango de las ciencias, estableció que la misma tenía como instrumento fundamental la *experiencia vivida*,⁹⁹⁸ premisa con la que el historicismo adquirió un talante vitalista que le acompañaría en su traslado y afincamiento en Latinoamérica, particularmente en México, país en el que el positivismo aún tenía una fuerte presencia... y es en este punto donde retomamos una de las preguntas que lanzamos al comenzar este escrito: ¿Cuál ha sido, o podría ser, la trascendencia de la obra de González Obregón para los historiadores?

Asiduo lector de Ortega y Gasset lo fue Edmundo O’Gorman (1906-1995),⁹⁹⁹ quien ya lo hemos referido, participó en el número que la revista *Letras de México* dedicó a nuestro fallecido cronista. En el artículo intitulado “La obra de Luis González Obregón”, un O’Gorman deseoso por situar la obra de nuestro personaje dentro del campo de la investigación histórica “contemporánea”, pero quizá más preocupado por lanzar una “...diatriba contra el sistema positivista en las ciencias históricas”,¹⁰⁰⁰ tuvo que “conformarse” con lanzar algunas preguntas al aire, pero no sin antes haber bosquejado sus correspondientes y muy breves —por tratarse de él— respuestas, algunas de las cuales, lo decimos con mucho respeto y no poca temeridad, no nos satisficieron por completo, pues en primer lugar, el autor de *La invención de América* aseveró que la obra de don Luis, por pertenecer al tipo de historiografía característico de principios del siglo XIX, y en el cual predominaba la búsqueda de la verdad, la seriedad, la erudición y, sobre todo, un afán de imparcialidad, carecía, sin embargo, tanto de la reflexión como de la intuición que consideraba necesarias para marcar el nuevo rumbo que habría de seguir la escritura de la Historia en el siglo XX,¹⁰⁰¹ aserción con la que no estamos totalmente de acuerdo debido a

⁹⁹⁸ *Ibidem*, pp. 17-26.

⁹⁹⁹ *Vid.* Álvaro Matute, *El historicismo...*, p. 59.

¹⁰⁰⁰ Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos* (introducción de Álvaro Matute), 2ª ed., México, FCE, 1986, “Un estudio sobre el padre Acosta”.

¹⁰⁰¹ *Vid.* Edmundo O’Gorman, “La obra de Luis González Obregón”, en *Letras de México*, p. 308/2.

que, desde nuestra perspectiva —y como lo hemos intentado mostrar a lo largo de esta tesis—, la historiografía *obregoniana*, si bien no era poseedora de las más revolucionarias o filosóficas reflexiones, tampoco era carente de ellas, como tampoco lo habían sido muchas de las numerosas crónicas, anales e, incluso, obras historiográficas pertenecientes al siglo XVI y posteriores; por otro lado, el señor O’Gorman manifestó que don “Luisito” amaba tanto la tradición, que había buscado su incorporación a la Historia, pero en el transcurso de ello había trazado una línea cortante entre la misma y los llamados hechos verdaderos, circunstancia resultante de su desconocimiento de la leyenda como *verdad histórica*,¹⁰⁰² un pronunciamiento que no puede sino sorprendernos, pues aunque es cierto que uno de los propósitos de nuestro personaje fue el de purificar los hechos en “el fuego de la verdad”, también lo es que no desdeñó aquellas consejas que no podían comprobarse “científica” o documentalmente, mismas que también incluyó en sus obras —como es el caso de la *Mulata de Córdoba*— y de las cuales comprendió que habían surgido en tiempos en los que “la tradición se tomaba por la misma realidad”,¹⁰⁰³ que brindaban no poca luz para comprender una época,¹⁰⁰⁴ y que rara vez dejaban de tener su origen en acontecimientos verdaderos,¹⁰⁰⁵ o lo que nos parece igual: habían sido realidades históricas en su momento.

Empero, es momento de abandonar “polémicas” en las que, debido a nuestra inexperiencia y/o inferior capacidad de reflexión, podríamos resultar mal parados, y de mejor retomar y transcribir el postulado de don Edmundo que seleccionamos para enlazar, y sólo a manera de apunte, a nuestro personaje con el historicismo vitalista, corriente filosófica que al funcionar como instrumento analítico —y en un trabajo más extenso— nos permitiría comprender a cabalidad el pronunciamiento de admiración al que aludimos, y en el cual O’Gorman, su autor, reconociendo lo que de útil podía haber para él y sus sucesores en la historiografía *obregoniana*, peroró: “...debemos ver en su instinto por la leyenda un deseo inconsciente de *buscar* caminos nuevos, un afán de *acercamiento* amoroso al *pasado*, un intento de *establecer ligas* con la *vida*, y esta actitud honra al señor González Obregón”.¹⁰⁰⁶

¹⁰⁰² *Ibidem.*

¹⁰⁰³ *Loc. cit.*

¹⁰⁰⁴ *Ibidem.*

¹⁰⁰⁵ *Vid.* Luis González Obregón, *México viejo*, Patria..., Caps. XI: “La virgen del Perdón”, y XXV: “La calle de don Juan Manuel”.

¹⁰⁰⁶ Edmundo O’Gorman, “La obra de Luis González Obregón”, p. 308/2.

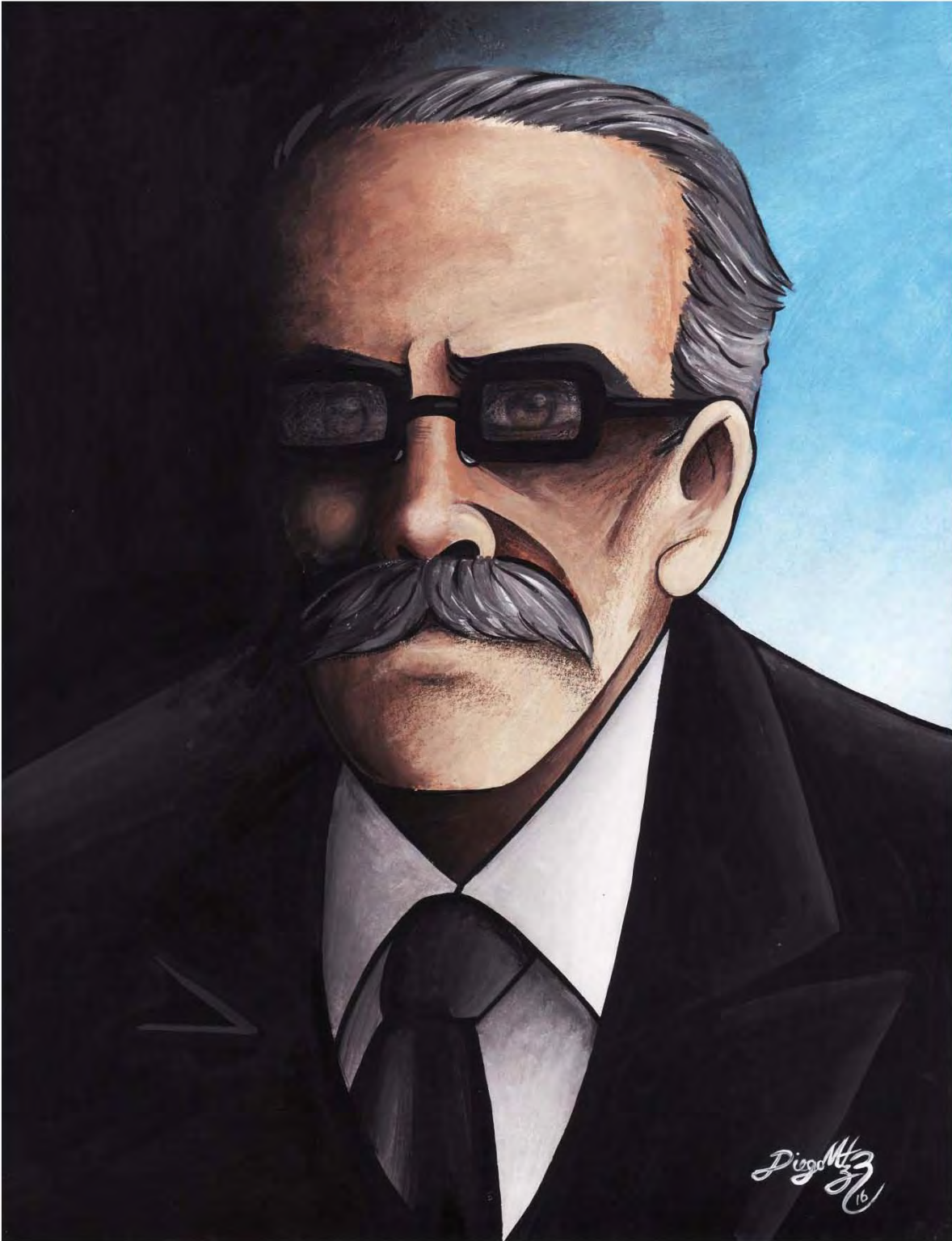


Fig. 37. “No tengo ninguna condecoración y espero sólo una cruz, que bien merecida la tengo y que espero me la concederán... la cruz de mi sepultura” (Luis González Obregón en Guadalupe Ojeda Valdés, *La idea de la historia en Luis González Obregón* (tesis para optar al grado de maestra en Historia Universal), México, FFyL-UNAM, 1963, p. 32).

A modo de conclusión.

Luis González Obregón: erudición y amena recuperación del pasado que no se contraponen; en su idea de la Historia no hubo cabida para la omisión del rigor, pese a lo que su fascinante estilo narrativo, y en ocasiones novelesco, pudiera hacer pensar al lector. Siempre creyó en la búsqueda de la verdad, pero no por ello desdeñó la emotividad y la nostalgia, y su a veces marcada —y también muy negada— inclinación por la subjetividad¹⁰⁰⁷ jamás interfirió con la alteración de los hechos y procesos históricos que decidió enaltecer, rescatar y consignar para nosotros.

Fernán, su idea de la Historia y su obra —principalmente representada por el *México viejo*— son más que un digno ejemplo a seguir, y constituyen una conjunción tan digna de continuar vigente, como de ser honrada mediante unas merecidísimas *Obras completas*, e igualmente imitada, rescatada y valorada, tanto como si fuese un cofre que alberga en su interior tesoros de gran valor, circunstancia que fue señalada por Daniel Eyssette en 1892, cuando el mismo vislumbró, en las páginas de *El Siglo Diez y Nueve*, que el trabajo de nuestro personaje, debido a las numerosas y distintas líneas de investigación que abría para otros historiadores, podía convertirse en el pedestal o en el complemento de no una, sino de varias grandiosas obras¹⁰⁰⁸ que, por desgracia —y no poco desdén— aún no han aparecido.

Por último, “a modo de digresión”, y ya para finalizar el presente trabajo, deseamos emitir un par de comentarios sobre la importancia que a la narrativa siempre otorgó don Luis, y es que al respecto, el autor de *Vetusteces* y *Las calles de México* llegó a proferir, en primer lugar, que una prosa fácil cautivaba porque no torturaba “...el entendimiento con palabras rebuscadas ni con metáforas nebulosas, tan en boga entre los ‘novísimos’ y exóticos escritores que —a su parecer— [habían] constituido un grupo de desequilibrados”,¹⁰⁰⁹ y en segunda instancia, que una amena forma de escritura —como la de sus personajes admirados, y la suya misma— podía “...chocar á lectores melindrosos y á pulcros críticos que se [escandalizaban] hipócritamente ante el público, pero que en privado [saboreaban

¹⁰⁰⁷ *Supra*, pp. 80 y 173.

¹⁰⁰⁸ *Loc. Cit.*

¹⁰⁰⁹ Luis González Obregón, “Prólogo”, en Manuel H. San Juan, *El señor gobernador. Breves apuntes sobre cosas nacionales del siglo pasado*, México, Imprenta y Encuadernación de M. Nava, 1901, p. IV.

dichas] narraciones”,¹⁰¹⁰ aseveraciones que no han hecho sino acrecentar nuestra admiración por él, y provocar que le ratificásemos como un ejemplo a seguir para todo aquel vocero de Clío que, como nosotros, tenga los firmes deseos de conseguir, primero, que la Historia se revitalice y sea lo que en otros tiempos fue y debiera ser: un patrimonio para todos, y segundo, de lograr distinguirse, aunque sea por alguna minucia, del resto de los historiadores, pues muy bien lo refirió, en alguna ocasión, y de nueva cuenta, nuestro ilustre cronista e historiador del México viejo: “...el tiempo nos convierte en momias, pero hay que esforzarse por tener entre [las mismas] un nicho aparte”.¹⁰¹¹

En la muy noble y leal Ciudad de México, a 7 de abril de 2017.



¹⁰¹⁰ Luis González Obregón, “Noticias Bio-Bibliográficas”, en José Miguel Guridi y Alcocer, *Apuntes de la vida de D. José Miguel Guridi y Alcocer. Formados por él mismo en fines de 1801 y principios del siguiente de 1802. Manuscrito inédito de la colección de D. Joaquín García Icazbalceta, que publica por primera vez su hijo D. Luis García Pimentel, Individuo Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid. Miembro de las Sociedades de Geografía y de Americanistas de París* (con noticias bio-bibliográficas por Luis González Obregón), México, Moderna Librería Religiosa de José L. Vallejo, 1906, p. 187.

¹⁰¹¹ Arturo Arnáiz y Freg, “Don Luis...”, p. 221, *cfr.* José Miguel Quintana, “González Obregón y el Liceo Mexicano”, en *Letras de México*, p. 318/12.

Apéndice I

“México a través de los siglos”.¹⁰¹²

I.

Con el cuaderno número 157, concluyó esta obra monumental, que hace más de cinco años viene publicando la muy acreditada casa editora de los Sres. J. Ballescá y Compañía, quienes no han perdonado gasto ni sacrificio, y han sabido vencer toda clase de dificultades, para presentar una obra que es un monumento artístico para su edificio, y la primera en su género por su contenido.

La obra consta de cinco gruesos volúmenes en folio, impresos en magnífico papel á dos columnas, y profusamente ilustrados, por medio de los mejores y más modernos procedimientos artísticos conocidos.

Intercalados en el texto se encuentran muy buenos grabados que representan los monumentos y las antigüedades que permanecen todavía en ruinas ó en nuestros museos; facsímiles y geroglíficos de nuestros viejos códices que se conservan en las bibliotecas del gobierno ó en las de particulares; vistas de edificios públicos, templos, palacios, casas notables, etc., etc., y una galería de retratos de gobernadores, conquistadores, oidores, virreyes, arzobispos, obispos, emperadores, jefes militares, presidentes, héroes de la Independencia y de la Reforma, y en general todos los hombres notables de México, que se han distinguido como filántropos, como políticos y como literatos, acompañando á cada retrato un facsímile de sus respectivos autógrafos.

Creemos inútil encarecer también, el mérito de los espléndidos cromos, de las fotolitografías y de los fotograbados, que aparte ilustran la obra, pues son reproducciones exactísimas de objetos curiosos y de obras de arte, tan fielmente copiadas, que no parece sino que tiene uno á la vista el original, como sucede, por ejemplo, con los cromos de Maximiliano, el altar de los reyes de nuestra Catedral, los objetos que pertenecieron á Hidalgo y el baño de Netzahualcóyotl.

Pero no satisfechos con esto los apreciables editores, al final de cada uno de los volúmenes que forman la obra, han repartido bellísimas oleografías como obsequio, cuyo precio por sí solo representa gran parte del valor total de ella, oleografías que son preciosos cuadros originales, ó copiados de los mejores que existen en nuestra Academia de Bellas Artes, como el *Fray Bartolomé de las Casas* de Félix Parra, y el *Jesús* de Sagredo.

¹⁰¹² “México a través de los siglos”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 48, Tomo 96, Núm. 15,440, México, 19 de julio de 1889, p. 2.

Y si la parte material de *México a través de los siglos* es un verdadero monumento artístico por la limpieza de la edición y por el lujo en ella desplegado, es un monumento literario por lo que respecta á la parte escrita.

A los mejores de nuestros literatos y á los que más se han distinguido, como historiógrafos en las épocas que les tocara escribir, ocurrieron los Sres. Ballescá y Compañía.

Bastan sus nombres para recomendarlos, pues D. Alfredo Chavero, D. Vicente Riva Palacio, D. Julio Zárate, D. Juan de Dios Arias, D. Enrique Olavarría y Ferrari, y D. José María Vigil, que fueron los designados, son bastante conocidos en el mundo de las letras.

Sus trabajos contenidos en los cinco volúmenes, constituyen un conjunto inapreciable: la historia general de México, desde los más remotos tiempos hasta el restablecimiento de la República, después de la caída del Segundo Imperio.

México carecía de una obra de esta especie, de una obra con la que se pudiera estudiar el progreso de nuestra patria, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días; que contuviera la historia completa y seguida de los acontecimientos que la han encarrilado en el camino de la civilización; en la que se pudieran apreciar todas las luchas y todos los obstáculos que han tenido que vencer sus hombres y sus héroes.

Una historia así no había sido escrita hasta ahora, porque no merecen este nombre, ni el libelo de D. Lucas Alamán, en el que se aprende á odiar á la patria, como dice un escritor, ni los veinte cansadísimos tomos del bueno de D. Niceto de Zamacois, que todo lo que tienen de voluminosos, tienen también de parciales y de faltos de criterio. Además, estas obras fueron dictadas obedeciendo á un espíritu conservador y retrógrado, y á ideas tan limitadas como mezquinas.

Por el contrario, el *México a través de los siglos* está escrito desde el punto de vista esencialmente liberal y con un criterio amplio, imparcial y justo.

Inspirados sus autores en la buena fé y en la razón, partidarios de la libertad y el progreso, que son los verdaderos factores de la civilización, han presentado los acontecimientos de nuestra historia en el lugar que les correspondía, condenando siempre los abusos y los errores, sin preocuparse en favor de determinadas personas ó partidos, y colocando á los hombres y á los sucesos en el lugar que la justicia les ha señalado; fundando sus juicios y apreciaciones en razonamientos y en documentos irrecusables, muchos de éstos, que hasta ahora permanecían en el polvo de nuestros archivos, y que han dado á conocer por vez primera.

En resumen, el *México a través de los siglos* viene á llenar un vacío en nuestra historia nacional, y una necesidad que se hacía sentir, pues aunque contábamos con preciosas é inestimables monografías y obras especiales sobre diferentes períodos, como el de la historia antigua y el de la Conquista, como el de la Independencia, como el de la invasión americana, y otras, ellas no formaban un todo homogéneo, y un cuadro completo de nuestra existencia social, política y literaria.

II.

Contiene el primer volumen de la obra que nos estamos ocupando, la “Historia antigua y de la conquista”, escrita por el Sr. D. Alfredo Chavero, quien desde la muerte del sabio é inolvidable Orozco y Berra, ha venido á ser la autoridad más competente en esta materia.

Profundo conocedor de nuestras antigüedades, familiarizado con la lectura de nuestros viejos cronistas, á nadie mejor que á él, se le podía haber encomendado esta parte de nuestra historia, pues sólo una persona de sus conocimientos y de su erudición, podía haberla llevado á cabo con feliz éxito.

Divide el Sr. Chavero su obra en cinco libros, consagrados respectivamente á los tiempos prehistóricos, á los *Meca*,¹⁰¹³ á los *Tolteca*, á los *Mexica* y á la *Grandeza y ruina de México*.

Importante es cada uno de estos libros. En el primero, el autor estudia las principales teorías que se han emitido sobre el origen del hombre en el Nuevo Continente, desde la conocidísima del estrecho de Bering, hasta la que se tuvo por un sueño de Plutón, la de la Atlántida, y entre ellas menciona la de la existencia de una raza autóctona, que en Anáhuac fué la othomí, y las huellas que dejó una raza negra antiquísima.

Después de habernos reconstruido, por decirlo así, la vida de esas tribus que se pierden entre las nieblas de la prehistoria, nos presenta á nuevos pueblos, que dejaron rasgos característicos de una civilización; como los *Maya*, constructores de esos monumentos que todavía constituyen la admiración de los viajeros; como los *Tolteca*, sábios por sus conocimientos astronómicos, agrícolas e industriales, y por su admirable calendario; como los *Mexica* o *Ázteca*, tribu humildísima en su origen, que después de larga y penosa peregrinación, y de haber estado esclavizada y envilecida por las otras sus coetáneas, hace surgir, obedeciendo á un mito, del fondo de un lago, la ciudad de Tenochtitlan que más tarde fué la dueña y señora de las otras, para hundirse en su misma cuna, no sin haber defendido en el más memorable de los sitios, sus creencias y sus dioses, sus casas y sus

¹⁰¹³ Se refiere a los *chichimeca* o chichimecas.

templos, sus calles y calzadas, palmo á palmo, sin desmayar un sólo instante, rechazando siempre las ofertas de paz del enemigo, y sucumbiendo sólo, no por la guerra, ni por el hambre, sino al caer prisionero el más valiente y el más grande de sus héroes, Cuauhtémoc.

Pero el Sr. Chavero no sólo ha narrado las proezas de estos pueblos; ha estudiado su organización política, religiosa y social, sus [construcciones]¹⁰¹⁴ y monumentos; explicando sus cosmogonías, su gobierno, sus castas, é interpretando sus geroglíficos. En una palabra, ha hecho la verdadera historia de la civilización de esos pueblos.

La conquista de México por los españoles y sus aventureras empresas, forman parte de este trabajo, y aunque dicho periodo lo haya tratado con mucha brevedad, es, sin embargo, digno remate de su obra.

El segundo volúmen del *México a través de los siglos*, comprende “El Virreynato”, escrito por el Sr. General D. Vicente Riva Palacio, á quien estuvo encomendada también la dirección de esta obra monumental.

Si alguna época de nuestra historia no estaba escrita era ésta, pues aunque contábamos con las crónicas de Torquemada, Betancourt, Benamont,¹⁰¹⁵ Mendieta, La Rea, Dávila Padilla, Cogollado,¹⁰¹⁶ Remesal, Burgoa, Grijalva, González Puente, Baralenque,¹⁰¹⁷ Medina, Espinosa, Arricivita, Alegre, Pérez de Rivas, Ortega, Cavo, Florencia y algunos otros; con los diarios de sucesos notables de Guizó,¹⁰¹⁸ Robles, Castro Santana, el Anónimo y Gómez; con las “Instrucciones reservadas” que los virreyes dejaban á sus sucesores, y en fin, con una multitud de preciosos documentos, de un valor inestimable para formar la historia de esta época, no constituían, sin embargo, una obra completa y especial sobre el virreynato, ni por su índole, ni por su extensión, ni por su forma, ni por su criterio.

Esta Edad Média de nuestros anales, necesitaba un historiador, que nos presentara desde el siglo XVI, el período de tres centurias de dominación ibérica; que nos dijera cómo se organizó y formó una nueva sociedad; cómo las conquistas de los compañeros y sucesores de Cortés se fueron ensanchando; cómo vivimos y pensamos durante esta larga noche de nuestra historia; cómo el Clero fue apoderándose de las riquezas y de las conciencias, para adquirir el poder sobre el gobierno y la familia.

¹⁰¹⁴ Palabra faltante en el original. También podría ser “templos, palacios o casas”.

¹⁰¹⁵ Seguramente se refiere a fray Pablo de la Purísima Concepción Beaumont.

¹⁰¹⁶ Fray Diego López de Cogolludo.

¹⁰¹⁷ Fray Diego de Basalenque.

¹⁰¹⁸ Gregorio Martín de Guijo.

Esto y más contiene la obra de Riva Palacio. Las conquistas sucesivas de las principales ciudades de la Nueva España; la historia de los nuevos descubrimientos geográficos que se fueron haciendo por medio de las armas ó de la cruz; la fundación y establecimiento de la Inquisición en México, escrita en vista de documentos interesantes é irrecusables; la organización social y política de la colonia á fines de cada siglo, con un exámen del estado que guardaban la hacienda, el comercio, la industria, las artes y la literatura, son objeto de capítulos de esta obra, apreciable por más de un título.

Nos ha llamado á la vez la atención, la parte en que el general Riva Palacio habla del establecimiento de las órdenes religiosas y del progreso del cristianismo en la Nueva España, en donde están referidos los apostólicos afanes de aquellos esforzados varones, que como Gante ó Las Casas, Sahagún ó Valencia, fueron los maestros de los indios, sus más ardientes defensores y los que mejor escribieron su historia.

Es innegable, por consiguiente, que la mejor obra que poseemos sobre la dominación española en México, es la escrita por el Sr. D. Vicente Riva Palacio.

Fernán.

Apéndice II

“*México a través de los siglos* (segunda parte)”.¹⁰¹⁹

III.

Los volúmenes tercero, cuarto y quinto, de esta preciosa edición, vienen consagrados respectivamente á la historia de la “Guerra de Independencia” por D. Julio Zárate, á la de “México Independiente”, por D. Juan de Dios Arias, quien habiendo muerto ántes de concluir la, fué continuada por D. Enrique Olavarría y Ferrari, y á la de “La Reforma”, por D. José María Vigil.

El interesante cuanto glorioso periodo de la guerra de Independencia, había sido tratado hasta ahora, por escritores apasionados en pró ó en contra de nuestra insurrección, como D. Calos María de Bustamante y D. Lucas Alamán, como D. José María Luis Mora, y D. Lorenzo de Zavala, los cuales, unos por haber sido testigos de muchos de los sucesos que refieren, y otros por no haber comprendido el verdadero espíritu que guió a los caudillos del año de [18]10, formaron juicios contradictorios y exajerados.

¹⁰¹⁹ “*México a través de los siglos*”, en *El Siglo Diez y Nueve*, Novena época, Año 48, Tomo 96, Núm. 15,444, México, 24 de julio de 1889, p. 2.

Alamán, principalmente, sería todo lo literario y talentoso que se quiera; pero no merece el dictado de historiador,¹⁰²⁰ porque en su obra hay punibles inexactitudes, pasión, mala fé, y ahinco manifiesto por deturpar á nuestros héroes. Alamán hizo la historia de su partido, de sus ideales políticos, de sus hombres predilectos, de todo, ménos la historia de la Independencia, porque su “miope”, ó más bien dicho apasionado criterio, juzgó como monstruosa y abominable la revolución que iniciaron los héroes de Dolores.

Por fortuna, D. Julio Zárate, con juicio sereno é imparcial, colócase en el justo medio, y después de haber leído y examinado á todos estos escritores, ha sabido aprovechar la parte buena que contienen sus obras; les ha señalado los errores en que incurrieron, combatiendo también sus apreciaciones injustas; en fin, ha escrito por primera vez nuestra historia de la Independencia. Ha dado á cada uno lo suyo, sin preocuparse por insurgentes y realistas; elogiando las grandes acciones, lo mismo en unos que en otros; censurando las malas, en amigos y enemigos.

“México Independiente”, que debió haber escrito por completo el señor Arias, fue concluido por Enrique Olavarría y Ferrari, y con franqueza, para el tiempo y el apremio con que tuvo que hacerla, es una obra digna de aprecio, tanto más cuanto que comprende una época bien difícil, en la que hubo que tocar puntos tan interesante como el imperio de Iturbide (que está tratado muy bien por Arias), la fundación de la República, el origen y el modo cómo se formaron los dos partidos, liberal y conservador, el infame asesinato de Guerrero perpetrado por el gobierno retrógrado de Bustamante; la primera guerra con Francia, la sostenida con los Estados Unidos, y por último, la minuciosa historia de esa série interminable de revoluciones fratricidas, hijas de ambiciones personales, fomentadas y llevadas á cabo con dinero del Clero, que ha sido siempre en nuestro país, enemigo de todo gobierno que no proteje sus miras. El Sr. Olavarría, ha desempeñado bastante bien su tarea, y debe estar satisfecho.

El último volúmen del *México a través de los siglos*, es decir, el quinto, contiene la historia de la Reforma, y de la guerra de la Intervención y el Imperio.

Si los señores Editores de esta obra monumental, estuvieron muy acertados al designar a los Sres. Chavero, Riva Palacio, Zárate y Olavarría, para que escribieran las épocas que forman el asunto de los cuatro primeros volúmenes, anduvieron muy felices en la elección del Sr. D. José María Vigil, para que historiara la gran revolución que tuvo México, la que cambió todo su modo de ser y de pensar, y la que lo colocó en la vía del progreso y de la civilización por que ahora atravesamos.

¹⁰²⁰ Frase inconfundible de nuestro cronista e historiador, y de continuo presente en sus textos.

Nadie mejor que el Sr. Vigil, podía haber escrito esta interesantísima época de nuestra historia, con el tacto, la sensatez y el juicio que requería, pues sus mismos enemigos en política reconocen en él al sábio y al erudito, *al ilustre académico*, y no hace mucho, uno de los órganos clericales, le llamaba con justicia, “literato insigne y escritor concienzudo”, cuya “reputación está ya bien sentada”.

El Sr. Vigil ha hecho preceder su historia, de una magnífica y brillante introducción, en la que con acopio de razonamientos, de preciosas citas y de oportunas reflexiones, estudia el origen de nuestra Reforma, remontándose á los tiempos coloniales, para desentrañar con admirable juicio, los motivos y las causas que la produjeron, y para llegar á concluir y á demostrar la necesidad que había de proclamarla y consumarla, pues era una necesidad social de esas que se imponen por sí mismas, y por los bienes que producen [a] las naciones en que se llevan á cabo.

Esa introducción magistral, que nunca será bien elogiada, y que por sí sola constituye un importantísimo trabajo, es digna portada de la obra que ha escrito el Sr. Vigil, obra de la que carecíamos por completo, pues la historia de la Reforma, por su misma índole y por tocar el juicio de sucesos y personas contemporáneas, no había sido hasta hoy escrita.

No son los estrechos límites de un artículo bibliográfico, como el presente, capaces de encerrar un acertado y digno juicio, y un exámen minucioso y detallado del Sr. Vigil; pero su mejor elogio se puede hacer, diciendo que nadie se ha atrevido á refutar las justísimas apreciaciones que contiene, pues los mismos periódicos conservadores, cuyo partido no sale bien librado con esta obra, han guardado silencio, convencidos ó abrumados sin duda, por el cúmulo de razones incontestables con las que se combaten sus ideas, y decimos que han guardado silencio, porque no merecen el nombre de refutaciones los términos tan impropios como infundados que sólo por despecho ha lanzado en sus columnas, alguno de los citados órganos del retroceso.

Hasta ahora no se le ha indicado al Sr. Vigil ningún acontecimiento inexacto, ninguna apreciación injusta, ningún juicio que no esté inspirado en la verdad; y mientras esto no suceda, miéntras no se le refute con documentos y razones, y no con frases huecas é insultantes, su historia de la Reforma será, y seguirá siendo la mejor defensa de nuestras instituciones liberales, y la mejor acusación de los errores que en México ha cometido el partido conservador y clerical.

Y nos atrevemos á asegurar que en el caso de una formal refutación, el Sr. Vigil sabría defenderse victoriosamente de sus impugnadores, porque ha escrito una obra con conocimiento perfecto de la época y de los hombres de que se ocupa; con vista de documentos importantes é irrefutables y con

conciencia, pues el Sr. Vigil siempre ha sido liberal por convicción, y su vida, como sus escritos, son testimonios elocuentes de que nunca ha vacilado en sus principios.

De los dos libros en que se divide su historia de la Reforma, el segundo está consagrado á la Intervención francesa y al Imperio de Maximiliano. Es también esta parte una reconstrucción, y está tratada con fidelidad y criterio. Muchos libros, folletos, memorias y apuntes, se han publicado sobre los acontecimientos de aquella época, lo mismo aquí que en el extranjero; pero todas estas narraciones adolecen de la pasión con que están redactadas, pues sus autores fueron testigos interesados en los sucesos que relatan.

Sucede, por ejemplo, con el sitio de Querétaro. Diferentes versiones corren sobre el modo con que se tomó la plaza, y hasta ahora se ignoraba la verdad de los hechos, á pesar de las continuadas y reñidas polémicas que se han suscitado.

Pues bien, el Sr. Vigil, ha dado á conocer por vez primera en su obra, un documento dirigido al Presidente y suscrito por el jefe de las fuerzas republicanas en aquel sitio, documento que en estos días han reproducido muchos diarios en la capital.

“De la narración hecha por el señor general Escobedo y que hemos insertado en nuestro capítulo anterior, dice el Sr. Vigil, resulta que López no fué más que un agente de Maximiliano; y que si hay alguna responsabilidad por los sucesos del 15 de Mayo, sobre el archiduque deberá recaer”. El testimonio del general republicano es decisivo; no sólo por la alta respetabilidad de su carácter, sino porque ningún interés podría suponersele en justificar a López á costa de la reputación del príncipe austriaco, pues no hay razón que explicara tal preferencia, tratándose de personas entre quienes no ha existido alguno de esos vínculos que hicieran nacer en los espíritus suspicaces la sospecha de una falsificación.

“El hecho, sin embargo se presta á un doble exámen que tocaremos brevemente, previniendo las principales objeciones que pudieran oponer aún los que negaran *á priori* la narración del general Escobedo, fundándose en la alta idea que se han formado de Maximiliano, y en la consiguiente imposibilidad de que cometiere una acción indigna de su posición y de su nombre. Ahora bien, si teniendo en cuenta la índole del archiduque, se investigan los motivos que deben de haberle impulsado para confiar á López la misión secreta que llevó al campo liberal, se verá sin esfuerzo que tal conducta se explica por su mismo carácter, y que ella no envuelve un acto de deslealtad que rebaje la nobleza y la honradez personales del desgraciado príncipe. Entre éste y los jefes que le rodeaban, hay que señalar desde luego una divergencia profundísima: mientras que en el uno se

advierte inclinación constante á entrar en relaciones, á entenderse con los republicanos, se vé, por el contrario, en los segundos la oposición más resuelta á esa clase de relaciones, como si las considerasen radicalmente imposibles. Esto se comprende: las ideas de Maximiliano le acercaban más á los liberales que á los conservadores, y por otra parte, era del todo ajeno á los profundos rencores que las largas luchas civiles habían sembrado entre ambos partidos. Así hemos visto que el mismo día que salió de la capital para Querétaro, mandó un comisionado para que hablase con el general Díaz, ofreciéndole poner la situación en sus manos; y después, entre las instituciones dadas al príncipe de Salm Salm, cuando se acordó que éste marchase a México, se hallaba la autorización de “abrir negociaciones con personas del partido opuesto”. Nada, pues, tiene de inverosímil que Maximiliano enviase a López cerca del general Escobedo para que entrase en arreglo, con objeto de poner término al sitio de Querétaro”.

Como éstas, hay otras observaciones, sobre las que llamamos la atención de los que lean la importante obra del Sr. Vigil.

Resumiendo el *México a través de los Siglos*, tanto por los apreciables trabajos históricos que contiene, que vienen á formar la historia general de México que se escribe en nuestro país, como por su bellísima edición, es una obra digna de poseerse por todo buen mexicano, amante de su patria y de sus glorias.

Fernán.

Apéndice III

Relación de obras de Luis González Obregón que aparece al final de *Vetusteces* (1917).

1. *Don Joaquín Fernández de Lizardi (El Pensador Mexicano)*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. Un volumen 4º, México, 1888.
2. *Breve noticia de los novelistas mexicanos*, Tipografía de O. R. Spíndola y Compañía. Un volumen 16º, México, 1889.
3. *Anuario Bibliográfico Nacional*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. Un volumen 8º, México, 1889.
4. *México viejo (Primera Serie)*, Tipografía de la Escuela Correccional de Artes y Oficios. Un volumen 8º, México, 1891.

5. *México viejo (Segunda Serie)*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. Un volumen 8°, México, 1895.
6. *México viejo* (las dos series juntas e ilustradas), París, Librería de la Viuda de Ch. Bouret. Un volumen 4°, 1900.
7. *Documentos para la historia de la guerra de independencia. Cartas inéditas de don Pedro Moreno*. Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. Un folleto 8°, México, 1891 (Segunda edición: Tipografía El Faro. Un folleto 16°, 1897).
8. *Los restos del Pensador Mexicano*. Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. Un folleto 8°, México, 1893.
9. *Biografía de Ignacio M. Altamirano*. Tipografía del Sagrado Corazón de Jesús. Un folleto 4°, México, 1893.
10. *El capitán Bernal Díaz del Castillo*. Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. Un volumen 4°, México, 1894.
11. *Últimos instantes de los primeros caudillos de la Independencia*. Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. Un folleto 8°, México, 1896.
12. *Don José Fernando Ramírez. Datos Bio-Bibliográficos*. Tipografía de “El Tiempo”. Un folleto 16°, México, 1898 (Segunda edición: Imprenta del Gobierno en Palacio. Un folleto 4°, 1901).
13. *México en 1768*. Tipografía de “El Nacional”. Un volumen 16°, México, 1897.
14. *Reseña histórica del Desagüe del Valle de México*. Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas. Un volumen folio, México, 1902.
15. *Colección de cuadros de Historia de México*. Herrero Hermanos, Editores. Un folleto 16° del Texto, 1905, y Atlas de láminas en 4° mayor.
16. *Los Precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI*. Librería de la Viuda de Ch. Bouret. Un volumen 8°, París, 1906.
17. *Los Restos de Hernán Cortés*. Imprenta del Museo Nacional. Un folleto 4° mayor, México, 1906.

18. *Don Justo Sierra, historiador*. Imprenta del Museo Nacional. Un folleto 4° mayor, México, 1907.
19. *Las sublevaciones de indios en el siglo XVII*. Imprenta del Museo Nacional. Un folleto 4° mayor, México, 1907.
20. *Don Guillén de Lampart. La Inquisición y la Independencia en el siglo XVII*. Librería de la Viuda de Ch. Bouret. Un volumen 8°, París, 1908.
21. *Fray Melchor de Talamantes. Biografía y escritos póstumos*. Tipografía de la Viuda de Díaz de León, Sucesores. Un volumen 4°, México, 1909.
22. *México viejo y anecdótico*. Librería de la Viuda de Ch. Bouret. Un volumen 8°, París, 1909.
23. *Monumento a la Corregidora. Biografía*. Imprenta M. León Sánchez. Un folleto 4°, México, 1909.
24. *La Biblioteca Nacional*. Un volumen 8°, Barcelona, 1910.
25. *La vida en México en 1810*. Librería de la Viuda de Ch. Bouret. Un volumen 4° mayor, París, 1910.
26. *El abate Francisco Javier Clavijero. Noticias Bio-Bibliográficas*. Departamento Editorial de la Dirección de la Bellas Artes. Un folleto 4°, México, 1917.
27. *Del México de antaño*. Un volumen 8° (“en preparación”).
28. *De otros tiempos*. Un volumen 8° (“en preparación”).
29. *Las lenguas indígenas en la Conquista Espiritual de la Nueva España. Discurso leído ante la Academia Mexicana de la Lengua al tomar posesión como individuo de número*. Un folleto 4° (“en preparación”).

Apéndice IV

Índice de ilustraciones a color.

1. José Joaquín Fernández de Lizardi, el Pensador Mexicano (Fig. 3, p. 6).
2. Ignacio Ramírez, el Nigromante (Fig. 5, p. 12).
3. Gabino Barreda (Fig. 7, p. 17).

4. Una sesión del Liceo Mexicano (Luis González Obregón, Ángel de Campo, Ignacio Manuel Altamirano, Ezequiel A. Chávez y Toribio Esquivel Obregón) (Fig. 14, p. 31).
5. Guillermo Prieto (Fig. 16, p. 40).
6. Manuel Payno (Fig. 17, p. 45).
7. Vicente Riva Palacio (Fig. 18, p. 48).
8. Ignacio Manuel Altamirano (Fig. 20, p.55).
9. *Los Paladines de la Historia* y Luis González Obregón (arriba y de izquierda a derecha: Guillermo Prieto y Manuel Payno; abajo, de izquierda a derecha: Vicente Riva Palacio, Luis González Obregón e Ignacio Manuel Altamirano) (Fig. 21, p. 58).
10. El Pensador Mexicano y González Obregón (Fig. 22, p. 60).
11. El cuadro completo y *obregoniano* de la civilización mexicana (Fig. 23, p. 70).
12. Luis González Obregón trabajando en su *México viejo* (basado en el *ex-libris* de dicho personaje) (Fig. 24, p. 74).
13. Los Precusores de la Independencia nacional (Fig. 26, p. 94).
14. Una tradición mexicana: la Llorona (Fig. 27, p. 111).
15. Juan de Dios Peza (Fig. 28, p. 118).
16. Luis González Obregón (Fig. 31, p. 151).
17. Justo Sierra Méndez (Fig. 34, p. 166).
18. Cronistas e historiadores (de izquierda a derecha: José Fernando Ramírez, Francisco del Paso y Troncoso, Luis González Obregón, Francisco Xavier Clavijero, Bernal Díaz del Castillo y José María Marroqui) (Fig. 36, p. 178).
19. Luis González Obregón: un viejo cuadro (Fig. 37, p. 185).



Bibliografía

Altamirano, Ignacio Manuel, *Crónicas de la semana* (introducción por José Luis Martínez, Francisco Monterde y Huberto Batis), México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1969.

-----, *Discursos cívicos*, México, Consejo Nacional para la Atención de la Juventud, 1984.

-----, *El Zarco y La navidad en las montañas* (introducción de María del Carmen Millán), 23ª ed., México, Porrúa, 2000 (Sepan cuántos... 61).

-----, *Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México. Primera y segunda series* (introducción de Jacqueline Covo), 8ª ed., México, Porrúa, 1999 (Sepan cuántos... 275).

Aviraneta e Ibarгойen, Eugenio, *Mis memorias íntimas: 1825-1829. Por D. Eugenio de Aviraneta é Ibarгойen. Las publica por vez primera D. Luis García Pimentel, Individuo Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid. Miembro de las Sociedades de Geografía y Americanistas de París* (con un prólogo de Luis González Obregón), México, Moderna Librería Religiosa de José L. Vallejo, 1906.

Bachelard, Gastón, *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957 (Breviarios, 183).

Barreda, Gabino, *La educación positivista en México* (selección, estudio introductorio y preámbulos por Edmundo Escobar), México, Porrúa, 1978 (Sepan cuántos... 335).

Barros, Cristina y Arturo Souto Alabarce, *Siglo XIX: romanticismo, realismo y naturalismo*, 2ª ed., México, Trillas, 1983.

Buelna Serrano, María Elvira, *Indígenas en la Inquisición Apostólica de fray Juan de Zumárraga*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2009 (Colección Humanidades).

Carilla, Emilio, *El romanticismo en la América hispánica*, Madrid, Gredos, 1958.

Carreño, Alberto María, *El cronista Luis González Obregón (Viejos cuadros)*, México, Botas, 1938.

Croce, Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1960 (Colección popular, 18).

Cuadernos Americanos, Vol. 4, N° 28, 1991.

Danto, Arthur C., *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de las historia* (introducción de Fina Birulés), Barcelona, Paidós, 1989.

De Valle-Arizpe, Artemio, *Por la vieja calzada de Tlacopan*, 2ª ed., México, Diana, 1980.

Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte (coordinado por Margo Glantz), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las phrases o modos de hablar, los proverbios o refranes y otras cosas convenientes al uso de la lengua, Madrid, Imprenta de Francisco de Hierro, 1729 (tomos segundo, cuarto y sexto).

Dorantes de Carranza, Baltasar, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España. Con noticia individual de los conquistadores y primeros pobladores españoles* (prólogos de Luis González Obregón y Ernesto de la Torre Villar; advertencia de José Fernando Ramírez), México, Porrúa, 1987 (Biblioteca Porrúa de Historia, 87).

En busca de un discurso integrador de la nación: 1848-1884 (coordinado por Antonia Pi-Suñer Llorens), México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

Fernández Christlieb, Fernando, *et al.*, *Territorialidad y paisaje en el altépetl del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica-Instituto de Geografía-Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

Franco Bagnouls, María de Lourdes, *Letras de México. Gaceta artística y literaria (1937-1947). Índice y estudio*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Literarios-Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.

González Obregón, Luis, *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*, México, Tipografía de O. R. Spíndola, 1889.

-----, *Cronistas e historiadores*, México, Botas, 1937.

-----, *Croniquillas de la Nueva España*, México, Botas, 1937.

-----, *D. Guillén de Lampart. La Inquisición y la Independencia en el siglo XVII*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1908.

-----, *Ensayos históricos y biográficos*, México, Botas, 1937.

-----, *La vida en México en 1810* (edición facsimilar de la 1910), México, Editorial Innovación, 1979.

-----, *Las calles de México*, 2ª ed., México, Botas & Alonso Editores, 2007.

-----, *Las calles de México* (prólogo de José Luis Martínez), Patria, 1984.

-----, *Las calles de México* (prólogos de Carlos G. Peña y Luis G. Urbina), 10ª ed., México, Porrúa, 2000 (Sepan cuántos... 568).

-----, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1906.

-----, *Los procesos militar e inquisitorial del padre Hidalgo y de otros caudillos insurgentes* (introducción y suplementos de Luis González Obregón), México, Ediciones Fuente Cultural, 1953.

-----, *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México: 1449-1900. Publicada por orden de la junta directiva del mismo desagüe* (Vol. I), México, Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas, 1902.

-----, *México viejo (época colonial). Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*, 9ª ed., México, Patria, 1966.

-----, *México viejo (época colonial). Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres* (prólogo de Flor de María Hurtado), México, Promexa, 1979.

-----, *México viejo y anecdótico*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945.

-----, *Novelistas mexicanos. José Joaquín Fernández de Lizardi. El Pensador mexicano*, México, Botas, 1938.

-----, *Proceso inquisitorial del cacique de Tetzoco* (paleografía y nota preliminar de Luis González Obregón; texto introductorio y apéndice de Víctor Jiménez), México, Congreso Internacional de Americanistas-A.C.-53º ICA-Gobierno del Distrito Federal-Secretaría de Cultura-Dirección de Divulgación Cultural, 2009.

-----, *Vetusteces*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1917.

González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días* (con un apéndice elaborado por el Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México), 9ª ed., México, Porrúa, 1966 (Sepan cuantos... 44).

Guridi y Alcocer, José Miguel, *Apuntes de la vida de D. José Miguel Guridi y Alcocer. Formados por él mismo en fines de 1801 y principios de 1802. Manuscrito inédito de la colección de D. Joaquín García Icazbalceta, que publica por primera vez su hijo D. Luis García Pimentel, Individo Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid. Miembro de las Sociedades de Geografía y de Americanistas de París* (con noticias bibliográficas por Luis González Obregón), México, Moderna Librería Religiosa de José L. Vallejo, 1906.

Herrera Cerecer, *et al.*, *Lengua y literatura españolas*, 7ª ed., México, Kapeluz, 1991.

Historia general de México. Versión 2000, México, El Colegio de México, 2000.

Homenaje a I. M. Altamirano: 1843-1893 (edición y presentación de Fernando Tola de Habich), México, Premià, 1984.

Homenaje a Ignacio M. Altamirano. Conferencias, estudios y bibliografía, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1935.

Iglesia, Ramón, *El hombre Colón y otros ensayos* (introducción de Álvaro Matute), 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica

Jiménez Rueda, Julio, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Colección popular, 413).

Lemoine Villicaña, Ernesto, *La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda: 1867-1878*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970.

Letras de México: 1937-1947 (Vol. 1), Edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica, 1984 (Revistas Literarias Mexicanas Modernas).

Literatura Mexicana, Vol. XII, N° 1, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Literarios-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Lockhart, James, *Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Los imprescindibles. Luis González Obregón (selección y prólogo de José Joaquín Blanco y Jorge Olvera Ramos), México, Cal y Arena, 2004.

Matute, Álvaro, *El historicismo en México. Historia y antología*, México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

-----, *La teoría de la historia en México (1943-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (SepSetentas, 126).

-----, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XIX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid (Tomo LVI), México, Academia Mexicana de la Historia, 2015.

Monterde Francisco, *Aspectos literarios de la cultura mexicana. Poetas y prosistas del siglo XVI a nuestros días*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1975.

Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos. Novelas históricas nacionales* (prólogo de Álvaro Matute), México, Fondo de Cultura Económica- Instituto Cultural Helénico, 1987 (tomo I).

Olea Franco, Rafael, *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001.

Ortega y Gasset, José, *Historia como sistema*, 3ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1958.

Ortiz Monasterio, José, *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Iberoamericana, 1993.

-----, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004.

Palma, Ricardo, *Tradiciones peruanas* (estudio y selección por Raimundo Lazo), 2ª ed., México, Porrúa, 1973 (Sepan cuántos... 125).

Payno, Manuel, *Compendio de la historia de México para el uso de los establecimientos de instrucción pública de la República Mexicana*, 8ª ed., México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1886.

-----, *Costumbres mexicanas* (compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, y prólogo de Jorge Ruedas de la Serna), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.

-----, *Los bandidos de Río Frío* (edición de Manuel Sol y prólogo de Margo Glantz), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000.

-----, *El hombre de la situación y Retratos históricos* (prólogo de Luis González Obregón), 2ª ed., México, Porrúa, 2004 (Sepan cuántos... 605).

Payno, Manuel, *et al.*, *El libro rojo* (prólogo de Carlos Montemayor), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989 (Cien de México).

Perales Ojeda, Alicia, *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.

Peza, Juan de Dios, *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la Ciudad de México* (prólogos de Isabel Quiñónez y Luis González Obregón), 4ª ed., México, Porrúa, 2006 (Sepan cuántos... 557).

-----, *Memorias. Epopeyas de mi patria: Benito Juárez* (prólogo de Agustín Trefogli), 3ª ed., México, Factoría Ediciones, 2010.

-----, *Memorias, reliquias y retratos. Para la "gaveta íntima"* (prólogo de Isabel Quiñónez), México, Porrúa, 1990 (Sepan cuántos... 594).

Peza Juan de Dios y Vicente Riva Palacio, *Tradiciones y leyendas mexicanas* (coordinando por José Ortiz Monasterio), 3ª ed., México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Mexiquense de Cultura, 1997.

Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia (selección, introducción, estudio y notas de Juan Ortega y Medina; prólogo a la tercera edición de Álvaro Matute; notas y apéndice bio-bibliográfico de Eugenia W. Meyer), 3ª ed., México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Prieto, Guillermo, *Cuadros de costumbres I* (compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, y prólogo de Carlos Monsiváis), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999.

-----, *Lecciones de historia patria* (presentación de Boris Rosen Jélomer y prólogo de Ernesto de la Torre Villar), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999.

-----, *Memorias de mis tiempos* (prólogo de Horacio Labastida), 4ª ed., México, Porrúa, 2011 (Sepan cuántos... 481).

-----, *Prosas y versos* (selección y prólogo de Luis González Obregón), México, Libro-Mex, 1955.

-----, *Romances históricos I. Romancero Nacional* (notas de Boris Rosen Jélomer y prólogo de Ignacio Manuel Altamirano), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999.

Ramírez, Ignacio, *et al.*, *Los mexicanos pintados por sí mismos* (edición facsimilar de la de 1854), México, Editora Nacional, 1970 (Colección económica, 816).

Ramírez, José Fernando, *Obras completas* (edición de Ernesto de la Torre Villar; Tomo V: Poliantea), México, Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Reyes Heróles, Jesús, *El liberalismo mexicano. Los orígenes*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

Riva Palacio, Vicente, *Antología* (introducción y selección de Clementina Díaz y de Ovando), 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 79).

-----, *Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México* (edición de Antonio Castro Leal), 4ª ed., México, Porrúa, 2000 (Colección Escritores Mexicanos, 33 y34).

-----, *Ensayos históricos* (coordinado por José Ortiz Monasterio), México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Mexiquense de Cultura 1997.

Romero Galván, José Rubén, *Los privilegios perdidos. Hernando Alvarado Tezozómoc, su tiempo, su nobleza y su Crónica mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2003 (Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 1).

Rublúo, Luis, *Cronistas de la ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal, 1975 (Colección Popular Ciudad de México, 28).

Sahagún, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España. Escrita por Fr. Bernardino de Sahagún, franciscano, y fundada en la documentación en lengua mexicana recogida por los mismos naturales* (numeración, anotación y apéndices por Ángel María Garibay Kintana), 7ª ed., México, Porrúa, 1989 (Sepan cuántos... 300).

San Juan, Manuel H, *El señor gobernador. Breves apuntamientos sobre cosas nacionales del siglo pasado* (prólogo de Luis González Obregón), México, Imprenta y Encuadernación de M. Nava, 1901.

Sierra Méndez, Justo, *Ensayos y textos elementales de Historia* (edición ordenada y editada por Agustín Yañez), 3ª ed., México, UNAM, 1984.

Sierra Partida, Alfonso, *Ignacio Ramírez. Espada y pluma*, México, Ediciones del Gobierno del Estado de Guanajuato, 1978.

Toussaint, Manuel, *et al.*, *Planos de la ciudad de México. Siglos XVI y XVII. Estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-Universidad Nacional Autónoma de México-Departamento del Distrito Federal, 1938.

Vázquez, Josefina Zoraida, *Historia de la historiografía*, 2ª ed., México, Ediciones Ateneo, 1980.

-----, *Nacionalismo y educación en México*, 2ª ed., México, El Colegio de México, 1975.

Bibliografía digital

Carmona Dávila, Doralicia, *Memoria política de México*, México, 2015, disponible en p. <http://www.memoriapoliticademexico.org>.

Castro Medina, Miguel Ángel, “El Liceo Mexicano”, en *Revista de la Universidad de México*, México, N° 500, UNAM, septiembre de 1992, disponible en p. http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/index.php/rum/article/view/13663/14901.

De la Torre Villar, Ernesto, “El *Boletín del Archivo General de la Nación*. Pulso de la historia mexicana”, en *Historia Mexicana*, Vol. L, N° 4, México, El Colegio de México, abril-junio de 2001, disponible en p. <http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/1332/1194>.

Díaz y de Ovando, Clementina, “La visión histórica de Ignacio Manuel Altamirano”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, IIE-UNAM, Vol. VI, N° 22, año 1954, disponible en p. <http://www.analesiie.unam.mx/index.php/analesiie/article/viewFile/568/555>.

Fernández, Justino, “Santa Brígida de México”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, Vol. IX, N° 35, México, IIE-UNAM, 1966, disponible en p. http://www.analesiie.unam.mx/pdf/35_15-24.pdf.

Gaos, José, “Notas sobre la historiografía”, en *Historia mexicana*, Vol. 09, N° 4, México, El Colegio de México, abril-junio de 1960, disponible en p. http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/5INPJ7BS7BQXA1PNH6L7N3RUTHR99I.pdf.

González Obregón, Luis, “Directores del Museo Nacional de México”, en *Anales del Museo Nacional de México*, Tomo II, 2ª época, México, INAH, 1905, disponible en p. http://www.mna.inah.gob.mx/documentos/anales_mna/232.pdf.

-----, “Las Publicaciones del Museo Nacional”, en *Anales del Museo Nacional de México*, Tomo I, 2ª época, México, INAH, 1903, disponible en p. http://www.mna.inah.gob.mx/documentos/anales_mna/184.pdf.

Matute, Álvaro, “Crónica: historia o literatura”, en *Historia Mexicana*, Vol. XLVI, N° 4, México, El Colegio de México, abril-junio de 1997, disponible en p. <http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2455/2816>.

-----, “Notas sobre la historiografía positivista mexicana”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, N° 135, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, septiembre-diciembre de 1991, disponible en p. <http://secuencia.mora.edu.mx/index.php/Secuencia/article/view/356/332>.

Pérez Salas Cantú, María Esther, “Genealogía de *Los mexicanos pintados por sí mismos*”, en *Historia Mexicana*, Vol. 48, México, El Colegio de México, octubre-diciembre de 1998, disponible en p. http://bibliocodex.colmex.mx/exlibris/aleph/a21_1/apache_media/BFMMJDIA8ATIMMR7SS7I9KRAVP2KGV.pdf.

Ramírez Hurtado, Luciano, “Prensa carrancista: la guerra de papel”, en *Revista Zócalo*, México, 2015, disponible en p. <http://www.revistazocalo.com.mx/45-zocalo/5423-prensa-carrancista-la-guerra-de-papel.html>.

Riva Palacio, Vicente, “Prólogo a *Carmen* de Pedro Castera”, en *Literatura mexicana*, Vol. 7, N° 2, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, disponible en p. <http://www.iifilologicas.unam.mx/litermex/uploads/volumenes/volumen-7-2/13.%20Vicente%20Riva%20P..pdf>).

Saborit, Antonio, “*Los bandidos de Río Frío* en el tiempo y la crítica”, en *Historia. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, N° 44, México, INAH, septiembre-diciembre de 1999, disponible en p. http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_44_67-82.pdf).

Urdapilleta-Muñoz, Marco, “El *ethos* de Ricardo Palma en sus tradiciones”, en *La Colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, N° 81, México, UAEMex, enero-marzo de 2014, disponible en p. <http://lacolmena.uaemex.mx/index.php/lacolmena/article/view/669/516>.

Vázquez, Josefina Zoraida, “Don Manuel Payno y la enseñanza de la Historia”, en *Historia mexicana*, Vol. 44, N° 1, México, COLMEX, julio-septiembre de 1994, disponible en p. http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/NQM112IE1349SG4RREMUP82LKGNTBI.pdf.

Villegas Revueltas, Silvestre, “La deuda inglesa de México en el siglo XIX”, en *Decires. Revista del centro de enseñanza para extranjeros*, CEPE-UNAM, Vol. 8, N° 8, México, primer semestre de 2006, disponible en p. <http://132.248.130.20/revistadecires/articulos/art8-6.pdf>.

Acervo

AHUNAM, *Escuela Nacional Preparatoria*, 2.1.5/251.

Hemerografía

El Siglo Diez y Nueve, Novena época, Año 48, Tomo 95, Núm. 15,372, México, 2 de mayo de 1889.

-----, Novena época, Año 48, Tomo 95, Núm. 15,394, México, 28 de mayo de 1889.

-----, Novena época, Año 48, Tomo 95, Núm. 15,396, México, 30 de mayo de 1889.

-----, Novena época, Año 48, Tomo 96, Núm. 15,440, México, 19 de julio de 1889.

-----, Novena época, Año 48, Tomo 96, Núm. 15,444, México, 24 de julio de 1889.

-----, Novena época, Año 51, Tomo 100, Núm. 16,159, México, 19 de noviembre de 1891.

-----, Novena época, Año 51, Tomo 101, Núm. 16,311, México, 20 de enero de 1892.

-----, Novena época, Año 55, Tomo 110, Núm. 17,591, México, 19 de agosto de 1896.

Tesis

Fajardo González, Ricardo Enrique, *Ecos de un pasado colonial: Luis González Obregón y su México viejo. Un análisis historiográfico* (tesis para optar al grado de Licenciado en Historia), México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Ojeda Valdés, Guadalupe, *La idea de la historia en Luis González Obregón*, (tesis para optar al grado de maestra en Historia Universal), México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.